

LA RAZA DE CAIN



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1930

COMISION EDITORA

PROF. JUAN E. PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 94

CARLOS REYLES

LA RAZA DE CAIN

Cuidado del texto a cargo de las señoritas
ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY

CARLOS REYLES

LA RAZA DE CAIN

Prólogo de
CARLOS MARTINEZ MORENO

MONTEVIDEO
1965

PROLOGO

En 1900, se publican *Ariel* de Rodó y *La raza de Caín* de Reyles. Estamos en los últimos días del siglo XIX y en el pórtico de la era novecentista, tan importante en la historia de nuestras letras. Zum Felde¹ llama a Rodó "antípoda intelectual" de Reyles: el ensayo idealista y la novela inspirada en el materialismo utilitarista, en la voluntad de dominación, en el triunfo de la riqueza, ven la luz el mismo año; y el propio Rodó, en artículo recogido en *El mirador de Próspero*, elogiará la obra de su compatriota y coetáneo.²

Desde las *Academias* (1896-98) a *La raza de Caín* (1900) se sitúa el centro de la etapa *modernista*

¹ *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, 1ª edición, tomo II, p. 288. Asimismo dirá (p. 283) que *La muerte del cisne*, de Reyles, aparecida en 1910, "acaba de definirse en nuestro escenario intelectual como la antítesis de *Ariel*".

² Reyles nació en 1868, Rodó en 1871. Es curioso que, a pesar de la precocidad literaria de Reyles (cuya primera novela, *Por la vida*, es de 1888) y de ser él anterior en tres años a Rodó, en la relación entre ambos Rodó asuma imponderablemente la posición patrocinante del contemporáneo mayor, y Reyles (en una increíble carta escrita en español clásico y en otros textos) admita y fomente esa trasposición de edades. Rodríguez Monegal (*José E. Rodó en el novecientos*) allega una posible explicación genérica al decir que "desde el noble magisterio de *Ariel* pretendió el joven crítico no sólo adoc-trinar a la «juventud de América» sino también a su propia generación".

PROLOGO

en la producción de Carlos Reyles. Arturo Sergio Visca, muy recientemente,³ ha sostenido que la obra de Reyles "conserva huellas de la infiltración modernista" hasta el final, pero agrega en seguida que es el de Reyles "un modernismo *atenuado*". (En *El que vendrá*, Rodó ya había dicho que en nuestro país "el modernismo apenas ha pasado de la superficialidad"). Afirma Visca que "la aceptación del modernismo por parte de ambos autores (se refiere a Rodó y a Reyles) es moderada, cautelosa, restringida". "Y no se trata —añade— de que carecieran del empuje intelectual y de la audacia de espíritu necesarios para aceptar lo que el modernismo tenía de estéticamente revolucionario, sino que sus cautelas nacían de la clarividencia intelectual. Ambos vieron lo que en el modernismo había de limitado, pasajero y negativo". Sostiene que Reyles trasciende los cánones modernistas al postular "la novela como un modo de conocimiento"; y abona su afirmación acerca de las reservas con que Reyles habría considerado al modernismo, recordando que en su segunda *Academia*, *El extraño*, el autor "sintió la necesidad de evitar equívocos" y suprimió la mención o el lema "Ensayos de Modernismo" que había acompañado a la primera de las *Academias*, *Primitivo*.

El tema, ineludible en un estudio que pretendiera ser completo acerca de la novelística y la ensayística de Carlos Reyles, desbordaría los límites de este prólogo.

Implicaría la discusión de si puede hablarse de *escuela modernista* o tan sólo de *movimiento moder-*

³ Prólogo a los *Ensayos* de Reyles, publicados en esta misma "Biblioteca Artigas".

PROLOGO

mista,⁴ continuaría por la distinción necesaria entre caracteres del novecentismo y caracteres del modernismo⁵ e inevitablemente debería abundar en un repertorio de los de esta última tendencia. En el mencionado opúsculo de Rodríguez Monegal, se transcribe una definición historicista de Federico de Onís: "El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia, hacia 1885, la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy". Juan Ramón Jiménez, mencionado a continuación en el mismo opúsculo, prefería hablar de "la realidad segura, con expresión accidental mejor o peor, de un cambio universal ansiado, necesitado hacia 1900". Ambas definiciones, de raíz española, miran hacia la catástrofe peninsular de fin de siglo (derrota en la guerra de Cuba, decadencia y postración hispánicas de las que, paradójicamente, emergería la Generación del 98) y olvidan la raíz americanista del modernismo. Los exégetas americanos del modernismo ponen en cambio el énfasis en tal partida de nacimiento; debo remitirme a Luis Alberto Sánchez y a su *Balance y liquidación del 900*.⁶ Entre las defi-

⁴ Emir Rodríguez Monegal, op. cit., p. 30.

⁵ José Enrique Etcheverry ensaya este deslinde en un ensayo sobre *La Revista Nacional*, publicado en la triple entrega (6/7/8) que *Número* dedicó al estudio del Novecientos uruguayo.

⁶ Carlos Real de Azúa, en prólogo a *El mirador de Próspero* (Biblioteca Artigas, tomo I, pág. LXXXI) califica inmejorablemente a este libro de Sánchez de "fértil y dudoso".

niciones que allí se agencian, hay alguna que conviene totalmente al modernismo de Reyles: así, la de Rufino Blanco Fombona (a pág. 38): "El modernismo se caracteriza por el pesimismo, el refinamiento verbal, la exaltación de la sensibilidad, la rebeldía y el culto de la belleza". Otras notas distintivas aluden al esteticismo, al preciosismo, al decadentismo, al afrancesamiento, a la hispanofobia (rasgo recatado por las antecitadas definiciones españolas), al sensualismo, al epicureísmo, al amor por "el confort, la sensualidad, el paramentalismo", y en verdad por todas las formas de lo extraño y lo insólito.

El punto concreto a plantearse es, junto al relativo a la intensidad o reticencia con que Reyles haya sido modernista, el de saber en qué medida el escritor que va de *El extraño* a *La raza de Caín* es un modernista en revisión o en retroceso.

En el prólogo a las *Academias* —que originariamente acompañó a la publicación de *Primitivo* y luego, con algunas aclaraciones, a la de *El Extraño*— Reyles definió su ideario de novelista. "Me propongo escribir bajo el título de *Academias* —decía— una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo*, refinada y complejísima, que trasmita el eco de las ansias y dolores inenarrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En sustancia: un fruto de la estación".

Se refería a las tentativas que venían cumpliéndose en Francia, Italia, Alemania y otras naciones, "para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enri-

quecer con bellezas nuevas la obra artística, para encontrar la fórmula preciosa del arte del porvenir, que no es el naturalismo ni la novela psicológica, como la entienden Bourget o Huysmans, ni siquiera el flamante naturismo ni las ideologías de Barrès; es otra cosa más natural y grande”.

Al volver la vista hacia el campo de la literatura española que le era contemporánea, no encontraba nada de eso. “En España no —decía—. A pesar de *Fortunata y Jacinta*, *La fe*, *Su único hijo*, y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus calidades castizas —que no consienten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato— lo que fue en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y *epidérmicas*, demasiado epidérmicas para sorprender los *estados de alma* de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del *misterio* de la vida. Por eso los complejos, los *sensitivos*, los intelectuales van a buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans o D’Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua”.

...“En arte —agregaba— hay siempre un más allá, o cuando menos *otra cosa*, que las generaciones nuevas, si no son estériles, deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público

PROLOGO

de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Stendhal y Renan, los espíritus delicados y complejos aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros semejantes. Y para nuestros semejantes escribo. Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento* que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro. . . Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara. Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma. A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija", etc.

Juan Valera, pontífice entonces de las letras españolas, acusa lo que hay de novelería en todas estas postulaciones y de decadente en la figura afrancesada de Julio Guzmán, el héroe fatigado de *El extraño*. Síndica a Reyles como obediente a la "última moda de París" y encuentra que su más famosa criatura modernista es un sujeto "insufrible, degollante yapestoso".

PROLOGO

El impetuoso Reyles de veintinueve años contesta al viejo Valera; su réplica se llama *La novela del porvenir* y aparece en "El liberal" de Madrid el 21 de setiembre de 1897. Insiste en sus conocidos puntos de vista, corrige injusticias genéricas de su prólogo a las *Academias* (lo relativo a Galdós, por ejemplo) y aboga por la preeminencia de la novela sobre los demás géneros literarios, encontrándola en mejores condiciones para asentar sobre ella una necesidad de progreso que, en materia artística, resulta siempre un tanto vidriosa y retórica. "La novela ha tendido siempre —escribe— a penetrar cada vez más hondo en el alma del hombre y en el alma de la Naturaleza". Repite que "a toda hora se ha ido afirmando cada vez más la tendencia a huir del mero entretenimiento, de la fábula frívola, para llenar otros fines más graves". "Hoy juzgamos que la novela mejor es la que produce las sensaciones más hondas y duraderas, no la que nos divierte en mayor grado. La excelencia de la novela moderna sobre la antigua consiste en eso, y en eso consiste también la superioridad de la novela francesa y de la rusa sobre la española...".

"Los escritores modernos —dice después— alejándose de la novela novelesca, sueñan con un arte grande, con un arte que refleje la vida mejor y más completamente que ningún otro. Esas ilusiones, esperanzas, quimeras o lo que fuese, las acarician todos con inquietud febril: se busca, se tantea y se hacen toda suerte de ensayos para multiplicar las sensaciones de fondo y de forma, enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, y encontrar la fórmula preciosa del arte que va a venir. Aparecen los estilos más complicados, las maneras más difíciles, los asuntos más peregrinos y escabrosos, y el novelador, el narra-

dor de antaño, toma colores de todas las paletas, notas de todos los instrumentos, ideas de todos los libros, impresiones de todos los espectáculos, convirtiéndose en un pensador, en un artista y poeta a la vez, con lo cual la novela moderna, como todo arte contemporáneo, se transforma radicalmente, para expresar un sentimiento nuevo de la vida y de las cosas, que todos experimentamos con fuerza, aunque nadie haya podido formular con claridad. Y nada tiene de extraño que habiéndose amoldado la novela en todo tiempo como convenía al alma de la época, tienda a transformarse hoy que nos sentimos agitados por muy otras necesidades espirituales. Luego, si los escritores americanos siguen la corriente, no es por desaforado y candoroso entusiasmo por la última moda de París, ni menos por menoscipio de lo que España produce, sino porque el nuevo arte nos habla al corazón e interpreta nuestras ansias y deseos más oscuros e íntimos. Si las obras son dolorosas, es porque el crepúsculo del siglo es triste”.

Avanza luego su concepto del anti-héroe decadente, anticipa en cierto modo la justificación estética de las principales criaturas novelescas de *La raza de Cain* (Julio Guzmán, Jacinto B. Cacio), al decir: “Los que sufren los tormentos de la soberbia intelectual, los enconados contra la vida, los caídos, los dolientes, en fin, existen y reclaman su puesto en el libro moderno, cuyo objeto no debe ser el de sublimar los personajes, sino el de retratarlos con toda su sugestiva verdad, entre otras cosas, para concluir el admirable estudio que la novela viene haciendo del hombre. Las luchas entre la inteligencia analizadora y la sensibilidad exquisita de lo que se ha dado en llamar decadentes; la aridez, sequedad y así como extranje-

PROLOGO

rismos del alma que pronto señorea a los cultivadores del yo; las pasiones oscuras, complejas y contradictorias de los refinados, todo ello pone al descubierto las entrañas palpitantes, la carne viva de la pobre humanidad y es, por tanto, estudio interesante y materia de graves meditaciones para el pensador, el artista y aún para el filósofo. Por donde la novela moderna, sin convertirse en obra ascética, materia predicable u homilía, puede provocarnos muy avanzadas reflexiones sobre muchos puntos oscuros de la moral, de la religión, de la metafísica, que muchas veces el sentimiento de las cosas que sugiere el arte es más profundo y va más lejos aún que el conocimiento de las cosas que nos proporciona la filosofía y aún la misma ciencia”.

Proclama después que “la generación que se levanta detesta las obras convencionales y los personajes falsificados”, y agrega: “El entretenimiento, la moral del libro, los personajes admirables... ¡Qué pueril nos parece todo esto! ¡Qué pueril y ajeno al sentimiento profundo y doloroso de la vida!”, para concluir enfáticamente: “No; hagan obras artificiosas los gramáticos, los retóricos, pero dejemos al virtuoso que cante los dolores sordos, las amarguras y angustias sin nombre que llenan la vida, porque el poeta es sólo un gesto de la doliente humanidad”.⁷

⁷ El texto completo de *La novela del porvenir*, artículo del que nos hemos limitado a transcribir las partes a nuestro juicio más importantes y definitivas, puede encontrarse en el Apéndice tercero, pp. 319 a 321 del *Carlos Reyles* de Luis Alberto Menafra, publicación de la Facultad de Humanidades, 1957 y libro que, por su caudaloso aporte informativo es —a pesar de sus ingenuidades y de su tono invariablemente adicto a la figura del biografiado— insustituible en cualquier biblio-

PROLOGO

El Reyes que escribe *Arte de novelar*⁸ es casi un setentón; pero aunque su tono se ha aplacado, sus ideas sobre la novela son sensiblemente las mismas de los treinta años. "La novela es el género literario por excelencia de nuestra época"; "no debe servir de mero solaz y pasatiempo como quería don Juan Valera". El Reyes de 1936 transcribe con visible complacencia al joven de 1897, lo aprueba, siente que su madurez lo ha prolongado y enriquecido, no cambiado. Cita ahora a Proust y Joyce y dice con Mauriac que "el novelista es, de todos los hombres, el que más se asemeja a Dios", aludiendo así a sus poderes omnímodos de creador. "El interés ha pasado de los hechos a las criaturas —insiste— de lo exterior a lo interior, y dentro de lo interno de lo pasional a lo psicológico, y en la esfera de lo psicológico, del análisis de la conciencia vigilante a la trastienda de la conciencia oscura". (Podría haber citado a Freud, ya que también lo había leído).⁹

grafía actual sobre Reyes. Hay en toda esta teoría novelesca de Reyes, a la temprana hora en que es formulada, cierto tono de entusiasmo emprendedor, de noveletería, exaltación y flamante deslumbramiento ante el hallazgo, que son típicos de su formación de autodidacta, de su aluvión de lecturas desordenadas, que empezó por la Colección Rivadeneira, comprada por Reyes a Montero Vidaurreta, director del Colegio Hispano-Uruguayo. Reyes era hijo de padre rico pero no de hogar culto.

⁸ Ensayo inserto en *Incitaciones*, publicado por Ercilla, Santiago de Chile, en 1936. En esa primera edición ocupa las págs. 43 a 62.

⁹ Según relata Gervasio Guillot Muñoz en su hermoso y breve libro *La conversación de Carlos Reyes*, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, Mvdeo., 1955, 55 págs. La referencia a la lectura de Freud en ediciones francesas, figura a pág. 54 del libro. (Con razón ha sido elo-

PROLOGO

"Una novela será de un orden tanto más elevado y noble cuanto más pinte la vida interior que la exterior", añade citando a Schopenhauer. "Una vez que entramos en el mundo mágico, aún las cosas más artificiales nos parecen naturales"; "llevamos en nosotros un teatro cuyas representaciones no cesan ni de día ni de noche". "Ningún otro género literario se nutre de sustancias tan extrañas al arte como la novela. Es el arte impuro por excelencia, pero el más vivo". Y sintetiza de este modo el proceso de descubrimientos en el campo novelístico: "Antaño lo que preocupaba al novelista eran la invención y la amena narración de una fábula emocionante en la que intervenían, para llevar a buen término estupendas aventuras, seres que muy poca o ninguna relación tenían con los de carne y hueso. Luego, la pintura de seres tomados del natural o instalados en un ambiente histórico o vivo dieron margen a la novela picaresca, la histórica, la costumbrista. Más tarde a la exposición de los conflictos sucede el análisis de ellos y nace la novela psicológica; después adviene el análisis, no de los conflictos sino de los estados de alma y los espejismos interiores; por último aparece la psicología arbitraria: en vez de la realidad las posibilidades de ella y el campo infinito de las alteraciones de la personalidad bajo la acción de los poderosos reactivos del tiempo y los sueños, los lapsus de la memoria, las intermitencias del corazón".¹⁰

giada esta índole de libro culto y refinadamente testimonial, producto de madurez en el panorama de una literatura).

¹⁰ En el mismo volumen de *Incitaciones* hay ensayos sobre *Marcel Proust y su mundo fantasmagórico y realismo*,

PROLOGO

Pero —decíamos— se impone saber hasta qué punto el Reyles modernista de las *Academias* revisa sus resultados, el sentido último de sus criaturas y los mismos medios de expresión y decoración verbales en *La raza de Caín*.

Lo que Angel Rama¹¹ ha llamado el *esteticismo psicologista* de Reyles sigue en pie en la novela de 1900 y acorre al trazado de sus personajes mejor y más morosamente detallados (Cacio, Guzmán, Menchaca). Y el libro todo aparece impregnado en "su devoción por el estilo, por la lengua literaria, por la eufonía de las descripciones, por la plasticidad de las escenas, la elegancia y precisión en el análisis de estrados de alma raros y nerviosos, por la inteligencia y el refinamiento en las letras".

Por eso, y aunque pueda decirse con verdad que en otro sentido y con otros alcances *La raza de Caín* comporta una "reacción realista", como quiere Lauxar,¹² frente a la "anarquía moral" de las *Acade-*

surgido de la memoria del olvido (donde si bien no se efectúan descubrimientos memorables se advierte un fino sentido para la percepción del espesor del tiempo en la obra de Proust, con aproximaciones al sentido bergsonianiano de la duración) y sobre *Paul Valéry, el diamante pensante de Francia*. Gervasio Guillot Muñoz, op. cit., refiere que Reyles leyó con detenimiento el *Ulysses* de Joyce en la versión francesa de Valéry-Larbaud, y que asimismo citaba autores tan actuales para sus últimos años (Reyles murió el 24 de julio de 1938, el mismo día que Pedro Figari) como Husserl y Thomas Mann. Eso indica cuánto más plástica era la receptividad de lector que operante la facundia de creador en el Reyles de la edad madura y senil.

¹¹ Prólogo a *El Terruño y Primitivo*, Biblioteca Artigas, volumen 3.

¹² *Carlos Reyles*, Montevideo, Barreiro & Ramos, 1918, 142 págs.

mias, y que la novela de 1900 contradice abiertamente a *El Extraño*, la sumisión del libro a cánones netamente modernistas no parece dudosa. También son rasgos modernistas los de ornamentación física (la decoración del libro en los escenarios más rebuscados, el estudio o gabinete de Guzmán, con sus *affiches* y potiches, la casa de La Taciturna); el sobreentendido galicista de muchas alusiones (el apodo de La Taciturna dado por Guzmán a Sara proviene del poema XXIV de *Les fleurs du mal* de Baudelaire: Zum Felde, en su *Proceso* —tomo II, p. 269— dice, refiriéndose a Reyles y con vistoso lujo verbal propio, "Bebe el joven en la crátera áurea de Lutecia el veneno amargo y delicioso de la Decadencia"); el esteticismo contemplativo e impotente del refinado Julio Guzmán; el retorcimiento, la auto-infamación y, tras el crimen, la auto-vindicación de Cacio, etc.

Finalmente, es modernista el mismo estilo vital de Carlos Reyles: Luis Alberto Sánchez anota en la reflexión del Reyles de *Incitaciones* "el escepticismo jubiloso y aristocrático de todos los modernistas". Y es modernista la dirección —viajes, boato, dispendio, refinamientos y exquisiteces varios— que imprimió a su vida ("Metecos modernistas —dice Sánchez— que iban a contemplar de lejos las celebridades parisienses; . . . y Carlos Reyles, diez años antes, disfrutó de la sonrisa de la Bella Otero").

Una de las razones por las que parecen hoy más anacrónicas y chocantes algunas páginas de *La raza de Caín* radica en la abundancia de su hojarasca modernista, en el énfasis de muchas frases y actitudes (en el capítulo XVIII hay frases que parecen escritas por Vargas Vila; la sensibilidad de un lector actual no soporta la patética escena de sollozos en

PROLOGO

que cae el retrato de Julio Guzmán del medallón abierto de Sara o aquella otra en que Menchaca se arrodilla suplicante a los pies de su mujer Ana y ésta besa triunfalmente la carta de ruptura que le ha enviado su amante Arturo Crooker).

Por otra parte, Reyles es —con haber vivido unos meses menos de los setenta años de edad— uno de los longevos de la generación del 900: de los de primera línea, sólo Vaz Ferreira vivió más que él; y menos que él vivieron Javier de Viana, nacido en el mismo año que Reyles, Herrera y Reissig, Rodó, Sánchez, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Horacio Quiroga. Pero no es de los que haya evolucionado en mayor grado; su evolución, por ejemplo, no puede parangonarse con la de Quiroga. Hay un precoz fijismo de la personalidad creadora de Reyles, quien ya aparece armado de casi todos sus atributos a los veintiseis años, cuando escribe *Beba* (1894). Dice Angel Rama que al Reyles "auténtico" lo "vemos modularse de 1888 a 1916", o sea, desde *Por la vida* a *El Terruño*. El ensayista puede haber sido más plástico y flexible, pero el novelista —a pesar de la renovación temática espectacular de *El embrujo de Sevilla*, de 1922— está ya cuajado en 1900, con *La raza de Caim*, a la que algunos de sus críticos tienen por su mejor novela.

Reyles ha sido hombre de unos pocos temas recurrentes, de unas pocas invenciones a las que ha permanecido patéticamente fiel a lo largo de los años. Dice Benedetti¹⁸ que "Reyles no posee —como Qui-

¹⁸ *Marcel Proust y otros ensayos*, Mvdeo., 1951, p. 62: "Para una revisión de Carlos Reyles", originariamente publicado en la entrega que *Número* dedicó al 900.

PROLOGO

roga o como el mismo Viana— condiciones naturales de narrador, verdadero olfato de la peripecia". Y agrega: "Su pobreza narrativa le impide desligarse de sus relatos cortos iniciales, y así *Primitivo* se transforma en *El terruño*, *El extraño* en *La raza de Caín*, *Capricho de Goya* en *El embrujo de Sevilla* y *Manzilla* en *El gaucho Florido*".

Asimismo, el proceso de gestación de un tema suele reconocer otra etapa, la del ensayo, completando el ciclo cuento-novela-ensayo. Ese proceso se cumple, en el caso que específicamente nos interesa, con *El extraño* (1897), *La raza de Caín* (1900) y *La muerte del cisne* (1910). Del mismo modo, fragmentos de sus folletos o discursos de intención política pasan a integrar sus novelas.¹⁴ Gervasio Guillot Muñoz,¹⁵ tras definir a Reyles como "un conversador de pequeño círculo, sin ninguna condición para descollar en una vasta asamblea", juzga sin embargo que las virtudes de su elocuencia verbal sobrepujan a las de su escritura: "Los rasgos cardinales del pensamiento y del estilo de Reyles aparecen a menudo con una claridad más irradiante y hasta (si tiene que atacar a la hipo-

¹⁴ Visca, en el ya citado prólogo a los *Ensayos*, estudia la vinculación entre *Vida nueva*, 1901, *El ideal nuevo*, 1903 y el *Discurso de Molles*, 1908, con la fundamental novela *El terruño*, de 1916. La persistencia, llevada hasta el punto de la transcripción literal, dibuja cierto hieratismo conceptual en Reyles, rasgo apenas aludido, casi escamoteado por una bibliografía que —coexistiendo con el autor y considerando su presencia e implantación arrogantes— le ha sido enterizamente adicta, con alguna excepción (la de Zum Felde).

¹⁵ *La conversación de Carlos Reyles*, p. 8.

crecía, por ejemplo) con una dignidad más luminosa que en sus propios escritos".¹⁶

Sería imposible, además de inoficioso, pronunciarse caso por caso acerca de si el traslado de cada asunto, desde las dimensiones del cuento a las de la novela, lo estropea o —por el contrario— lo enriquece y mejora. En el experimento estético de la traslación de *El extraño* a *La raza de Caín*, aparte de que el núcleo común evocado es sólo una parte en la novela y no su todo (lo que también ocurre, como efecto de proporción, en la supervivencia del tema de *Primitivo* dentro de la novela *El terruño*) hay una reversión del espíritu mismo con que está visto el personaje, por un lado, y una progresión sensible, hacia el desmoronamiento y la auto-destrucción del héroe (o anti-héroe) modernista, por otro.

Según Lauxar,¹⁷ "*El extraño* es una obra sin conclusión ideológica" y "mira a ser todo lo contrario *La raza de Caín*". En el trazado o dibujo psíquico del personaje (Julio Guzmán) advierte Lauxar un proceso de aclimatación a la vida o, como él prefiere decir, de resignación a la realidad ("se ha casado y vive mal con su mujer", etc.). Zum Felde¹⁸ enjuicia

¹⁶ A ese fijismo en la visión de los asuntos, suele corresponderse una imaginería pertinaz, aunque no sea demasiado ilustre. De uno a otro libro el mate es calificado de "nacional brebaje" y el ombú de "copudo árbol". Las barrancas son invariablemente "agrias", desde *Beba* (1894) a *El gaucho Florido* (1932). Otras expresiones estereotipadas acaban por hacerse familiares al lector de Reyles: "el come-come" (de la envidia, de la angustia, etc.), "cada quisque" y varias del mismo jaez.

¹⁷ Lauxar, op. cit., pp. 70 y 71.

¹⁸ Zum Felde, Proceso, II, p. 274.

los resultados de ese proceso de acercamiento a la realidad: "Así —tras la aventura decadentista— Reyes reanuda en *La raza de Caín* la órbita de su realismo constitutivo, en modo más consciente, decidido, y aún quizás más exclusivo que antes. Se opera en su conciencia una reacción enérgica, y se vuelve violentamente contra el extravío de la víspera. En la nueva novela va a hacer el proceso de su estado literario anterior; erigido en duro inquisidor, hace comparecer a Guzmán para condenarlo. Pero, desmeдрado por el propósito del autor, despojado de cuanto en él había puesto antes de simpatía, Julio Guzmán reaparece en *La raza de Caín* sólo con sus deformidades y sus vicios; borrada la aureola de satanismo estético que le rodeaba, sólo queda del personaje un caso clínico; ya no es, siquiera, un extraño; es apenas un enfermo. Vive Guzmán, ahora, inadaptado y desazonado, en el ambiente burgués de la familia; fracasado en sus ambiciones de grandeza, sin sentimiento de deber ni capacidad de acción, encastillado en su vanidad de hombre superior, tejiendo y destejiendo sueños, forjando y destruyendo teorías, envenenado y venenoso".¹⁹

¹⁹ Luisa Luisi, *A través de libros y de autores*, Bs. As., 1925, cree casi exactamente lo contrario (a pág. 35): "Falta en *El extraño* el elemento de simpatía humana, de piedad, que el dolor de la vida ha de poner en el Julio Guzmán de *La raza de Caín*; algo de suavidad, de lástima, por esa criatura poco simpática y en exceso egoísta de la academia". Sin decidir la controversia, parece evidente que hay algunos rasgos que hacen del Julio Guzmán de *El extraño* un sujeto más duro, desafiante y agresivo en su dandysmo que la frustrada criatura conyugal de *La raza de Caín*. Su matrimonio con un ser tan estúpido como Amelia Crooker lo ha tornado más infeliz, pero asimismo más impotente, más contemplativo y melancó-

En todos los sentidos a que apunta esta transformación, *La raza de Caín* —reacción realista contra la anarquía moral de las *Academias*, en la definición de Lauxar— es obra de menor ortodoxia modernista que *El extraño* aunque, en fondo y forma, esté veteadada por planteamientos, proposiciones y frases del más puro corte decadentista.

Es evidente que se ha operado un "distanciamiento" —para decirlo con una palabra cuyo prestigio literario (brechtiano) suena a anacronismo refiriéndose a una hechura novecentista— entre el creador y su personaje, si se pasa de *El extraño* a *La raza de Caín*: Guzmán refleja aspectos de la cultura de Reyles pero merece el repudio de la persona Reyles y —ni que decirlo— de la situación Reyles.

La redención final por la acción —así sea por la acción homicida— que Reyles (a través de la carta de Cacio a Guzmán) parece haber otorgado a Cacio, se la niega al abúlico y refinado esteta que, en el proyecto del homicidio-suicidio, se queda a medio

lico, más incapaz de "volición viril", menos apto para "hacer la jugada", llegado el momento, de lo que parece su más juvenil homónimo y anticipación de la academia. Hay otros rasgos, que concomitantemente aluden a la transformación del impetuoso Reyles en esos pocos años. En el capítulo I de *El extraño*, Guzmán (pero en realidad Reyles) vitupera al protagonista. Zorrilla aparece allí definido como "un poeta del agua chirle castellana"; transcribe la nouvelle un fragmento del poema y Guzmán se asombra de que haya majaderos a quienes tales prosaísmos sepan a gloria. Otro tanto ocurre con la autoestimación en que Reyles demostrativamente se tiene: Borges ha definido muchas veces como un recurso a incluir dentro del repertorio de los procedimientos de la literatura fantástica, aquél por el que en un libro se habla, como hecho

PROLOGO

camino, acobardado, en cierto modo predeterminado por el hecho de que su sola capacidad sea la de destruir.²⁰ Lo que queda en pie, al cerrarse el libro, es que Reyles encuentra alguna validez, así sea la más descarriada, a la conducta de Cacio, porque ha sido capaz de una "volición viril", porque ha dicho, a mediados del libro, que llegado el trance haría la jugada y finalmente la ha hecho. Los últimos párrafos de la novela reúnen en dos celdas contiguas, pero con diverso tormento, a Cacio y a Guzmán. El pri-

externo a ese libro, de una de sus partes (en la segunda parte del Quijote se habla de la primera) o se viven circunstancias que pertenecen a su misma escritura (en el acto III de Hamlet los cómicos miman dentro de contexto la acción de la tragedia, etc.). Pues bien: en los capítulos XX y XXI de *El extraño*, Julio Guzmán lee fragmentos de *Primitivo* y los celebra, proclamando que Primitivo es "una criatura de mi patria espiritual". En el capítulo II de *La raza de Cain*, Reyles —seguidor obstinado de sus frases felices— dirá que Guzmán y Cacio son "en el fondo, individuos de la misma patria espiritual". ¿No será que, "en el fondo", todas sus criaturas lo son, por aquello —que señala Benedetti— de que todos los personajes reyleanos están fuertemente impresos de Reyles o, como quiere Angel Rama, comparten de algún modo rasgos de la *persona* Reyles o de la *situación* Reyles?

²⁰ Otro punto diferente es el de decidir si en algún sentido Guzmán es o no superior a Cacio. Ya hemos dicho que Reyles los considera, en el fondo, individuos de una misma patria espiritual. Lauxar (op. cit., p. 83) lo niega expresamente: "No pertenecen a la misma familia espiritual; no son iguales en ellos las más hondas raíces del ser". Y la verdad es que hay partes del libro (fundamentalmente el capítulo VIII y los tramos finales) que aluden a esa diferencia, con el ambivalente sentido de cargar los dados ya a favor de uno, ya a favor del otro. Según Angel Rama (Prólogo citado, p. XVII) "Cacio es la misma *persona* Guzmán en un estadio inferior, derivado de su pobreza y su falta de calidad natural y de cultura. Es lo que podría haber sido Guzmán nacido

PROLOGO

mero, a su modo cainita, se ha realizado; el segundo se ha frustrado por esterilidad, por cobardía, por incapacidad para el acto de decisión y de arrojo.²¹

Visca, en el prólogo aludido, ha analizado ya lo que podrá considerarse, aunque expresado ensayísticamente diez años después, el sustento filosófico del

en otro ambiente y la sospecha de esta posibilidad que se torna en temor, le confiere al personaje una carga emocional poderosa que lo vivifica". Con una reversión de enfoque que en realidad arriba al mismo resultado, Luisa Luisi (op. cit., p. 48) dice que "la figura de Guzmán es la misma de Cacio, pero en un plano superior del espíritu". Zum Felde (*Proceso*, II, p. 274) concede, refiriéndose a Cacio, que "su vileza es más plebeya" que la de Guzmán.

²¹ Visca ha entrevisto la importancia de la carta final en que Cacio, por primera vez satisfecho de sí —tras tanta autoinfamación expresa como Reyles lo ha condenado a tenerse— rehabilita el sentido de su conducta, se justifica, hace implícita y aún explícitamente un alegato acerca de la legitimidad *posesiva* de su crimen. (Prólogo citado, nota N° 19). El crimen de Cacio, dice Visca, "hasta cierto punto puede ser interpretado como una expresión de la reyleana *ideología de la fuerza*, como un momento en que el personaje vence su *cobardía vital* y pone en juego toda la energía vital de que es capaz". Tampoco podemos nosotros entrar al análisis detallado de la carta de Cacio a Guzmán, incluida en el capítulo XIX del libro y uno de sus pasajes de mayor fuerza y, paradójicamente, de mayor simpatía por la criatura humana: "Soy un rebelde, soy un criminal. Soporté muriendo —usted lo sabe— las sangrientas humillaciones que los desheredados sufren: vejámenes hechos entre carcajadas, abusos, despojos de todo género e ironías de todos los matices; sofoqué los más ardientes deseos y aspiraciones de mi juventud, y mil veces me presté a ser sacrificado a la dicha o a la paz de los otros, pero loco de amargura y sabiendo que la ley que manda sufrir eternamente para asegurar la felicidad ajena es una ley *monstruosa*, me rebelé a asesinar mi propio corazón y decidí apropiarme del lote de dicha que, por ser hombre, debía tocarme en suerte. Asesiné a Laura, no por venganza ni por celos,

PROLOGO

libro: *la ideología de la fuerza y la metafísica del oro*, el vitalismo hedonístico y la divinización de la moneda, la apología de la voluntad de dominio a la que sólo años después (y para cohonestar su francofilia en la guerra del 14) amonestaría Reyles, en sus *Diálogos Olímpicos*, con la *voluntad de conciencia*,

sino porque sólo muerta podía ser mía. Ese era el único medio que el egoísmo de los otros me dejaba libre". O: "Es muy fácil vivir según la regla, cuando se tienen todos los manjares al alcance de la mano... En la naturaleza nadie se somete". O aún: "Mi vida entera fue la preparación laboriosa del crimen". En un momento cita a Raskolnikoff, el protagonista de *Crimen y castigo*, y dice: "Me sostenía, me hacía ir adelante el secreto convencimiento de que *aquello era necesario*". Menos maniqueísta frente a su corresponsal Guzmán de lo que Reyles ha sido hasta aquí para él, Cacio declara: "Me afligiría que usted me condenase en *absoluto* (Reyles no ha hecho otra cosa hasta aquí); usted que no cree ni en la nobleza del león ni en la maldad de la víbora". Ocurre como si Cacio escapándose a Reyles del modo en que éste, en su ensayo sobre el Quijote, sostiene que a menudo se escapa la criatura a su creador, fuera más inteligente y comprensivo que Reyles, menos enterizo y engreídamente triunfal dentro de la situación que está viviendo; o, en todo caso, como si el costado inteligente de Reyles empezara, sobre las últimas páginas del libro, a trabajar para su rescate, como hasta entonces el antipático simplismo plutocrático y el monolítico conformismo personal y psicológico de Reyles habían trabajado para la obra de hacerle presentar teatralmente la mera abyección. Un estudio detenido de esa carta llevaría a proponerse el parentesco literario existente entre la situación de Cacio-homicida y la del Mersault de *l'Étranger*, y una fundamental semejanza de justificación existencial ("Como si esta gran cólera me hubiese purgado del mal —escribe Mersault— vaciado de esperanza, ante esta noche cargada de signos y de estrellas, yo me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo"). Y también llevaría a preguntarse, sin ánimo menudo de maledicencia (pero sí para indagar posibles claves psíquicas autobiográficas) hasta qué punto este Reyles, de última hora en su propia novela, que

PROLOGO

noción extraída de Fouillé.²² El mundo de los Crooker —familia de alta burguesía industrial y ganadera— es el mundo incontrastable y esplendente del triunfo, del poder y del dinero; la suya es "la voluntad imperiosa de los que han nacido para saborear el néctar y la ambrosía del triunfo y la dominación". Es el mundo visto desde lo alto de la *situación* Reyles (Rama), el mundo de las relaciones humanas visto con el *parti-pris* de la justificación de la opulencia, de la apología de los ricos, los acaudalados, los triunfadores ("El autor ve la miseria de arriba abajo, es decir del lado afortunado": Benedetti). En *Beba*, Reyles había pintado a una familia de burgueses mediocres, inseguros, timoratos (los Benavente); en *La raza de Caín* estamos frente a unos burgueses enérgicos, dominantes, señoriales, salúferos en su abundancia. El personaje central y energético del grupo es don Pedro Crooker, saludado y ensalzado —más que mencionado— por Reyles cada vez que tiene que hablarnos de él. Ya a fojas uno de la novela nos lo presenta como "acaudalado estanciero y el

comprende a Cacio, es el Reyles que había sentido la liberación decompresoria de la violencia en sí mismo, el Reyles que dos años antes —en 1898— había participado forzosamente en el sangriento episodio feudal de la estación de Molles.

²² Imposible entrar, en este prólogo, a examinar por extenso el desarrollo de las ideas de Reyles, su posible contradicción dinámica en el tiempo, su grado de originalidad, el rastreo de sus influencias, la validez intrínseca de sus planteamientos. En todos esos sentidos, es posible remitir al lector al varias veces citado prólogo de Visca y, sobre todo, a dos obras de Arturo Ardao: *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura, 1956, pp. 113 a 118 y *La voluntad de conciencia en Reyles*, Ed. de la Universidad, Mvdeo., 1962.

PROLOGO

prócer más conspicuo de la villa"; sucesivamente se le trae a cuento como "el noble" Crooker, y hasta se nobilizan las partes de su cuerpo (sus hijos besan "su noble frente", Menchaca mira su rostro "suave y bonachón") o se sublima el elogio de sus virtudes domésticas ("el varón sencillo, fuerte y bueno que se pega los botones para no molestar a las criadas", cap. VII) y de su plenaria y activa bondad, de su indulgencia hacia todo y hacia todos ("el hombre generoso que sólo goza con la dicha de los demás"). De un extremo a otro del libro, Reyles beatifica, canoniza a don Pedro Crooker, figura en la que retrata a su padre don Carlos Genaro Reyles. Otros personajes que asumen novelescamente la glorificación de la memoria de don Carlos Genaro Reyles (en términos que se corresponden a los de la exaltada necrológica que publicó en el boletín de la Federación Rural, tiempo después de la muerte de su progenitor) son Mamagela en *El terruño* (trasmutando el sexo de la criatura amada, como en el caso de la Albertine de Proust) y *Don Fausto*, el estanciero realizador y progresista de *El gaucho Florido*. A éste, en especial, Reyles lo elogia apodícticamente y sin el menor trabajo de demostración narrativa, como a D. Pedro Crooker. Lo que en *Beba*, y aludiendo a la opaca medianía de los Benavente, llama Reyles "el criterio prosaicamente sesudo de un burgués" es aquí elogiado como prueba de fuerza, cordura, equilibrio, sensatez, toda la teoría de las virtudes de una clase dominante y adinerada. E incluso, por supuesto, están las incompreensiones y limitaciones de esa clase, manejadas como otras tantas preesas de hidalguía, envidia, bondad sin sofisticación, virilidad, señorío, llaneza. En el capítulo XVIII el autor narra cómo,

PROLOGO

a partir del momento en que, enganchado el pie en el estribo de un caballo, ha estado a punto de ser víctima de un accidente fatal, el acaudalado estanciero piensa recién en la muerte y se pone a redactar su testamento (que repite, punto por punto, el de D. Carlos Genaro Reyles). "Contaba sesenta y cinco años y nunca se le había pasado por la imaginación la idea de la muerte", de tal modo vivía en el venturoso mundo de los justos, sin culpa, sin miedo y sin tacha. Pero a raíz del episodio y durante algunos días lo aqueja "un blando sentimentalismo ajeno a la virilidad de los Crooker", extremo que Reyles parece reprocharle con indulgencia, como defección a su visible teoría del *machismo*.

Y también, como inqueridas virtudes por omisión y por pureza, están las limitaciones, las negaciones, los *sanos* prejuicios. Cuando Menchaca descubre a D. Pedro Crooker su alma de "eterno marido" (tal como dostoievskianamente la define Reyles), la reacción del *prócer* es de incredulidad y extrañeza: "El hombre fuerte, habituado a luchar y vencer, gracias a los prodigiosos esfuerzos de su voluntad, adiestrada como un caballo de circo, obediente a las menores indicaciones de la espuela, no podía comprender las debilidades ni flaquezas de Menchaca". Tampoco puede comprender a otras categorías humanas: por ejemplo, a la mujer, ya que es antifeminista ("Don Pedro, a pesar de haber sido un hombre de no escasa fortuna entre las mujeres, abrigaba cierta tirria contra ellas"); a los periodistas (a quienes desprecia tan inexplicablemente como a las mujeres); a los maridos extremosos ("examinaba perplejo al hombre destruido por la mujer"). Y, en cambio, tiene tolerancia frente a otras categorías convencionalmente punibles: la

PROLOGO

de los adúlteros, por ejemplo, si éstos son triunfadores, frívolos y ricos (véase el final del capítulo XVI en que con toda bonhomía reconviene a su hijo Arturo, precisándole que *ahora* no está bien que siga sus amoríos adúlterinos con Ana Cacio de Menchaca).

Este ser de sólida implantación pero de tan limitado registro vital y de tan transparentes renunciados, es el paradigma burgués de *La raza de Caín*, el *primus inter pares* de los seres invariablemente nobles, sólidos y bienqueridos que Reyles ve en los Crooker, sin perjuicio —ya diremos— de que haya entre ellos un adúltero y un sádico por trivialidad (Arturo), una dubitativa homosexual (Carola), una estólida (Amelia, mujer de Guzmán). El aire higiénico de la familia no se ensucia por estas pequeñas contrariedades benignas. Ni aún los panegiristas de Reyles han podido compartir su simpatía arrolladora por los Crooker. Rodó, en su nota inserta en *El mirador de Próspero*, se refiere a "el grupo de los Crooker, con su perfecta y, a las veces, antipática mediocridad". Josefina Lerena Acevedo de Blixen²² consiente, hablando del libro y del autor —en obra de visible intención apologética— en que "sus personajes pueden ser audazmente antipáticos y asimismo se parecen a él".²⁴

²² *Reyles*, Biblioteca de Cultura Uruguaya, Mvdeo., 1943, 176 pp.

²⁴ Ya hemos aludido al punto de los circunloquios que impuso a muchos críticos, coetáneos de Reyles y en algún caso sus amigos, la quisquillosa susceptibilidad, la notoria arrogancia del autor. Para orillarla, debieron recurrir a los subterfugios más conocidos y divertidos (redacciones indirectas, salvedades como panegíricos, lo principal como incidental) que hacen las veces del eufemismo formal y aún conceptual en las formu-

PROLOGO

A esa solidez, presuntamente monolítica, del mundo de los Crooker, se corresponde la parvedad de la concepción imaginativa con que ha sido trazado. Es que esas que Guzmán llama —en el capítulo II del libro— "criaturas digestivas" (es el punto de vista de un *détraqué*, no el de Reyles) están vistas de un modo esquemático, novelescamente inarticulado. E incluso hay cierta desprolijidad, en cuanto se desciende episódicamente al detalle: uno de los rasgos de D. Pedro Crooker —quien, como hemos visto, suele no comprender (a los desdichados, a los débiles,

laciones de los críticos. Así, Rodó —al referirse a la forma en que está escrita la novela— asordina deliberadamente su fina pulcritud verbal para calificarla de "austera y *mate* quizá", subrayando el término connotativo de la opacidad, para despojarlo de sabor contextual; luego, más laboriosamente aún, reconoce que "aquellos que quieran sostener que hay en el libro una tesis pesimista... no carecerán ~~de~~ razones atendibles". Y envolviendo y atenuando un reproche perspicaz, que también bosquejara Lauxar, dice que "quizás hubiera sido bien... que hubiera usted opuesto al cuadro de enervación y de egoísmo, que ha querido dejar severamente en pie, como una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significase, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda", larga oración que recata una tacha de monotonía. Menos hábil para la disidencia, menos aguda, Luisa Luisi (op. cit., pp. 39/41) dice casi como elogios, en un comentario de adhesión virtualmente incondicional, que en el libro "el paisaje queda relegado a segundo plano", que "no necesitaba Carlos Reyles agregar a la terrible tragedia interna de estos personajes, los dos homicidios", que "algunos críticos han querido ver solamente la parte abyecta del carácter de Cacio", etc. Lauxar, por su parte, confina a una nota al pie, final de capítulo (a pág. 84), la constancia de que "tiene la obra algunos puntos falsos", y seguidamente los enumera, dejando tal escrutinio de defectos expresamente al margen del texto principal, en que elogia el libro.

PROLOGO

a las mujeres)— es su generosidad plutocrática, su largueza para socorrer con dinero;²⁵ y bien: Lauxar recuerda, en la nota al pie que abrevia sus objeciones a la novela, que al principio se dice en ella que Pedro Crooker ha costeado los estudios de Cacio y hacia el final Ana Cacio recuerda que se casó con Menchaca para poder costear los estudios de su hermano.

²⁵ El punto de vista plutocrático (la metafísica del oro) es evidente en todo el libro. Menafra (op. cit., pp. 121/22) dice que los seres que allí aparecen "se dividen en dos clases, que en el fondo constituyen dos «razas», porque sus diferencias son demasiado profundas: los que triunfan en la vida y los que fracasan. Conviven, pero en el fondo los separa un antagonismo radical". Y es obvio que la medida del triunfo y del fracaso las da respectivamente el poder o la ausencia de poder que dimana de la posesión del dinero o de la carencia de él. Luisa Luisi (op. cit., p. 46) habla de "la superioridad de la riqueza y de la fuerza". Y tal canon de valor llega hasta lo trasconsciente: cuando Reyles tolera que Cacio tenga alguna virtud, ha de ser una virtud que el poderoso desdeñe: el ahorro (cap. XV) virtud de trocha angosta, virtud mezquina, virtud de nulo señorío. Ninguna inclinación a alabar las excelencias del ahorro podía tener el *gentleman-farmer* de que hablaba Rodó, el *gentleman-rider* del haras de Lobería, el rico por herencia que pasaba la mitad de sus días en Europa. Benedetti dice, parafraseando la dedicatoria a sí mismo que Güiraldes agrega en *Don Segundo Sombra*, que Reyles pudo haber consagrado *El gaucho Florido* "Al estanciero que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia". Zum Felde (*Índice crítico de la Literatura Hispanoamericana*, La Narrativa, tomo II, México 1959, p. 395) recuerda que en su hora los socialistas dijeron, de *Don Segundo Sombra*, que era "la estancia vista por el hijo del patrón". Más fuerte que en Güiraldes, teniendo más imperiosamente la visión del mundo y de las relaciones humanas, esa definición sería cierta en el caso de la obra novelesca de Reyles, tanto da que se hable de *Beba*, de *El terruño*, de *El gaucho Florido*, novelas específicamente rurales, como de *La raza de Caín*, donde la riqueza

PROLOGO

A los demás Crooker suele darlos sumariamente, por un solo rasgo: la mediocridad sin riesgo ni aventura en Amelia, con una alusión a su "temperamento linfático" y una frase de diálogo, en el cap. XI, en la que se consigna una *idea recibida*, felizmente reveladora de la vulgaridad del personaje, en el sentido de que los viajes se reducen a andar de fonda en fonda y pasarse la mitad del tiempo en los ferrocarriles;²⁶ la desaprensión de Arturo Crooker, a quien

ganadera sólo aparece aludida con relativo detalle una vez (cap. XI) y donde la estancia como escenario nunca aparece, aunque Luisa Luisi (op. cit., p. 39) diga inadvertidamente lo contrario. El aludido punto de vista plutocrático en la obra novelística de Reyles es tan nítido, que con crudeza pero veracidad ha podido sostener Benedetti que la única clase de pobreza que merece al autor alguna simpatía es "la del que tuvo fortuna y la ha perdido", como es el caso "del equívoco Pepe de *A batallas de amor... campo de pluma*". Y, para esa fecha, el del propio Reyles.

²⁶ En lo que es una excepción dentro de *La raza de Caín*, este económico, suficiente rasgo definitorio aparece confiado a una sola línea de diálogo. En casi toda la novela —salvo aquellos fragmentos en que las condiciones de ambientación y personajes propenden al artificio (como en las conversaciones entre Guzmán y Cacio, o entre Guzmán y Sara, en casa de ésta)— el diálogo es engorrosamente amanerado, lleva una sobrecarga de modernismo, un peso muerto de frases demasiado elocuentes o inútiles, una exterioridad recamada de refranes que estorban al lector y tornan inverosímiles las situaciones de una novela realista. A veces, aún cuando el diálogo en sí no sea particularmente enojoso, el artificio de un largo subtema injertado en un contexto emocional que no lo tolera, pesa como demasía: ejemplo, la prolija narración que hace Guzmán a Sara de un encuentro casual con Menchaca, abriendo un especioso paréntesis divagatorio o digresivo en una situación (la referida en el capítulo XIX) que entre los dos dialogantes es literalmente de vida o muerte. Lo descriptivo es superior a lo coloquial y a lo dramático en *La raza de Caín*

PROLOGO

el autor absuelve vez a vez, con el mismo fervor simplista con que se pasa denostando a Cacio;²⁷ el

y, en general, en todo Reyles. Exclusión hecha de *El embrujo*, irrita onerosamente la falta de un sentido nacional del idioma, que haga más ligero y verosímil lo conversacional en Reyles. Y en *La raza de Caín*, la dramatización paga un abrumador tributo al sentido escenográfico de la actitud modernista, en los trances culminatorios o de climax que ya hemos citado. Por otra parte, es lo que ocurre en toda la novelística de Reyles, si se deja a un lado el pintoresquismo de algunos diálogos de *El embrujo de Sevilla*. Lo rescatable y hoy valorable en Reyles son —dice Benedetti (op. cit., p. 63)— “las buenas páginas descriptivas que ha dedicado a algunas tareas y a algunos momentos de nuestra vida rural”. En *La raza de Caín* un antologista exigente podría separar las páginas iniciales que describen el impreciso pueblo de veraneo en que transcurre la primera parte de la novela, la recorrida de Cacio por ese pueblo a la tardcecita (cap. XII), la segunda parte del cap. XIII —seguramente lo mejor del libro— en que se describe la desolación de Menchaca al abandonar el pueblo en carruaje, a la madrugada, y la carta de Cacio, en el cap. XIX. La misma preferencia por lo descriptivo podría tener tal antologista frente a otros libros: en *Beba*, el largo viaje de Ribero y Beba, a la deriva, en mitad de la creciente (a pesar de algunas frases crespas, inverosímiles del diálogo); la noche de lluvia recorrida en coche, los retratos de D. Pascual Benavente o del Coronel Quiñones; en *El gaucho Florido* el vado de la tropa; cuando se da la alcación de lo descriptivo y lo noblemente dramático, estamos en presencia del mejor Reyles (la batalla y la muerte del caudillo Pantaleón, en el Cap. XIV de *El serruño*).

²⁷ Este empecinamiento absolutorio es ostensible, hasta el grado de lo molesto. En el capítulo XII puede leerse este fragmento: “Y el ave de rapiña, añadió clavándole a Arturo los ojos (es Guzmán, su cuñado, quien reflexiona) se queda como la cosa más natural del mundo, con la paloma entre las uñas... Es cruel e inconsciente como la fuerza. Para satisfacer las necesidades de su egoísmo, despojaría al mundo entero y esto, naturalmente, *sin pizca de maldad* (subrayado nuestro), porque en su pecho anidan los sentimientos más generosos; sin embargo... phss! *es ave de rapiña* (subrayado de Reyles):

PROLOGO

titubeante homosexualismo de Carola, que el novelista no tiene fuerza o ganas para detallar,²⁸ etc.

La venganza sorprendente —y seguramente impensada por Reyles— consiste en advertir, cuando se ha

he ahí la explicación". (Incidentalmente, anotemos que la motivación egofista, posesiva, exactiva son iguales, aunque de signo proclamadamente contrario, en Cacio y en Arturo Crooker: de ahí debe nacer la indulgencia con que Reyles considera a Cacio criminal, tras haber sido tan duro con el Cacio meramente oblicuo y ambicioso, resentido. De algún modo, la aureola de triunfo, un triunfo satánico, llega para Cacio con el crimen; y el Reyles de *La raza de Caim*, ya se sabe, es un panegirista de todas las formas del triunfo). En el capítulo I del libro se narra el origen de la relación de dominio, hasta el sadismo y el sometimiento ulterior, de Arturo sobre Cacio. Queda inicialmente a cargo del masoquismo de éste evocarla ("Arturo en la escuela se complacía en humillarme. Como más fuerte, nos imponía a los demás niños su santísima voluntad, hasta el punto de convertirse, con un servidor de ustedes sobre todo, en un verdadero señor de horca y cuchillo", "me abollaba por sistema, para doblarme bien sin duda"; "me enseñaste la actitud de los *domesticados*", etc.). Narra Cacio el episodio escolar en que Arturo lo obligara a comer estiércol, entre la risa de los demás compañeros, y Reyles siente necesidad de rescatar de la zona más innoble la actitud de aquel Crooker, al hacerle decir, dirigiéndose a Cacio: "¿Para qué ocultártelo? Tu falsedad me irritaba, me crispaba los nervios: tú, personalmente, no", distingo que —sobre ser demasiado sutil para un personaje tan basto como Arturo Crooker— no halla luego su auxilio en una sola línea del contexto novelesco. Por lo demás, en igual forma abrumadora del triunfo y del sometimiento se solaza Arturo Crooker cuando el marido engañado, Menchaca, llega a besarle la mano. Como en *Le grand écart*, la novela de Cocteau, Reyles parece postular la existencia de dos razas, la de diamante y la de vidrio, destinada la primera a rayar, la segunda a ser rayada. Arturo Crooker es de la raza de diamante, Cacio, Ana y Menchaca son de la raza de vidrio.

²⁸ Una primera alusión a la índole de ambiguo afecto que María Carolina (Carola) siente por su prima Laura, su

PROLOGO

cerrado el libro, que los otros personajes, los de "la raza de Caín", viven, en tanto los Crooker perma-

compañera de habitación, aparece en el capítulo II de la novela, cuando —tras referir que Carola se aplica a arreglar los pliegues del traje de Laura, "con ese amoroso y tierno cuidado que ponen las feas en ayudar a vestir a las amigas bonitas"— se dice, describiendo los sentimientos de Carola hacia su prima: "Ella la quería siempre linda y toda para sí, y a veces llegaba a experimentar, cuando la veía rodeada de otros o de otras, un sentimiento muy femenino, sutil y complicado, semejante a los celos". Pero donde Reyles se anima algo más (bien que con flaqueza de su inventiva novelesca, como a menudo le ocurre en las zonas límites; por ej., cuando prefiere endosar a la imaginación del lector un diálogo de tónica intelectual entre Cacio y Guzmán o un intercambio inferior y cínico de resentimientos entre Cacio y Ana), donde se interna algo más en la descripción de ese "sentimiento muy femenino, sutil y complicado" es en el capítulo XVIII, el mismo que culmina con la muerte de Laura por envenenamiento. Allí Laura, novia inminente, se prueba su diadema de azahares frente al espejo, y el libro registra este diálogo:

"—¡Vas a estar divina! —le dijo Carola, y la cubrió de besos.

"—¡Qué loca eres! —exclamó Laura apartándola.

"—Si fuese yo la que me casara, no estaría tan contenta.

"—¡Qué cosa!, yo siempre he pensado más en ti que en mí.

"—¡En cambio, nú, picarona!...

"—Yo siempre te he querido.

"—¿A mí sola?

"—Y a Arturo, por supuesto.

"—¡Por supuesto, por supuesto!... yo no he tenido ningún por supuesto...

"—¡Qué chusca! ¿Querías que me casara contigo?

"Carola permaneció callada.

"—Oye —dijo después— si no te casaras con Arturo, "estarías celosa, pero siendo con él... No, no puedes imaginarte cómo te quiero. Te juro que es una cosa bárbara!

"Laura se echó a reír.

"—Sí, riéte cuanto quieras; en cambio a mí, muchas veces me ha dado miedo...

PROLOGO

necen inarticulados, esquemáticos, fijos, estatuarios, y son las criaturas más convencionales y menos des-

"—¡Miedo! ¿de qué?...

"—No te rías... pues me ha dado miedo de enamorarme de ti.

"—¡Qué loca! las mujeres no se enamoran de las mujeres..."

"—Sin embargo, yo he leído... dicen que Safo".

El buen fragmento de diálogo aparece estropeado y viciado por la improbable cita culterana; es, además, un refugio de Reyles para no seguir avanzando en materia tan escabrosa, contra la inocencia de Laura. Dos puntualizaciones: 1) Esta declaración vacilante de amor homosexual se produce a las puertas mismas de la muerte de Laura, y está destinada a ser borrada, a quedar abolida por el peso contrastante del asesinato; a mayor abundamiento, tiene a Cacio como testigo oculto tras una percha de ropa; 2) el novelista no dedicará un solo párrafo a relatarnos el estado anímico, los sentimientos, etc., de Carola Crooker a raíz de la muerte de su prima. Realmente, el asesinato se lo lleva todo.

Esa necesidad de alguien que espíe el conato homosexual (ha de ser un hombre, la tenaz recurrencia de Reyles volverá sobre la situación) torna a darse en "*A batallas de amor... campo de pluma*", cuando Pepe Arbiza atisba los escarceos homosexuales entre Dora y Pichona. "Reyles, que admiraba a Proust —dice Benedetti (op. cit., p. 61)— no se decide a tocar francamente el tema de la homosexualidad y sólo se permite la licencia de insinuarlo y negarlo a la vez, dejando empero en el lector un sedimento como de algo inalcanzablemente morboso". Este juego de avance y retroceso ya estaba en la escena entre Carola y Laura, donde la primera, tras nombrar a Safo, da marcha atrás, y dice "Pero mi amor no es así; mi amor nace de tu belleza", etc., recurriendo a un fundamento esteticista que, además de irreal, es empobrecedor de la carga dramática de la situación. Benedetti, refiriéndose a la novela póstuma de Reyles, propone la influencia de *Combray*, de Proust, donde Marcel espía los manejos homosexuales entre la hija del músico Vinteuil y una amiga. Pero cuando Reyles pone a Cacio como espía del conato homosexual entre Laura y Carola, no existe aún el posible paradigma

PROLOGO

arrolladas de la novela. Rama²⁹ endosa esta diferencia a lo que novelescamente se conoce como *el punto de vista*; aunque no le llama explícitamente así, recurre a tal explicación. Cuando el personaje representa a *la persona* Reyles —postula— está "visto desde adentro, en la intimidad de su conciencia, desdibujándose en su calidad de actor para ser sólo conciencia que contempla. Porque si bien centraliza la acción, no constituye el elemento dinámico que la desencadena sino un espejo en que se refleja y debate la naturaleza del impulso vital". "Esta conciencia no está sola —agrega—. Merced a su comprensión del funcionamiento de la vida, genera sus propios opositores, que sin embargo pertenecen a su misma familia y en definitiva son emanaciones, en sentidos opuestos, de la particular *situación* en que se encuentra". Los Crooker, en tal distingo, representan a *la situación* Reyles. La diferencia de trazado sería una simple consecuencia del diverso modo de visión.

Rodó³⁰ empieza por decir que en *La raza de Cain* Reyles ha creado "por lo menos *dos* almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo": las de Guzmán y Cacio, "almas de excepción", "extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales", "con acentuada fisonomía individual" frente a las cuales el grupo de los Crooker "con su perfecta y a las veces

de *Combray*. El calco y el aplebeyamiento de la situación, de uno a otro libro de Reyles, podrían dar pábulo a un estudio sobre el proceso de deterioro de su imaginación novelesca. No cabe intentarlo aquí.

²⁹ Prólogo citado, págs. XV y XVI.

³⁰ Art. cit. de *El Mirador de Próspero*.

PROLOGO

antipática mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste" en el que sostiene que debería apoyarse la mecánica de la invención novelesca.²¹

Menafra²² se aplica a la vindicación literaria de los Crooker. "Alguien ha dicho que los Crooker son los personajes menos desarrollados y los más antipáticos", escribe. Y refuta así: "Todo lo contrario. El novelista los presenta como víctimas de un odio provocado por ellos. En cuanto a su desarrollo artístico, Reyles los hace permanecer casi estáticos, porque su expansión está en los actos que los otros realizan, directamente influidos por ellos. Obran como reactivos, de tal manera potentes, que su presencia se siente en cada actitud que provocan, aunque no aparezcan en el primer plano. Constituyen el "segundo plano" de la obra, técnica artística que Reyles venía esbozando y que llega aquí a su plena madurez. No son secundarios, sino nucleares, debido a esta concepción original del autor".

²¹ Real de Azúa, en el citado prólogo a *El Mirador* amonesta el entusiasmo de Rodó por los personajes de *La raza de Cabán* (y debe entenderse que se refiere en especial al entusiasmo de Rodó por Cacio y Guzmán), a quienes llama "portavoces puntuales" de una tesis. Coincidentemente, Zum Felde (*Proceso*, II, p. 277) anota que "se ven demasiado los hilos con que el autor mueve a sus muñecos, de modo frecuentemente forzado y artificioso".

Refiriendo el reproche a los Crooker, es de preguntarse si esa condición enteriza y no detallada de su mundo no se debe al reparo de índole ético-intelectual que formula Benedetto a Reyles (op. cit., p. 60) en el sentido de que el autor tampoco se atreve a ir hasta el fin de sus ideas, quemando sus naves. Esa cortedad moral respondería a la interrogante de Lauxar, en cuanto a por qué no nos ha dado en primer plano el cuadro completo del ideal que profesa.

²² Op. cit., p. 122.

PROLOGO

La explicación parece, a primera vista, ingeniosa; pero los efectos de la estatuaria (el relato esculpido, los personajes hieráticos) no son méritos de la novelística, y la confusión al respecto, por ilustre que sea (piénsese en el Flaubert de *Salammbô*) prohija siempre un déficit en el interés novelesco, una merma en la vida y credibilidad de las criaturas de la ficción. Y tanto más notorio es ese déficit si, como en el caso de *La raza de Caín*, el esteticismo psicologista que elige como módulo el autor, aspira a dar el fluir de la conciencia. Lo cierto es que las disculpas sólo trasladan a otro plano los cargos, dejándolos intactos. Cacio, Guzmán, Ana, Menchaca, Sara, están vistos con mayor especificidad y detalle, dotados de un mayor dinamismo interno, inventados hasta el fin. Hay una muy distinta fluencia vital, una gran diferencia de acabado y pormenor entre ellos por un lado y los Crooker por otro. Estos son sumarios, esquemáticos, y puede aceptarse (con Menafra) que sean simplemente catalíticos. No es una condición que les dé rango vital suficiente frente a esas otras criaturas más complejas, a veces caricaturescas, contrahechas, tortuosas, a menudo falsas por exceso, oprimidas por una espesa fatalización pero casi siempre concretas, alguna rara vez (en que se las deja libres) imprevisibles, casi siempre *humanas*.

Si los Crooker interesaran directamente, Reyless no habría terminado justamente el libro donde la condición de ellos empezara a ser presuntamente más patética, cuando la tragedia pudiera llegar a conferirles una estatura raciniana. La novela tiene veinte capítulos: el asesinato de Laura Crooker, a manos de Cacio, ocurre al final del capítulo XVIII; la muerte de Sara Primo de Casares, a manos de Guzmán,

PROLOGO

un integrante por afinidad de la familia Crooker, en el propio capítulo XX. La primera de ambas muertes —especialmente— tendría que haber desgarrado al clan Crooker. La descripción de tal climax trágico habría sido ineludible si los Crooker hubieran sido personajes de envidia y consistencia realmente carnales, algo más que exponentes de una *situación* social. Sin embargo, a Reyles sólo se le ocurre decir, en los primeros tramos del capítulo XIX: "Siempre que los Crooker se reunían, a fin de consolarse mutuamente, pasaban largos espacios de tiempo sin que nadie pronunciase una palabra; sólo algún sollozo escapábase de cuando en cuando de aquellos pechos en donde, algunos días antes, vivían las más risueñas esperanzas. El luto, la semi-oscuridad de las habitaciones, los rostros afligidos, todo predisponía a la tristeza. En medio del silencio de la casa, los pasos y los golpes de tos resonaban lúgubrementes".

Es una anotación sumatísima, genérica, plural, grupal, casi escenográfica, con detalles visuales y atmosféricos (luto, penumbra, rostros) y algún aditamento sonoro, para medir una distancia fúnebre y despoblada (pasos, un golpe de tos, un sollozo).²³

Cuando Guzmán mata a Sara y no se atreve a matarse, lo que puede darse entre los Crooker es bochorno, titubeo acerca de su monolítica superioridad, una grieta en el muro. Reyles no dice absolutamente

²³ Dice Reyles en *El arte de novelar* que "lo más importante no son las cosas sino las representaciones de las cosas". Pero deserta de esa justa observación cada vez que, con haraganería del detalle, remite la imaginación del lector a situaciones típicas (lo que puedan decirse dos intelectuales, los dicterios que puedan cambiar dos despechados, etc.).

nada del destino colectivo de ese coro, tras la culpa de Guzmán.

¿No son todas ellas alusiones, seguramente inqueridas, al hecho de que novelescamente los Crooker no existen?⁸⁴

Hay exégetas que han aforado otra versión posible, en la que los Crooker contaran más. Lauxar⁸⁵ dice que el libro "es una demostración negativa", ya que se nos dice de los personajes "que concentran en sí el interés de la obra", "cómo fracasan por su ineptitud". Y añade: "Quizá hubiera sido mejor, más concluyente, la historia triunfal de los Crooker, fuertes y felices, en sus empresas de hombres de lucha". "Era por cierto digno de ensayo el propósito de hacer admirar un grupo de seres superiores puestos sin malogro en situaciones ordinarias. Habríamos visto así, directamente representado, lo que el moralista nos aconseja, lo que a su juicio se debe hacer. Con su novela apenas entrevemos en Crooker la tranquilidad segura de los espíritus equilibrados que se mantienen, sin locos proyectos, en la posición normal de la vida corriente. ¿Por qué no darnos en primer plano el cuadro completo del ideal que se profesa?"

Es difícil acompañar a Lauxar en su implícita convicción de que esa otra cara del libro hubiera sido interesante: los Crooker son en definitiva demasiado chatos y estólidos para sostener el interés del primer

⁸⁴ No siempre la endeblesz de los Crooker viene de la falta de detalles en su trazo. Alguna vez, como sucede con Arturo Crooker, viene de una tergiversación de rasgos, que presenta defectos con la óptica de que sean virtudes. Ya lo veremos al analizar este personaje.

⁸⁵ Op. cit., p. 71.

plano de un libro, sobre todo si ese libro obedece a las equívocas sutilezas de una sensibilidad modernista. La versión conocida de *La raza de Caín* parece más incitante que la deseada por Lauxar.²⁶

No sólo por el autoritarismo propio de toda abreviación, de toda esquematización, de toda receta apodíctica obrando sobre la mente del lector, los Crooker se hacen antipáticos. También suele ocurrir que la óptica misma con que los ve el autor sea capciosa, y el lector se resista a ella: es lo que ocurre en el caso de Arturo Crooker, con respecto a quien la intención manifiesta de Reyles es la de un panegirista y consiste en presentarnos a un joven alegre, decidor, bienhumorado, de talante triunfal. Los rasgos que Reyles nos ofrece para integrar esa composición son acaso, en su concepto, virtudes; pero el lector puede recusar como falsa la óptica por la que una serie de defectos es traficada como una teoría de laudables atributos: Arturo es, en efecto, sádico (episodio del estiércol estregado sobre el rostro de Cacio niño); desdenguado, arrogante (episodio del absurdo besamanos de Menchaca y comentario irónico que le suscita); es un ser feudal, incluso en lo íntimo (obliga primero a humillarse a Laura y cuando su *machismo* está satisfecho, deja sin efecto un viaje por el que parece no haber sentido nunca mayor interés: "¿Por qué no cedías?"; es su típica pregunta: ver fin del capítulo XI); es adúltero, es trivial, es

²⁶ Zum Felde (*Proceso*, II, p. 276) dice con justeza que los Crooker son "encarnación de la burguesía negociante, puramente utilitarista, absolutamente inintelectual, vale decir personajes ajenos a todo interés literario, filosófico o científico, y a toda actividad que no sea concretamente práctica".

desconsiderado; es egoísta (rehúsa mediar, ante un pedido de su padre, para paliar las desavenencias entre Guzmán y Amelia Crooker); es falsamente magnánimo (a Cacio primero lo somete en público y luego, también ostentosamente, lo protege en público, en una forma de amparo que es otra forma de crear servilismo); es ignorante ("como la mayor parte de los jóvenes ricos, tenía Arturo poca ilustración", se dice en el capítulo I); es insensible, es vulgar de alma. Pero esos defectos, si bien se les mira, pueden ser virtudes de clase, atributos de una *situación*, aptos para perdurar en ella y en la posición de predominio que ella exija mantener: son defectos individuales de un rico, no necesariamente endebleces de la condición plutocrática, y Reyles los mira bajo este último sesgo. Otro tanto puede decirse de las limitaciones del más noble D. Pedro Crooker.³⁷

A este respecto conviene recordar una precisión de Visca³⁸ acerca de un elemento que es común a las *Academias* y a *La raza de Caín*: "En todas estas obras —dice— y más allá de disimilitudes de conte-

³⁷ Aunque el libro más lo deja entender que lo dice, debe concluirse en que D. Pedro Crooker es viudo. El Carlos Reyles de treinta y dos años de edad prefiere no imaginarse ninguna forma de sosegado aposentamiento del amor conyugal. En *Beba*, el viejo Benavente es un maniático tolerado por su mujer; en *El Terruño* el centro de la pareja conyugal es Mamagela, "la castellana de El Ombú". Su marido, Papagoyo, es un pobre diablo imbuido de sensatez, como lo prueba el episodio, tartarinesco o cervantino, del burrito despanzurrado. En *El gaucho Florido*, D. Fausto también es viudo. Según Menafra (op. cit., p. 293) "Reyles nunca se enamoró de las mujeres. Ni ellas se enamoraron de él". Ya hemos aludido, al pasar, a su antifeminismo, que es el de D. Pedro Crooker.

³⁸ Prólogo citado, cap. III, pp. XXIV y ss.

nido, intención y elaboración literaria, hay un ingrediente unificante: en todas se percibe la presencia de una raíz conceptual desde la cual crece la situación imaginativa. Esa raíz, bien hundida en la realidad, se nutre de sus jugos. Esa raíz conceptual es, simultáneamente, una interpretación de la realidad que da materia al novelista y una concepción general de la vida. En toda novela se hallan, desde luego, implícitamente, una y otra cosa. Pero es posible notar que pueden hallarse de dos maneras distintas. En algunas novelas, *están* sin que haya mediado deliberación del autor; en otras, *han sido puestas* por el autor mismo con nítida intelectual deliberación. En el primer caso, la interpretación de la realidad y la concepción de la vida postuladas en la novela *salen* de ellas más que nada como un acto de interpretación conceptual del lector mismo; en el segundo, *son impuestas* al lector por el mismo novelista. Las novelas de Reyes pertenecen al segundo grupo".

Y dentro de las novelas de Reyes, ninguna con tan incontrastable impronta autoritarista como *La raza de Caín*. Zum Felde la encuentra por eso mismo menos fluyente que *Beba*, más artificiosa, más rígidamente articulada. Es cierto que de una a otra pasan indemnes las precoces fijaciones adversas o propicias, los prejuicios de Reyes: contra la escuela, contra la Universidad, contra el periodismo, contra la ciudad y sus modos de vivir, contra la condición intelectual,⁸⁹

⁸⁹ Mario Benedetti afirma que Reyes, en cuanto puede, escarnea la condición del intelectual. Si el abyecto o el iluso es asimismo un intelectual, tanto mejor. "Tocles no es el único intelectual que el autor ridiculiza. También Cacio y Menchaca —las dos figuras más despreciables de *La raza de Caín*—

PROLOGO

contra la mujer; a favor del *machismo*, de la energía, del espíritu de dominación; fijaciones y prejuicios que es extraño se hayan aquerenciado con tal fuerza, con tal acritud, con tal severidad de rechazos en un hombre tan joven, a menos que se opte por la versión del asimismo precoz hieratismo, de la temprana anquilosis personal de Reyles. Pero, sobre una escenificación semejante —vacaciones en el campo y/o pueblo, traslado posterior de todaś las *dramatis personae* a la ciudad, articulando como una bisagra la acción novelesca, que resulta así de dos postigos—⁴⁰ y con aversiones fundamentalmente idénticas, *Beba* fluye mejor que *La raza de Caín* aunque ésta sea taxativamente más rica, más abigarrada de elementos dispares. Se ha dicho que en Reyles los personajes preexisten a las situaciones y éstas son creadas por

tienen veleidades de literatos" (op. cit., p. 59). "Por otra parte, Reyles prefiere que sus pobres sean a la vez intelectuales, a fin de representar dos caricaturas en una" (ibídem, p. 58). Según Menafra (op. cit., p. 126) Reyles "deseaba procesar a su generación, eminentemente intelectualista, refinada y compleja". Coincidentemente Zum Felde (*Proceso*, p. 276): "su propósito era mostrar a la juventud lo nefasto de esa aberración intelectualista que representan Guzmán y Cacio". Tal parece ser la razón de la famosa dedicatoria de *La raza de Caín*, concebida en estos términos: "Respetuosa y humildemente dedico a la Juventud de mi país este libro doloroso, pero acaso saludable". Es claro que los excesos de refinamiento, complejidad e intelectualidad —si es que son realmente pecados sobre los cuales valga la pena aleccionar y ejemplificar— los había mostrado muy poco antes el propio Reyles en *La novela del porvenir* y en toda la polémica con Don Juan Valera.

⁴⁰ Es una estructura insistida en las novelas de Reyles, la de que una parte de la acción transcurre en el campo (y/o pueblo) y la otra en la ciudad: tal esquema es aplicable a *Beba*, a *La raza de Caín* y a *El Terruño*.

PROLOGO

y para los personajes. Es una verdad referible a toda la obra de Reyles pero, más arbitrariamente dada que en ninguna otra, en *La raza de Cain*, cuya aparente abundancia temática es espasmódica, *facit saltus*, se da estaqueada por la fuerza compulsiva de los personajes, quienes a su vez están predeterminados, carecen de una saludable libertad en su discurrir, son criaturas aplastadas por el peso de una filosofía determinista. La forma abrupta en que transcurre el libro, sin esa suerte de lubricación interior que hace los secretos de fluidez de la hechura de ficción, es demostrativa de que a Reyles le interesaban más esas criaturas por ellas mismas que la historia (incluso repleta de asesinatos) que a partir de ellas llegó a urdir.

Ese grado dispar de detalle en la invención novelesca, se refleja asimismo en el mundo físico de la novela. Los personajes invulnerables y enterizos viven sobre escenarios implícitos, desnudos, esquemáticos, dados por sabidos: los sólitos escenarios burgueses de la casa de veraneo o de la residencia en la capital. Tienen en cambio más acusado carácter y están dados con más acendrado pormenor el atélíer modernista de Julio Guzmán, la casa de La Taciturna con su decoración de *boudoir* y su alcoba, de las que luego popularizó el romance del cine mudo, la casa de Menchaca con sus tés y sus ridículos, presuntuosos timbres que ensayan vanamente la imitación del ambiente edulcorado de la alta burguesía y retratan la empinada, empingorotada, risible y lastimosa pretensión del filántropo.

(El pueblo en que transcurre la primera y mejor mitad del libro es impreciso e insituable en su radicación geográfica, pero narrativamente ha sido apun-

tado con acierto, es creíble. Llega a saberse de él que es un sitio de veraneo y baños, en el Este del país; que hay un arroyo cercano y asimismo sierras; que es de edificación chata y arrebañada, como todos nuestros pueblos; las descripciones de ese caserío a distintas horas —a la luz del día, al anochecer, a la madrugada— suscitan algunas de las mejores páginas del libro).

En los personajes fundamentales —o, como venimos diciendo, novelescamente más válidos— enjuicia Reyles tres formas del extravío: el extravío por ambición, en Cacio; el extravío por tedio y desacomodación, en Guzmán; el extravío por amor, en Menchaca. Es sintomático de la personalidad de Reyles el hecho de que el descarriado por amor sea el más flojo y desdibujado de los tres personajes.

Es disímil el énfasis con que Reyles condena o comprende a unos y otros. Es asimismo diverso el grado de participación que la *persona* Reyles tiene en cada uno de ellos.

A Cacio lo abrumba siempre, lo hace autoconsiderarse bajo, oblicuo, vil, mezquino, angosto, lúcida-mente culpable de su ruindad. Pero, en el fondo, lo ve actuar y lo acompaña hacia una culminación trágica. Y Cacio actúa: redacta anónimos, escribe, intriga, asesina. Tiene, en definitiva, la "volición viril", así ella haya consistido en asesinar. Luisa Luisi recrimina a Reyles no haber simpatizado bastante con Cacio. "Cacio no es un malvado" —dice—. "Lo hicieron malo los prejuicios aristocráticos de sus bienhechores, que no quisieron ver nunca en él sino

" Op. cit., pp. 40/41.

al *hijo del gringo*; sus ambiciones desmedidas, su falta de voluntad y de energía para sobreponerse a las condiciones deprimentes de su medio, y la falta de aptitudes que, como al Tocles de *El Terruño*, lo precipita en los tormentos y las amarguras del fracaso. Y sin embargo, hay en el esfuerzo de Cacio por levantarse de su medio, más dignidad y hasta algo de grandeza que lo hacen, en cierto modo, superior a Guzmán. Reyles parece reprocharle el querer salir de su medio; el aspirar a un escalón superior de la arbitraria escala de valores sociales, construida, sin embargo, más que con el mérito propio, con los prejuicios de las castas y de las fortunas".

Cacio es un resentido, no un rebelde; del mismo modo que Tocles —como decía Lauxar— es un iluso y no un idealista. Reyles no puso en él nada de la *situación* Reyles y, salvo la ambición emprendedora (ambición de fama, de predominio, posesivamente egoísta y rapaz, no trascendente) nada de su *persona*. Pero tiene razón Luisa Luisi cuando afirma que no sólo "odio y desprecio" ha usado Reyles en el retrato de Cacio, como algunos han pretendido. La trasvisible apología del acto viril, así sea destructivo, que Reyles prohija en la carta de Cacio a Guzmán, no se explicaría sin cierta forma sutil de compadecimiento: Reyles simpatiza, en forma postrera, con el *satanismo* activo de Cacio. En la sola medida en que es acción.

Mucho más, incontablemente más de la *persona* Reyles tiene Julio Guzmán, ese *amateur d'âmes*, como se le llama en el capítulo I de la novela. Ya *El extraño* proclamaba —según hemos visto— que Guzmán y el autor de *Primitivo* eran criaturas de una misma patria espiritual.

Los identifican el refinamiento estetizante, modernista, la apetencia de *confort*, la sensualidad ("Reyles era, lo mismo que Guzmán, un puro sensualista", dice Lauxar: extraña el verbo puesto en pretérito imperfecto, en el caso de un libro editado en 1918). Cuando Guzmán dice cómo hay que preparar un viaje, es Reyles quien nos está contando su experiencia, en *homme du monde*. Las lecturas de Guzmán son las de Reyles,⁴² el disgusto de Guzmán por la mediocridad espesa que lo rodea es el mismo disgusto y el mismo extrañamiento de Reyles; y hasta secretamente, la impotencia para la acción, en algunos planos, aflige también a Reyles.⁴³

Ni siquiera accede Guzmán al cumplimiento de la "volición viril" en que se realiza Cacio. Aunque es cierto que, como a prójimo más sentido, Reyles exige a Guzmán el ejercicio de una vocación viril más difícil, a dos tramos, que supone no sólo destruir sino asimismo destruirse: no sólo el homicidio sino todo el ciclo emocional del homicidio-suicidio.

De Menchaca, finalmente, a Reyles lo separa todo. En el capítulo II de la novela, el cuñado de Cacio aparece definido como el "producto legítimo de la

⁴² Entre otras, la de Baudelaire. El apodo de La Taciturna, aplicado por Guzmán a su amante Sara Primo de Casares, viene —según ya lo hemos dicho— del segundo verso del poema XXIV de *Les fleurs du mal*: *O vase de tristesse, ô grande taciturne*. Reyles novelista tiene muchas reminiscencias de la lectura de Baudelaire y en *Beba*, con flagrante recuerdo de *l'invitation au Voyage*, se habla de la caoba "pulida por los años".

⁴³ Por ejemplo, en cuanto a su entrevisto, mesiánico destino político, aunque su manifestación y su casi inmediato fracaso se sitúen después de *La raza de Caín* y antes de *El Terruño*.

civilización inferior y grosera de los pueblos de campo"; Reyles, que era rural y feudal, era también agresivamente anti-pueblera. De Menchaca lo separa todo porque la ambición de Menchaca (la de ser amado por su mujer, la de hacerse digno de ella, a pesar de su resignada aceptación de que ella decaiga a cortesana y "actriz") es una ambición coronada por el ridículo. Benedetti lo ha juzgado como una "personalidad imposible". Reyles ha acudido más de una vez, para tipificarlo, a la figura dostoiévskiana de "l'éternel mari". Existe la constancia, extraída por Menafra del *Diario* de Reyles (anotación del 2 de setiembre de 1909, a casi una década de editado el libro) acerca de que el autor proyectaba volver sobre el personaje, dulcificar el costado ridículo de sus humillaciones, "darle cierta grandeza trágica y grotesca a una, al éternel mari".⁴⁴

Es la misma índole de criatura lastimosa que en *Madame Bovary (mœurs de province)* representa Charles Bovary. Las plantaciones de tabaco, los monumentos y la filantropía, absurdos y frustráneos, de Menchaca, son el equivalente de la operación del pie cojo, del Dr. Bovary. Y llevan la misma carga de intención provincial y candorosa: ganar por la admiración y el deslumbramiento el cariño de la mujer, de algún modo superior, que irremisiblemente se le escapa. Cuando esta suerte de criatura lamentable quiere mitigar su complejo de inferioridad frente a su mujer, lo aguarda inevitablemente el más desairado de los ridículos. De ahí el inválido patetismo de uno y otro personajes.

⁴⁴ Op. cit., p. 133.

PROLOGO

La crítica corre sobre ciertos trillos y desdén o negligencia otros: los autores se han sucedido en la tarea de señalar el obvio parentesco (aludido por el propio Reyles) que existe entre el Guzmán de *El extraño* o *La raza de Caín* y el Des Esseintes de *À rebours* de Huysmans. Pero parece no haber existido una perspicacia igualmente fácil para apuntar que este Menchaca, que se corresponde a la bovaryana Ana Cacio (la que instaaura "recibos" en la capital y aspira a la elegancia mundana) es una curiosa mezcla de Charles Bovary y M. Homais, las dos eminencias provinciales de *Madame Bovary*. Como ellos, Menchaca es nadie fuera de la provincia, se pierde más allá de los marcos de una apócrifa, presunta respetabilidad de ámbito restringido.

Podría seguirse hablando, *ad infinitum*, de esta teoría de personajes de *La raza de Caín*; pero éste es un prólogo, no un tratado; y, como tal, tiene sus límites, acaso ya excedidos a esta altura.

Una palabra final, con todo, acerca de la agridulce (más agria que dulce) fortuna literaria actual de Reyles. Hemos dicho ya que —por la fuerte tonalidad de época de muchos de sus méritos, por la bizarría de su personalidad actuante y desafiante— Reyles recogió en sus días (con la casi solitaria excepción de Alberto Zum Felde) un escrutinio de críticas complacientes, aquiescentes, atenuatorias de los reparos y las objeciones, exaltatorias de los asentimientos. En esa línea se inscriben, según hemos visto, artículos, libros y ensayos de José Enrique Rodó, Luisa Luisi, Josefina Lerena Acevedo de Blixen, Lauxar; y también, de Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, de Max Nordau, de Unamuno.

PROLOGO

La posteridad no ha sido tan bondadosa. Reyles es objeto hoy de una preterición indisimulable en los gustos y las preferencias de los críticos literarios. Y acaso, también, de una excluyente valoración agresiva de sus limitaciones, de sus antipatías y de sus errores.

El libro de Menafra se mantiene en la línea del panegírico, y otro tanto puede decirse de los libros y artículos de Visca;⁴⁵ el prólogo escrito por Walter Rela para *Beba* y su nota introductoria al discurso de Molles respiran, bien que de modo más discreto, una visible adhesión al personaje, acaso más que a su obra. Pero a otros críticos actuales del Uruguay, Reyles les interesa aún mucho menos que a Zum Felde (quien, de todos modos, tanto en el *Proceso* como en el *Índice* fue ecuaníme y escrupuloso al señalar la fuerza, la pujanza, el brío, el vigor de muchas páginas reyleanas). Mario Benedetti —a quien hemos citado repetidamente en el curso de este prólogo— marca en la crítica uruguaya el punto de mayor animosidad (razonada) por la obra de Reyles. Pero tampoco ella interesa demasiado —según se infiere de menciones incidentales— a Carlos Real de Azúa o a Emir Rodríguez Monegal. Angel Rama, en su prólogo a *El Terruño*, parece más condescendiente con los defectos de Reyles, más comprensivo de las desventajas literarias de su *situación* personal (a él pertenece el feliz hallazgo del doble enfoque sobre

⁴⁵ Además del prólogo citado, Visca dedica a Reyles el primero de los ensayos incluidos en *Tres narradores uruguayos* (Mvdeo., Eds. de la Banda Oriental, 1962, 83 pp.) y varios artículos periodísticos publicados en el diario "El País", entre los cuales "Diversidades" (24/V/964) "Tema e intención" (14/VI/964) y "Desnudamiento síquico" (28/VI/964).

PROLOGO

persona y situación) y más apreciativo de sus virtudes; pero tampoco exulta por ninguno de los libros del novelista ni, mucho menos, por ninguna de las páginas del ensayista.

En la historia de su bibliografía, Reyles ha merecido un libro fuera de serie en los anales de la literatura uruguaya (el de Gervasio Guillot Muñoz). Pero hoy sus obras —con la excepción de *El embrujo de Sevilla* y quizá porque ésta ilustra ahora, contra el expreso propósito del autor, algo de esa "España de pandereta" que él quiso proscribir del libro— no interesan a las editoriales comerciales; y su reedición es producto del esfuerzo publicista del Estado.

A una empresa encarada en tales condiciones se suma el presente prólogo; sin disimular distancias y disentimientos evidentes, él ha querido razonar, tal vez con excesiva morosidad, los rasgos vivientes y los ahora muertos de *La raza de Caín*. Lo que se ha propuesto, como corresponde a su condición de prefacio, es abrir el diálogo con el lector, al mismo tiempo que *situar*, sin estéril ajenidad, un libro típico del Novecientos en el último tercio —ya a punto de iniciarse— del siglo XX.

CARLOS MARTÍNEZ MORENO

CARLOS REYLES

Nació en Montevideo el 30 de octubre de 1868. Su padre fue un rico hacendado y político uruguayo que se destacó por su obra de perfeccionamiento de la ganadería nacional. Realizó sus primeros estudios como pupilo en el Colegio Hispano-Uruguayo, pero no continuó estudios universitarios. Al fallecer su padre en 1886, se constituye en único heredero de una de las mayores fortunas del país, que, luego de su matrimonio en 1887 con D^a Antonia Hierro, pasa a administrar libremente. En adelante su actividad se repartirá entre sus tareas de hacendado y cabañista en el Uruguay y la Argentina, sus frecuentes viajes, y el ejercicio de las letras. En 1888 publica su primer ensayo novelístico *Por la vida* y en 1894 su primer novela realista *Beba*, a la que siguen las "Academias": *Primitivo* en 1896, *El extraño* en 1897 y *El Sueño de Rapiña* en 1898. En 1900 publica su segunda novela importante, *La raza de Cain*. Actúa fugazmente en política intentando un movimiento reformista que englobe los diversos partidos existentes. Funda con ese propósito el Club Vida Nueva (1901). El Club tuvo una vida efímera y no sobrevivió al alejamiento de su presidente, Reyles, quien, disgustado con este fracaso, intentará un movimiento al margen de los partidos. En 1903 reclama en su folleto *El Ideal Nuevo* una unión de las fuerzas económicas del país, proyecto que se concretará en 1915 en la fundación de la Federación Rural. *La Muerte del Cisne* publicada en 1910 sirve de justificación filosófica de este movimiento preconizado por Reyles, mientras *El Terruño* (1916) es la visión novelística del mismo. De 1918 a 1919 publica *Diálogos Olímpicos* (1^o *Apolo y Dionisio*, 2^o *Cristo y Mammón*). Realiza constantes viajes por Europa. En 1922 aparece su novela *El embrujo de Sevilla*. Afectada gravemente su enorme fortuna, debe regresar al país donde le nombran asesor literario de la Comisión Nacional del Centenario (1929-30), planeando el ciclo de conferencias que historiaron sintéticamente la literatura uruguaya y que se publicaron en tres volúmenes en 1931. En 1932 es designado para la Cátedra de Conferencias de la Universidad y el mismo año publica su última novela, *El Gaucho Florido* (*La novela de la estancia cimarrona y el gaucho crudo*). Publica sus conferencias y ensayos en *Panoramas del mundo actual* (1932) y en *Incitaciones* (1936). Este año es designado presidente del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica. En 1937 estrena en el Teatro Urquiza (Montevideo) *El burrito enterrado*, pieza en tres actos. Muere en Montevideo el 24 de julio de 1938. Póstumamente se publicaron *A batallas de amor... campos de pluma* (1939) y *Ego Sum* (1939).

CRITERIO DE LA EDICION

La presente edición reproduce la realizada en Montevideo en 1900 por la Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes. La ortografía ha sido actualizada con sujeción a las normas de la Academia.

LA RAZA DE CAIN

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

*Respetuosa y humildemente dedico a
la Juventud de mi país, este libro
doloroso, pero acaso saludable.*

CARLOS REYLES.

CAPITULO I

Con señoril lentitud y estudiada gravedad descendió Cacio de una flamante victoria, frente a la casa de D. Pedro Crooker, acaudalado estanciero y el prócer más conspicuo de la villa. Arreglóse cuidadosamente los pliegues de su levita gris perla, recién planchada, atusóse los bigotes, que minutos antes habían sufrido la acción de las tenacillas y el cosmético, y, paladeando como de costumbre cuando estaba un poco nervioso, entró en el zaguán, irguiéndose a fin de parecer más alto.

Dióle su tarjeta a la niña que pirueteando le salió al encuentro, y apelaba a la flema y al *sans façon* que había adquirido en sus quince días de París, para presentarse correctamente delante de su antiguo protector, cuando las risas y las irrespetuosas palabras de la pizpereta mocosa, le arrebolaron la nariz y el rostro, pero señaladamente la nariz, cuya facultad de enrojecer causaba al presumido joven no pocas humillaciones y tormentos.

—Aquí tienen ustedes —gritó la locuela en el espacioso y fresco patio donde la familia Crooker acostumbraba matar las largas horas caniculares con la charla y la lectura— nada menos que a Jacinto B. Cacio, corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, de *La Prensa*, de la *be*, de la *be*. . . —y echóse a reír como si le hicieran cosquillas. Oyéronse después mal ahogados murmullos y cuchicheos, y por último una voz grave que reprimía a la mocosa.

—He llegado ayer y mi primera visita es para ustedes, cuya residencia aquí supe casualmente hace un instante; en caso contrario, hubiera venido anoche a presentarles mis respetos —exclamó Cacio al entrar, saludando primero a la hija mayor de Crooker y luego a las gentes que allí había y que le hicieron un recibimiento cordial, pero como a persona de condición inferior.

Cacio, con la cabeza, le hizo señas a la mucama de que se acercara, y estudiada y gravemente le dio el lustroso sombrero y el bastón de ballena con puño de oro. “Me he habituado a que me sirvan y no puedo prescindir de ciertos detalles elegantes; si ustedes los desaprueban, me demostrarán que no viven a la *dernière*”, parecía expresar el gesto presuntuoso con que Cacio acompañó sus ademanes.

Después tomó asiento esforzándose por parecer dueño de sí, y para fingirlo dirigióles algunos melosos cumplimientos a las damas.

—A usted, Amelia, la encuentro igual: siempre joven y elegante: no pasan años por usted; en cambio las señoritas me parecen transformadas. Los lindos capullos se han convertido en ufanas flores...

—Usted tampoco ha cambiado, Cacio —interrumpió Amelia riendo— siempre tan galante y fraseador.

—No, no es galantería... tengo fresca en la retina las siluetas delicadas de las parisienses; ¡y bien!, sin pizca de exageración, les aseguro que al entrar aquí me he convencido de que en este pueblecito hay quienes, ni en elegancia ni en paquetería, tienen nada que envidiarles... Si hubiera encontrado por la calle a estas niñas, acaso no las habría conocido: ¡en seis años cambian de tal manera las personas jóvenes! Sin embargo, los rasgos fisonómicos

no han sufrido esencial alteración —aseguró, aprovechando la coyuntura que le ofrecía el hilo del discurso para flecharles atrevidamente los ojos— y yo tenía a ustedes tan presentes... He dicho mal: en cualquier parte les hubiera reconocido enseguida, me lo hubiera dicho el corazón... ¡Y cómo no!, los recuerdos de la infancia son los que más fuertemente se imprimen en la memoria. En América, lo mismo que en Europa, he pensado mucho en ustedes y en las cosas que a ustedes tocaban de cerca. Excuso decirles que siempre las seguía viendo endiosadas por el prestigio casi supersticioso de que la gente de este pueblo acostumbra rodear a ustedes.

Hubo aquí un silencio embarazoso, que el joven se apresuró a romper, diciéndose antes, un poco desconcertado: "No se pronuncian; creo que no estoy en mi día".

—¡El pueblo...!, ¡no se pueden figurar con cuánto gusto, con cuánta emoción lo he vuelto a ver! Pero, hasta ahora, lo que más me ha impresionado ha sido la vista de esta casa, que me recuerda tantas cosas...! Les juro que al entrar me flaqueaban las piernas... ¡Ah, sí, tantas cosas...!, esperanzas, alegrías y también penurias; porque aquí hice yo mi estreno en la escena del mundo, y los primeros pasos son siempre difíciles... —e iba a añadir: "para los desheredados de la fortuna", pero le pareció demasiado rimbombante la expresión.

—A pesar de eso, creemos que usted no debe de tener malos recuerdos de nosotros, ¿no es verdad, Cacio? —arguyó Amelia con su sonrisa bonachona. Nosotros lo apreciábamos a pesar de que usted a veces... no se hacía querer, y recuerdo que yo lo

defendía a menudo contra los ataques de los sirvientes, porque, éstos sí, no le tenían buena voluntad.

—Sería muy ingrato si no les estuviese agradecidísimo; les debo a todos grandes favores, y, sin la ayuda que me prestó don Pedro, mirando por mí y costeándome los estudios, es difícil que hubiese llegado a ser lo que soy... lo poco que soy.

Arturo Crooker le dirigió una mirada un sí es no es burlona y sonrió desdefiosamente. Era un robusto mozo y un tipo de belleza varonil. Sus gestos y actitudes acusaban no sé qué despreocupación elegante que lo hacía a la vez atrayente y así como temible. El desenfado del ademán y la mirada firme imponían, pero al mismo tiempo la risa franca y abierta inspiraba simpatía y confianza. Como la mayor parte de los jóvenes ricos, tenía Arturo poca ilustración, pero más ciencia mundana que la generalidad de aquéllos y aun que la que sus pocos años pudieran acreditar, y no obstante haber sido muy calavera y medianamente derrochador, estaba bien preparado para las luchas de la vida y era muy capaz de emprender y salir airoso de la empresa más difícil, con tal que ésta no demandase otras cualidades que los buenos músculos, ni más ciencia que el conocimiento de los hombres y de los negocios. Heredaba Arturo algunas cualidades de D. Pedro, y como éste en su juventud, tenía gran partido entre las mujeres.

Cacio se puso muy colorado. Sabía que Arturo no creía en el talento ni en las condiciones que otros le reconocían, y de que él, Cacio, se vanagloriaba, y por eso, precisamente, sintió la necesidad de referir sus triunfos y enaltecerse a los ojos del incrédulo.

Arturo y Cacio habían sido condiscípulos en el colegio del pueblo, que frecuentaba aquél en la

estación veraniega, mientras su familia tomaba los baños. A la entrada del otoño los Crooker huían a la ciudad, acabábanse las tertulias y las excursiones organizadas a menudo por las niñas, a fin de animar la vida monótona del pueblo, y hasta el año siguiente no volvían a oír los pacíficos habitantes de aquellos lugares el alegre ruido de los cascabeles ni las risas locas, que todas las tardes, al pasar, dejaba vibrando en el aire, como una música juvenil, el bonito *break* de las señoritas, que iban o volvían de la playa.

El primer encuentro con Arturo dejó en la mente de Cacio imborrable huella. Un día, después de desayunarse, se echó la cartera a la espalda, dióle un pedazo de pan al cachorro, que le habían regalado la semana anterior, y emprendió el camino de la escuela, pensando en que a las *cinco* regresaría y podría enseñarle a *Palomo* a recoger la pelota y a sentarse en las patas. Dio los rodeos de costumbre, mientras su briosa imaginación tejía interminable novela; pasó por delante del coche amarillo del médico, cuyos caballos, desmedidamente cabezones y crinudos, movían las orejas como si lo reconocieran cuando acertaba a pasar junto a ellos; hízole las morisquetas de orden a Jenaro el remendón, que trabajaba a la puerta de su tugurio, entre el loro, el perro y el macaco, y se detuvo como siempre en los sitios más animados y concurridos, entre los que figuraban la plaza y la "Botica de la Libertad".

El pueblo, a quien el amor propio y la imaginación de sus hijos daba el aristocrático nombre de villa, era como casi todos los de campaña: pobre y triste; veíanse en el centro del menguado grupo de edificios que lo formaban, algunas calles tiradas a cordel, en las que lucían sus escaparates la botica,

el "Bazar del Orbe" y las principales casas de comercio; en la diminuta plazuela, que tenía su indispensable tinglado para la banda, erguíase modestamente la iglesia, y más modestamente aun la jefatura, y caminando cosa de doscientos metros en cualquier dirección, encontrábase el paseante en lo que llamaban los alrededores del pueblo: yermas campiñas donde se ofrecía a los ojos una centenada de casuchas sin revocar y de ranchos miserables, resguardados por cercos de afiladas pitas. Los árboles escaseaban: en el arroyo alcanzábanse a ver algunos mustios sauces, y en las alturas tal o cual escueto *piñón* aparecía aquí y allá señoreando las espinas y los cardos, que lujuriosos cundían por todas partes. Caballos, vacas y cabras pastaban perezosamente en los despoblados; sus colores vivos le prestaban un poco de vida y animación al paisaje, el cual en el verano tornábase más triste; las lluvias llevábanse los pastos secos y aparecía la tierra negruzca; los cardos y las espinas amarilleaban, y el verde puro e intenso que en invierno teñía las praderas, era sustituido por inmensas zonas de tintas pajizas. Sierras agrestes destacándose sobre el horizonte como nubes de tormenta, encuadraban el paisaje, en el cual acentuaba la nota triste el ruinoso molino, que en medio de una llanura se erguía como la encarnación de la muerte, como una parca gigantesca.

A pesar de recorrer el mismo camino que de costumbre, avanzaba aquel día Cacio más de prisa, como si tuviera cierta premura en llegar al colegio. A poco de sentarse en su pupitre, entró a la clase el profesor conduciendo de la mano un nuevo colegial. "He ahí lo que me esperaba", pensó Cacio, y se puso a examinar con grande atención, como si quisiera leerle

los pensamientos, al mozalbete de rostro simpático y porte gentil, que por primera vez tenía delante de los ojos. El profesor pronunció el nombre del *nuevo* con visible satisfacción, casi con orgullo: se llamaba el niño Arturo Crooker, un poderoso de la tierra. Los corazoncitos latieron, los ojos interrogaron. ¡El heredero de una gran fortuna! Y todos se dieron prisa a examinar las finas facciones, la cabeza como salida de manos del peluquero y el lindo traje del hijo del Sr. Crooker. En los zapatos de cuero de Rusia, llenos de agujeritos y respuntes, se detenían absortas las miradas de los humildes colegiales, subían luego y tornaban a fijarse en la reluciente hebilla del cinturón, y después, ascendiendo siempre y deleitándose en los cordones y peto blanco de la historiada blusa, se embobaban en el rostro del nuevo discípulo, quien, como si estuviese seguro del buen efecto que producía su apuesta personita, se dejaba examinar sin pizca de encogimiento. La mandíbula fuerte, los ojos dominadores y el pliegue desdeñoso de los labios indicaban la aristocracia de la naturaleza y la voluntad imperiosa de los que han nacido para saborear el néctar y la ambrosía del triunfo y la dominación.

A la hora del recreo, los niños rodearon a Arturo, dirigiéndole mil preguntas, que éste contestaba muy suelto de cuerpo, sin asomos de cortedad. Cacio, atormentado secretamente por el triunfo manifiesto del hijo de Crooker, permaneció retraído y no quiso reconocerle, al menos en público, la superioridad que los otros, con su cándida admiración, le reconocían. La admiración no cuadraba a su carácter díscolo y condición envidiosa; pero había algo más, algo que rebullendo en las profundidades de su conciencia, lo mortificaba grandemente.

Hasta ese momento, y no sin grandes esfuerzos y a costa de no pocos chichones y magulladuras, había sido el cacique de la escuela, y el presentimiento de que Arturo lo destronaría sin mayor dificultad —no sabía por qué pensaba así— le producía vivos escozores. Fingiendo no notar siquiera la presencia de Arturo, pero observándolo con el rabillo del ojo, se paseaba por el patio chiflando, mirando al cielo, haciéndose el interesante; pero como nadie parecía percatarse de sus maniobras, cambió de táctica y fue estrechando los círculos que describía en sus paseos, hasta que por fin, y lo más disimuladamente que pudo, introdujose en la reunión.

Hablóle. . . y Arturo le volvió la espalda sin dignarse contestar. Y en los días siguientes hizo lo propio: huía de Cacio, no respondía a las preguntas de éste, y jugando a la *mancha* no lo tocaba nunca, indicándole bien a las claras, con su estudiado despego, que no quería relaciones ni amistades con él, y por eso precisamente el despreciado desvivíase por serle agradable, aunque después —mezcla extraña de orgullo y de vileza— estando solo se sintiera avergonzado de su debilidad y patease de rabia y de despecho.

A pesar de haber transcurrido tantos años, Cacio recordaba la conducta de Arturo con verdadera irritación. ¡Ah, cómo lo dobló, cómo anuló su voluntad el firme carácter de aquel aguilucho humano! Todos los días iba a la escuela con el propósito de demostrarle a Arturo que podía pasarse sin su estimación, pero como lo atribulaba el miedo horrible de que éste lo despreciase —por su origen y fortuna le concedía el derecho de hacerlo— y, sobre todo, de que los otros niños lo conocieran, sofocaba su orgullo herido, domaba su soberbia y seguía adulando al vic-

torioso rival entre torturas sin cuento. Y Arturo no se ablandaba. Una vez Cacio lo obsequió con guindas, comióselas Arturo sin darle las gracias, y luego le arrojó los *carozos* a la cabeza y le dijo como si hubiese adivinado la oculta intención del presente: "Yo no me llamo guindas". Lo curioso era que con los demás niños mostrábase afable, francote, juguetón y nada camorrista; las asperezas las reservaba para Cacio, con el fin, sin duda, de hacerle purgar debidamente el conato de rebelión del primer día. Su instinto de señor feudal lo impulsaba a ser duro e inhumano con los que intentaban escapar a su dominio.

Transcurrió el tiempo, y la mano férrea de Arturo, que oprimía sin saberlo, envileció a su condiscípulo al sugerirle de mil modos la certeza de la propia inferioridad, a cuya alquimia poderosa no resiste sin descomponerse el oro del alma. Cada vez que Arturo iba a la escuela con un traje nuevo —lo cual sucedía con frecuencia— comparaba Cacio aquellas ropas de corte elegantísimo con las suyas *hechas en casa*, ordinarias y disgraciasas, y sentía grande humillación y abatimiento. "Si mis padres hubieran sido ricos", reflexionaba indignado contra ellos, "yo sería como él, tendría muchos trajes, zapatos de cuero de Rusia y tal vez supiera saludar sin ponerme colorado, pero...", y afanábase en hacer comparaciones que lo llenaban de amargura y de envidia; lo cual lo afligía doblemente, porque la fea pasión no escapaba a su conciencia de precoz *analista*.

¡Pueriles y negros tormentos los de las almas orgullosas! Cacio, gracias a las reflexiones a que se entregaba, sentíase cada vez menos seguro del corte de sus ropas y del buen efecto que deseaba producir

entre los otros, y esto lo encogía y hacía parecer más desgraciado y torpe de lo que en realidad era. ¡La desconfianza de uno mismo... cosa terrible! Poco a poco empezó a sentir y a ser víctima de un miedo singular, que a veces se manifestaba de ésta y de otras originales maneras: cuando iba a referir un cuento chusco, pensaba de pronto que la gracia podría muy bien no resultarle, como en una ocasión se lo hizo conocer Arturo —¡siempre Arturo!— e irremediamente, como por arte de magia se le iba la vis cómica y terminaba con un gesto doloroso lo que había empezado riendo. Luego la falta de aplomo degeneró en timidez y amaneramiento; una preocupación molestísima llegó a atar todos los ademanes de Cacio. No sólo delante de Arturo, sino de cualquiera, sentíase cohibido y con más o menos fuerza lo atormentaba siempre lo que podría llamarse el *pavor de descubrir la repulsión de los otros*, descubrimiento que tanto martiriza a las naturalezas sensibles y apasionadas.

De locuaz que era, volvióse taciturno y reservado; pensaba dificultosamente, y hasta su cuerpo perdió la gracia y la soltura juveniles, llegando de esta manera a manifestarse en el colegial todos los males del orgullo y la timidez, que a poco lo volvieron desconfiado y falso, y esto último sospechoso a los demás niños. Entonces dieron todos a una en rechazarlo, en huirle, y el proscrito, como consecuencia lógica de la injusta aversión que unos y otros le demostraban, se replegó sobre sí mismo y su alma se hizo extraña y hostil a la de sus ingratos compañeros. Andaba siempre solo, no partía peras con nadie, y en las horas de recreación, mientras sus discípulos se divertían alegremente, Cacio rumiaba

en un sitio apartado su butifarra y su despecho.

Con el tiempo perdió Arturo gran parte del dominio que ejercía sobre Cacio; pero éste no pudo perdonarle nunca el daño que le había hecho e interiormente lo culpaba de la pérdida de su carácter y de otras cosas peores. Ese era el rencor que, a pesar del tiempo, persistía vivo en el alma de Cacio. Por lo demás, aunque amigos, no fraternizaban, y no sólo a causa de la inferior posición social de Cacio: en el fondo secreta e indomable antipatía forzábales a rechazarse y a que permanecieran, cuando estaban frente a frente, como dos criaturas de razas distintas y enemigas.

* * *

—Naturalmente —decía Cacio, dirigiéndose a Amelia, pero pensando en Arturo— la libertad de acción es lo que más necesita, para orientarse, el hombre que tiene algunas aptitudes. Las más generosas protecciones, mirándolas bajo cierto prisma, suelen ser contraproducentes; por lo general, la mano que da, oprime. No quiero ocultarles que al perder mi empleo en esta casa, pasé mis apuros. . . pero sólo hasta que me fui a Buenos Aires. Aquél es otro país, hay más campo para los aspirantes, y yo tuve suerte. Me incorporé a la redacción de uno de los principales diarios; fui profesor también, no por el oficio en sí, sino con fines *ulteriores*, para hacerme de conocimientos, y tal cual vez echaba mi cuarto a espadas en la Bolsa. Ultimamente, con la intención de ganarme unos pesos y hacer otro viajecito a Europa, abandoné la pluma por los negocios. . . y me desplumaron.

Dejó oír su forzada risita y prosiguió:

—Pero en la prensa, como cronista, tuve mi momento de auge y brillo. ¡Ah...!, ustedes no lo sabían; sí, señor, tuve mi momento de auge y brillo. Yo *lanzaba* una mujer con tres o cuatro menciones especiales en mis crónicas, que llegaron a ser el evangelio de las mujeres elegantes. Para darme importancia y lustre, vivía como un potentado, comía en los principales *restaurants*, me vestía el mejor sastre e iba a Palermo todas las tardes en coche propio. En fin, un gran señor: sólo me faltaban los patacones; porque, eso sí, todo mi rumbo era perfumería y papel pintado; pero así hacían otros y así hacía yo...

En medio de las alabanzas que él mismo se prodigaba, y a pesar de su terrible amor propio, solía juzgarse Cacio con ironía y hasta con desprecio. Deprimíase o se encumbraba con la misma facilidad; sólo que al deprimirse tenía por objeto impedirles a los otros que lo hicieran antes que él. Pero en aquel instante, animado por la atención que le prestaban Carola y Laura —las cuales, sin que él se percatase de ello, lo oían guiñándose los ojos y conteniendo a duras penas los deseos de romper a reír que les retozaba en el cuerpo— habló durante media hora de sus aventuras y éxitos mundanos solamente, sin mencionar sus caídas y fracasos.

—¿Y ahora estás en decadencia? —le preguntó Arturo ofreciéndole un cigarrillo.

—¡Hum!, tú siempre tan... contundente —respondió Cacio, dejando oír de nuevo su indigesta risita.— Qué, ¿te extraña verme reír así...? Te lo explicaré. Con esta risita me defiando... ¿entiendes?, y soporto las mayores... contrariedades. Después de un fracaso suelto mi risita... ¡i, i, i...; pero no ven que es muy típica... ¡i, i, i... —y siguió

riendo forzosamente un buen rato, hasta que las demás personas que allí había le hicieron coro. Luego, poniéndose repentinamente grave y mirando a Arturo con singular osadía, como no se había atrevido a mirarlo nunca, agregó, dejando traslucir su mal reprimido despecho:

—Tú siempre me has querido mal.

Arturo soltó una gran carcajada, y revolviendo el habano entre los dientes, lo cual le daba una expresión resuelta y un sí es no es burlona, dijo:

—Quererte mal, ¡phss...!, ¿y por qué, de dónde puedes sacar eso? ¡Ah, ah!, pero ahora caigo: ¿no has olvidado aún el asunto de la torta?

“Puedes recordar tu gracia” —pensó Cacio enrojando.

Laura, la encantadora prima de Arturo, exclamó mirando a éste entre risueña y enojada:

—Alguna barbaridad de mi señor primo; como si lo viera...

—Te garanto que no —respondió Arturo riendo todavía.— Fue una muchachada, y no otra cosa.

—¡Salvaje...! Cuéntenos, Cacio; digo, si se puede...

Sin saber a punto fijo de qué, todos reían, excepto el visitante, quien recibiendo como pinchazos de agujas las miradas inquisidoras de los otros, se le ocurrió que podía parecer turbado y enseguida lo estuvo de veras. “Ahora se me pondrá como un tomate la nariz y pareceré un imbécil”, se dijo cada vez más desconcertado por el temor de que los Crooker conocieran su turbación. Comprendía que su actitud era ridícula, pero no lo podía remediar. Habíase alzado de hombros y como recogido sobre

sí, tenía los ojos entornados, y una sonrisa falsa y un falso gesto desfigurábanle el enrojecido rostro.

Tartamudeando y a trompicones pudo hablar y salir de aquel estado punto menos que angustioso.

—Voy... voy a satisfacer su curiosidad —dijo con acento meloso, dirigiéndose a las primas de Arturo;— mi divisa es no negarles nada a las damas... cuando se puede, por supuesto —y cambiando bruscamente de tono, prosiguió:— Arturo en la escuela se complacía en humillarme. Como más fuerte, nos imponía a los demás niños su santísima voluntad, hasta el punto de convertirse, con un servidor de ustedes sobre todo, en un verdadero señor de horca y cuchillo. Yo no sé por qué le era particularmente antipático, tal vez porque le resistía, o mejor dicho, porque tuve el conato de resistirle, el caso es que me abollaba por sistema para doblarme bien sin duda. Un día, como me negara a comer un pedazo de torta que él había tirado, me amenazó para la salida, diciéndome: "Yo te voy a enseñar a comer torta". Al salir de la escuela y delante de nuestros condiscípulos, nos trabamos en lucha; me arrojó al suelo, y cogiendo un excremento de vaca, me lo refregó sin piedad por los hocicos, repitiendo, entre las risas de nuestros compañeros: "Come torta, come torta...!". Te lo repito: tú nunca me tuviste buena voluntad —concluyó con voz sorda.

—¡Cuando yo decía...! —exclamó Laura, rompiendo a reír.

—¡Pero qué bárbaro eres! —añadió la hermana menor de Arturo, dirigiéndole, a pesar de todo, una mirada cariñosa.

—Eso estuvo mal, pero no lo hice porque te tuviera odio, sino porque sabía que encubiertamente

me eras hostil. Además, ¿para qué ocultártelo?, tu lado falso me irritaba, me crispaba los nervios; tú personalmente no. Recuerdo que la única vez que fuiste franco conmigo, te ofrecí con lágrimas en los ojos mi mano y mi amistad. No has sido justo al suprimir la segunda parte del cuento.

—Es verdad —asintió Cacio dulcificando la voz.

—“¿Por qué me maltratas?” exclamaste tú, “no te hago mal ninguno... Ya sé que puedes más que yo, pero no me avergüences para que éstos se rían de mí... ¿Qué te he hecho...?” y lloraste, conmoviéndome tanto, que yo mismo enjuagué tus lágrimas, te di la mano en señal de amistad y les dije a los otros niños: “Al que se meta con Cacio le doy una piña...”. Ves, recuerdo hasta las palabras.

—Sí... fuiste generoso; pero, para serlo, confiesa que necesitaste verme vencido y pidiendo misericordia —repuso Cacio; y luego con melancolía sincera, como quien habla de males que ya no tienen remedio, pero que nos afligen todavía, añadió bajando los ojos:— Me enseñaste la actitud de los *domesticados* y a dudar de mis fuerzas, y nunca he vuelto a tener confianza en mí. Tú no lo crearás, pero te debo grandes dolores.

Arturo lo miró un momento como si vacilara sobre el partido que debía tomar, y luego, encogiéndose de hombros, replicó:

—Podrá ser así, pero no te los causé intencionalmente —y sonriendo con cierta impertinencia, continuó:— Me parece que tú, dejándote arrastrar por el sentimentalismo romántico, del que fuiste siempre devotísimo, exageras esos dolores. Ultimamente, lo que pasó entre nosotros son cosas de muchachos que suceden siempre y en todas partes. Otros me han

hecho a mí poco más o menos lo que yo hice contigo, y a pesar de eso, ¿de qué podría culparlos? Tu imaginación novelesca te hace abultar los sucesos.

—¡Cosas de muchachos! Sí, tienes razón, pero...
—y suspiró profundamente.

—Aquí viene papá; tendrá mucho gusto en saludarlo —interrumpió Amelia, saliendo al encuentro de Crooker.

Era éste un hombre alto, fornido y de reposado y airoso continente. Se parecía mucho a Arturo, sólo que las facciones de aquél habíanse afirmado y vuelto más enérgicas y expresivas, por ese no sé qué que presta al rostro el esfuerzo constante y la persecución de una idea fija. Como casi todos los hombres que han ejercitado la voluntad tenazmente, tenía rugoso el entrecejo, los labios comprimidos, firme y limpia la mirada y los ademanes resueltos. Vestía lo mismo que en sus establecimientos de campo: americana, pantalón de dril y sombrero de paja echado sobre la oreja izquierda. Y estas sencillas ropas ostentaban un sello personal, algo que genuinamente pertenecía a D. Pedro, a quien hubiera sido difícil concebir sin sus trajes característicos y costumbres invariables.

Clavó en Cacio una mirada escrutadora, casi dura, y después, esforzándose por sonreírle, le tendió la mano. Al estrechársela se dijo el joven, huyendo los ojos de Crooker: "No ha olvidado aún".

—No te hacía por aquí: ¿qué tal, cómo te ha ido?

—Muy bien, don Pedro... y tan dichoso de poder saludarlo! —contestó, haciéndole una cortesía más pronunciada de lo que venía a cuento.

"¡Este diablo, siempre tan...!", se dijo D. Pedro, y volvióse hacia su hija menor, la cual le preguntaba si había encontrado frescas las uvas que, según inve-

terada costumbre, comía todas las tardes debajo de la parra.

—Muy buenas; lástima que se vayan concluyendo —y alargándole una caja de excelentes puros a su hijo, agregó:— No creas que me había olvidado de tu cumpleaños... mandé pedir lo mejor que hubiera, pero no sé si son buenos; como yo no *pito*...

—¡Bah...!, ¿para qué te tomaste esa molestia? —contestó Arturo después de haberle dado las gracias y un apretón de manos.— ¡Como si no tuvieras otras cosas que hacer...!

—Si quieres hablarme, estoy en el escritorio; no te hago compañía porque tengo mucho que escribir —dijo por último D. Pedro, dirigiéndose a Cacio, y se alejó, dejando entre los suyos una impresión de felicidad.

—Ya veo que mi antiguo superior sigue tan atareado como antes; a su edad el exceso de trabajo no es conveniente. Lo que me pasma es su salud.

—Dice que no tiene tiempo para estar enfermo... y dice la verdad —exclamó Arturo.— Dieciséis horas diarias de trabajo... y, como recreo, comer unas uvitas debajo de la parra. Esa es su vida: ni clubs, ni tertulias, ni diversiones, ni amigos, y tan contento! Nunca lo he oído quejarse ni echar de menos nada. Tiene la gran facultad de sacrificarse por los otros... sin darse cuenta de ello siquiera.

—Sí —asintió Cacio— es un hombre de una sola pieza, un varón fuerte. En cambio nosotros... nosotros, que tenemos el espíritu hecho de los retazos de muchas civilizaciones, somos la complicación y la contradicción vivientes y por eso incapaces de ningún esfuerzo de la voluntad grande y sostenido. Ignoramos lo que queremos. Por otra parte, el saber con que

nos ilustran en las escuelas, en lugar de fortificarnos, nos debilita y apoca, y, robusteciendo, en cambio, nuestra duda y nuestro egoísmo, nos vuelve exigentes y complicados: he ahí el mal. ¡Felices los tiempos en que sólo tenían los hombres una sola y simple concepción de la vida!

A los oyentes les pareció esto demasiado filosófico, y como nadie tenía interés en mecerse en las alturas a que Cacio gustaba remontarse para lucir el vuelo de su inteligencia, la conversación varió de rumbo. Arturo continuó la partida de ajedrez con su primita, a quien Cacio no quitaba ojo, y éste empezó a referir a Amelia y a María Carolina los viajes que había hecho por Europa y el Oriente. Cuando no se echaba sahumero ni juzgaba a los demás, podía tenersele por entretenido y se le oía con gusto. Hacía apreciaciones sutiles sobre los hombres y las cosas, contaba con gracia, descubriendo con particular deleitación el lado cómico de los sucesos, y sazónaba la charla apetitosa con la sal y pimienta de su causticidad. Sin embargo, no resultaba atrayente. No sé qué predisponía en contra suya, impidiendo cristalizar los movimientos simpáticos que en el curso de la conversación lograba producir. Probablemente de todo tenía la culpa su incorregible afectación.

Cuando más suspensos y embelesados lo oían, hizo punto bruscamente, y sin agregar palabra se despidió. Era uno de sus golpes.

Apenas hubo desaparecido por la puerta, cuando los Crooker rompieron a reír. La causa de esa risa no la sabía bien nadie, pero jamás en sus visitas dejaba Cacio de producir la misma hilaridad.

"No me quieren, no me querrán nunca. ¿Por qué les soy repulsivo?" —se preguntó Cacio, arrellanán-

dose en el fondo de la victoria.— “¡Ah!, ¡cómo son estos ricos, cómo son estos felices de egoístas! Si sospechan que algún pobre diablo como yo quiere subir por la escala social arriba, se ponen en guardia para no perder la ocasión de hacerle conocer *su lugar*, de mostrarle el abismo que existe entre el que está en las alturas y el miserable que aspira solamente, y de un formidable taponazo arrojarlo después a la fosa común... Me han tratado como antes, como trataban al dependientillo; no creen en mí y probablemente me desprecian... ¡Estúpidos!, ignoran que si yo tuviese plata, no serían ellos quienes me habrían de toser. En cuanto a Arturo... *ése* me despreciará siempre”, agregó con desaliento. “Conoce que me domina, sabe que yo me reconozco inferior, porque yo soy tan miserable que me reconozco inferior, y abusa del derecho que yo mismo le concedo. Nunca significaré más para él que ese perro sin collar que atraviesa la calle. Sí, sí. Mientras yo hablaba, sonreía desdeñosamente, como el gran señor que oye referir miserias que no lo alcanzan. Y puede hacerlo: jamás ha tenido que humillarse ante nadie, ni que manchar sus labios con la vil lisonja, ni que tragarse el insulto y sonreír. Dichoso él. Desde la cuna le ha preparado su padre un camino de rosas, mientras que a mí, el gringo que tuvo la mala ocurrencia de engendrarme...”, y una expresión de ferocidad repulsiva le descompuso y endureció el rostro.

El origen plebeyo de Cacio ofendía su alma ardiente y orgullosa y lo llenaba de odio contra los suyos, a quienes, en ciertos momentos de irritación, hacía responsables de los dolores y humillaciones que lo atormentaban frecuentemente.

En aquel instante, mientras el coche, dando tumbos y barquinazos, lo arrastraba por un solitario y polvoriento callejón, sin adoquinar ni cosa que a ello se pareciera, padecía Cacio los dolores irritantes del amor propio herido por la indiferencia despreciativa de los Crooker. Aunque se vendiera escéptico y desdefioso, deseaba ardientemente ser admirado, y no sólo por vano prurito, sino porque de la admiración de los demás se servía, como de un calmante, para sosegar las dudas que lo atenaceaban sobre los méritos y merecimientos de su propia persona. La vanidad de Cacio, vanidad pueril y femenina, que no desdefiaba ni aún las ligeras satisfacciones que ofrece en abundancia la consideración de las gentes, domando sus pujos de soberbia y feroz independencia, volvía cortésano, pordiosero de simpatías, bien contra sus propósitos y voluntad. Y cuando no obtenía un poco de admiración, ni aun implorándola como una limosna, el despecho más envenenado mordía el corazón, haciendo que por las heridas brotase, en vez de sangre, la amarga bilis que crían las aspiraciones exaltadas y no satisfechas, el desencanto y la esterilidad.

Atormentándose con inútiles reflexiones, llegó hasta muy cerca de la fonda de sus padres: una linda casita de altos con sus almacenes y escaparates en la planta baja, que se erguía orgullosa sobre las ruinas del viejo *boliche*, donde los buenos *bachichas*, como llamaban en el pueblo a Jenaro Cacio y su mujer, habían hecho fortuna, gracias a un suceso que todavía avergonzaba al susceptible joven. El carruaje de Crooker, con los caballos desbocados, derribó, quebrándole una pierna, al padre de Cacio, que imprudentemente quiso detener a aquéllos. El prócer pagó la cura, y creyéndose en el deber de remediar en alguna

forma el daño que involuntariamente había causado, le dispensó al buen hombre su amistad y apoyo. La modesta cantina transformóse presto en bonito, aseado y cómodo almacén, y las escaseces en relativas abundancias. El origen de esta inusitada prosperidad le parecía a Cacio otra ironía de la suerte.

Al volver una esquina, sintiendo repentino dolor, crispóse su rostro y pronunció una fea palabra. Frente al almacén, rodeado de sus amigotes, con la pechera manchada de vino, y en la misma posición en que lo había visto tantas veces de pequeño y que no podía por menos de recordarlo cuando acertaba a pensar en él, vio a D. Jenaro, a su padre, con la pierna izquierda adelantada, el redondo cuerpo apoyado sobre la derecha y las manos con la bocha a la altura del ojo, en actitud de bochar.

—¡Vuelva! —gritóle al cochero, — ¡vuelva, vuelva! —repitió con los dientes apretados y blancas y dilatadas las ventanillas de la nariz. —¡Viven para avergonzarme, para humillarme... los odio, los detesto, y la culpa es de Dios! ¿Por qué me hizo tan diferente a ellos, y por qué me hace conocer su inferioridad? ¿Cómo quererlos si me envenenan la sangre? ¡Ah...! ¡Maldita sea mi suerte...! y maldito lo que sea causa de que yo me convierta en un ser perverso!

Y después de esta explosión, una ternura extraña le apaciguó la ira, lo hizo desfallecer y le llenó de lágrimas los ojos...

CAPITULO II

Cuando entraron los señores de Menchaca, Laura y Arturo terminaban su partida de ajedrez. Al verlos, la linda joven hizo un gesto de impaciencia.

—Te dejo en la amable compañía de esos señores; voy a vestirme —dijo por lo bajo, y después de saludar, se alejó con su paso cadencioso y negligente, que participaba de la gracia del niño y de la mujer.

Arturo fue a sentarse junto a la señora de Menchaca, pequeña y pizpereta rubia, a cuyo rostro fresco y alegre de suyo, comunicaban extraordinaria vida unos ojos claros y como húmedos siempre, que ella, aunque pueblera y desprovista de ciertos artificios y seducciones, jugaba a maravilla.

Tenía Ana la inteligencia despierta, la palabra y la risa prontas, y en el pueblo pasaba por instruida y hasta por medio literata, pues según las malas lenguas, que abundan en todas partes, era ella la que aderezaba los largos artículos con que a veces solía obsequiar al público el señor Menchaca, quien ponía en el aquel de escribir en los diarios su orgullo y vanidad de hombre crédulo e insignificante.

Crefase periodista y adoraba a los colegas, a los compañeros de la *legión gloriosa*; por eso cuando salió de su habitación el yerno de Crooker, Julio Guzmán,¹ que también tenía o había tenido, sus puntas y ribetes de escritor, saludólo Menchaca ruidosa y efusivamente e hizo que se sentase a su lado,

¹ *El Extraño*. — C. Reyles.

con la idea de referirle sus planes financieros y campañas periodísticas.

Menchaca tenía también por hombre de empresa y progreso, y se parecía porque chicos y grandes lo reconocieran como tal.

Desperdicios de ideas recogidas ingenuamente en los periódicos y que quedaban flotando en su cerebro, junto con las nieblas de los indigestos libros, que en balde había tratado de comprender, lo fueron transformando poco a poco, por vanidad y credulidad infantiles al principio y por hábito después, en un convencido y entusiasta propagandista de cualquier cosa, y también en un filántropo militante, que, con la mejor buena voluntad, incomodaba a medio mundo y tenía secas a las personas adineradas a fuerza de suscripciones, rifas, *kermeses* y toda clase de petitorios.

En esta filantropía, más superficial que honda, tuvieron también su parte de culpa las larguezas de Crooker, que era así como el paño de lágrimas del pueblo. Menchaca quiso seguirle los pasos, y como no tenía suficiente dinero para tirarlo por la ventana con manos tan pródigas como las de aquél, torturó el magín, hasta que un buen día ocurriósele que, por otros medios, podía hacerse tan útil y... espectral como el acaudalado estanciero. Y sin darle paz a la mano empezó a enjaretar artículos y más artículos sobre las viñas, las plantaciones de tabaco y otros interesantes tópicos, arengando en todos ellos a las gentes del pueblo para que se lanzasen a la lucha, que, según él, había de ser tan gloriosa como rica en resultados positivos. Esta fue la primera explosión. Después tuvo un periodo de quietud, de que sin duda necesitó su organismo para recuperar las fuerzas perdidas, y de nuevo le reventó el tumor

lórico en la forma de la propaganda política del género dulzón y sentimental. Vieron entonces la luz muchas candorosas disertaciones con los pomposos títulos de: "No más sangre", "La fraternidad de los uruguayos", "Entre hermanos... horror!" y otras cosas de la misma fuerza, enderezadas valientemente a aplastarle la cabeza de áspid venenoso al espíritu partidista, que *pone frente a frente a los hermanos, a los amigos y a los hombres de la misma patria*, y seguía impertérrito en su tarea, sin echar de ver que lo que él predicaba todo el mundo lo tenía olvidado de puro sabido y era tan tonto como alabar la excelencia de la salud o la felicidad... de ser dichoso. Y finalmente, dejándose arrastrar por el humanitarismo y la patriotería, atareábase en recoger firmas para valorar varias ideas de asilos, hospitales, y monumentos conmemorativos de nuestros hechos de armas. Y en eso estaba.

De esta manera, gracias al diario ejercicio de propagandista a que se dedicaba con ardor, creóse aquel hombre juicioso y nada tonto; la imperiosa necesidad de convencer y de hacerse admirar, que convirtió en vano y estrepitoso su carácter humilde, hasta el punto de que a veces parecía el digno Menchaca un mamarracho del humanitarismo y un *loco de verano*, siendo que al revés, era muy cuerdo y positivo cuando se estaba prosaicamente detrás del mostrador de su casa de comercio.

Allí triunfaba, gracias a que todos sus levantados ideales de moralista y filántropo no le impedían adulterar el vino ni alterar los pesos y las medidas, como le aconsejaban muy socarronamente los atavismos de la sangre de comerciante montañés que le corría por las venas.

Ni las ironías de los escépticos, ni los fracasos lo acobardaban.

Rechazábanle un proyecto y presentaba otro, y seguía siempre adelante, como persiguiendo el fuego fatuo de la inspiración divina, viendo por dentro, ni más ni menos que Napoleón cuando encaminaba sus legiones a la victoria, o el profeta sarraceno cuando predicaba el Corán con el alfanje damasquino. El grado de la fuerza heroica variaba, pero él también era héroe.

Debajo del toldo, en medio de la calma plácida y la frescura del patio, Guzmán escuchaba a menudo las graves disertaciones de Menchaca, ya dormitando, ya con vivo interés, según lo cogiese su humor bohemio, pero siempre lo oía, lo cual era punto menos que milagroso, tratándose de un hombre poco benévolo y sobre todo de un hombre aburrido de los hombres. ¡Curiosa pareja! Cuando Arturo los veía departiendo amigablemente, no podía menos de sonreír y decirse: "Cómo harán para no tirarse los trastos a la cabeza estas dos criaturas tan distintas, tan contrarias", y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar la risa.

Menchaca, producto legítimo de la civilización inferior y grosera de los pueblos de campo, participaba de todos los prejuicios, comulgaba con todos los lugares comunes y no acertaba a salir jamás de los limitados horizontes en que lo aprisionaban las nieblas espesas de lo trillado y vulgar. Sus arrestos de innovador eran pura bambolla y vano palabrerío; en el fondo creía, sentía y hacía como hacían, sentían y creían todos, pues como millones de seres estaba hecho en el molde común y tenía en la frente la marca de fábrica de su origen plebeyo. Fuera del

acendrado amor hacia su esposa, no experimentaba ningún sentimiento extraordinario ni sentía con fuerza cosa ninguna, aunque se entusiasmase frecuentemente con muchas cosas; no conocía los placeres ni los dolores de la exaltación mental, ni tenía vicios, ni pasiones; y en el espectáculo efímero de su vida emotiva, no entraban las delicadezas ni los refinamientos que ha traído la suavidad de las costumbres, ni menos algunas de esas degeneraciones sentimentales, que, aun en medio de su corrupción, acusan siempre la fineza y la aristocracia del alma.

La complexión robusta asegurábale la felicidad. Su cara, de ojos grandes y abultados, nariz pequeña y labios carnosos, parecía hecha para sonreír a todas las cosas. "Debe de ser muy dichoso", se decían las gentes al verlo, sin notar que la unión insensible de la frente y la nariz delataba al hombre débil, destinado naturalmente a ser más tarde o más temprano la víctima de los otros. Sin sospecharlo, vivía Menchaca entre sus semejantes alegre como un potro en la pradera. Según Guzmán, realizaba el tipo perfecto de la medianía criolla.

Este pertenecía a otra raza y costaba comprender que ambos hubiesen nacido en la misma tierra, aunque el cosmopolitismo americano explique cualquier variedad de naturalezas. Leyendo y viajando habíase dado Guzmán una cultura variadísima, que lo refinó más de la cuenta, hasta el extremo de convertirlo en un ser exótico y en una preciosura de la sensibilidad humana muy curiosa, pero sin aplicación posible en un medio de pura actividad comercial, hostil a las blanduras y afeminamientos de las civilizaciones muy adelantadas. Los delicados gustos adquiridos en el extranjero, no lo dejaban encajar debidamente en la

sociedad en que vivía: en todas partes sentía esa sorda irritación que se experimenta delante de las personas que consideramos diferentes y por lo tanto enemigas; y las continuas rozaduras y desagrados lo indujeron a replegarse sobre sí y robustecer su egoísmo. Las mafias y aficiones del coleccionista de estampas y camafeos, degeneraron en curiosidad psicológica, y fue Guzmán lo que llamaría el sutil e impertinente Barres, *un amateur d'âmes*, un *analista* implacable de las propias y de las ajenas sensaciones, que luego, evolucionando fatalmente, dio origen al irónico, al escéptico y la criatura falta de energía para la acción en que a la postre vino a convertirse Guzmán.

Cacio, que lo conocía de antaño por haber estado juntos en la redacción de un periódico de Montevideo, se complacía en encontrarse marcadas semejanzas con él, y efectivamente, aunque de gustos muy distintos, eran, en el fondo, individuos de la misma patria espiritual. Ambos padecían los tormentos de las naturalezas sensibles y egoístas a la vez, y sobre ambos cumplíase la terrible sentencia que el Señor lanzó sobre Caín: no simpatizaban con las demás criaturas, perseguíanlos el descontento y la incertidumbre, y de todas partes se consideraban rechazados.

A pesar de ser el carácter de Guzmán muy difícil e irritable, llevábase perfectamente con el comerciante filántropo, al que tenía la extraordinaria paciencia de sufrirle la charla y las simplezas. Encendía la pipa —hábito que conservaba como un recuerdo del *quartier Latin*— clavábale los ojos y lo dejaba hablar, oyéndolo comúnmente con profunda atención, como si estudiase el trabajo difícil de aquel cerebro para producir el milagro natural de la idea. Un día, pidiéndole Arturo la explicación del fenó-

meno, aceptó a decir su cuñado, sonriendo con irónica petulancia:

—“Menchaca es una de las principales curiosidades de mi *museo psíquico*. No me canso de admirarlo, y créeme que es cosa digna de estudio el origen y desenvolvimiento de su bondad, de su humanitarismo y de la fe en la vida que lo hace ir adelante como un iluminado. En el fondo, todo es vanidad o ceguera o manga ancha... No, no te extrañes; estos buenos, que lo dan todo a los otros, lo reciben todo de los otros también; son humanos por cobardía o por indiferencia... o porque necesitan que lo sean con ellos. ¡Qué cara me pondría este filántropo si yo le dijese: “Usted es un corrompido, porque usted no conoce lo que es la sed de justicia...”, y, sin embargo, convenciones aparte, eso es lo que es el gran Menchaca. Sí, un corrompido... inocente de su corrupción... como muchos, como casi todos...”.

Escuchando Guzmán al comerciante, hacía curiosos experimentos: con embozadas reticencias e insinuaciones, arrancábale determinados juicios, lo obligaba a que descubriese la razón oculta de sus pensamientos, o lo inducía a afirmar lo que había negado.

—“¡Espléndido!” —exclamaba al lograr sus deseos, con la misma entonación que en el circo decía *¡bravo!* cuando las fieras rugiendo, ejecutaban los difíciles ejercicios que les ordenaba el voluntarioso domador; y seguía echando humo imperturbablemente, sin hacer poco ni mucho caso de la consternación y sorpresa de Menchaca.

—“¡Espléndido...!, ¿qué...?” —preguntaba el comerciante.

—“¡Admirable!”.

—“¡Pero quién, qué cosa...?”.

—“Nada, continúe...” —respondía por último Guzmán; y Menchaca, después de algunas vacilaciones, pegaba la hebra un sí es no es preocupado por la sonrisa enigmática de su oyente.

Sin embargo, no siempre eran juegos tan inofensivos los de Guzmán con el comerciante; de cuando en cuando experimentaba el placer perverso de introducir la duda y la anarquía en la inteligencia de aquel hombre crédulo y satisfecho de vivir, y entonces Menchaca, con su cara de terror, producía el efecto de quien estuviese presenciando los derrumbes, cataclismos y hundimientos espantosos que, según lenguas, han de sobrevenir al fin del mundo.

—Usted comprende —decía en aquel momento Menchaca con mucho calor— que es necesario estimular los hombres al bien, recompensar sus buenas acciones, premiar sus esfuerzos. Este pueblo, que se lo debe todo a Casimiro Fernández, debía en *consecuencia*, levantarle una estatua; es nuestro grande hombre, y si no honramos a los nuestros...

Lentamente, mirando elevarse el humo de su pipa, demandó Guzmán:

—¿Y usted cree que es necesario honrar a alguien? Menchaca abrió tamaña boca.

—Sí; ¿usted cree que es necesario y bueno excitar el amor propio de los hombres como la infantil vanidad de los niños en las escuelas? ¿Para qué?, ¿con qué fin cierto?, ¿sabemos siquiera si una nueva concepción de la vida no nos conduce a juzgar abominable mañana lo que hoy tenemos por óptimo, como ha sucedido otras veces ya? ¿Quién se atreve a decir: *esto es lo verdadero*?

—Permítame; en los países más adelantados...

—¡Phss...!, sí, ya sé que hay muchas estatuas,

pero es el caso que yo no creo mucho en las estatuas... ni en el adelanto de esos países, ni en la glorificación de los hombres que han hecho algo. Sólo debía glorificarse, no como ejemplo, eso es infantil, sino para agrandar el conocimiento del hombre, que en suma es lo más importante, a los que fueron *alguna cosa por sí*, tales como Sardanápalo, César, Benvenuto Cellini, Nerón, Felipe II; en una palabra, a los que tuvieron un alma singular. El uso que de ella hicieron debería importarnos poco; eso no dependía de su voluntad, ni de su valor intrínseco; y después, mirándolo bien, todo es lo mismo: los fenómenos no son buenos ni malos, son fenómenos simplemente. Observe, señor Menchaca, antes de escandalizarse, que en la naturaleza lo bueno y lo malo no tienen sentido y que en el mundo son nociones contradictorias. A mí me causa poca admiración lo que no depende de la cosa en sí, desde que he echado de ver que al egoísmo de uno se llama egoísmo y es cosa aborrecible, y al egoísmo de muchos, más feroz aún, se le llama patriotismo, y es cosa admirable. Lo relativo, lo convencional, son malos puntos de mira, que sólo permiten ver al monigote histórico, formado por los prejuicios y las leyes de cada época; es necesario ir a la médula de las cosas. ¡Qué quiere el señor Menchaca!, yo soy discípulo de Hobbes, de Schopenhauer y de Stendhal. La energía del Canciller de Hierro será siempre, y bajo todas las latitudes, la expresión de un alma poderosa, y para mí eso tiene más importancia que su obra política misma, la cual, según los países y los tiempos, así se juzgará, y puede que algún día sólo signifique algo para los alemanes, mientras que

lo otro, el *elemento eterno del hombre*, tendrá siempre su alta y universal significación.

Y mudando de tono, repuso con la pipa en la boca:

—En cuanto al señor Fernández... sólo fue un remedo de filántropo, ridículo como todos los remedos. Alma vulgar, inteligencia nula, sensibilidad mezquina. ¡Bah!, ni siquiera la bestia fue hermosa en él.

—Ya está servido, amigo Menchaca —exclamó Arturo, riendo a mandíbula batiente.

Cuando Guzmán hablaba así, Amelia sentíase ofendida hasta la médula de los huesos, como si la burla cáustica y la dureza de su marido se dirigieran a ella personalmente. "¡Qué le habrá hecho el pobre Fernández! ¿Por qué esa irritación contra quien no conoce? Parece que tuviera el alma... envenenada. ¡Ah, y cómo me disgusta su carácter irónico y mordaz! ¿Se manifiesta así el talento? El lo cree, pero yo estoy segura de que *eso* es otra cosa, sí, otra cosa", se dijo Amelia, y alzando la voz agregó con su calma habitual, mientras le servía al comerciante una taza de té:

—Sin embargo, Fernández hizo mucho bien a su departamento y es querido de todo el mundo. Ya es algo...

"Y ahora, para su capote, agregará pensando en mí: "Hay otros que no han hecho tanto"; es una felicidad tener una compañera tan cariñosa", se dijo Guzmán palideciendo.

Las palabras más insignificantes de Amelia solían mortificarlo de un modo cruel, pues, aunque inofensivas aparentemente, lastimaban sus sentimientos íntimos y sobre todo sus ideas, y como a ella le acontecía lo propio, no podían cambiar una docena de palabras sin discutir y sin ver abrirse entre ellos abismos insal-

vables. Por causas muy recónditas y profundas, estaban irritados el uno contra el otro, y cualquier motivo hacía estallar la latente irritación de ambos: de ahí las discusiones sin causa, las disputas y las miradas oblicuas. El carácter bondadoso y el temperamento linfático de Amelia le permitían olvidar; pero Julio, que veía las cosas de otro modo y las analizaba minuciosamente, quedaba agriado por mucho tiempo y cada vez volvía más duro y esquivo con ella.

—¡Qué sesudo y bueno es *eso* que has dicho! También tú eres partidaria de las estatuas... —articuló, mirando a su mujer de un modo singular, y luego para sí agregó: "Los digestivos se comprenden y se atraen".

El *analista* dividía humorísticamente las criaturas en tres clases: *cerebrales*, *musculares* y *digestivas*, según que en ellas predominase la actividad del cerebro, de los músculos o del estómago. La combinación de estos tres tipos producía lo que él llamaba pedantescamente la *idiosincrasia psicológica* de cada hombre, y así había los cerebro-musculares, los musculares-digestivos, los digestivos-cerebrales y los cerebro-musculares-digestivos.

Arturo, interrogado sobre los méritos de Fernández, contestó:

—Confieso ingenuamente que me interesan poco el señor Fernández y su estatua —y después, por lo bajo, volviéndose hacia Ana, con la que un momento antes sostenía *sotto voce* animado diálogo, agregó:— Lo que a mí me interesa es otra cosa: ¿no lo sabe usted, Ana?

—Sí, lo sé —respondió ésta, haciendo un mohín de niña mimosa;— lo que a usted más le interesa

en el mundo es el... ajedrez —y se echó a reír, mostrando sus blancos dientes y sus encías rojas.

Paróse Arturo delante de ella a fin de que las otras personas que allí había no viesen lo que iba a hacer, y con un movimiento rápido le agarró la mano y se la besó. Ella, sin turbarse, pálida, pero sonriente, le devolvió, para disimular, la taza de té que él le había alcanzado antes, dirigiendo al propio tiempo una ojeada a los tertulianos. "Nadie lo ha visto", se dijo. "¡Cómo ha tenido la poca vergüenza de...!" y se quedó saboreando una emoción muy dulce y muy particular: la de haber sido definitivamente conquistada... por aquel acto que de modo tan grave la comprometía.

Arturo sonreía satisfecho.

En esto salieron las niñas ya ataviadas para ir al baño. Laura, con su sombrero de pastora adornado de flores, vaporoso vestido y zapatos blancos de gamuza, parecía una aristocrática muñeca del barrio *Saint Germain*. Rebosando la gracia de los dieciocho abriles, paróse frente al espejo de la percha que en el patio había, y se puso a coquetear y a hacer morisquetas.

—Hoy me parece que estoy de un *chic épatant* —dijo, y con la mano se tiró un beso, echándose luego a reír como una loca, mientras su prima le arreglaba los pliegues del traje con ese amoroso y tierno cuidado que ponen las feas en ayudar a vestir a las amigas bonitas que quieren de la entraña. María Carolina, aunque no era desagradable ni mucho menos, gozaba más con los éxitos de Laura, que con los suyos propios; la quería entrañablemente y la cuidaba como una madre a su hija, a pesar de no llevarle sino dos meses. Cuando los trajes, adornos

y perifollos de su prima la satisfacían por entero, radiaba de felicidad y de orgullo; pero si la elegante damisela vestía algún tocado que no la favoreciese o atendía las melosas frases de algún lechuguino, poníase de un humor de perros y hasta dejaba de hablarle. Ella la quería siempre linda y toda para sí, y a veces llegaba a experimentar, cuando la veía rodeada de otros o de otras, un sentimiento muy femenino, sutil y complicado, semejante a los celos.

Arturo contemplaba a Laurita embelesado, y Ana también seguía los menores movimientos de aquélla, aunque con muy otra expresión que la del joven. De repente, como si se propusiera algo, redobló sus atenciones para con Arturo, hasta resultar punto menos que provocativa.

Entre risas combinaron que todos irían juntos a la playa en los coches de Crooker, pues Menchaca veíase desposeído del suyo por su cuñado, que no gustaba de andar a pie; pero sin duda a Laurita no le pareció muy hermoso el proyecto, porque se puso muy seria, luego mostróse desganada y displicente, y por último dijo que no se encontraba bien y que prefería quedarse. Ruegos y pedidos fueron inútiles: permaneció en sus trece. Cuando todos salieron, Arturo volvió grupas y, acercándose a su prima, preguntóle sonriendo con picardía:

—¿Qué tienes?

—No estoy bien, no sé lo que tengo; ¡para lo que te importa a tí...!

—Pues yo sí, yo sé lo que tú tienes: ¿quieres que te lo diga? —y acercándose hasta rozarle la oreja con sus labios, le dijo:— Lo que tiene la señorita Laura son... celitos! —y echó a correr, huyendo de la sombrilla que ella levantó para pegarle.

—Miren el estúpido, el presuntuoso! ¿Quieres que te diga una cosa formalmente? Pues bien: te tengo rabia... por fatuo; ¡fu! ¡fu...! —y medio riendo, medio rabiando, se puso a pegar pataditas en el suelo.

El, sin amilanarse por tales demostraciones de cólera, le propuso, tendiéndole la diestra gentilmente:

—Bueno, hagamos las paces...

Ella vaciló.

—Sí, hagamos las paces —repitió él— y después... a la playa juntitos: ¿quieres? Verás cómo nos vamos a divertir; de vuelta te compraré la muñeca más linda del pueblo.

—¡Cómo sabes tú, canalla...! Bueno, iré... pero en el pescante contigo.

—Choque —contestó Arturo, estrechando la diminuta mano que ella le tendía, y cogiéndose del brazo salieron contentos como unas pascuas.

Guzmán, después de muchas vacilaciones, optó por quedarse.

Hacia algún tiempo que la relajación de la voluntad que padecía de antaño, tomaba un catiz poco halagüeño. El acto más insignificante le producía verdadero dolor, no sólo porque tuviera miedo de obrar y se encontrara muy a su gusto gozando sin cuidado del *dolce far niente*, sino porque el exceso de ideas dificultaba sus resoluciones, mostrándole todos los diversos aspectos de las cosas y presentándole muchos partidos a la vez, con lo cual el resolverse era asunto peliagudo y laborioso. "Haré esto o lo otro; esto tiene tales ventajas y aquellos inconvenientes; si lo hago me expongo a sufrir tales y cuales consecuencias, pero puedo obtener lo que no obtendría haciendo lo contrario; lo cual, por su parte, debe acarrearne beneficios que no alcanzaría por

ningún otro medio. ¿Qué hacer...? Después de todo, lo mejor es no hacer nada: haga lo que haga, el mundo seguirá rodando", se decía, y no tomaba ninguna resolución.

Además, las terribles dificultades, los obstáculos sin cuento que para vivir es necesario vencer sin descanso ni reposo, constantemente, lo anonadaban; delante de ellos sentíase desmayar como el gladiador desangrado que cae y sólo tiene vida para apreciar el oprobio de su derrota. Y de este enervamiento tenía él perfecta conciencia: sólo que no podía ni, en resumidas cuentas, quería remediarlo, pues que la inclinación natural de su espíritu le aconsejaba el aislamiento egoísta, el desprecio de los bienes vulgares y la indiferencia hacia los fines que persiguen afiebradamente los hombres. Pensaba: "La debilidad de los idealistas me inspira el asco, la invencible repugnancia de la acción: sea; ¿pero el agitarse vanamente, el ir y venir sin saber por qué ni para qué, es acaso más saludable? Las ocupaciones que yo alcanzo a vislumbrar, no me seducen. ¡Qué de esfuerzos gigantes para no obtener ningún resultado definitivo!, ¡cuánta fatiga inútil...! ¿Y en esas agitaciones pueriles y ridículas debo emplear la existencia? No lo creo, y en la duda lo más sesudo es abstenerse, hasta que la verdadera vocación se determine y me arrastre. Esperemos, pues".

Al verse solo, debajo de las amplias y verdes hojas del banano, que en medio del patio crecía, sintióse feliz. La soledad le era grata como a todos los sensitivos para quienes la vida es demasiado ruda y a cada paso se creen heridos por ella. Guzmán hacía tiempo que se había replegado sobre sí. Como Cacio, empezó a padecer desde la infancia los acerbos dolores

de creerse antipático. Sus ideas y gustos exóticos principiaron a aislarlo; luego las rozaduras que le produjeron el tráfico del mundo y el comercio de los hombres, retrajéronlo más aún, y el juzgarse diferente a los otros y acaso superior, hizo estallar la soberbia y el despecho de los que se creen mal apreciados, y que se encerrara en su *torre de marfil*. A pesar de todos sus defectos y asperezas de carácter, era Julio una naturaleza expansiva, que, por no encontrar eco en los corazones extraños, seguía los movimientos y escuchaba los latidos del propio corazón. Y por todas éstas y aquellas causas, a las que se añadían su desesperante escepticismo e ingénita pereza, dejó *de querer*, dejó *de obrar*, dejó de vivir, en una palabra, para sólo sentirse vivir. En vez de lanzarse, se metía en sí, se escondía para cultivar en el misterioso invernáculo del reino interior las flores más peregrinas del alma, las flores de aromas peligrosas, que recuerdan las cálidas arenas del Yemen, los lotos de Africa y las plantas traídas del país del opio, de las cuales se extraen los filtros que adormecen y las sustancias tóxicas, cuyas virtudes supremas conoce Satán.

Así transformóse en un ser puramente contemplativo, y como sus meditaciones no tenían ningún fin trascendental, ni eran muy nobles, ni muy levantadas, se sentía a menudo fastidiado y descontento de sí mismo. Tornóse un poco maniático, dejó de frecuentar paseos y reuniones, no se le veía por ninguna parte, y se pasaba horas y horas encerrado en su cuarto, fumando una pipa tras otra y luchando a brazo partido con el aburrimiento del *raté*, con el fastidio sin fondo y sin límites del que se reconoce desorbitado y lo consume el come come de no

poder realizar ninguno de sus ambiciosos sueños.

A pesar de esto, prefería los mezquinos goces intelectuales de la soledad, porque según aseguraba, estando solo no tenía que sufrirse sino a sí mismo y no a sí mismo y a los demás.

En la calma de su gabinete dilatábasele la comprensión de las cosas. Los sucesos se le presentaban con una transparencia inaudita, y su espíritu, nada romo, adquiría un poder extraordinario de análisis. Con íntimo placer seguía los ocultos móviles que determinan la conducta, desmenuzaba los hechos, estudiando los diversos y contrarios elementos que los forman, asistía a la lenta y laboriosa génesis de los fenómenos psíquicos, y hacía de su alma y de su inteligencia un vasto campo de análisis y de experimentación. Los espectáculos, las maravillas del mundo interno, le producían dulces nostalgias, tristezas amables y delicadas embriagueces que, utilizando las sensaciones del idealista, preparaban de un modo admirable la complicación sentimental, un mundo nuevo. Por otra parte, recordando revivía lo vivido... sin los dolores y angustias de la vida, y con unas cosas y otras se libertó, hasta cierto punto, de las tiranías de la realidad, pero fue haciendo de su existencia sin actos ni voliciones, una monstruosa masturbación.

El afán de perfección y el idealismo intransigente de los solitarios, contribuyeron también a cortarle los brazos para toda tarea, porque la más noble le parecía imperfecta, insignificante, poco trascendental comparada a los vuelos de su espíritu y a las aspiraciones de su alma enamorada de lo absoluto. Las antinomias fatales del pensamiento y de la acción se levantaban entre él y la realidad de la vida como

un espeso muro. *Quería obrar tan perfectamente que no obraba de ninguna manera*; porque, entre otras cosas, las concepciones superiores de Guzmán no estaban ni en remota relación con la fuerza de sus músculos.

Fantaseaba algo para salir de la esterilidad que secretamente lo humillaba; a pesar de la cobardía y egoísmo del ideólogo, sentía en las reconditeces más profundas del alma la ansia de verse arrastrado por el torrente de la vida, la ansia de luchar, desplegando como una barca sus poderosas velas, las energías de la juventud... pero pasadas las efervescencias del primer momento, la poca fe en los esfuerzos humanos y la árida conciencia de la imperfección de la humana obra, lo hacían sonreír irónicamente delante del fútil espectáculo de toda actividad y sentir el profundo disgusto de sí mismo y de los otros. La náusea de todo destino.

Y cada vez se viciaba más en la meditación.

Hubo un tiempo en que acarició el proyecto de sacarle algún jugo a la inteligencia y a la sensibilidad que tan cuidadosamente había cultivado, y acometió, sin omitir meditaciones ni lecturas, dos empresas literarias: "El tratado del amor", estudio de psicólogo, y los "Zafiros", versos que rimaba con la religiosa paciencia de un monje artífice; pero un buen día, después de cierta aventura singular, que puso grandes dolores y grandes amarguras a su vista, comprendió la pequeñez de su tarea de habilidoso y no pudo escribir más.

"Peinar frases, escribir por vanidad, vivir cultivando puerilmente la propia reputación en periódicos y revistas más o menos insignificantes, para no dejar sino el renombre de especialista, deleznable y

percedero, ¡ridículo destino!... ¿Qué valen esos versos *preciosos* y baladíes?, ¿esas frases aparatosas y huecas? ¿Ni qué importa el arte de los retóricos...? Sólo es importante lo que tiene un fin claro y natural" se dijo con verdadera rabia entonces. "¿Pero qué cosa, ¡Dios mío! lo tiene? ¿Qué es lo importante?", agregó luego, y desde aquel día, perdido el primer rumbo y sin saber qué partido tomar ni si sería útil para alguna cosa, empezó a ser más fuertemente atormentado por el terrible esplín de los que no han correspondido a sus propias esperanzas.

"Acabo de cumplir treinta y cuatro años", díjose en aquel instante, reflexionando sobre su suerte, "y me encuentro con que la cultura que he adquirido, no sólo no me sirve para vivir, sino que, muy al contrario, ese bagaje de latino decadente sólo es bueno para dificultarme el paso; porque, como todo el que se ha refinado en demasía, tengo gran desprecio por los utilitarios y por las especulaciones prácticas, y además la conciencia de que no sirvo para ellas, y de ahí que permanezca con los brazos cruzados, imaginando proyectos y desechándolos, consumiéndome en vanas cavilaciones. No obstante, yo debo servir para algo: ¿para qué he nacido? Mi vocación no acaba de definirse y los años corren veloces... ¡Phss! y después de todo, qué puedo esperar? Supongamos que emprendo lo que las buenas gentes llaman una tarea hermosa, una tarea que me transformara en un hombre respetable, serio, útil; supongamos, y no es poco suponer, que obtengo en breve plazo fortuna, consideraciones, honores... Y bien, al fin de cuentas me diré: "Bueno, ¿y qué?". Seguro, seguro, quedando tan descontento de mí como lo estoy ahora. ¡Ah! otras son las aspiraciones

de mi alma. Cuando se han buscado las verdades fundamentales, no se puede uno atarear en las verdades relativas; pero será preciso, la idea de la revista no es mala... Si yo no viera la trama del tapiz, si yo fuera como Menchaca... ¡Dios santo, qué gran suerte es la de nacer miope!”

Cargó de nuevo la pipa; pasó la pierna derecha sobre el brazo del sillón y se puso a hamacarse, rumiando la idea que se le había ocurrido días atrás, y que, en caso de realizarse, iba a permitirle hacer uso de su cultura literaria y artística, tan difícil de explotar en el suelo sudamericano. Consistía la idea en la creación de una revista ilustrada, de actualidad palpitante y al alcance de todos los bolsillos, aunque de lectura sustanciosa y con un vasto programa que desarrollar.

Preocupábalo sobre todo la manera de presentarle el proyecto a su mujer, a la que tenía por poco entusiasta y menos generosa. La idea de pedirle algo, aunque esto fuera naturalísimo y corriente entre esposos, le repugnaba y no sabía cómo empezar el discurso.

“Si ella no fuese una criatura metida en sí y avara de su dinero, de sus sentimientos y de todo, me libraría de la vergüenza de pedirle una ayuda, ofreciéndome su apoyo espontáneamente, como, al fin de cuentas, entre esposos debe ser. ¿Pero Amelia hará esto...? ¡Hum...! Jamás le he visto un arranque generoso; es buena, paciente... mientras no haya que realizar algún esfuerzo, algún sacrificio, y sobre todo mientras no le toquen su dinero; pero si sucede lo contrario, su egoísmo estalla y la bondad se desvanece. Al principio no lo vi, pero ahora... Estoy seguro de que me dejará hablar *puesta en guardia*,

como siempre cuando teme que le ocasionen alguna molestia o que le hagan algún pedido, y yo, viéndola así, desistiré. Y es lástima, porque la idea es salvadora... Encontrarle un fin a la vida, resolver de un golpe los arduos problemas de la existencia, ¡ah...! Pero mi mujer, mi mujer... ¿Cómo antes no vi que...?”. Y haciendo un gesto de impaciencia se levantó y empezó a pasearse agitadamente.

CAPITULO III

En la playa, como todas las tardes, encontró Cacio a los Crooker, que lo saludaron amablemente, curándole con su amabilidad el esplín tenacísimo que padecía. Después, cuando Laura, acometida de repente contento, se colgó de su brazo, rogándole que la acompañara a hundir los pies en la arena húmeda, y aceptó las bromas que él le dirigía y hasta sus galanteos, Cacio creyóse transportado al paraíso. Jamás habíase mostrado Laura ni amable ni coqueta con él, al contrario, parecía huirle y que le causaban enojos sus atenciones y rendimientos. Fue, pues, tan inesperada y dulce la mudanza, que Cacio no sabía a qué atribuir su buena fortuna, ni osaba creer mucho en ella; concluyó por hacerlo así, como media hora antes un detalle sin importancia lo llevó a pensar en las cosas más negras y tristes.

Invadiólo el optimismo de las horas dichosas, brotaron las exquisiteces sentimentales, y el soñador romántico surgió del empedernido y desdeñoso escéptico, como del feo gusano sale la pintada mariposa. Estas manifestaciones de su sensibilidad teníanlo muy orgulloso, por creerlas hijas del sentimiento y no de un enfermizo sentimentalismo.

¡Espléndida tarde! La brisa del salado mar le dilataba el pecho, el cielo le parecía más azul, más luminosa la gloria del sol y las cosas todas más amigas y buenas. Como le acontecía siempre, acusaban sus impresiones una grande desproporción entre la causa y el efecto. En aquellos instantes hubiera

sido capaz de cualquier acto generoso, de cualquier sacrificio. "Si pudiese ser, si ella siempre fuese así...!" pensó, embriagado por las vagas aspiraciones y las ternuras indefinibles que lo asaltaban, y sus húmedos ojos se hundieron en las pálidas lejanías. Había partes en que el horizonte ostentaba tintas muy tenues y melancólicas; en que, por las rasgaduras del desmayado azul, aparecía el verde violáceo de una fineza extraordinaria, el celeste puro y el rojo enfermizo y luminoso de una hoja de rosa vista al través de la luz. De repente, agitado por el imperioso deseo de que Laura conociera lo que él sentía, exclamó:

—¡Ah!, usted no puede sospechar, siquiera, lo feliz que me ha hecho, sólo con no ser conmigo tan esquiva como otras veces. ¡Si viera... me causa tanto daño la antipatía de las personas que aprecio y de las cuales tengo la esperanza de hacerme apreciar...! Yo sé que a todos les acontece lo propio, pero acaso, en menor grado que a mí. En cambio, mi contento no tiene límites cuando recibo una prueba de estimación: ¡son tan contadas...! Eso me desarma y me vuelve otro. Usted, que vive querida y mimada de chicos y grandes, no puede comprenderme bien; para aquilatar, aunque vagamente, el gozo que causa la menor muestra de simpatía en las almas tristes y orgullosas, le sería preciso probar primero, esa sensación aplastadora de desamparo que aflige al hombre en tierra extranjera, y después oír una voz amiga que le recordase la querida patria... Todo es tristeza y lobreguez en el alma de los proscritos, de los parias, que somos los *antipáticos*... ¡Oh, me conozco bien! Pero de improviso penetra en esas almas y las ilumina como un rayo de luz, leve afecto,

una partícula infinitamente pequeña del amor humano, y todo cambia: el manantial de la ternura, que parecía seco, brota a raudales y uno se siente reconocido a la criatura que nos produce tanto bien... Lo que ahora me acontece a mí, Laurita.

Aunque a ésta le pareció fuera de lugar y sobrado metafórico aquel discurso, no dejó de impresionarla por el acento sincero y dolorido con que su acompañante lo pronunció. Se puso grave, cosa rara en ella, y dijo lentamente:

—¿Quiere que le diga una cosa...? y perdone si suelto alguna impertinencia: nunca me figuré que fuera tan, tan... sensible, ni tan sentimental. Yo lo creía... todo lo contrario. ¿Por qué, entonces, es a veces irónico?

—Por amargura, Laurita.

—¿Por amargura? ¡Cosa extraña...!

Cacio repitió bajando la cabeza:

—Justo: soy irónico por amargura.

—Pues en su mano tiene el remedio; no lo sea, porque resulta... desagradable. No, usted no es anti-pático, sino en esos momentos; ya ve si soy franca. Creyéndolo burlón, es muy probable que haya sido esquiva con usted sin darme cuenta de ello, involuntariamente. Sin querer huyo de las personas que no son francas ni alegres, y los burlones me apestan. Por lo demás, a mis desaires no les tome atadero: los hago por aturdimiento, no por maldad... Qué, ¿duda de lo que digo? Mire que soy muy distraída —y, viéndolo sonreír, agregó:— Se me figura que usted debe de ser muy mal pensado, ¿eh...? Lo mejor es no pensar ni en los otros ni en uno mismo. Voy a darle un consejo; usted dirá que soy muy metida, pero no me importa, como lo siento se lo

digo: sea como yo, así, alegre, confiada; ve, si ahora no estuviera ahí su hermana, me echaría a correr hasta que no me diesen más las piernas... Quien cavila mucho, ¡hum!, no es feliz, y yo quiero serlo a todo trance; tengo unas ansias locas de vivir, de gozar, de reír...

—Pero, qué puede importarle que esté ahí mi hermana? —dijo Cacio riendo.

—¡Oh!, nada... es que tengo poca confianza —respondióle con cierta premura, y luego, cambiando de conversación, agregó:— Cuando un disgusto me apena, ¿a qué no sabe lo que hago? Pues me pongo a bailar... Y después de todo, como usted se habrá figurado muy bien, mis disgustos no son cosas del otro jueves; mi tío y mis primas me idolatran y satisfacen todos mis deseos, la sociedad me halaga y tengo muchas amigas... Yo tampoco soy muy exigente: me gustan sobre todas las cosas el baile y las enaguas de seda... Sí, sí, riase y llámeme frívola, superficial: ¡qué me importa! El movimiento, las alhajas, el lujo, las reuniones brillantes, la batalla de las flores, los *mel-coch*, digan lo que digan los apestosos sabios, ésa es la vida... al menos a mi edad, de la que, entre paréntesis, no quisiera salir.

—Y hace muy bien... pero ya vendrán las amarguras.

Cambiando de tono, dijo Laura después de meditar un poco:

—Todos me asustan y me dicen: "Aprovecha, aprovecha", como si me amenazara algún peligro. ¿Tan mala es la vida...? Y a mí qué se me figura que siempre continuará siendo como hasta aquí; y, ¿por qué había de cambiar: me lo quiere decir?

—¿Por qué...?, porque algún día no le bastarán los bailes ni las enaguas de seda para ser dichosa, y entonces... Si usted pudiera permanecer siempre virgen de alma... ¡Qué fortuna no tener penas ni cuidados y atravesar la vida triunfalmente, repartiendo sonrisas y apresando corazones!

—Precisamente eso es lo que quisiera ser yo: una criatura triunfante, contra la cual nada pudiesen las miserias ni los dolores del pícaro mundo; triunfante de todo.

—¡Hola, hola!, veo que, a pesar de lo que me decía, esa almita tan simple, tiene también su ambición y su orgullo! No sabe cuánto me alegra el descubrimiento. Si usted no deseara ardientemente algo, sería una criatura vana e insignificante a pesar de toda su belleza... y yo sé que no es así, aunque las apariencias, hasta cierto punto, lo aseguren.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Esos ojos... y mis presentimientos. En su vida habrá algún drama, acuérdesse de mi vaticinio. Usted no es sólo una niña elegante como Carola.

Jugando con las borlas de la sombrilla asintió ella:

—Sí, tengo mi orgullo y mi ambición; sólo que no me hacen daño... y eso que son bien grandes. Tengo ambición... ¿cómo llamarla...? ¡Ah!, sí, eso es: tengo ambición dominatriz! —dijo, acompañando sus palabras de un ademán presuntuoso, y soltó de nuevo su encantadora carcajada.— Guárdeme el secreto; si lo sabe Carola, me come. Daría mi alma al diablo por ser la más hermosa, la más irresistible, la más rica, y todo para dominar, nada más que para dominar. Si yo tuviese poder...

Sus miradas se perdieron en la dirección del sitio

donde Arturo, un tanto alejado de la reunión, departía con la señora de Menchaca.

—Quiera, y el poder será suyo —aseguró Cacio. —Usted lo tiene todo: juventud, riqueza, hermosura incomparable —y embozadamente empezó a galantearla.

Después, viéndola fruncir el ceño, añadió para disimular:

—Cualquiera diría que le estoy haciendo una declaración... ¡Qué!, ¿la ofendería si así fuese? —se atrevió a decir, asustándose en seguida de su propio atrevimiento.

Laura vaciló un instante y luego dijo con firmeza:

—No, no me ofendería... pero no me gustaría tampoco —y como para suavizar la dureza de sus palabras, añadió en otro tono menos seco:— ¡Si usted supiera lo estúpidos que se ponen los hombres cuando se declaran...! Apenas hablan con una cuatro tonterías, y ya se creen en el caso de hacernos la corte. Es un fastidio...

Cacio lo echó a broma.

—No, nada de declaraciones... por más que, dicho sea en honor de la verdad, el sitio, la hora y los sentimientos que forzosamente tiene usted que inspirarle a todo el que goce la dicha de estar a su lado, convidan a las explosiones amorosas... Sólo que yo, Laurita, conozco mi lugar —dijo, bajando la voz; y en silencio caminaron un buen rato.

Después, aspirando una gran bocanada de aire puro, continuó él con el acento melifluo que hacía que pareciese un sí es no es falso y amanerado:

—¡Qué diferencia entre nosotros! Usted quiere dominar a uno sobre todo —insinuó maliciosamente,— y yo ser dominado, sí, ser el esclavo humilde de la persona querida, el esclavo siempre dispuesto al sacri-

ficio. Créame cursi, lírico y todo lo que quiera, pero no poco sincero, porque al hablarle así, lo hago sin pizca de exageración. Me gustaría amar a una reina, a un imposible, entregarle mi vida toda, obedecerle ciegamente, besar la tierra que pisara y sonriendo morir de los desdenes con que me pagase tanto amor...

—¡Huy, huy...!, ¡cuánta poesía y cuánto romanticismo!

—Sí, conforme; acaso en el fondo sea un poco poeta y otro poco romántico... pero no por esa razón es menos cierto que mi alma tiende al sacrificio... Y crea que tal cosa me enorgullece. Consuela descubrir en el propio corazón algún sentimiento levantado; tiene uno tantas flaquezas y es tan despreciable por tantos conceptos...!

"¿Por qué se maltrata este hombre de ese modo?" pensó Laura, examinando a hurtadillas el gesto desabrido de Cacio y su manera de andar, embarazada, a pasitos cortos como los de una mujer. "Choca que se rebaje así: ¿será sólo un perverso sentimental, como dice Arturo...? La frente es nudosa, innoble; la nariz grosera, los ojos suspicaces; y esa sonrisita relamida y ese parpadeo pudibundo cuando habla lo recomiendan mal. ¿Tendría razón Arturo...?, ¿y por qué Arturo no había de sentir los deseos sublimes de ser esclavo que siente este señor...? Pero con tales sentimientos, ¿puede ser... lo que aseguran por ahí? No lo creo; sin embargo, a pesar de sus bellas frases tiene algo, algo... ¿qué será?", y luego continuó, rompiendo el molesto silencio en que los dos se habían hundido:

—Me causa extrañeza verlo tan desencantado. Es joven, goza de buena salud, no ha tenido ninguna

gran desgracia que yo sepa. Entonces... ¿o es todo puro romanticismo?

—No, no es todo puro romanticismo, por más que, ya lo dije, puede haber algo y aun mucho de eso. Mi mal es que... soy un *desheredado de la fortuna*, siendo que mi alma es como la de los poderosos de la tierra. Deseo todo lo que posee usted, y tengo las aspiraciones que usted acaricia y puede lograr, y otras y otras... sólo que yo no puedo conseguir nada, y comúnmente ni me es dado aspirar siquiera. ¿Le parece poco? ¡Un desheredado de la fortuna! —repetió con marcada ironía, y un brillo singular le pasó por los ojos.

Luego, ya porque lo agitase el deseo de expandirse, o porque deseara pasar a los ojos de su compañera por un hombre tan superior como sin ventura, la invitó a oír, sentados en unas negras peñas que besaban las olas, la explicación del fenómeno que tanto la preocupaba.

—Yo nunca confío a nadie mis sinsabores porque le temo a la indiferencia de los otros más que al fuego... y sin embargo, al dirigirme a usted, no me embarga ese temor, ni el miedo de parecerle ridículo, ni otro cuidado alguno; sé que usted me oirá sin reírse y, lo que es más raro aún, sé que comprenderá mis sentimientos. ¿Por qué pienso así? ¿de dónde me viene esa extraña confianza? No lo sé...

—Ni yo tampoco —interrumpió Laura con alegría.— Lo que sí puedo asegurarle es que a muchos les pasa lo mismo. En los bailes soy la confidente obligada de todas mis amigas y amigos, todos vienen a referirme sus penas como si yo tuviese el poder de aliviarlas.

—Es porque usted es buena —dijo sencillamente Cacio;— conmigo no harían lo propio —añadió, dejando oír su irónica risita.

“¡Qué antipático se vuelve cuando suelta esa mala risita!”, pensó Laura, presa de repentino disgusto.

Como si adivinara los sentimientos de ella, dijo él:

—No soy seguramente un malvado, pero tengo el corazón endurecido, y no por ninguna grande desgracia: las grandes desgracias ennoblecen, sino por los dolores de la soberbia, que son los que más laceran y corrompen. ¡Qué quiere usted! yo no he conocido las delicadas afecciones que suavizan las asperezas del carácter; ignoro hasta lo que es el calor de la familia. Mi educación me hizo un extraño entre los miembros de ella; no nos entendíamos nunca sobre ningún punto, y las continuas rozaduras con que sin querer se irritaban y se herían nuestras almas antagónicas, concluyeron por divorciarnos completa y definitivamente. La culpa la tuvieron acaso los malditos libros que, por casualidad, encontré a mano en mi misma alcoba, y cuya lectura excitó mi imaginación y me hizo soñar en qué sé yo cuántas tonterías y disparatadas ambiciones. A no ser por ellos, no se me hubiese ocurrido ir a la capital a seguir carrera... y ahora no sería como soy.

Hizo una pausa, pasóse la mano por la frente, dejando caer con todo estudio sobre ésta un mechón del tupé, y prosiguió:

—Yo nací en este pueblo, en la miserable casita en que antes tenían mis padres su *bolicho* —pronunció la palabra *bolicho* con acento irónico y duro a la vez.— Mi habitación, nada espaciosa, estaba casi repleta de multitud de trastos viejos, cuyo primitivo uso nadie hubiera acertado a designar, y

algunos estantes cargados de desiguales volúmenes, que yo sólo leía en la casa. Habían pertenecido a un estudiante, un pobre tísico, que vino al pueblo a respirar aire oxigenado y se fue al otro mundo no bien empezaron a caer las hojas. Dejó su cuenta a deber, y mi padre, no muy satisfecho del negocio que hacía, se quedó con las ropas y libros del difunto, la mayor parte de los cuales eran obras de derecho, novelas y tal cual tratado de crítica filosófica o literaria. Allí, encerrado casi permanentemente, para libertarme de las humildes tareas en que mis padres me solían ocupar, hojeaba los libros que tenían figuras, leía a ratos y me iba aficionando a recrearme con los juegos de mi imaginación muy inclinada a lo extraordinario y portentoso. Con verdadero furor engullía los libros de versos y las novelas, éstas sobre todo. ¡Ah!, nadie, seguramente, habrá llorado más que yo, recorriendo los ingenuos episodios de Pablo y Virginia o las apasionadas páginas del Werther. Lo peor del caso era que después de leídas las novelas, continuaban ejerciendo su acción sobre mí; comparaba los hombres con los *personajes*, veía la vida al través de los libros, y hacía deducciones y aplicaciones de las experiencias que sacaba de éstos, cosa que, por desgracia, me volvió prematuramente observador y reflexivo y también un tanto sentimental.

Las sabrosas lecturas me dejaban en un estado de ánimo tan favorable al desarrollo de los sentimientos tiernos y exquisitos, que pronto me inspiró los primeros versos y el primer amor o conato de amor, pues yo contaba sólo catorce años. Fue el objeto de mis suspiros una joven casadera, y, naturalmente, no me hizo caso. Era rubia, tenía los ojos... como los suyos, y al sonreír se le formaban en las mejillas

dos hoyitos muy seductores. Los tales hoyitos tenían casi toda la culpa de mi pasión.

Viéndome desdeñado, lloraba a moco tendido, me creía la más infeliz de las criaturas y varias veces pensé en suicidarme; la idea de morir por ella me encantaba, y si no la llevé a cabo, fue porque antes de realizar mi desesperado intento, quería hacerla sufrir un poquito... que supiera, al menos, que sus desvíos me causaban la muerte. Las novelas románticas producían sus malsanos efectos. Una noche de luna puse una cruz frente a la ventana de mi dulce enemiga, y llorando me eché al pie del lúgubre aparato, junto con mi perro Palomo, el cual, como si se lo hubieran dicho, empezó a aullar tristemente. Corríanme las lágrimas por el rostro y recuerdo que me enorgullecía sufrir tanto. Nunca he podido averiguar bien la causa de aquel orgullo. Cuando la joven me vio, acercóse presurosa a mí. "¡Ave María, qué criatura, pues no está llorando!" dijo entre risueña y compasiva, y levantándose del suelo me besó en los ojos. Yo desfallecí en sus brazos.

Las novelas me condujeron muchas veces a extremos semejantes, y de continuo refinaban mis gustos y le imprimían a mi espíritu direcciones inusitadas. Las amenísimas obras de Dumas padre, despertaron en mí el sentimiento caballeresco y el amor de las aventuras galantes. ¡Cuántas veces arrojé el libro y me puse a tirar estocadas contra las paredes! Pero no siempre se reducía a estos belicosos ardores el fruto de las fábulas de corte aristocrático; después de codearme con reinas y duquesas, me parecían más feos y pobres los vestidos de mis hermanas, más callosas las manos de mis padres y más sucias las paredes de la modesta fonda. ¡Ay!, empezaba a des-

gajarme del tronco como la rama que ha crecido demasiado.

Un día caí en la cuenta de que los míos eran inferiores a mí, y cesé de amarlos, sin remisión, fatalmente; otro día, después de ciertos sucesos... desgraciados, no pude menos de confesarme que me avergonzaban, y en mi pecho nació el rencor contra los que tal hacían, considerándolos desde entonces como el obstáculo más formidable para el logro de mis ambiciosos sueños, cosa que, como es natural, embravecía mi cólera, volviéndome a mis padres y a mis hermanas cada vez más insufribles y odiosos. Todo esto y los primeros desengaños de la amistad y de la vida, agriaron y tornaron difícil mi carácter. Luego principié a aspirar... y a sufrir caídas. Mi existencia ha sido una larga serie de fracasos dolorosos. Feliz usted que ignora que, al que desea subir, todo el mundo, por instinto de conservación, sin duda, le cierra el alma y las puertas. Del colegio no guardo recuerdos agradables, lejos de eso: Arturo me dejó el alma llena de heridas que no se han cerrado aún; en la universidad no tuve compañeros, ni en el mundo amistades... ni amores, y sin embargo yo no hubiese sido incapaz de las afecciones tiernas y delicadas. Eso es lo que no le perdono a mi suerte; no le perdono, no, que haya agotado lo noble que había en mí, dejando, en su lugar, el despecho, el orgullo herido y el dolor dilacerante de las aspiraciones no satisfechas. Yo deseaba ardientemente, apasionadamente, locamente, lo que la vida ofrece con mano pródiga a los que han nacido bajo un signo dichoso: las riquezas, el triunfo, el respeto de los hombres, el amor de las mujeres, y me lancé a la lucha... ¡Ah, Laurita!, ¡qué difícil es romper el hielo!, ¡qué

pegiagudo subir para el que está abajo!, ¡y qué egoístas y crueles son los poderosos! Me rechazaron material, moral e intelectualmente...; no querían nada de mí, nada, nada; me demostraron sin piedad mi impotencia y me convirtieron en un *vencido*, convenciéndome antes de que era un desheredado de la fortuna y que, por tal razón, no tenía derecho a sentarme en el festín de la dicha humana, cuyos manjares, empero, excitaban mis apetitos hasta hacerme rabiar... Y así llegué a ser lo que soy: un hombre sin afecciones ni creencias ni esperanzas: un muerto. ¿Le parece poca desdicha?

Las palabras de Cacio turbaban a la joven, moviéndola a sentir ya piedad, ya antipatía y siempre desazón y malestar inexplicables.

"Este hombre debe de ser muy infeliz" se dijo, reflexionando sobre lo que había oído, "pero de todo tiene la culpa seguramente la dureza de su alma", y con acento grave, que sorprendió a Cacio, repuso en voz alta, clavando los verdes ojos en el mar:

—Lo que me cuenta es muy triste... pero, ¿por qué desprecia a sus padres? Eso no le permitirá tener fortuna.

Un poco avergonzado, observó él:

—Yo no los desprecio... pero, ¿quién le impide a la inteligencia que analice y haga deducciones?

—No lo sé, no lo sé... pero no olvide que allá arriba hay uno que lo ve todo...

—Allá arriba no hay nada, Laurita —contestó Cacio en medio de un hondo suspiro.

—¡Ah!, ¿es posible...? —exclamó Laura, mirándolo con disgusto y sorpresa, y levantándose echó a andar.

Los dos tornaron a hundirse en un silencio embarazoso, que al fin rompió Cacio:

—Perdóneme —dijo—, he hecho mal en hablarle de cosas tristes; quizá la he apenado.

—No es eso —respondió ella—; es que... —y no supo concluir su pensamiento.

El sol se hundía en el mar, enrojeciendo trágicamente las movibles aguas. Las superficies arenosas de los médanos resplandecían como si estuviesen cuajadas de diminutos brillantes, y en los campos agonizaba la luz, comunicándoles a los objetos la melancólica belleza que espiritualiza el rostro de los moribundos.

Impresionado por la poesía ardiente del crepúsculo, dijo él con un gesto que Laura no comprendió:

—Yo tengo el alma como ese paisaje.

María Carolina se acercó a ellos, diciendo:

—¡Qué temporada...!, y la leche muerta de risa —luego, cuando se separaron de Cacio, añadió con sorda irritación:— No me gusta que le coquetees al tipo ese, ¿sabes? Tú allá con él y Arturo sin despegarse de la de Menchaca. ¡Te has vuelto boba...!

—¡No digas disparates! ¿Qué le voy a coquetear? En eso estaba pensando... Y si vieras qué bien habla y qué interesante es...!, lástima que tenga una figura tan cursi: parece un perro sentado en la cola —y se echó a reír de la mejor gana; luego, poniéndose repentinamente seria, dijo:— ¡Pobre!, me contó unas cosas muy tristes... te prohibo que te rías de él. En cuanto a Arturo, ¡darme cocos con una mujer casada...! ¡Sabes que tu hermano es muy sinvergüenza!

Y sentándose en un sitio apartado, hablaron gravemente sobre el asunto.

Arturo las observaba sonriendo.

CAPITULO IV

Esa noche estuvo Cacio muy alegre en la mesa, con lo cual dejó contentísimo a Menchaca, que tenía a su cuñado por un hombre superior, aunque bastante díscolo y agresivo.

"Si no me admiran los odio, si me admiran los desprecio", díjose una vez el agriado joven a punto seguido de analizar los opuestos sentimientos que le inspiraban Arturo y Menchaca. A este último, a pesar de sus excelentes cualidades, y a pesar también de los no escasos favores que le debía, tenía en menos y no le guardaba consideración alguna. Con los humildes mostrábase duro y desdefioso. Las disertaciones del filántropo antojábasele fastidiosas *latas*, su buena fortuna irritábalo secretamente; pero sobre todo lo que más insufrible se lo hacía, era la ingenua confianza y la fe ciega de aquél en los hombres y en la existencia.

Mientras tomaba el té, decíase Cacio, considerando a Menchaca: "Parece mentira que con ese optimismo pavo e inocentón, que lo expone a todos los peligros, pueda triunfar este hombre, desprovisto de talento y de especiales aptitudes. Y hasta las gentes más circunspectas principian a tomar en serio sus filantropías fiambres y sus pavadas. ¡Bendito pueblo...!, tiene la misma predilección por las farolerías y las bambollas, que los salvajes por las piedras de colores. ¿Y mi hermana es en realidad la mujer de ese pobre diablo...? El la quiere, pero ella, ¿puede quererlo?, qué comunidad de sentimientos existe entre

estos dos seres? Ana tenía antes ciertas delicadezas de gusto; ¡phss!, se habrá vulgarizado y vivirá en perfecta armonía con su alcornoque de marido. Después de todo, qué más podía pretender? Menchaca era el mejor partido del pueblo, cualquier damisela hubiese preferido su mano a la mía... Entonces, qué eres tú, Cacio?", y después de doblar la servilleta, se levantó con la intención de pegarle una palmada en el hombro al comerciante, que hablaba muy complacido de sus triunfos, y decirle al mismo tiempo para desahogarse y poner las cosas en su lugar: "Amigo mío, usted no se conoce"; pero los gratos recuerdos de la tarde lo inclinaron a ser más benevolente que de costumbre y se contuvo.

—¡Qué agradable es tu hermano cuando se le antoja! —aseguró Menchaca, disponiendo sus papeles sobre la mesa del comedor, con la idea de escribir un par de horas como hacía todas las noches después de comer;— lo malo es que no siempre quiere, por lo común hace gala de cierta acometividad... Tú debías observarle que... porque, francamente... —y calló, notando que su mujer no lo oía, ocupada en componerse el peinado frente al espejo. Esa noche la había sorprendido varias veces en la misma tarea.

Ella, después de arreglarse y examinarse atentamente, sentóse cerca de la ventana que daba al jardín y cerró los ojos.

Viéndola tan linda y bien puesta, lo acometieron a él irresistibles tentaciones de acariciarla, y acercándose sin ruido la besó en la boca, lo cual la hizo hacer a ella un gesto de repugnancia tan visible, que su marido quedóse como petrificado por el estupor y la pena.

—¡Me sorprendiste...! —dijo Ana entonces,

echándole los brazos al cuello, pero en seguida se distrajo otra vez, y Menchaca con el rostro empañado por una sombra de tristeza, fue a sentarse cerca de sus papeles. Suspiró y se puso a trabajar.

Ocupábase en dirigir a los departamentos unos a modo de cuestionarios sobre asuntos de agricultura y ganadería, los que, contestados por personas competentes, ponían a la vista del curioso el movimiento comercial de la campaña, la abundancia de las cosechas, el estado de los animales y otros datos no menos interesantes y útiles, que Menchaca hacía publicar en los periódicos de más circulación, con la sana idea de que todo el mundo pudiera sacar algún producto de su trabajo, del disparatado trabajo que le ocasionaba la abrumadora correspondencia, sostenida con gentes de tan pocas luces y tan poco amables, que la mayor parte de las veces dejaban sin contestar sus corteses esquelas. Solían ser las noticias falsas, y servían más para inducir en error al interesado que para darle alguna luz o reportarle algún beneficio; pero Menchaca, diciéndose que los informantes, una vez penetrados de la capital importancia de aquellas noticias, llenarían su cometido más concienzudamente, continuaba publicándolas, aun sabiendo que no servían para maldita la cosa... como no fuera para hacer sonar en los periódicos el nombre del estadista. Las cartas a él dirigidas las coleccionaba el comerciante cuidadosamente... con *finis ultiores*, como diría Cacio.

"¡Pobre, qué bueno es!" se dijo Ana; "pero no lo puedo remediar: siempre que me besa con sus labios abultados o me acaricia con esas manazas, me crispa los nervios. ¡Qué le voy a hacer...! Cuando *me casaron* creí que le cobraría cariño, pero... al cora-

zón no se manda, el corazón hace lo que quiere. A cualquiera en mi caso le pasaría lo mismo; me dobla la edad y es tan infeliz!”.

“Me aburre con sus proyectos: siempre está proyectando. A pesar de todo, dice muy seriamente Arturo que Menchaca es el modelo del buen marido, y que hago mal en preferir sus palabritas de miel a... ¡Habrá canalla! Seguramente dice eso de puro burlón... ¡El marido!, podrá ser, pero *lo otro*, ¡hum!, eso sí que no... Y ahora se levanta y vendrá a besuquearme: ya me parecía a mí que no se podría pasar sin... Y sobre todo esta noche, ¡qué fastidio!”.

Efectivamente, el filántropo, apartando con mal humor los papeles que hojeaba, fue a sentarse cerca de su mujer. Afligíalo una pena honda y secreta que no le permitía pensar, como otras veces, en la felicidad de los otros, ni en el bien del país.

—¿Qué tienes? —le preguntó ella.

—No lo sé, no puedo trabajar... o más bien dicho, lo sé; cuando pienso que tú no me quieres, me faltan las fuerzas para todo... —y luego, con voz temblorosa, añadió:— Porque tú ya no me quieres, ¿no es cierto?

—¡Ay, ay!, ¿vas a ponerte fastidioso?, ¡qué pava-das se te ocurren desde algún tiempo a esta parte; siempre con la matraca de que no te quiero! —dijo Ana irritándose.— ¿De dónde sacas esas cosas?

—El corazón me lo dice. Yo no soy como esos hombres de mundo, que según aseguras tú, todo lo penetran y todo lo adivinan, pero tengo presentimientos que no me engañan nunca —y como quien se desahoga continuó:— Yo sé —no me preguntes las razones— que tú me harás padecer mucho, y sin embargo, te querré siempre con toda el alma. Y te

advierto que no es de ahora que sé *eso*, lo sabía antes de casarme, y a pesar de todo...

—¡Bah, bah!, eres como los niños chicos —exclamó ella, y para apartarlo de los arrechuchos sentimentales, que tanto la fastidiaban, torció la conversación hábilmente hacia las obras de beneficencia que Menchaca traía entre manos, con lo cual se disiparon las tristezas y murrias del marido celoso. A fin de que la dejase en paz, halagaba frecuentemente ella las manías y fantaseos filantrópicos de Menchaca.

Sin detenerse a tomar aliento habló éste dos horas, terminando su largo discurso con las palabras que siguen:

—Si logro llevar a cabo la idea de la estatua y las escuelas rurales por suscripción, no podrán decir que no he hecho nada por mi pueblo... Pero los ricos son los más retrógrados e indiferentes, ¿sabes Ana?; aquí no hay verdaderos hombres de progreso. Crooker mismo, es muy humanitario y todo lo que tú quieras, pero carece de espíritu emprendedor. Nunca contesta a mis cartas, y si le envió una lista para que la *haga correr* entre sus muchas relaciones, la deja que se pudra sobre el escritorio. El otro día me dijo claramente: "Pídemelo que quietas, pero no me *amuéles* con esos papeluchos... porque ya tengo bastante en qué ocuparme con lo mío". ¿Qué te parece?, así *no se hace patria*.

Un momento después llegó Cacio, que se alojaba allí mismo, y la conversación rodó sobre diversos tópicos, entre los que figuraron, como siempre, la tristeza del pueblo y el mal estado de los caminos. Ana, a medida que pasaba el tiempo, mostrábase más nerviosa e inquieta. Dos veces preguntó la hora y otras tantas se levantó para volver a sentarse a los

pocos segundos. Por fin, pretextando un fuerte dolor de cabeza, retiróse a su alcoba, seguida de las miradas tristes del marido amoroso, y entonces se disolvió la tertulia, pues Cacio y Menchaca no lograban, estando solos, hablar arriba de cinco minutos. No tenían nada que decirse.

Cacio subió a su habitación, aligeróse de ropa y salió a la azotea a pasearse al aire libre. Aunque en menor grado que Guzmán, sabroseaba también los placeres del análisis, y en cuanto se vio solo en medio de la quietud y de las sombras de la noche, acometiólo la necesidad de poner orden en sus pensamientos y de estudiarlos minuciosamente.

"He llegado a un punto de la existencia en que es necesario orientarse y luego seguir una ruta fija" se dijo restregándose las manos. "Los sucesos de este día feliz perturban mis anteriores planes y descubren nuevos horizontes ante mis ojos. Acaso no le soy indiferente a Laura; si fuera así...", y el corazón empezó a latirle con ímpetu tan desordenado y molesto, que el ambicioso estuvo a punto de caer. "Ha sido suficiente una sonrisa suya para que reverdecieran en mi pecho las oscuras esperanzas que acaricié el día de mi primera visita a la casa de Crooker. "He ahí la mujer soñada" me dije al verla, y experimenté una emoción dulcísima, una especie de grato mareo... Hoy me ha sonreído y me ha coqueteado un poco... ¿Me hará caso? ¿Será posible que yo, el hijo de...!", y mudando de pensamientos, ennegrecióle el humor el análisis despiadado que hacía siempre de sus padres y hermanas.

Luego perdiéronse sus miradas en las calles desiertas, en el grupo informe de los edificios; y las particularidades de la población, que tanto conocía, le

trajeron a la memoria los recuerdos dolorosos de la primera juventud y la aridez y tristeza de su vida de soñador en un pueblo de gentes vulgares y extrañas a los sentimientos exquisitos y al flujo y reflujo de las ideas. Cuánto había vagado por aquellos sitios sin recoger jamás una simpatía! ¡Y cuántas veces, al morir la tarde, después de algunas horas de fiesta y jolgorio, en los que había tratado vanamente de reír y hacerse estimar de alguien, volvía a su lóbrega cueva con el alma rebosando de rencor y el orgullo herido por la indiferencia y la incredulidad de sus rudos compañeros! Las cavilaciones a que propendía su naturaleza desconfiada, dábanle muy malos ratos; veía pruebas de aversión por todas partes, creíase despreciado y, sobre todo, no comprendido, y aunque esto halagaba en cierto modo su vanidad, llenábalo, en el fondo, de ira y de despecho.

"Nadie cree en mí, nadie me estima; los ricos me despreciarán siempre" repetíase por las noches en su cuchitril, y salía al balcón a refrescarse la cabeza y a escuchar con profundo recogimiento los murmullos sordos, las convulsas agitaciones, la lengua apasionada del mar, mientras seguía al propio tiempo con ojos humedecidos, el paso majestuoso de las albas nubes por el cielo azul. En tales instantes, sintiendo pesar sobre sus espaldas como una plancha de plomo, el fastidio embrutecedor del pueblo, invadíanlo indefinibles aspiraciones, ansias violentas, deseos profundos. Y entonces la miserable criatura, no obstante su pequeñez, llegaba a sospechar, temblando de gozo y de angustia, que existían ocultas correspondencias entre su alma agitada y el alma del tumultuoso elemento. El murmullo acariciador de las ondas al besar las arenas de la playa, o el bramido de las olas

estrellándose furiosas en los abruptos peñones que erizaban las orillas, como afilados dientes que la tierra enseñara a los furoros del mar, le hablaban más al corazón que las palabras groseras e insulsas de aquellos señores del pueblo, que dormitando despachaban sus negocios, un día y otro día, hasta morir... "¿Qué piensan?, ¿qué sienten?" preguntábase, y suponiéndolos desprovistos de toda ambición y ocupados sólo en las nonadas de la vida, dilatábasele el pecho de orgullo porque, sin precisarlo, comprendía que sus dolores y las cosas tristes y dulces a la vez que en el balcón lo embargaban, lo hacían ascender a las esferas superiores del sentimiento. Y lleno de confianza en sí —¡encantadora juventud!— acostábase Cacio en su miserable lecho y soñaba con grandes triunfos y grandes riquezas.

"Ya no quedan ni rastros del boliche" pensó deteniéndose a considerar la nueva casita de sus padres, que veía a lo lejos, como entre brumas plateadas; "pero aún existe el ombú" añadió entreviendo el copudo árbol, que antes sirviera de abrigo a las aves de corral, y en cuyas robustas y retorcidas raíces, agarradas a la tierra como un disforme pulpo a la roca, había hecho el ingenioso don Jenaro el bebedero de las gallinas. Estas reminiscencias le trajeron a la memoria muchos recuerdos de la infancia, en los que se abismó un buen espacio de tiempo.

"Fuera del ombú, no quedan ni rastros de la antigua población" repitió reanudando su interrumpido discurso; "¿y de mis ambiciones, de mis locas esperanzas, qué queda...? Ni rastro tampoco", y después de meditar breves instantes, confesóse temblando de rabia: "Todos mis sueños fueron burla y engaño, todo me ha salido mal: mi *jettatura* es infinita. Una

vez estuve a punto de hacerme rico y de burlar mi suerte perra, pero la casualidad desbarató mis planes, no pude devolver a la caja el dinero que había retirado, y Crooker descubrió mi... *abuso de confianza*, despidiéndome por lo que nunca fui... Mi idea no era apoderarme de lo ajeno; ¡suerte maldita...! Perdí mi empleo, y al fin de cuentas ni aun pude realizar la modesta aspiración de vestirme a la *dernière* para no ser aplastado por la sonrisa irónica y despreciativa de los elegantes, que tanto me ofende, que tanto mal me causa... Me humillé como un lacayo vil. ¡Ah!, ¡las cosas de los miserables delante de los poderosos!, pero todo inútilmente... fui echado a la calle. Después, cuántas humillaciones no he sufrido como quien traga una repugnante medicina, cerrando los ojos, para ver de lograr la riqueza, el renombre, la consideración, todo eso que no me deja dormir!, ¡inútilmente, inútilmente!, y aquí estoy como al principio: con las manos vacías, pero, ¡ay!, sin las esperanzas de entonces. ¿Qué me falta?, ¿estaría en lo cierto Crooker cuando me aseguró: "Tú no eres bueno, tú nunca harás camino?". Meditó un momento y luego confesóse con pena: "Efectivamente, no tengo bondad, ¿pero la culpa es acaso mía? ¡Y cuántos triunfan sin la bondad y aun precisamente por eso...! No, me falta otra cosa, otra cosa...", y poniendo los codos sobre el pretil de la azotea, ocultó el rostro entre las manos.

Del pueblo dormido subían hasta Cacio sordos rumores que, mezclándose al murmullo lejano del mar, hacían más solemne y misterioso el silencio de la noche y excitaban de un modo peregrino la actividad del cerebro. Aun en la muerte momentánea de la naturaleza percibíase el hervor de la vida: vibraciones

armoniosas del aire, titilaciones de estrellas, fosforescencias fugaces y extraños ruidos y ecos que animaban las lívidas palideces de la luna. De los negros abismos que las sombras abrían en la tierra y sobre los que revoloteaban las aves nocturnas de torcido vuelo, parecían salir confusas voces que despertaban en el alma de Cacio sentimientos oscuros con los cuales aquellas voces tenían extraña relación.

Suspirando se dijo:

"Me falta el carácter y por añadidura el sentimiento de lo verdadero, la cualidad típica de los hombres prácticos. Yo mismo no sé bien lo que deseo ni a dónde quiero ir. Las lecturas desordenadas y sin rumbo han depositado en mí un limo perjudicial, un fondo de romanticismo y de ciencia pedante, que me muestra, como al través de una lente de aumento, las realidades de la vida; poetizo, prejuízo, equivo-cándome casi siempre por no emplear el más formidable reactivo para apreciar las certezas del conocimiento: la experimentación. Soy un poco doctor y otro poco fantástico. . . y más que medianamente pusilánime, flaco servicio que le debo a Arturo", y recordando, recordando sus relaciones con éste, descubrió entre una cantidad de hechos insignificantes, los gérmenes de la duda, del temor, de la desconfianza de sí mismo que aquella amistad le había dejado en el alma. "Mi timidez me impide atacar las cosas con el empuje bárbaro o con la fe robusta que hacen dominador al héroe, irresistible al profeta. En pueriles ensayos se cansan mis músculos; no tuve jamás la energía cesariana de obrar ciegamente; delante de lo desconocido tiemblo como un cobarde, y la razón, como sola consejera y guía, me conduce de la

mano, al igual que pudiera hacerlo por un bosque poblado de fieras, una pálida señorita”.

Al decirse lo que antecede, hizo un movimiento de impaciencia y comenzó a pasearse de nuevo, atormentado por el disgusto de sí mismo, lo que más lo ulceraba. Luego sacó del cuarto la silla de lona que le había servido para soñar sobre cubierta a su regreso del viejo continente, y se sentó con las piernas estiradas y la cabeza caída sobre el pecho.

“Lo pasado, pasado; debo recomenzar la vida” se dijo, repentinamente reanimado por el recuerdo de Laura. “Es necesario obrar, querer es vivir, tengamos voluntad. ¡Sí, Cacio, ve a tu objeto sin pararte en barras, los santos de tu devoción deben ser los Césares. Si yo lograra obtener el cariño de Laura, si yo lograra unir mi destino humilde a su destino brillante... si de un golpe satisficiera las necesidades de mi espíritu y de mi corazón...! ¿Y por qué no?, me insinuaré poco a poco, adivinaré sus gustos y la haré mía convirtiéndome en su esclavo... ¡Hum!, principio a fantasear, pero en fin, cosas más raras se han visto”, y estremeciéndose agregó: “La jornada va a ser dura; en cuanto ellos conozcan mis intenciones me rechazarán brutalmente, pero no les daré pie para eso... trabajaré a la sombra, sigilosamente, como los ladrones, no importa... es necesario vencer”.

Y sus ojillos grises brillaron con vivo fuego. A la sola idea de salir airoso y vengar sus derrotas, el ser domesticado sentía revivir en el pecho la sed salvaje de placeres y venganzas de los siervos que se rebelan contra los señores y contra la ley que les prohíbe gozar. ¡El placer, el dominio! Estas dos palabras parecían meterle mostaza en la sangre. Suspiró con fuerza, reconocióse confortado como por la mágica

virtud de un elixir poderoso, y la bóveda azul pareció más profunda.

"¡Gozar, dominar!" exclamó, y con los nervios desatados tornó a pasearse.

Veíase rico, feliz, poderoso, arrastrando una vida deliciosa de goces y placeres, convirtiendo al mundo en un vasto patrimonio del que era señor de horca y cuchillo, su voluntad imperiosa, avasalladora, tiránica, como la de un rey. Vivía en castillos de "Las mil y una noches", lo servían lacayos galoneados y poseía lebreles con collares de plata, vistosos halcones y bucéfalos de pelaje reluciente. Todo lo tenía al alcance de la mano: el poder, las satisfacciones del amor propio, las sonrisas de las bellas, los halagos de la vanidad, el néctar y la ambrosía de los dioses terrenales, en fin; y delirando con tanta grandeza, disponíase a pasear sobre la multitud, sobre la turba-multa de los humildes, una mirada soberbia de superioridad y de desprecio...

De improviso se detuvo en sus vuelos icáreos, y conteniendo la respiración, acercóse al pretil de la azotea. Un hombre rondaba la casa. Pasó y tornó a pasar; fue hasta la esquina, y después de múltiples vacilaciones, se acercó cautelosamente a la puerta. Abrióse ésta y Cacio pudo distinguir del lado de adentro una figura de mujer.

"¡Tiene un amante la muy...!" se dijo, "pero, ¿quién es...?, ¿quién es...?", y hundiendo las ávidas miradas en la oscuridad, afanáse en reconocer la silueta del galán. "¡Es Arturo!" aseguró rechinando los dientes. "Hemos nacido para que nos pisotee; ¡suerte maldita...!"

Un momento después la calle quedaba desierta. Cacio se estuvo en su puesto inmóvil, oyendo latir

su corazón y zumbar sus oídos, hasta que el paso de otro hombre lo distrajo nuevamente. A la luz macilenta del farol alumbrado a petróleo, pudo distinguir las facciones del paseante nocturno: era Guzmán, que caminaba con el sombrero en la mano y la cabeza erguida al modo de los ciegos.

Cacio experimentó una emoción súbita y extraña, y tuvo el presagio de que su destino y el del errabundo serían semejantes.

"Ahí va otro atormentado" se dijo, siguiéndolo tristemente con los ojos, y recordando las íntimas conversaciones que con Guzmán había tenido, añadió: "Pobre paria, camina, camina sin descanso, mientras los dolores te persiguen y te dan inexorable caza; camina, camina, porque como yo, *errante y fugitivo vivirás sobre la tierra*".

Y sentándose volvió a abismarse en sus pensamientos, permaneciendo hasta la aurora sin cambiar de postura y sin ver ni oír nada, ni siquiera el ruido del mar... que tampoco dormía.

CAPITULO V

Guzmán había tenido horas antes una seria disputa con Amelia.

Después de pensarlo mucho y desistir varias veces de su famoso proyecto, se resolvió a hablarle por la noche a su mujer, así que estuviese solo con ella en la dulce intimidad de la alcoba. Cuando llegó el momento, Julio, pensando en lo que iba a decir, fue a sentarse en el sofá que en un ángulo de la habitación había, mientras Amelia hacía la cama, dándose a cavilar en la causa del buen humor demostrado por su marido en la mesa. "¿Qué tripa se le habrá roto?" pensaba, sabiendo por experiencia que las escasas alegrías de Guzmán nacían siempre de alguna travesura de su briosa imaginación.

El, esforzándose un poco, pudo comenzar:

—Tengo que decirte algo, ¿sabes, Amelia? . . . pero necesito que me oigas con toda atención. . . Es un asunto muy serio, ¿sabes?, un asunto de capital importancia para ambos.

Amelia continuó en su trajín, como si no hubiese oído las palabras de Guzmán, al que, no obstante, observaba a hurtadillas.

—¿No oyes?

—Sí, oigo; habla, habla. . . mientras yo arreglo esto.

Cuando Guzmán tomaba el tono con que suelen acometerse los asuntos graves, Amelia instintivamente tenía la costumbre de fingir cierta indiferencia descortés que irritaba sobremanera a su esposo. "Yo no puedo seguir los vuelos de tu espíritu, pero mi

voluntad es más firme que la tuya; siempre se hará lo que yo quiera", le parecía a Julio que significaba la *sustancia psicológica* de tan extraño proceder.

Haciendo un gesto de enojo, repuso:

—No, así no; ven, siéntate aquí y escucha. Te he dicho que es necesario que me oigas con atención.

Y viéndola obedecer de mala gana, se dijo: "Acepta sin entusiasmo, sin interés, como si la llevaran al matadero: ¿por qué, qué teme...? Con esa frialdad mata mis ardores, me encoge el corazón y me quita los ánimos para todo. ¿Esta mujer fría es la compañera del hombre?", y olvidando su preparado discurso, empezó a hablar de un modo enteramente contrario al que se había propuesto.

—Si no tienes deseos de oírme, me hablas claro, ¿sabes?... Lo que tengo que decirte no es para oído como quien oye llover. Además, te lo digo sin ambages, me ofende mucho el desgano con que me escuchas cuando yo me franqueo contigo hablándote de mis esperanzas o de mis desalientos. Si no te interesa lo mío, ¿qué es lo que te interesa a ti? A veces me pregunto si eres mi mujer, la compañera de mi vida, o una extraña indiferente a todo lo que conmigo se relaciona. Pero hay más: cuando te hablo parece que te pones en guardia contra no sé qué... parece que temieras alguna cosa —y como ella, callando, asentía en cierto modo a lo que él afirmaba, concluyó brutalmente, mirándola irritado:— Pues bien: nada temas, y por tu dinero menos que por otra cosa.

—¡Ave María!, ¿qué estás diciendo?

—Sí, Amelia, sí; he observado que la sola sospecha de que pueda reclamar tu auxilio y pedirte algo te hace desgraciadísima... No lo niegues, aunque el

caso te avergüence un poco; más vergüenza me da a mí decírtelo, y sin embargo... pero tú quieres que las cosas sean así, y así son, no lo niegues, y tampoco temas, está tranquila; tú no me conoces, pero yo me conozco. Soy incapaz de exigirte nada, ¿sabes?, nada —repitió cada vez más agriamente—. Cuando perdí en la Bolsa mis pocos pesos, tú hubieras podido salvarme; casi y sin casi era una obligación para ti; te lo insinué, no te diste por aludida y no hablamos más del asunto. Y así haré siempre.

Al llegar aquí, se ahogaba. Como de costumbre, se había dejado arrastrar por el vuelo del discurso, y como de costumbre también, las acritudes y rencores acumulados en su corazón, brotaban sin causa o con un pretexto fútil e injustificado en apariencia, pero sólo en apariencia.

Parpadeando, porque no podía resistir la mirada de Guzmán, y con voz insegura, dijo Amelia:

—Te equivocas, Julio; a lo que yo le temo es a estas escenas en que siempre terminan tus expansiones... ¿No eres mi marido?, ¿qué puedo temer de ti?, pero las disputas, aunque sean insignificantes, me desagradan, quiero evitarlas, y ésa es la causa de que me veas intranquila, porque tú, a lo mejor... o porque no entiendo o por otra causa cualquiera, te irritas y estallas. Es una desgracia, pero yo no tengo los entusiasmos que tú, ni puedo hablar como tú. Te oigo sin hacer aspavientos a causa de que mi carácter es poco expansivo, no por indiferencia; ¿por qué te ofendes, pues, y me dices tantos disparates...? ¿Acaso porque no pienso como tú en los negocios? Yo, hijo, soy mujer; no veo más allá de mis narices y me gustan las cosas seguras. ¡Qué

quieres, cada uno es como Dios lo ha hecho!
Guzmán sonrió desdeñosamente.

—¡Ah!, ¿entonces tú no piensas como yo en materia de negocios? ¡Vaya, vaya...! ¿Y cómo has venido a saberlo, si nunca hemos hablado de negocios?

Ruborizándose, repuso ella:

—Ahora mismo acabas de decir que me has hecho insinuaciones.

—Justo, una vez cuando mi pérdida en la Bolsa; pero es raro que por las insinuaciones que te hice, hayas tú caído en la cuenta de que no pensamos de igual modo en lo que toca a los negocios. No te creía tan aguda.

"Desconfía" se dijo luego; "me cree capaz de pedirle. ¡Cómo puede ser tan ruin! No, no hay duda, ha desconfiado de su marido... ¡Y con qué tono impertinente dice: "¡me gustan las cosas seguras!". Eso quiere decir que abriga el temor de que le proponga cosas que no lo son tanto... Me insulta, me insulta, y, en medio de todo, obra bien: ¿para qué le hice insinuaciones...? Estas le dan el derecho de pensar torcidamente. Debí haber recurrido a un usurero antes que a ella. Pero, Señor, ¿con quién me casé?".

Y sin poder reprimirse, continuó desahogándose con mordaces indirectas, que Amelia oía resignada, mirando al suelo humildemente.

"A pesar de esa actitud de víctima" se dijo después de haberse despachado a su gusto, "está y estará firme en su idea, rechazando lo que venga de mí, y cerrándome las puertas de la *comunión espiritual*. Me gustaría que se irritase, que me contestase; pero no, ella permanecerá encastillada en sus convicciones sin tomarse el trabajo de discutir. Con mudo, pero elocuente lenguaje me dice: "Habla todo lo que quieras, que

yo después haré lo que me cuadre". He ahí en lo que consiste su bondad y la paciencia que demuestra ahora mientras me escucha. Con la cara abatida y ese traje blanco, parece una mártir de los tiempos heroicos del Coliseo... y está muy apetitosa" agregó después, examinándola atentamente.

Amelia, a pesar de no ser ni elegante ni distinguida, tenía airoso continente, y aunque su rostro no atesoraba ninguna belleza digna de mención, era en extremo simpático. Los ojos dulces miraban siempre como con miedo; el pliegue de los labios, a pesar de la contracción característica, aunque no pronunciada, de los avaros o de los limitados de espíritu, era noble; la frente amplia y recta, parecía delatar la calma del cerebro, y sólo la nariz corva y un tanto afilada en la punta, semejante a la de Crooker, pero menos regular que la de éste, acusaba la firmeza y aun la dureza del carácter, que escondían muy bien las líneas suaves de las otras facciones.

Cuando Julio cesó de hacerle cargos y guardó silencio, un poco pesaroso de haber mostrado la causa de su rencor, dijo ella en medio de un hondo suspiro:

—Me duele la cabeza; voy a acostarme.

Guzmán hizo un gesto de impaciencia y pensó: "Justo, un pretexto; es lo que buscaba para eludir explicaciones", y por eso precisamente se propuso hacerse escuchar.

—¿No te he dicho que tengo que hablarte?, ¿para qué finges haberlo olvidado...? Es necesario que te hable: si no reventaría; escúchame.

Suspirando obedeció.

—Te escucho... pero no te irrites, porque entonces yo no sé qué hacer. ¿Por qué hemos de vivir

peleándonos como perro y gato? Tú eres muy severo, no perdonas nada y piensas que yo siempre oculto mis intenciones, que obro con segunda: te engañas... Te ruego que me juzgues con más bondad, de otro modo nuestra vida será imposible; tú comprendes que...

Y un sollozo la ahogó.

Media hora después, muy cerca el uno del otro y completamente reconciliados, decía él, dejándose arrastrar por las rachas de optimismo generoso con que su viva imaginación le refrescaba de tarde en tarde las arideces del alma:

—A fuerza de golpes he caído en la cuenta de que para vivir es necesario que la vida tenga algún objeto, es necesario desplegar de cualquier modo las energías de que uno se reconoce rico, ¿sabes? La quietud, la inacción pudren las virtudes del hombre, del mismo modo que se pudren las aguas paradas. Mis amarguras, mis desalientos arrancan de que mi vida no tiene un fin bien determinado. Créeme, Amelia, no hay un dolor más grande que éste: no saber qué hacer ni para qué hemos venido al mundo. Es desesperante. Yo tomé desde el principio un rumbo que no podía conducirme a buen puerto; me di una gran cultura literaria y artística, que para nada me sirve en este bendito país, como no sea para hacerme sospechoso y antipático a mis compatriotas, a quienes, por fuerza, tiene que serles antipático y sospechoso lo que es diferente y extraño a ellos. ¿Qué podría emprender? Entre nosotros la actividad literaria o artística es cosa pueril y ridícula, porque es una cosa que no reclama ninguna necesidad profunda de nuestra incipiente y descolorida civilización. Del literato y del artista, ¡phss!, se ríen las gentes. Por lo demás, me he

convencido de que en cualquier parte sólo hubiese llegado a ser una medianía, y eso, en cualquier parte también, es un destino ridículo. O todo o nada; las medianías roban hasta el pan que comen. . . Lo peor de todo esto es que lo veo tarde, después que he perdido lo mejor de mi vida en una tarea enervadora, tan enervadora que me ha hecho inútil para cualquier otra actividad. . . No, si no exagero; yo me conozco bien —aseveró con amarga ironía, atajándole las palabras a Amelia— ése es el raquíctico fruto que he sacado de mis análisis, de mi vida solitaria en que, como Amiel, no vivía, sino que analizaba la vida. ¡Ah!, ¡me conozco, me conozco! Analizo con sagacidad, calo hondo, meto hasta el mango el bisturí, y tengo tanto valor para las especulaciones puras, como cobardía y desconfianza en las cosas materiales. Los más pequeños inconvenientes se me antojan montañas, no sé *querer*, y tú debes de saberlo: una criatura sin voluntad es un barco sin piloto, va donde lo arrastran las corrientes y los vientos. Y para remate, confiando en mis talentos, ambicioné destinos tan altos, que ahora todo lo que podría emprender se me antoja mezquino y despreciable. Por eso te decía que mi maldita cultura y primeras inclinaciones me habían inutilizado para toda tarea.

Cargó su pipa lentamente, encendióla y dándole seis u ocho buenas chupadas, continuó con cierto orgullo:

—El vicio del análisis tiene sus embriagueces como el vino y el opio; me ha causado mucho mal, pero también le debo grandes placeres y emociones profundas. La personalidad se desdobra, los sentidos se sutilizan y penetran mejor las razones ocultas de los sucesos y los misterios del alma y del corazón. Lo

malo es que al despertar suele uno encontrarse con que la naturaleza está viciada y con que no se puede vivir naturalmente. Tengo treinta y cuatro años; no he hecho cosa que sirva, ni estoy seguro de poder hacerla... Me parece que ya es tiempo de ensayar.

Guzmán sabía que hablaba bien y gustaba que lo oyeran y admirasen sus escogidas expresiones y el vocabulario presuntuoso que solía emplear, con el deliberado intento de parecer extravagante y raro. No ignoraba que cuanto más conceptuosas y crespas eran sus frases, menos convencían, pero incitábalo a obrar así la extraña satisfacción de no ser de todos comprendido y de dejar a las buenas gentes con la boca abierta.

"Como lo dije" pensó Amelia intranquila, "nuevo proyecto tenemos. Mucho entusiasmo, mucha pasión, y a los cuatro días al aburrimiento y al olvido. ¿Qué hacer para contentarlo sin apoyar sus ideas?... Como siempre, éstas serán muy bonitas, pero impracticables. Y ahora le ha dado con la tarabilla de la acción y de la actividad. ¡Dios sabe en qué berenjenales intenta meterse, y todo porque las aguas paradas se pudren! ¡Qué desgracia!".

Amelia, como todas las personas circunspectas, juiciosas y de espíritu práctico, desconfiaba secretamente de los hipnotismos, seducciones y engaños de las inteligencias brillantes. No sabía por qué, pero tenía por más seguras y honestas a las gentes de inteligencia inferior, y se encontraba entre ellas más a sus anchas. Los sentimientos levantados, las chispas del ingenio, los ardores de la imaginación, todo lo que se saliera de lo trillado y corriente, tenía para la mujer de Guzmán algo de peligroso, que su juicio y prudencia le aconsejaban huir. Aunque no ignoraba que

su marido era sincero, sólo creía en él a la manera que se cree en los cómicos, mientras representan su rol. "Ahora siente lo que dice, ¿pero dentro de media hora pensará lo mismo?" decíase a menudo, y esta preocupación le impedía comprender y apreciar en lo justo las cualidades y los defectos de Guzmán. Reconocíale ingenio, pero la falta de sentido práctico y la torpeza que aquél había demostrado en los asuntos comerciales, limitaban la admiración de Amelia a un sentimiento muy relativo, que pronto advirtió Guzmán y que hizo nacer en su alma el desprecio hacia quien lo *desconocía*.

La antipatía de la inteligencia los divorciaba. Casáronse padeciendo una lamentable equivocación. A ella la sedujeron en el novio las brillanteces exteriores, la elegancia, la chispa, la verba incomparable del parisiense, aquello precisamente que le impidió *fraternizar* con el marido, al que seguía queriendo, no obstante, aunque sin ardor ni confianza. Precaviáse contra él, acaso porque, inconscientemente, lo consideraba como una criatura distinta a ella o por otras recónditas razones, el caso es que era la reserva y la frialdad mismas... dentro de la benevolencia y las buenas formas. Amelia deseaba sobre todo la tranquilidad, que la dejaran buenamente con sus hábitos y gustos, como ella, por indiferencia y pereza, más que por otra cosa, hacía con los otros. Mostrábase amable con Julio para obligar a éste a que lo fuese con ella, pero nada más; no gustaba de ternezas ni besuqueos, aparte de que creía que los deberes de la esposa estribaban en ser honesta y juiciosa y en sufrir en silencio. Los transportes del amor, los goces delicados del matrimonio, le parecían cosa de novelas y pamplinas sentimentales. Su naturaleza

robusta, inteligencia bien equilibrada y hasta su imaginación pobre, le impedían experimentar las pasiones tumultuosas y los sentimientos refinados, pero no los afectos tranquilos y hondos, que ella, con la seca austeridad de la mujer honrada que cumple sus obligaciones caseras, creía los únicos verdaderos, sanos y dignos de existir, según la ley de Cristo.

Dicho se está que Julio pensaba de opuesta manera; todo lo que a vulgar trascendiese no le iba bien a su espíritu aristocrático, complejo y refinadísimo. Había tenido e inspirado pasiones amorosas, afectos tiernos y sutiles; y el corazón gastado y la fantasía ardiente, no le permitían comprender ni gustar las afecciones sosegadas que comprende y gusta el común de los mortales. A los pocos días de casado dio en sospechar que la modosidad, discreción y juicio de Amelia, todo lo que en ella le sedujo al principio, mirándolo bien, eran sólo cualidades negativas, porque nacían de la limitación de la inteligencia y de la tibieza del temperamento, y su sagaz análisis le fue mostrando implacablemente, que se había unido a una *extraña* y acaso a una *enemiga*.

Como todos los esposos, transigieron con la realidad... perdiendo el noventa por ciento de las ilusiones, y como todos, siguieron viviendo juntos... porque es preciso vivir; pero el matrimonio, la unión de los cuerpos y las almas, y sobre todo de las almas, no existía: un elemento de odio les envenenaba el cariño. De su historia amorosa cada uno conservaba en las reconditeces del alma, el secreto rencor de haber sido alevosamente engañado por el otro.

—Sí, ya es tiempo de empezar y creo que esta vez di en la tecla —prosiguió el ideólogo.— Imagino

algo que me va a permitir poner en juego mis conocimientos y desplegar un género de energía que no está reñido con mis inclinaciones. He ahí lo que me faltaba. Te lo explicaré. Trato de fundar una revista de la índole del *Blanco y Negro*, pero más vasta aún y sería, aunque sin perder su carácter de publicación popular. Buenos Aires me ofrece ancho campo para eso. Mi idea es que la revista encarne y provoque en cierto modo, y hasta donde cabe, la vida psíquica de aquella capital; lo que sienta y lo que piense, quedará estereotipado en las páginas de *La Sensación*, la cual, fuera de sugerir ideas o analizarlas, satisfará todas las curiosidades del público, lo mismo las groseras que las más sutiles. Los ecos sociales, la nota política, la crónica literaria o artística, el personaje a la moda, los *sports*, todo se cultivará especialmente, animándolo, para que atraiga más, con el grabado, la fotografía y la caricatura. A los salones de *La Sensación* acudirían los hombres públicos, las cantantes, los escritores, y se darían conferencias sobre temas de interés nacional, y conciertos y fiestas a beneficio de ciertas sociedades filantrópicas; también celebraríamos exposiciones de todas clases, y por todos los medios la revista se incrustaría en el organismo social argentino, hasta convertirse en un factor importante de él. La cosa tiene sus pelillos, pero yo estoy seguro de vencer. Mi cultura literaria, mi conocimiento de las artes menores, mi ridícula erudición arqueológica y hasta mis relaciones con los bohemios de los *cabarets-concerts*, me servirán de mucho en esta empresa. Presumo que estaré en mi sillón de director como el pez en el agua. Esto sí, empezaremos modesta-

mente; ¡phss! sólo habrá que adquirir la maquinaria, el local a propósito vendría después...

Y esperó que Amelia dijese algo, pero Amelia no dijo nada.

—¿Qué te parece? —le preguntó entonces, fingiendo que se le había apagado la pipa.

Después de vacilar un instante, contestó ella:

—Si todo saliera como tú lo piensas...

—¡Phss...! ¿Y por qué no?

Silencio glacial.

"Ya empieza a *cerrarse*" se dijo Julio, retardando adrede la operación de encender la pipa, y a punto seguido lo acometió el deseo de convencer a la incrédula.

—En estas cosas no cabe el azar; el éxito pende de la organización... y yo lo tengo todo muy pesado y muy medido, ¿sabes? Está segura que no dejaré una rendija por donde pueda colarse el fracaso.

E iba a abundar en largas consideraciones sobre la excelencia de su proyecto y seguridades que ofrecía, pero diciéndose de repente: "Cuanto más hable, menos me creará" hizo punto y volvió a reinar el silencio.

A punto de perder los estribos, prosiguió después:

—Y en resumidas cuentas, el que no se embarca no pasa la mar... Yo necesito emprender algo, mi inacción es vergonzosa... ¿cómo no se te ocurre a ti eso? Tu padre, hace pocos meses, me ofreció su ayuda, que yo no acepté porque no veía nada seguro, pero ahora estoy dispuesto a aceptarla... sólo que no quiero ser yo el que la solicite... debes ser tú, para demostrarle que estás asociada a mis proyectos, y porque de esa manera yo no recibiría un préstamo, sino lo tuyo, que en cierto modo es también mío...

Esto lo dijo precipitadamente y como si dudara del efecto que las tales palabras iban a causarle a su esposa. Luego, observando que ésta se revolvía en su asiento, presa de extrema inquietud, continuó, enrojeciendo de vergüenza y encolerizándose a medida que hablaba:

—¿Qué, no me respondes?

Amelia no contestó.

—¿No te decides a ayudarme...?

El mismo silencio.

—¿Pero eres tú verdaderamente mi mujer...?

¿Quieres que vaya a pedir limosna? ¿No sabes que he perdido mi fortuna?

—Ayudarte... yo bien quisiera —exclamó la mujer de Guzmán, esquivando las inquisidoras miradas de éste,— pero yo no manejo mis intereses... los negocios de papá no van bien: ¿por qué no le hablas tú? Entre hombres se arreglan mejor esas cosas. Yo, a decirte la verdad, no sé qué imaginarme de tu proyecto; ¡qué puedo saber de esas cosas...! Lo que sí me parece absurdo es que, poniendo en peligro tu tranquilidad, acometas empresas comerciales más o menos aventuradas, porque, a mí no me digas, en todas es fácil perder, cuando puedes vivir tranquilo y sin ninguna preocupación...

Guzmán, mortalmente pálido, la interrumpió:

—¿Vas a proponerme que me deje mantener?

—¿Acaso lo mío no es tuyo? —exclamó Amelia con un gesto falso e hipócrita que hizo estallar a su esposo.

—En resumidas cuentas —gritó con los ojos entornados y dilatadas las ventanillas de la nariz— ¿quiere decir que yo *he pedido* y que tú niegas?

—¡Ah...! ya veo que lo que tú buscas es tener

una cuestión —dijo ella levantándose para evitar explicaciones embarazosas.

—Y tú salir del paso, ¿no es cierto?... salir del paso de cualquier manera, sin sufrir... sin avergonzarte demasiado, y sobre todo, sin comprometerte; ¡ah...! ¡sin comprometerte! ¡Qué pobre cosa eres! Ahora, en este mismo momento —añadió dirigiéndole una mirada de odio,— debes de sentir profundo asco de ti misma, ¡criatura miserable!

—¡Julio...!

Sin prestarle oídos, loco de cólera, prosiguió Guzmán, recalcando mucho las palabras, como si quisiera clavárselas en los sesos a su mujer:

—¡Sí, criatura vil! Bajo tu aparente bondad no tienes en el alma un adarme de nobleza, ni un adarme de virtud... todo es raquitismo, estrechez de espíritu y miseria. No es en venganza que te lo digo, sino para que sepas que no ignoro tu baja condición... Es inútil que te indignes y alborotes, porque esta vez quiero que me oigas, quiero deshogarme. Eres una avara del corazón, una avara de la inteligencia, una avara de todo, acabo de verlo y acabo de ver también que entre nosotros no puede existir ya nada... ¿sabes? nada.

Y, como ella, contra lo que él suponía, no demostró gran pena al oír esto, continuó más despechado:

—Me inspiras repugnancia. Me has engañado con tu hipocresía; me he unido a ti creyéndote lo que aparentabas, y ahora resulta que eres otra... No puedo deshacer el engaño, pero puedo despreciarte, y eso bien sabe Dios que tu marido lo hace con toda el alma.

—¡Ah...! es demasiado —exclamó Amelia, in-

tentando salir de la alcoba; pero Julio, agarrándola por un brazo, la arrojó violentamente sobre la cama.

"Yo debía estrangularla" se dijo, reconociendo que sólo lo detenía el miedo a las consecuencias. Estaba muy pálido, los ojos le brillaban como si tuviese fiebre, temblábanle los labios y su respiración era desigual y fatigosa.

Amelia jamás lo había visto así: tuvo miedo. "Será capaz de pegarme" díjose, y rompiendo a llorar, ocultó la cabeza entre las almohadas.

—No, así no, es necesario que me mires —rugió él, obligándola a que se mantuviese derecha;— no quiero tragarme la bilis sin que la saborees tú... Sí, ya sé que no es generoso, pero soy tu obra; tú has agotado todo lo bueno que había en mí... Me has hecho pasar por la humillación de pedirte como un pordiosero, de pedirte una limosna para que tú me la niegues... Debes de estar contentísima, ahora que soy un *sinvergüenza* —añadió con una mala risa,— un *sinvergüenza* y un perverso, pero te juro que tú, la causante, tocarás los resultados. ¿Qué te creías?... Pero tengamos calma y definamos nuestra futura situación —dijo por último, tranquilizándose repentinamente; y cogiendo una silla, sentóse cerca de Amelia.

"¡Dios mío!, ¿qué va a decir?, ¿qué se propone?", díjose ésta, y cesó de llorar, volviéndose toda oídos.

Sin cuidarse de las lágrimas de su mujer, habló Julio media hora, concertando con estudiada calma, como para que no dudase de su sinceridad, las más disparatadas razones. Tenía la conciencia de que obraba como un bellaco, pero de ninguna manera podía resistir al imperioso deseo de atormentar a Amelia y desahogarse. El disgusto de sí mismo que

experimentaba por obrar tan bajamente, le revolvía la bilis y embravecía las iras y rencores acumulados en su corazón desde mucho tiempo atrás; y el sentimiento de que, en aquel instante, Amelia lo despreciaba, lejos de detenerlo, impulsábalo, ¡cosa singular!, a hacerse digno de tal desprecio. Sentía una sensación dolorosa y embriagadora a la vez en depravarse, y empezaba a gustar el placer perverso de ser cínico.

“Lo que estoy diciendo es infame”, asegurábase en medio de su disertación, “pero no puedo obrar de otro modo: ella tiene la culpa... y yo tengo necesidad de desahogarme. Sí, necesito que sufra, lo demás, ¿qué me importa?, ¿qué voy a perder a sus ojos?... Siempre tuvo de mí una pobre idea. ¡Uf! ¡cómo la desprecio, cómo la detesto! Ahora mismo, si no fuese por... ¡ah! de buena gana cometería alguna violencia. Y ¡qué cosa extraña! su llanto no me da compasión, al contrario, me irrita, quizá porque se pone fea. Y ahora, ¿qué creerá de mí? seguramente lo más malo... Bueno, mejor que mejor; cuanto más lo crea, más razón tendré de despreciarla”.

Después de hablar largo rato y vomitar la ira que tenía dentro, concluyó así:

—Me has estafado no siendo lo que *aparentabas*; me has inferido una ofensa al suponerme lo suficientemente despreciable para admitir que me mantuvieses... Justo, puesto que tú nunca pensaste ayudarme de otro modo que con alguna *mensualidad*; has destruido mi porvenir al condenarme a vegetar como un *primo donno*, y por todo eso me debes una indemnización... Sería un imbécil si por un sentimiento de delicadeza, mal entendido, tratándose de

intereses sobre todo, dejara de cobrarte el precio de mi libertad, el único bien que poseía. Si el caso es éste, dos cosas acepto: o una indemnización que me libre del oprobio de ser mantenido, o el divorcio que me devuelva la libertad que me robaste... Qué, ¿te extraña mi rudeza comercial? ¡Ah!, querida, los negocios son negocios... y tu falta de consideración conmigo me libra de ciertos miramientos.

"¡Pero Dios mío!", pensaba Amelia sin creer casi lo que oía; "¡yo estoy soñando o este hombre se ha vuelto loco! Y ahora no está enfurecido como otras veces, habla con entera calma. ¡Ay! ¿conque es cierto lo que yo *presumía*?... Jamás supuse que llegase a... Y no me quiere, acaso no me ha querido nunca; al contrario, me detesta, bien claro lo dicen sus ojos... y yo sin embargo...", y una lástima inmensa de sí misma la enterneció y arrancó de su mutismo.

—No, tú no puedes sentir lo que estás diciendo; por qué, me afliges —dijo; pero, recordando la palabra *indemnización*, cesó de llorar y su rostro adquirió una expresión obstinada.

"En ella los arranques generosos son fugaces", díjose entonces él, que en medio de todo, conservaba intactas sus facultades de profesional analista; "la criatura seca y desconfiada muestra la oreja pronto. Estoy seguro de que en este momento sólo sangra su egoísmo, sólo piensa en mi amenaza... ¡Qué miserable condición de criatura! la aborrezco y aborrezco todo lo de ella. ¿Cómo dominar mi antipatía? *Concluiré* por matarla... Me son odiosas sus ideas, costumbres y hasta el modo de sentarse en la silla cautelosamente, como si temiera caer... Y he sido un grosero y un malvado, pero ella tiene la culpa;

ella me ha hecho llegar ahí, y eso es precisamente lo que no podré perdonarla jamás". Y volviendo a irritarse, continuó en voz alta:

—No te pido... sino lo que me corresponde por derecho... ¿entiendes? Quiero crear la revista para salir de esta existencia vergonzosa en que me has obligado a vivir desde que me casé. Te doy un día para que lo medites. Si mañana a la noche no *estoy pagado*... no, si no me avergüenza esa palabra... repito que si mañana no estoy pagado, me iré para siempre. No tengo vocación de mártir, ni quiero serlo. No, no quiero ser la víctima de tu feroz egoísmo —concluyó levantándose.

Entonces Amelia tuvo un acceso de cólera de que nadie la hubiera creído capaz, dado su carácter apacible y manso. Con palabras duras devolvióle a su marido los insultos que de éste recibiera momentos antes, echándole en cara, luego, que se había casado por el interés solamente.

Oyéndola, díjose Julio:

"He aquí la criatura vil que ocultaba su máscara de hipócrita bondad... ¡Justo, justo!, como yo me la figuré: mala, perversa, mezquina... ¡Uf! ¡cómo la detesto, Dios mío!...".

—Puedes partir cuando quieras —dijo ella, animada por el silencio de él,— pero no saldrás con la tuya, no y no; yo no me dejaré explotar...

Esta palabra imprudente lo exasperó.

—¡Explortarte...! ¡hija de perra!

Se oyeron juramentos, palabras ahogadas, y por último un grito estridente.

—¡Infame...!

Después Guzmán, huyendo como un loco, abandonó la alcoba, y un momento más tarde la casa.

La pesada puerta cerróse tras de él con un golpe recio, nunca oído en el pueblo a altas horas de la noche, y deslizándose silenciosamente como una aparición del otro mundo, avanzó a la ventura por las calles desiertas y preñadas de sombras misteriosas, mientras se repetía: "He estado a punto de asesinarla; el hombre puede llegar a todos los extremos. ¡Qué asco...!".

CAPITULO VI

Como de costumbre, la señora leía los diarios en la pintoresca glorieta que se elevaba en medio del jardín, cuando entró la sirvienta, y poniendo el desayuno sobre la mesita de latón, atestada de periódicos y útiles de costura, dijo con acento marcadamente francés:

—Un hombre pregunta por la señora.

—¡Por mí...! ¿estás segura? —y como la sirvienta ratificara su aserto, agregó: —Bien, que pase a la salita —y revolviendo con lentitud el azúcar del té, que servido en un hermoso tazón de porcelana humeaba sobre la mesa, se puso a pensar en quién podría ser el visitante.

Vestía la señora ligerísimo batón de seda cruda, el cual, haciendo mil pliegues, ajustábase al flexible cuerpo que aprisionaba, dibujando y ocultando a una sus curvas graciosas y suaves redondeces. Los *bandeaux* de la espesa cabellera, que peinaba como la Cleo de Merode, apenas descubrían de las orejas los desmayados corales que las adornaban; oprimíanle los pies primorosas chinelas turcas, y chinelas, exótico peinado y dedos cargados de sortijas, delataban acendradísimo amor al lujo y una coquetería extraña a las simples costumbres del pueblo.

Llamábase Sara Primo de Casares,¹ hacía un mes escaso que había llegado de París, y todo en ella delataba el sabor y refinamiento de la moderna

¹ *El Extraño.*

Babilonia. A la modesta casita, recibida en herencia a la muerte del señor Casares, extendíase también el gusto original de la dama. Acababan de salir los albañiles y pintores, y ya la había alhajado y decorado como cuadraba a su calidad de residencia veraniega: muebles ingleses, íntimos y cómodos, cortinajes de alegres cretonas, sillas, *chaises longues* y canapés de paja muy fuertes y primorosos, y por todas partes máscaras y sombrillas japonesas, almohadones de sedas vistosas y gran cantidad de jarrones, vasos y monadas y chirimbolos artísticos.

"¿Quién podrá ser? No conozco a nadie... y me he puesto un poco nerviosa. ¡Seré boba!", se dijo; y luego de componerse el peinado, dirigióse a la salita. Al entrar lanzó una exclamación y se llevó las manos al pecho.

—¡Tú... aquí! ¡Ah...! —exclamó entre indignada y sorprendida, y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer. —¡Aquí, aquí! —repitió, contemplando con ojos extraviados el extraño aspecto, la palidez mortal y el dolor que demacraba el rostro de su antiguo amante, de Julio Guzmán.

—Sí —dijo él meneando melancólicamente la cabeza,— soy Julio. Supe hace días que estabas en el pueblo... y pensé hoy en ti porque... porque soy muy desgraciado, Sara. ¿A quién iba a acudir...? Sólo tú puedes compadecerte, tú, a quien he hecho tanto mal!

Todo esto lo dijo de modo extraño y con voz temblorosa.

"¡Pobre Julio, qué abatido y desmejorado está...! y es infeliz; tenía que suceder", se dijo ella rápidamente, y recordando las amarguras que le debía, agregó en voz alta, ya completamente dueña de sí:

—¿Qué quieres...? ¿para qué vienes a turbar mi tranquilidad? Debías suponer que tu presencia...

Vacilando respondió:

—¿Por qué he venido...? No lo sé, acaso a buscar un poco de consuelo. Cuando todo me falta en el mundo, acudo a ti... Es extraño, ¿no es verdad? —observó con cierta reanimación en la mirada de sus ojos inquietos,— es extraño que habiéndote causado tantos males, venga a pedirte alivio para los míos, pero es así...

Tan raro parecía a Sara lo que estaba sucediendo, que, a pesar de su presencia de ánimo, no sabía qué hacer ni qué decir. Ni siquiera se le ocurrió ofrecerle una silla, y los dos permanecían de pie, con lo cual la situación tornóse más embarazosa y violenta aún.

A pesar de todo, confiaba en tu bondad; si me rechazas, si me cierras tu corazón... Bien sé que es lo que merezco, pero no me recrimines... todo lo que me digas me lo he dicho yo mil veces. ¡Ah!, lo sé, lo sé; he sido muy infame contigo, sí; con la única criatura que he amado verdaderamente, ¡destino irónico!, he sido más infame que con otra persona cualquiera. Es incomprensible y estúpido, ¿no es cierto? A veces pienso que estaba loco... ¿qué dices tú...?, pero bien castigado estoy. ¡Si con los sufrimientos se purgasen las faltas! No, no; si ya sé que yo no merezco tu perdón, pero, créeme, merezco que me compadezcas: ¡si supieras mis penas y remordimientos...! Si tú me rechazas, qué va a ser de mí...? Piensa que tú sola puedes darme un poco de aliento; ya ves, deben de afligirme grandes pesadumbres cuando me presento a tus ojos en este estado de humillación.

Lo que más la apenaba era la humildad con que él, la criatura soberbia y orgullosa por excelencia, le pedía que no lo rechazara.

“Tiene que sufrir mucho para humillarse así” se dijo, y a pesar de sus tristes recuerdos, y de que las heridas que le había causado él sangraban aún, tuvo que violentarse grandemente para reprimir la ternura que la invadió y no acariciar y cubrir de besos, como otras veces, aquella cabeza apesadumbrada y hermosa en su dolor como la del arcángel desterrado del paraíso.

Siempre le había acaecido idéntica cosa: no podía verlo sufrir. Hasta en los tiempos de mayores y más vehementes apasionamientos carnales, su amor por Julio tuvo un suave cariz de cariño maternal que ni la pasión ni nada logró desvanecer. Habíanse criado juntos: él era enfermo, ella lo cuidaba con el cariño solícito que suelen tenerles las niñas a sus hermanos menores. Empeñábase, sobre todo, en disipar las precoces tristezas de Julio, porque las tales tristezas la conmovían extraordinariamente; y en la formación de los sentimientos amorosos que con el tiempo fueron conquistando el corazoncito de la mocosa y luego de la mujer, quedó como aprisionada la piedad de la enfermera, piedad dulce que después la pasión sutilizó y convirtió en delicadísima ternura.

Tratando de coordinar sus ideas, continuó él:

—He hecho mal en venir a importunarte... y he venido por pura cobardía, ¿sabes?, porque no puedo con mi carga y procuro echar la mitad sobre otros hombros. ¿A que tú no habías caído en eso?... pues sábelo, así obran todos los... Sin embargo, existen casos en que no se puede obrar de otra manera. Si tú me rechazas... —trató de sonreír, y

después, con la voz cada vez más insegura, continuó:— Sí, sí; si tú me rechazas me recibirá el mar... es cosa resuelta —y se quedó mirando con los ojos fijos y agrandados como los de un extático, el torrente de luz que entraba por la ventana.

Sara se asustó.

—¡Por Dios, siéntate y cálmate... Tú no estás bien, tienes fiebre... pero, ¿qué te pasa...?, ¿qué te pone así...? Voy a traerte un poco de tila y azahar, aguarda —y presurosa abandonó la salita.

Siguióla él con los ojos, y luego dejóse caer en un sillón. Estaba fatigadísimo y así como en un estado de inconsciencia que no le permitía darse razón de sus actos ni de sus pensamientos. A punto fijo ignoraba qué quería de Sara, pero sabía que por algo estaba él allí.

"Tila y azahar... ¡pobre Sara!, siempre la misma; se compadece de quien tantos males le ha causado. ¿Y si perdonase...? No, no puede ser; debo de haberla ofendido muy gravemente; no puede ser"; y a pesar de su modorra y decaimiento vio desfilar, como si estuviese delante de un cinematógrafo, las escenas y los sucesos que urdían la trama complicadísima de sus amores con Sara.

"Por mí dio su mano a un hombre a quien no quería; por mí faltó luego a la fe jurada al esposo, y por mí estuvo a punto de cometer una innoble acción, que seguramente la hubiera atormentado toda la vida. ¿Cómo pude hacer todo eso...? Con el pretexto de no separarnos nunca, le sugerí la idea perversa de unirme en matrimonio a su hijastra, a Cora, de quien me había enamorado perdidamente. Mi arte diabólica venció la resistencia del alma honrada de la pobre *Taciturna*" —así la llamaba él

a causa de la melancolía incurable de su amante—
"y enloquecida por el miedo de perderme, que le insinuaba con método, que le propinaba como un filtro adormecedor de la conciencia, vino ella misma a pedirme que me *sacrificara*... y yo gocé de mi triunfo. ¿Quiere decir que soy un malvado?", y distrayéndose se puso a seguir el vuelo de dos moscas que en el aire se perseguían; luego, volviendo a sus reflexiones, pensó: "Efectivamente, era un malvado a pesar de que obraba inducido por una serie de razonamientos muy sutiles y lógicos... o, al menos, tales me parecían; he ahí a lo que conducen las *bonitas ideas* de las que tanto me he pagado siempre; sí, las idealidades me indujeron a cometer las acciones más bajas y ruines, quería vivir *metafísicamente*: ¡cosa estúpida...!", y haciendo un gesto de profundo disgusto, abismóse otra vez en los recuerdos de la época en que tan fuertemente lo zarandearon los sentimientos más inexplicables y contradictorios.

Los amantes pusieron el plan en ejecución, y todo iba saliendo a qué quieres boca, cuando Julio, cada vez más prendado de su prometida, sin dejar por este motivo de querer apasionadamente a Sara, empezó a sentir extraños remordimientos, y el vago anhelo, que luego se convirtió en ansia violenta, de reivindicarse, de purificarse por medio de una confesión. El ideólogo se había convencido con sutiles razones de que necesitaba un lavaje de alma para romper con el vergonzoso pasado y empezar una nueva vida, y dejándose arrastrar por las seducciones de su pensamiento, cada día lo mortificaba más cruelmente la sed devoradora de aquella purificación. A veces el bárbaro sacrificio de la *Taciturna*, a quien, para reivindicarse y no vivir en la mentira, tenía

forzosamente que traicionar, lo desalentaba; pero como la amante era la encarnación del pasado, mientras que Cora lo era del porvenir y de la vida futura, el feroz egoísmo de Julio, a pesar de las rebeliones de su corazón, lo empujaba a seguir adelante y a ser duro e inhumano.

Y saliendo del estupor en que yacía, recordó con extraordinaria lucidez la dramática escena final de sus amores.

Aquella noche, como se encontrase enferma, permaneció la *Taciturna* en su dormitorio, separado de la sala por el tocador solamente. "Esta vez hablaré", se dijo Guzmán al sentarse en su sitio de costumbre, cerca de Cora, y notó que la cabeza le daba vueltas como si estuviese ebrio. Ella, observando su intranquilidad, preguntóle qué tenía; al contestarle —Julio lo recordaba perfectamente— fue cuando empezó a *obcecarlo la idea*, la idea de caer de rodillas como había *previsto*, y decirle: "Cora, yo he sido un infame, pero no quiero serlo más: escucha...", y así fue: agitado por una emoción muy rara, por una angustia parecida a la que debe de atribular al que va a arrojar desde lo alto de un campanario, cayó a los pies de ella y pronunció las temidas palabras: "Cora, yo he sido un infame, pero no quiero serlo más: escucha". Reconociendo y todo su indiscutible ridiculez, tenía la supersticiosa creencia de que sin tal acto le sería imposible vivir.

Aún le oprimía el corazón el espanto de Cora, al escuchar las confesiones de él, de su prometido... Le reveló sus planes y pensamientos, todo, excepto el nombre de la cómplice, y cuando le hacía las protestas de amor más ardientes, y le juraba que aborrecía el pasado, se oyó un grito que traducía la

inmensa pena de la mujer a quien estaba traicionando. Sara lo había oído desde la pieza contigua. Corrieron y la encontraron en el suelo desmayada. Al caer habíasele abierto el medallón que llevaba al cuello con el retrato de su amante, y Cora supo la verdad... y él las perdió a las dos. Y, cosa singularísima, recordaba siempre con pena profunda, no a Cora, sino a Sara, a la única dueña de su amor, a la mujer que estuvo a punto de sacrificar. Lo otro fue pura fantasía, cristalizaciones ideales, cariño de imaginación; en cambio, cuando pudo comprender que había perdido a la *Taciturna* para siempre, ¡para siempre!; cuando se confesó, sintiendo dentro del pecho un dolor físico cruel, insoportable, que nunca, ¡nunca!, volvería a acariciar la cabellera de ébano de Sara, ni a mirarse en sus ojos luminosos, ni a poseer su cuerpo adorado, la pena y el abatimiento más grandes lo tuvieron a las puertas de la locura. "¡Dios, Dios, qué tormento!" murmuró en aquel instante, recordando sus dolores.

De día en ninguna parte encontraba reposo, y por las noches despertábase con el corazón oprimido. "¿No la veré más? Todo es cierto, ¡ay...!" clamaba, y huía el sueño y corría el llanto. Y siempre así: en los clubs, en los teatros, en los paseos, en la mesa, cualquier detalle despertaba sus recuerdos, y encorvado bajo el peso de la desesperación, iba a refugiarse en la soledad para llorar a Sara sin testigos. "Desde entonces" se dijo, "*tengo el llanto fácil*; me he quedado muy sensible", y dejándose afligir —gracias al estado de excitación en que se encontraba— por las dulces penas y las gratas tristezas de antes, echó la cabeza hacia atrás, entornó los ojos,

y las lágrimas empezaron a correrle suavemente, suavemente por las pálidas mejillas.

—¡Dios mío!, ¿qué te pasa?, ¡lloras!, ¡Ah!, Julio, ten ánimo; caerás enfermo —dijo ella al volver, y poniéndole la mano sobre la frente, amplia y blanquísima, prosiguió:— Te echa chispas, debías irte a tu casa y acostarte.

El, mirándola sorprendido, repuso:

—¡A mi casa, dices...! Yo no tengo casa —y cogiéndole la mano besóse la repetidas veces, mientras le rogaba:— ¡Déjame!, ¡si vieras cuánto bien me hace...!

“Pobre Julio” murmuró ella, próxima a enternecerse, y le abandonó la mano que él le retenía.

Enternecido, dijo él:

—Cuando entraste recordaba la tristeza en que me abismó tu viaje a Europa. Jamás supuse que te quería tanto, como al perder la esperanza de recuperarte. ¡Qué días aquéllos! Me encerré en mi casita, donde se respiraba tu perfume preferido, donde todo, todo, me hablaba de ti, y vivía besando tus retratos, flores y cartas, y llorando a lágrima viva sobre los mismos almohadones donde tantas veces recostaste tu cabeza de niña... *Tu sitio* en el sofá, ¿recuerdas?, lo cubrí de besos mil veces; en el piano ejecutaba tus piezas favoritas, y muy comúnmente, acariciando una quimera, una loca esperanza, creía oír tu voz en el vestíbulo y corría a él para recibirte en los brazos como otras veces, pero, ¡ay!, no eras tú, y yo tornaba a considerarme abandonado, desamparado, solo en el mundo. ¡Qué amarguras, qué angustias! Cuando no sucumbí de dolor, es porque el dolor no mata al hombre. La idea de que no volvería a sentir el bien inmenso de tus caricias, me desesperaba, me volvía

loco, ¡loco frenético! ¡Imposible vivir...!, era como si estuviese vacío por dentro, como si mis entrañas te las hubieses llevado tú! ¡Imposible vivir! Mi organismo funcionaba mal sin tus caricias; yo no tenía voluntad de vivir suficiente para oponer a la avalancha de tu recuerdo; hasta mis huesos clamaban por ti... y tú huías, huías... "¡Si no puede ser, si es todo un sueño...!", me despertaba gritando por las noches, y arrojándome de la cama, pretendía, en vano, abrazar tu imagen que en la oscuridad se me aparecía por todas partes como una alucinación de la fiebre, como un fantasma del deseo. Por seguirte vendí mis colecciones artísticas, mis libros, mis muebles, y agregando su importe a lo que me restaba de mi fortuna, hice una jugada audaz en la Bolsa... y me arruiné. Todo me salía mal. Entonces pretendí la secretaría de una legación en Europa. "Estando allá" me decía, "la veré al menos", pero nadie me hizo caso, los amigos me recomendaron fríamente. En resumen, sólo saqué en limpio de mis gestiones, algunos desencantos más y la pérdida de mi última esperanza.

"Pobre Julio" tornó a decirse ella, presentándole la tila.

—Toma y cálmate; no te conviene recordar ciertas cosas... irremediables, ni a mí oír las. Sí, Julio, piensa que yo he sufrido tanto o más que tú —agregó con el tono insinuante que empleaba en la infancia para hacerle beber las amargas medicinas.

"Irremediable, irremediable..." se dijo Guzmán con profunda tristeza, y luego en voz alta continuó:

—Perdona, Sara; si te hablo es porque se me figura que, en medio de todo, debe de consolarte el saber cómo y hasta qué extremo he purgado mi

negra ingratitud y las faltas que contigo me arrastró a cometer la demencia, porque, créeme, ¡yo estaba loco! Si supieras mis amarguras... ¡ah, cuánto mal me he hecho con mis propias manos!

Un sentimiento de pudor le impidió hablarle a Sara de sus penas más hondas, de las que tenían origen en el oprobio y la vergüenza de compartir el pan y el lecho con una persona aborrecida.

Guzmán, aunque no lo sospechase, se había casado no sólo para satisfacer un capricho amoroso, sino por desesperación y para resolver el arduo problema de la existencia. No todo fue cálculo en su conducta, hasta puede decirse que, en conciencia, no calculó nada; pero el sentimiento *secreto* de que casándose resolvía el tal problema, lo decidió... *secretamente* también. Y las bodas se celebraron, y cuando él, enardecido por las embriagueces del amor carnal, estrechaba a la pálida novia entre los brazos, experimentó de pronto un frío en el alma semejante al de la muerte; se le humedecieron los ojos, estuvo a punto de desfallecer y sus labios trémulos pronunciaron el nombre adorado de la amante.

¡Y qué triste desaliento le oprimía el corazón, al decirse, mientras consideraba a Amelia con enigmática sonrisa: "No podré devolverle jamás, sin fingir, sus insípidos besos, que sólo me recuerdan, para amargarme la existencia, los besos de mi *Taciturna*! ¡Cuánto he perdido!, ¡cómo la tengo metida en la sangre...!, mi ser entero es suyo, suyo hasta el último átomo. Sin sus caricias cómo podré vivir?". Y permanecía frío, espantado por la idea de que había hecho otra víctima y aumentado infinitamente la propia desgracia.

La proximidad excitante de la mujer, los perfumes

cálidos, las sedas, las ropas blancas muy historiadas y primorosas, las flores, lo femenino, en fin, despertaban los apetitos y deseos dormidos de Guzmán y hacían renacer en su alma, más poderoso y triunfante que nunca, el antiguo y único amor. Pensaba, pensaba en ella, revivía lo vivido y se iba disolviendo, por decirlo así, en el mundo del recuerdo. Perdió más aún el gusto hacia toda actividad, empezó a padecer distracciones y ausencias de espíritu, y frecuentemente permanecía largas horas recostado en una *chaise longue*, con el pensamiento perdido en las brumas de la inconsciencia y clavados los ojos soñadores en un punto invisible del espacio. En esta posición corrían, corrían las horas, sin que él lo notara siquiera.

A veces, pensando en la *Taciturna*, levantábase, se acercaba a Amelia para besarla en los ojos... y al desvanecerse la ilusión, cuando sus labios casi tocaban el rostro de la infeliz, hacía un gesto de repugnancia, como si al apurar un rico licor, descubriera en el fondo de la copa el vientre asqueroso de un sapo, y horrorizado de sí mismo, iba a recostarse nuevamente, repitiendo con supersticiosa angustia: "¡Sí, sí, malditos, malditos tienen que ser los que asesinan su propio corazón!". Y volvía a hundirse en su mundo.

El tiempo suavizó sus dolores, que llegaron a convertirse en dulce nostalgia, mantenida viva siempre por el recuerdo del perdido bien y la melancólica certeza de que sólo Sara sabía provocar los generosos y delicados sentimientos de que antes él se enorgullecía: pasión, ternura, aspiraciones ardientes de sacrificarse por el ser querido, alegría amorosa y otras florescencias emotivas que ya no brotaban en

su alma enferma. La virtud de ennoblecerlo sólo la tenía la amante, la *Taciturna*, y él la lloraba por ella misma y por lo que perdía lejos de ella.

"No me conoce, no me conocerá nunca" se decía casi siempre, cuando, paseando con Amelia por la costa del mar, contemplaba, entristecido por súbita pena, los melancólicos resplandores del astro moribundo.

"A mi mujer no podré abrirle mi corazón como a *ella*, ni acariciarla del mismo modo. ¡Ah! no conoce las delicadezas de mi alma ni las conocerá nunca" se repetía muchas veces en los meses crudos del invierno, al salir de las hondas meditaciones en que apetecía engolfarse mientras fumaba una pipa cerca de la estufa, y sus miradas tornábanse más tristes e inciertas.

A pequeños sorbos apuró la tila, y luego se estuvo largo rato con los ojos clavados en el suelo.

—¡Qué singular debe de antojársete mi aparición en esta facha! —dijo de pronto mirándose los pies sucios de barro.

—Sí, muy singular.

—¿No me esperabas?

—Cómo había de esperarte si ni siquiera sabía que estuvieses aquí; de otro modo...

—¿No hubieses venido... es justo; tú debes huir de mí —dijo él, y recordando una preocupación antigua, continuó con acento solemne:— "Yo te perderé, yo destrozaré tu existencia, lo presiento; llevo algo malo aquí, una cosa maldita que hará mi desgracia y la desgracia de los que tengan la fatalidad de quererme" me dije hace tiempo, y ya ves cómo no mentían mis tristes augurios; tú debes huir de mí... —concluyó, y sus lágrimas brotaron de nuevo.

Sara no pudo resistir más, y cogiéndole la cabeza con ambas manos, exclamó:

—¡Pobre mío, pobre mío! —al tiempo que depositaba un beso de piedad y ternura en la frente de Julio.

Este, emocionado por aquella caricia que le traía a la memoria tantos bienes perdidos, sintió una gran lástima de sí propio, una piedad infinita que hizo desbordar sus desalientos y amarguras; y sin poder dominarse, sacudido por violentos sollozos, cayó de rodillas y ocultó la cabeza en el regazo de Sara, en el amoroso sitio donde tantas veces fue a buscar consuelo cuando una pena honda le oprimía el corazón.

Lloraba al igual de los niños que no se pueden valer contra los males que los rodean. Y arrastrado por la racha de ardiente sentimentalismo que lo llevaba hasta olvidarse de su dignidad de hombre y verter lágrimas como una débil mujerzuela, comprendió con angustia indecible que su daño no tenía remedio, porque comprendió, viéndola mezclar sus lágrimas a las de él, que ella, sin las santas virtudes que le prestaba antes su amor, muerto ahora, juzgábase impotente para consolarlo y prodigarle una sola de las antiguas y mágicas caricias, de las caricias que, como por encanto, adormecían todos sus dolores.

Clamaba:

—Déjame, déjame sufrir. . . ¡Si supieras qué placer me da cuando comprendo que purgo mis faltas! No me importa que me veas en este estado ni que conozcas las flaquezas de mi pobre corazón, puesto que todo nace de haberte perdido. . . sí: todas mis desgracias arrancan de aquel crimen.

Ella dijo con verdadero desaliento:

—No llores más, ya sabes que tus penas me afligen de un modo cruel... y más ahora que no puedo consolarte... tengo algo contra ti en el corazón que me lo impide...

Julio, como si no la hubiese oído, prosiguió:

—¡Ah!, y es que no sólo asesiné bárbaramente la dicha que gozábamos entonces, sino que asesiné hasta la posibilidad de ser dichosos, aunque nos encontrásemos otra vez y tú fueras libre como ahora y, a pesar de todo, perdonases...

—¿Qué quieres decir? —preguntóle Sara toda intranquila.

Una sonrisa estúpida entreabrió los labios de Guzmán.

“¿Qué locura habrá cometido? ¿Será posible que...” supuso ella sin atreverse a completar su pensamiento.

—¿No comprendes? —dijo él, por fin, levantando la cabeza, y sus ojos buscaron las pupilas de Sara.— Tú eres libre, pero yo...

—¡Ah, infeliz...! —murmuró ésta ocultando el rostro entre las manos—; ¡infeliz, infeliz...!

Las miradas atónitas de Guzmán recorrían las paredes de la pieza. No sabía qué hacer ni qué decir, y en silencio se detuvo un gran rato, repitiéndose como un amargo estribillo las siguientes palabras: “¡No tengo perdón de Dios!, ¡no tengo perdón de Dios!”.

—¡Infeliz!, ¡infeliz...! —repitió Sara.

Entonces Julio pudo articular:

—Uní mi destino al de otra mujer... —y sorbiéndose las lágrimas refirióle sus aventuras desde que se habían separado hasta la escena vergonzosa de la noche anterior.— Y después de todo esto, ¿adónde

querías que fuese?, ¿a quién, sino a ti, iba a referirle mis miserias...?, porque en este instante se me ocurre, yo he venido aquí a eso.

—Tenía que suceder —exclamó ella, apartándole con dulzura maternal el rizo que le caía sobre la frente—. ¿Y ahora?

—Ahora... no lo sé, sólo sé que he destruido mi vida.

Ambos callaron, escuchando por algunos instantes el canto alegre de los pájaros que poblaban el jardín.

—Sin embargo... es preciso que tomes una resolución —dijo por fin ella con la timidez del que toca un asunto escabroso.

Julio la miró asustado.

—¡Una resolución...! —y los músculos de su rostro se contrajeron dolorosamente.— Una resolución, sí, es indiscutible, yo debo tomar una resolución... ¿pero cuál?

—Debes volver...

—Volver... no, no puedo resistirla; el verla sólo me hace desgraciado. Anoche —agregó con acento misterioso y una expresión antipática que su amante no le conocía— comprendí que el que se casa como yo me casé, está a un paso del suicidio y a otro del asesinato... La odio, la aborrezco con toda mi alma, infinitamente. Si otra vez se revitieran las escenas de ayer, no respondería de mí, ¿sabes?, sería capaz de *cualquier cosa*...

Y luego prosiguió para su capote: "¡Pero es cierto que sea capaz de *cualquier cosa*?, ¿por qué me hago más perverso de lo que soy? ¿Qué pensará ella...? ¡Pobre *Taciturna*! Seguramente medita en el modo de salvarme. ¡Ah!, soy indigno de besar la tierra que pisa"; y experimentando la secreta pena de los

enfermos al preguntar a los sanos por la salud que éstos gozar parecen, dijo, mirándola con delectación amorosa:

—A ti, Sara, te encuentro muy bien.

Ella sonrió.

—Sí, ahora me encuentro bien, pero a la muerte de Casares estuve muy mal... Yo también he tenido grandes amarguras, sólo que a mí Dios me ha hecho de bronce —y con emoción repentina continuó:— Si hubieras visto su modo de mirarme antes de morir... ¡cuántos dulces reproches en aquellos ojos tristes y resignados...!, pero ni una queja salió de su boca. Fue agotándose, agotándose hasta morir de una enfermedad rara, especie de pasión de ánimo, contra la cual fueron impotentes todas las medicinas... Sin cesar de mirarme un momento, se secó como la planta que tiene un gusano en las raíces. Eso más liga nuestros destinos, y, ¡ay!, no es todo: sobre nuestras conciencias tiene que pesar también la desgracia de Cora...

Guzmán hizo un gesto de sorpresa.

—Sí, es desgraciada; por separarse de mí y tal vez por olvidarte, se casó con un hombre a quien no quería... ¿comprendes?

El bajó la cabeza abrumado.

—¡Cuántos, cuántos crímenes he cometido! —murmuró con verdadera pena,— pero tú no debes afligirte, tú eres inocente como la virgen pura; el único culpable soy yo, yo que te sugerí la idea, el *mandato*, la *orden imperiosa* que el *sujeto* no puede desobedecer —y con cierto orgullo, agregó:— ¡Extraño dominio el que ejercía sobre ti!

—Tienes razón, no podía desobedecer, y eso es lo único que me consuela —y reaccionando contra los

pensamientos tristes que le embargaban, continuó:— Pero ahora no se trata de mí; lo mío... ¡phss!, ya está arreglado... ahora debemos buscarle pronto remedio a lo tuyo. ¡Si me obedecieras...! Doma con mano firme las repugnancias de tu corazón y vuelve a la casa que has abandonado. Ese es tu deber; cúmplelo valientemente y quedarás tranquilo... Del corazón no te fíes... el corazón también engaña.

Meneando con desaliento la cabeza, arguyó él:

—Cuando los esposos que no se aman viven juntos, mintiéndose y engañándose mutuamente, y engañando y mintiendo a los demás, se vuelven sin remedio miserables... A pesar de todo podría intentar algo, hacer un esfuerzo, si yo esperase alguna cosa de la vida, si tuviera algún estímulo para vivir... Como no espero nada, nada, ¿entiendes?, todo esfuerzo sería insensato. Ves, una lógica implacable me condena. Hace mucho ya que si no hubiese tenido el miedo físico de la muerte, me habría metido entre espalda y pecho alguna pócima libertadora, pero el cuerpo goza, sin duda, la alegría miserable de existir y he ahí por qué existo... En los tiempos dichosos en que yo creía en mí, trabajaba con tesón, aun sabiendo que todo destino humano, por noble que sea, es cosa efímera y deleznable; tu amor, por otra parte, me llenaba de felicidad, enriqueciendo mi alma de sentimientos tan profundos que a veces me consideraba orgulloso de mi facultad de sentir emociones extraordinarias, sí, orgulloso del poder de mi corazón... Pero ahora todo es ruindad y miseria. Sólo vive con la intensidad de antes mi cariño hacia ti; pero me equivoco: también eso es una cosa muerta, porque es un amor sin esperanza... No trates de consolarme; yo nunca seré el que fui, aquellos tiempos no vol-

verán jamás, todo se ha perdido. Al mezclar nuestras lágrimas adiviné que eran las tuyas lágrimas de desaliento; sí, llorabas la muerte de tu amor, llorabas porque no me podías consolar. ¡Cómo pudo desvanecerse tanto cariño, ternura tanta...! ¡Y qué frío y triste debe de haber quedado tu corazón después de la muerte de los hermosos sentimientos que lo embellecían! Sí, tienes que haber visto morir junto con ellos una parte grande, la más noble de ti misma... Yo he destruido la hermosura de tu alma, tus dichas e ilusiones. Después de esos crímenes no se puede vivir —añadió desesperado.

Un fúlgido rayo de sol caía sobre la antigua amante de Guzmán y rodeaba su cabeza de virgen del Botticelli como de un nimbo de gloria. El peinado primitivo y la expresión triste de la *Taciturna* contribuían a agrandar la ilusión. Miraba al cielo, sonreía levemente, y sobre el fondo de oro vivo que aumentaba la blancura y la palidez de su rostro, *pálido y casi transparente como las finas porcelanas japonesas*, destacábanse como dos alas de cuervo, los *bandeaux* de la abundante cabellera que tenía no sé qué de lúgubre y fatal.

"Nunca su hermosura ha llegado a ser tan acabada como ahora que la sutilizan las tristezas del amor... y entre nosotros todo ha concluido...! ¡Dios, Dios!, sin ella el mar... Venceré mi cobardía, me familiarizaré con la idea y... eso será más fácil que resignarme a vivir sin mi *Taciturna*. ¡Imposible, imposible! Las potencias de mi alma me arrastran hacia ella, soy suyo, le pertenezco... y ella, a pesar de todo, me pertenece también: cómo pude dudarlo?, ¿su alma no la he formado yo...? Justo, justo: nuestros destinos no pueden separarse, los atan lazos

indisolubles" concluyó luego, y abandonándose al dulce lirismo que empezaba a marearlo, hablóle con el acento que antes ella no podía escuchar sin sentir inefables embriagueces y los mareos que producen las esencias muy concentradas.

—Pero no, no es posible que tu amor haya muerto, muerto del todo, y que tú sigas siendo la misma como en realidad eres: yo te reconozco... No, no puede ser... si a mí me arrancasen del alma los sentimientos que me inspiras, me volvería otro absolutamente distinto. Aquella pasión desenfadada, violentísima y al mismo tiempo duradera, no pudo menos de penetrarte toda como a mí y echar raíces profundas en tus entrañas. Y considerándolo detenidamente, ¿podía suceder otra cosa? ... Recuerda, recuerda cómo nos amábamos. Todos tus deseos y pensamientos respondían a los míos, nos entendíamos antes de hablar, y nuestras risas y nuestros llantos se mezclaban siempre, como se mezclan las penas y las alegrías de las almas hermanas. Recuerda, recuerda. Los latidos de mi corazón repercutían en el tuyo, todo lo mío tenía en ti un eco simpático y hasta tu piel parecía responder a los estremecimientos más débiles de la mía! ¡Cómo palpitaban al unísono nuestros corazones y cómo se penetraban nuestras almas! Recuerda, recuerda bien. Cuando estábamos juntos, las cosas tenían para nosotros un significado nuevo, un encanto misterioso: el cielo nos parecía más azul, el verde de los campos más intenso, el aire más sutil. Los paisajes los creábamos nosotros, el canto de los pájaros eran melodías que interiormente componíamos tú y yo. Recuerda, recuerda nuestras escapadas de colegiales a la quintita del "Paso del Molino". ¡Cómo pueden perecer, sin dejar rastros, las involvi-

dables cosas que nos hemos dicho allí, a las caídas de las tardes, cuando seguíamos embargados por sentimientos dulcemente melancólicos, la lenta agonía de la luz, los últimos resplandores del sol moribundo! ¡Cuánto recuerdo...! Cogidos del brazo nos paseábamos durante largas horas, y yo me sentía más unido a ti que las tupidas hiedras a los árboles que audaces se lanzaban al cielo, como una materialización de nuestras aspiraciones ardientes y de la plenitud de nuestras almas. Otras veces permanecíamos largo tiempo sin hablar, sentados cerca del manso arroyo, viendo el agua correr, correr; otras... ¡bah!, para qué enumerarlas, si todo era para nosotros igualmente significativo... ¡Cuánto amor, cuánta vida! Yo estoy seguro de que allí, en el aire, flotan aún partículas vivientes de nuestras almas... A pesar de mi materialismo, sé que hay ciertas cosas *que no mueren*, que viven una existencia extraordinaria allí donde vivieron una existencia común, y que, a veces, de modo misterioso, se delatan al descuidado transeúnte. Es una superstición, es un presentimiento... Si volviéramos allá, todo lo que tu ser íntimo ha perdido tornaría a tí y renacerías como las plantas marchitas puestas al sol. Las ramas meneándose rítmicamente, los pájaros cantando en sus nidos, las flores desvaneciéndose en sus tallos sutiles, te hablarían un lenguaje que no puedes haber olvidado... ¡Cómo olvidar aquella glorieta, aquella gruta florida donde tantas veces, con la cabeza apoyada en mi hombro, me oíste recitar la "Armonía de la tarde" y el "Balcón" de Baudelaire, ni nuestro descanso sobre el verde tapiz, oyendo el ruido de las hojas secas que nos hacía pensar en lo que no tiene nombre; ni la radiante alegría que respiraban las cosas todas de aquel encan-

tado paraje...! ¡Imposible, imposible! No se olvida lo que forma parte de nuestro ser. Medita en nuestros amores y verás hasta qué punto tu alma y la mía se han fundido la una en la otra. ¡Ah, Sara! Dime que quieres castigarme, pero no me digas que tu cariño ha muerto para siempre. No me despojes de la única ilusión que puede hacerme sobrellevar la vida... Sábelo: ahora mismo acabo de ver con una clarividencia que no admite dudas, que tan sólo tú tienes en la mano el poder de devolverme la voluntad de vivir; el resto del mundo no me dice nada, como si no existiera; créelo, créelo... Hace dos horas estaba dispuesto a arrojarme al mar, me enlobruecía el alma el hastío insufrible de la existencia; pero vine aquí, te he visto, y ahora, "espera" me dice el corazón, y por tu virtud renace otra vez en mi pecho la santa esperanza. Yo debía llamarte Nuestra Señora de los Milagros.

Y cogiéndole las manos se las cubrió de besos y de lágrimas.

"¡Dios mío, Dios mío!" dijo ella comprendiendo que revivía lo que juzgaba muerto. "¿Qué hacer?, ¿por qué ha querido la suerte que nos encontremos, y por qué me ama él así?, ¿debo matarlo?", y después repuso fuerte:

—¿Por qué me afliges y turbas? ¿Para qué me haces concebir a mí también nuevas esperanzas...?

—¡Esperanzas, has dicho! Entonces tú también... ¡Dios santo, qué felicidad, qué felicidad inmensa! —gritó Julio, y radiante de alegría, estrechóla en sus brazos apasionadamente, ebrio de un gozo semejante al del asceta que, de improviso, ve operarse el milagro esperado.

Ella quiso hablar, pero él le puso la mano en la boca.

—No te desdigas, Sara, Sarita... ¿Quieres darme la muerte? No seas cruel; si yo no te pido nada, no quiero nada, sino que me dejes esperar, ¿sabes?, esperar tan sólo...

Desprendiéndose dulcemente de los brazos de Guzmán, dijo ella con la entonación dolorida, pero no amarga, del que sabe que hace un sacrificio estéril, pero que así y todo es grato al corazón:

—Ve, vive, ten esperanza; ¿qué podría negarte viéndote sufrir...? Sí, ten confianza en la vida —agregó besándolo en la frente con un gesto hierático;— yo te consolaré, yo te ayudaré a llevar tu carga, *quizá ése es mi único destino...* Yo te ayudaré, yo te ayudaré; pero ahora escucha mis consejos: vuelve a tu casa y ten fortaleza...

El, sin poder articular una palabra, y presumiendo que todo lo que dijera sería pobre y ridículo, la besó en la frente también y salió con paso vacilante.

Sara se estuvo inmóvil, con el oído alerta, y cuando dejó de percibir los pasos de Guzmán, desabrochóse con mano nerviosa la bata, y abriendo el medallón que llevaba colgado al cuello, besó apasionadamente la efigie de su antiguo amante.

—¡Vida mía!, un poco de cariño... Sí, soy toda tuya —exclamó, vaciando en este grito de pasión la ternura retenida por largo tiempo en su alma enamorada.

Y en la tibia atmósfera de la salita, que en aquel momento inundaban los rayos del sol, parecióle que se agitaban las partículas vivientes de sí misma y las cosas de extraordinaria existencia de que antes le había hablado Guzmán.

CAPITULO VII

Con motivo de su cumpleaños, Laura había invitado a un *té danzante* a las relaciones que tenía en el pueblo y algunas familias de la capital, que, como los Crooker, veraneaban en sus quintas, logrando formar esa noche en la casa del rico hacendado una alegre y bulliciosa reunión. Las niñas, advertidas oportunamente, presentáronse en riguroso tocado de baile, y los caballeros de levita, excepto los íntimos, que, a instancias de Laura, calzaron sus respectivos fracs. Las vaporosas gasas, los blancos escotes y las negras vestimentas del sexo feo, le daban a la tertulia cierto carácter aristocrático que halagaba grandemente la vanidad de las señoras.

Como el salón no era muy espacioso, danzábase también en el patio, donde seis profesores discordantes ejecutaban fríamente las piezas de su poco variado repertorio, ocultos detrás de algunas palmas, adornadas con farolillos de alegres colores, del mismo modo que el banano y las calles del jardín y de la quinta. Y por la quinta y el jardín, cuchicheando *sotto voce*, se desgranaban las parejas en los intermedios, perdiéndose misteriosamente entre los árboles y las flores, ni más ni menos que en los jardines y encantados bosquecillos de Versalles, las finas damas y los pulidos caballeros de la maravillosa corte del Rey Sol. La noche era espléndida, dulce y apacible como un sueño infantil; las estrellas brillaban a millones en el firmamento azul radioso, como abrigado de tenue polvillo de plata, y un aire suave que des-

parramaba, como perlas de un collar roto, las ondas sonoras de las alegres músicas, mecía las rosas y los jazmines y los locos rizos que caían sobre la frente y el cuello de las núbiles doncellas. De vez en cuando una carcajada argentina y rítmica elevábase triunfalmente sobre el murmullo de las parejas e inclinaba el espíritu hacia las aventuras galantes y la vida dichosa del Decamerón.

Despreocupadamente, sin acordarse de los pliegues del frac, tan bien cortado que parecía hecho de tela metálica, sentóse Julio en un paraje silencioso, el más apartado del jardín. Se aburría. "Estas parodias de baile me atacan los nervios. ¡Cuánta niña insignificante, y cuánto ganso entre los caballeros! ¡Ah!, está visto, *esos señores no tienen nada que decirme*. Comen, digieren... ¿pero eso es la vida?" preguntóse mirando hacia el salón. "El asunto es que vegetan tranquilamente mientras que yo vivo desesperado: ¿qué hacer, ¿qué hacer? ¡Uf...!, no hay respuesta" añadió; y con manos trémulas se puso a liar un cigarrillo que a poco arrojaba al suelo con disgusto.

Cuando las parejas se encaminaron hacia la sala, al oír los preludios de unas cuadrillas, Guzmán encontróse mejor. Empezaba a causarle daño la alegría de los otros, aparte de que el vicio de la duda, tan fatal como el de la Venus negra, lo inclinaba a huir el ruido y meterse en sí para escudriñar minuciosamente los intrincados vericuetos de su conciencia.

Sus cosas no iban bien.

Gracias a los buenos oficios de Crooker, se había reconciliado con Amelia... pero sólo aparentemente, porque en el fondo, después del último disgusto, a ambos quedóles el convencimiento de que una aversión indomable los divorciaba y divorciaría

siempre. Crooker puso manos a la obra con la energía y diligencia en él peculiares. Apenas recibida la carta en que su yerno le comunicaba su extrema resolución de entablar demanda de divorcio, conferenció con Amelia, encontrándola muy áspera y poco apenada, lo que tuvo por malísimo síntoma; habló con Arturo, que no quiso tomar cartas en el asunto, y finalmente dirigióse al hotel donde Guzmán se había refugiado.

Contra lo que el joven esperaba, D. Pedro le habló sin pizca de enojo, cariñosamente y con un juicio y sentido práctico que no pudo menos de sorprender a Guzmán, aunque no ignoraba que su suegro tenía clara inteligencia y muy justa intuición de las cosas. "He ahí un hombre" se dijo al verlo aparecer en la puerta con su estatura elevada y rostro grave y reposado; "he ahí un hombre que sabe sufrir en silencio" agregó sin pensar lo que decía, y rápidamente desfilaron por su memoria algunos detalles de D. Pedro, casi casi ridículos y en los cuales nunca había pensado Guzmán ni tenido, como en aquel momento, por indicios seguros de grandeza y rectitud de alma. "Este es el varón sencillo, fuerte y bueno que se pega los botones para no molestar a las criadas, el hombre generoso que sólo goza con la dicha de los demás", y cuando D. Pedro lo abrazó, sintióse Julio tan conmovido que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dejar traslucir la emoción que lo embargaba.

Hablaron sencillamente, como si hablaran de asuntos comerciales. D. Pedro dio el tono, alejando así todas las dificultades de la conversación, y por lo que dijo pudo colegir Guzmán que, a su modo, tenía Crooker no sólo inteligencia clara, sino gran conocimiento del mundo y del corazón humano.

—Voy a hacer lo que usted me dice —concluyó Guzmán después de haber hablado y discutido mucho;— sí, voy a hacer lo que usted me dice, por intentarlo todo y para que no me quede ningún escrúpulo de conciencia, pero tengo la seguridad de que no seremos dichosos. No, nuestros espíritus chocan: somos dos naturalezas *antipáticas*; nuestra unión es, pues, imposible. ¡Ah...!, no, no seremos dichosos.

—No olvides una cosa —repuso Crooker, asesiándole su mirada tranquila y profunda, pero sonriendo siempre, lo cual le quitaba a sus frases toda severidad.— Está bueno que hasta los treinta se busquen los goces y los placeres, pero los hombres tienen deberes que cumplir... y deben cumplirlos. La vida no es una diversión. Todos padecemos; no creas que alguien escape a esa ley. Sí, cada uno lleva a costas su cruz, y a mi entender, es mejor el que con más ánimo la lleve. ¡Phss...!, las lágrimas y los desmayos, ¿para qué sirven? ¡Bah!, eso es bueno para las damiselas.

Más que sus razones, le impuso silencio el modo con que Crooker acertó a expresarlas, y un sí es no es avergonzado de que lo tratase como a criatura chica, manifestóle que estaba dispuesto a seguirlo.

"Hombre sano y fuerte, pero... me gustan más mis ideas" díjose a pesar de todo.

La reconciliación fue tibia y desencantada. Una vez solos no supieron decirse los esposos lo que hacía al caso para borrar sus mutuas ofensas. Amelia sentóse en el sofá, con la cabeza baja y el gesto avinagrado; Julio, de pie, se puso a considerar el color desvanecido y triste de los muebles que alhajaban la alcoba. La frialdad de ésta parecía helarles el

corazón. Negáronse las disculpas a salir de los labios, prontos a mentir, y marido y mujer permanecieron silenciosos y afligidos por un malestar idéntico al que se experimenta junto a un cadáver que nos es indiferente.

Y detestándose continuaron viviendo bajo el mismo techo.

La fortaleza de espíritu heredada de Crooker, y también el temperamento linfático de Amelia, impedían que fuese del todo infeliz. Conformábase con su suerte y se daba por satisfecha con que Julio la dejase en paz. Su alma ya no apetecía otra cosa que el reposo; pero al sobreexcitado joven consumíalo un mal interno insufrible. Asistía al espectáculo afligente de sus propias miserias conyugales como un testigo a cuya lucidez nada escapa, y tal clarovidencia era su mayor tormento.

No se perdonaba el haberse equivocado y atribuía a la fatal e irremediable *equivocación*, no sólo la desgracia presente, sino los preludeos de otros males, que a veces lo hacían mirar con espanto los rincones tenebrosos de su conciencia. ¡Qué de macas nuevas iba descubriendo en su alma, y de cuántos peligros oscuros, vagos y misteriosos no se consideraba amenazado! Como la herida mal curada enseña, sin la engañosa costra, el humor y la podredumbre, después del gran disgusto que le mostró claramente el verdadero estado de sus relaciones matrimoniales, descubría Guzmán a cada sondeo, caries y úlceras, cuya existencia no sospechaba siquiera. "He ahí la corrupción del amor muerto" solía decirse entonces amargamente.

Meditó, meditó y meditó. ¡Cuántas noches pasadas en claro! ¡Cuántas horas de fiebre!, y al fin, deci-

dióse a no ser nada, a no emprender nada y dejar que Cronos resolviese los problemas y conflictos que él no podía resolver. En aquellos días de holganza y pereza, gratísimos a sus inclinaciones, mataba el tiempo con el análisis y el tabaco, echando humo metódicamente y desmenuzando con método a la vez, todo lo que sentía y todo lo que pensaba.

Y con esto, su repugnancia por los intereses prácticos y las ocupaciones utilitarias, fue acendrándose y robusteciéndose. Toda solución llegó a producirle, como tres o cuatro años atrás, extraordinaria fatiga; tenía que hacer verdaderos y dolorosos esfuerzos para salir de sus éxtasis y ensimismamientos y pagar el tributo debido a las diarias necesidades de la existencia, las cuales lo apartaban violentamente de otra vida, a su entender más intensa y profunda y, por añadidura, menos angustiosa que la vida real.

Y entre dos bocanadas de humo solía pensar: "Sí, tiene razón el poeta, sólo somos libres en el reino de los sueños. Cualquier acto determina otros y crea una necesidad, una esclavitud; las realidades de la vida arrastran entre sus impurezas no sé qué gérmenes innobles, que convierten al varón más fuerte en infame mercader, en torpe traficante de la idea pura. Si se vive, no se puede pensar: sólo en la contemplación conserva el alma su independencia sagrada".

A veces, cuando sentía correr las horas sin que recibiera ninguna sensación, figurábase convertido en un Terminus de mármol, el cual, sonriendo enigmática e impasiblemente, veía transformarse y perderse todas las cosas en la eternidad. Otras hundíase en un estado de estupor, en un estado casi fluídico, en el

que perdía hasta la noción del tiempo y la realidad de su ser.

El alma de Guzmán parecía escaparse en tales casos del cuerpo que la aprisionaba, y esta ausencia producíale a la larga ansias gratisimas, inquietudes extraterrenas y estados de verdadero misticismo, dentro de los cuales sus visiones tenían un carácter más artificial que milagroso. Pero lo frecuente era que analizase sus dudas, su falta de voluntad y los dolores que lo arrastraban a aborrecer la existencia y le ponían en el rostro el sello de los dañados: la demacración, la mirada febril y los círculos violáceos del insomnio.

"Y de todo tiene la culpa ella", pensaba infaliblemente. "¡Qué diferencia entre una y la otra! Sara es la belleza, el amor, la libertad; Amelia la esclavitud, la prosa de la vida. Mis anhelos, levantadas aspiraciones, los gérmenes de mi voluntad, las fuerzas vitales de mi alma, en fin, mueren al contacto de su cuerpo frío... Su prosaísmo arrastra un elemento destructor de toda hermosura. La creí poseer y me posee; se interpone como un muro infranqueable entre yo y los goces y placeres del mundo. Por ella tengo que renunciar a mi *Taciturna*, a las delicadezas del sentimiento, a las exaltaciones del espíritu, a la vida ardiente del corazón... Y en cambio, qué me da...? ¡Su indiferencia por las aspiraciones superiores es el brebaje ponzoñoso que me ha ofrecido siempre para calmar la sed de lo infinito que me devoraba! ¡Criatura perversa por estupidez y raquitismo, no por maldad, pero perversa al fin...! ¡Amarga compañera! Su destino oculto y oscuro como el de un genio maléfico, es el de entenebrecerme la vida y destruir lo que en mí hay que vale

algo. Y después de tales crímenes sigue imperturbable su camino, defendida de los remordimientos, de las dudas, de los escrúpulos de conciencia por la coraza invulnerable de su necedad. ¡Cómo la detesto, Dios mío!”.

CAPITULO VIII

Desde el sitio en que estaba, veía Guzmán una parte del patio, que era de baldosa común como casi todos los del pueblo, y las ventanas del escritorio, en cuyos vidrios se dibujaba la silueta de Crooker, inclinado, como siempre, sobre su mesa de trabajo.

El buen señor, después de pasearse por la sala y el jardín y saludar a los tertulianos, se encerró en su escritorio, muy contento de ver la casa tan alegre y concurrida. "Las muchachas van a divertirse de lo lindo: es lástima que no pueda estar allí un rato; ¿pero quién va a hacer esto?", se dijo antes de hundirse en el fárrago de apuntes y libretas de usos curiosos que componían su originalísima teneduría de libros.

Como no tenía secretario ni cosa que se le pareciera, ni gustaba de que nadie se enterase de sus asuntos, veíase obligado a trabajar largas horas a fin de tener corrientes sus libros y despachar la correspondencia sostenida activamente con sus establecimientos y los de sus hijos. Laura, de quien era Crooker tutor y albacea, había heredado una gran fortuna, que el tío, quieras que no quieras, la obligaba a administrar conjuntamente con él, para que se fuese acostumbrando a *manejar sus intereses*.

"¡Tío es terrible!", decía ella, haciendo unos hociquitos muy monos sobre la *Caja*; "tío es terrible" repetía cuando él la consultaba formalmente para adquirir una propiedad o hacer alguna colocación

de dinero y la tenía dos horas en el escritorio, hablando del negocio.

—Pero tío, si yo estoy conforme con lo que usted disponga —objetaba para evadirse.

—No importa, *che*; así te vas acostumbrando —respondía Crooker amablemente, pero con firmeza, y no había más remedio que oírlo.

Y de igual modo se conducía con sus hijos. Había-les entregado la parte que les correspondía en la herencia materna, trabajaba en sociedad con ellos, y, naturalmente, como más experimentado, cargaba con el peso de los negocios.

“¿Qué extraña concepción de la vida debe de tener ese hombre!”, se dijo Julio contemplando la sombra china que el cuerpo de Crooker proyectaba sobre los cristales, “para trabajar sin descanso y sin que lo mueva a ello ni la avaricia, ni la vanidad, ni ninguna ambición, fuera de la simplísima de dejarles a sus hijos grandes riquezas. Desde treinta años atrás hace lo mismo; vive para los otros, de su cuantiosa fortuna gozan todos menos él, y tan contento, ni una queja, ni un reproche salen jamás de sus labios. ¿Es grandeza o aberración...? Si no le importa el dinero, y no le importa porque lo da a manos llenas, ¿para qué trabaja así? ¿Será el suyo el verdadero camino de la vida? ¿Será cierto que cada uno debe *cultivar su jardín*?”.

Alzó los ojos y por un momento quedóse contemplando la titilación de las estrellas. Luego se dijo:

“Gran carácter el de este hombre; si yo tuviera un poco de lo que a él le sobra... Acaso se ha dicho que se debe trabajar porque sí, por el trabajo mismo; para embriagarse con el esfuerzo como otros se embriagan con la gloria o el alcohol... pero,

¡qué fuerza de voluntad no se necesita o qué inconsciencia para envejecer agitándose en el vacío sin objeto ninguno, sin razón categórica! ¿Es posible eso? Si conociera la *mentira del juego*, ¿podría jugar...? En medio de todo, estoy seguro de que este anglosajón es feliz. Tiene pocas ideas, pero muy prácticas y bien definidas, músculos que piden trabajo, conciencia puritana del deber: la amalgama de tales elementos constituye el bronce de su carácter, en él que se estrellan los disgustos y las penas como en el duro peñón las olas del mar. ¡Qué suerte! En Crooker no existe nada contradictorio, ninguna causa de desequilibrio, ningún motivo de conflicto entre la cabeza y el corazón; debe, pues, sentir goces simples y puros que yo no puedo ni sospechar siquiera...".

Cacio lo interrumpió:

—Vengo a maldecir y a murmurar en su compañía —dijo acercándose.— Tengo un humor endemoniado. ¡Ay! amigo mío, el mundo es de los imbéciles. Todas las mañanas al levantarme, es lo primero que se me ocurre. Y jugaría a que usted piensa lo propio —agregó pidiéndole un cigarrillo;— por muchas razones se me figura que nuestras almas son gemelas.

Las semejanzas, gemelismos y parentescos que Cacio gustaba de encontrarse con Julio, le sabían a éste a cuerno quemado. Era Cacio un espejo en el cual el ideólogo no apetecía mirarse, porque veía abultadas sus imperfecciones. Además la tendencia de Cacio a empequeñecer a los otros para hombrarse con ellos, irritaba a su amigo poco menos que a aquél los humos aristocráticos de Guzmán. ¡Afecto singularísimo el de los dos jóvenes! Se buscaban y se rechazaban incesantemente. Uníalos y

acrisolaba su amistad, el mutuo descontento de la vida y criterio semejante para juzgar los hombres y las cosas; la dureza y acritud del uno casaba perfectamente con el análisis seco y escepticismo del otro, pero los obligaba a repelerse la profunda divergencia de sus gustos. A Cacio, aun admirándolo, lo ofendía la aristocracia intelectual de Julio, y a éste le repugnaban las aspiraciones vulgares y el materialismo grosero de Cacio. No obstante, como en lo esencial estaban acordes, confiábanse en ciertos asuntos delicados sus más íntimos pensamientos, sin ese temor de no encontrar eco simpático que abortar hace tantas confesiones; y en realidad se buscaban para consolarse o... irritarse, porque en esto solían encontrar también singularísima satisfacción.

—Sí, he pensado en eso, pero inducido por razonamientos que no deben de ser los suyos *precisamente*... Cuando usted llegó, pensaba en Crooker. Ahí tiene un hombre hecho para el mundo y que dista mucho de ser un imbécil.

—¿Usted lo cree? —interrogó Cacio con ironía irritante.

Mirólo Guzmán de pies a cabeza y sonrió despreciativamente. "He ahí el vástago *del gringo*, la criatura grosera y ruin... Cuando deja escapar su malicia venenosa, me acometen deseos de aplastarle la cabeza", díjose muy nervioso.

Cacio estaba malhumorado, y como siempre en semejantes circunstancias no podía resistir a la tentación de desahogar su ira de algún modo, complaciéndose generalmente en herir las ideas de los demás. Eso lo aliviaba. Sin embargo, comprendiendo la mala impresión que su respuesta le había causado a Guzmán, pensó que no convenía a los planes suyos,

parecer ingrato ni descubrir sus verdaderos sentimientos en lo que a Crooker atañía, y dijo lo más naturalmente que pudo:

—¿Usted cree, sí, que no es imbécil, no don Pedro —eso no se le ocurre a nadie— sino su modo de comprender la existencia? Es poco presumible que lo guíe una teoría, porque no se trata de ningún idealista; menos aún, que obedezca a móviles filantrópicos madurados detenidamente: más de una vez nos ha dicho que no tiene ningún plan y que practica el bien porque... desea practicarlo; carece de ambiciones: entonces, ¿por qué y para qué ese esfuerzo ardiente y sostenido, y ese afán constante? Trabaja por trabajar y se sacrifica porque sí. Cualquier objetivo me parecería justificado, pero no tiene ninguno, y he ahí lo que juzgo incomprensible e imbécil.

—Lo comprendo perfectamente.

Cacio tragó saliva, paladeó y dejó escapar su falsa risita.

—Ese *lo comprendo* tan categórico... ¡ji, ji, ji...! expresa claramente lo que sigue: "Su pequeñez de microbio no le deja ver ni admirar la grandeza de Crooker". ¿Es así? —agregó con acento mordaz.

Con estudiada indiferencia respondió Julio:

—Casi, casi... Yo sé que para usted sólo son legítimos los fines... interesados e inmediatos; pero es muy probable que Crooker piense de otro modo, y si no piensa así, obra como si tal pensara, que para el caso es lo mismo y aun mejor. Parodiando a Luis XIV, podría usted decir: *el universo soy yo*; mientras que Crooker estoy seguro que opina que

el universo son los otros. No es extraño, pues, que usted no lo comprenda.

—¿Y usted lo comprende? ¡Hum...! —respondió Cacio, mirando a Julio irónicamente;— apostaría a que usted piensa como yo, es indudable que piensa como yo. Aunque lo disguste la *semejanza*, no puede negarme que somos hermanos —y tornó a soltar su risita perversa, con la que parecía burlarse de sí mismo, de los otros y de todos a la vez.

“¡Qué atrevidito está mi hombre! Concluiré por soltarle los perros”, se dijo Guzmán.

—¿Pensar como usted? —añadió alto.— Si fuese así, no me felicitaría.

—¿Pero es así?

Cambiaron una mirada rápida y brillante, y luego, conteniéndose, repuso Guzmán:

—No, señor, no es así. Yo no me explico el proceder de Crooker, pero no aseguro, tampoco, que ese proceder sea imbécil, ni me atrevo a juzgarlo, por la sencilla razón de que no acostumbro a juzgar lo que no comprendo. Es un hombre *diferente* de nosotros y mejor que nosotros. Acepta la ley de la vida, mientras que usted y yo la rechazamos por egoísmo y por flaqueza. A esto solemos darle otros nombres más agradables, pero en realidad es sólo flaqueza y egoísmo. Usted no cree en la superioridad de Crooker, mientras que yo sí; luego, no pensamos de igual manera.

—Eso supuesto, ¿sería usted tan amable que me dijera por qué se felicita de no pensar como yo?

—Nada más fácil. Me felicito porque su modo de ver implica la absoluta incapacidad de seguirle los pasos a Crooker, y como yo lo admiro y lo imitaría de muy buena gana...

—Sin embargo, su incomprensión implica la misma incapacidad.

—Un poco menos, porque yo lo admiro y usted no. Sí, reconozco la superioridad de Crooker y admiro, sobre todo, la grandeza de su carácter. ¡Si yo pudiera, como él, vivir para los otros! ¡Si yo pudiera juzgar con bondad, sin la aridez del crítico, que buscando siempre el defecto de las cosas, todo lo enturbia y estropea...!, pero imposible, y si en esto somos hermanos, tampoco tiene usted de qué felicitarse: se lo digo con toda franqueza. ¿O usted cree que yo me enorgullezco de mí mismo porque mi inteligencia rebasa el nivel de las comunes? ¡Cuánto se equivoca! En el fondo me desprecio y me cambiaría de buena gana por cualquiera que tuviese carácter varonil, voluntad masculina, ausencia de dudas... Hace mucho tiempo que sospecho que lo intelectual es estéril, y que lo que hemos dado en llamar *intelectuales* son gentes que valen bien poco...: individuos de mezquina condición, egoístas feroces, perversos, femeninos, seres de pura vanidad y criaturas incapaces de ningún esfuerzo generoso o viril... Lo que importa es el carácter. La nobleza de don Pedro, su poder verdaderamente prodigioso de perdonar y de sufrir sonriendo todas las miserias de la vida, su potencia de amor, me parecen cosas admirables y superiores a toda inteligencia. Observe cómo actúan sobre él los males, los reactivos del alma: el precipitado es siempre el perdón, la bondad... Las desgracias, las penas, los disgustos que nos *descomponen* y contra los cuales reaccionamos con el despecho, la envidia, el odio, no alteran la profunda calma de su bravo corazón. ¡Ah! ése es un hombre, nosotros *homoncuculos* no más.

Cacio meditó un momento, y luego dijo con sincera y menos antipática expresión:

—Usted no puede pensar así *definitivamente*: sería renegar de su patria; su reino no es el de los sencillos. Yo sé que, por el *momento*, usted cree lo que acaba de decir, pero por su boca hablan el desencanto y el despecho; mañana su inteligencia, implacablemente analizadora, pondrá las cosas en su punto y entonces la religión del deber le parecerá risible y sus sacerdotes no tan admirables. Los que se detienen en las apariencias y juzgan a los hombres como tales y no al monigote de la ética, llegan ahí siempre. Sin quitarle a don Pedro ninguna de las hermosas cualidades, que soy el primero en reconocerle, es preciso convenir en que sus méritos no resisten al análisis que emplean los hombres como usted: ¿es virtud o ceguera el no tener dudas, lo que constituye el carácter? ¿es bondad o manga ancha e indiferencia el perdonar, el disculpar?, ¿son generosos impulsos o satisfacciones de necesidades ocultas y egoístas lo que lo obliga a ser activo y laborioso? Finalmente, ¿existe virtud donde no hay lucha ni esfuerzo...? ¡Bah, bah! don Pedro es un hombre que sin dudas ni grandes ansias *va a lo suyo*, cumpliendo, de este modo, el destino que más lo satisface. Todo eso es bueno, pero no me parece admirable, ni superior, ni siquiera noble.

Guzmán contestó con amarga ironía:

—Hace algunos años, loco de orgullo intelectual, pensaba como usted, pero ahora... desconfío de lo que el hombre fabrica y creo sólo en lo que es *naturalmente*. Lo que usted me dice para probarme que Crooker no es tan admirable como parece, son sutilezas del escepticismo y diablerías del análisis.

Crooker es noble y bueno porque sí, el equilibrio natural de su alma es la perfección, lo cual no obsta para que a veces un orgullo demoníaco me induzca a preferir mi alma afligida por terribles nonadas, a la suya tranquila como un lago profundo... Soy, aunque me pese, ave de tormenta; como usted, padezco los delirios del ángel protervo y sé que éste tiene también su aureola de luces y resplandores... sólo que a menudo me invade el gran desencanto que, como el humo del fuego, nace de mis esperanzas e ilusiones perdidas, y entonces mi soberbia se vuelve contra mí y me ataca a mordiscos como un perro rabioso.

Y levantándose y echándolo todo a barato, añadió:

—Pero en general tiene usted razón: el mundo es de los imbéciles.

Y echaron a andar hacia el fondo de la quinta, limitada por las rocas oscuras que lamían las aguas del Atlántico. Su rumor sordo y rítmico, uniéndose a los ruidos de la naturaleza, canto de los insectos y melodías de la música, semejaba las notas bajas del contrabajo en una orquestación wagneriana. Embobidos ambos en tristes reflexiones, sentáronse en las peñas y fijaron los ojos en la plata líquida, en las movibles aguas que resplandecían con la luz del astro muerto.

—Aquí se revive —exclamó Guzmán, y aspiró ávidamente la fresca brisa.

Su compañero, como continuando un monólogo interior, dijo estirando el brazo hacia la casa, que iluminada por los alegres farolillos se ofrecía a los ojos risueña y triunfante en medio de los árboles y plantas del jardín:

—Sí, los hombres triunfan por sus cualidades

negativas principalmente; en la sala hay muchos ejemplos de ello... sin contar a mi admirable cuñado.

Cacio no le podía perdonar a éste su buena fortuna en los negocios, cuando él en todo lo que emprendía fracasaba irremediablemente.

—¿Qué me dice de Figueroa? Es un insignificante, un pobre diablo, ¿no es cierto? Pues bien, goza de grandes consideraciones porque sonríe siempre a todo y a todos; ocupa dos o tres puestos públicos, gracias a que en ninguno es peligroso, y no me sorprendería que, andando el tiempo, se sentase en el sillón presidencial. Tiene las tres cualidades necesarias para subir en estas cómicas republiquetas: el espíritu limitado, la osadía y la gravedad asnal. Y lo peor es que, convencido de su importancia, mira a los mortales... que no ocupan puestos públicos, por encima del hombro. Ese señor me hace desgraciado.

Aun irritaba a Cacio el sentimiento de humillación que lo había afligido media hora antes, al pasar frente a un espejo al mismo tiempo que Figueroa, que vestía de frac, mientras que él llevaba su levita de diario, lustrosa por el uso y de corte ridículo. Esta circunstancia lo incitaba a ser más duro y severo con el joven diputado.

—Discúlpelos quien quiera, eso no es bondad sino manga ancha; ya no dejaré de clavarle las púas siempre que se me ofrezca la coyuntura. No, no puedo renunciar a esa satisfacción... noble, porque hacerles conocer a estos personajes su insignificancia, es un acto de estricta justicia.

Julio no contestó. Tenía enarcadas las cejas, los ojos fijos en el mar y sus labios avanzaban como

los de quien se dispone a tomarle el gusto a alguna cosa, formando así el rasgo *escrutador* de los fisionomistas.

Sin notar el ensimismamiento de su amigo, continuó Cacio haciéndole la autopsia a los imbéciles. Entre otras cosas —rozaduras del amor propio, cavilaciones y desmayos de la voluntad— ennegrecíale el humor, el despego que le había demostrado Laura aquella noche. Siempre que la voluble damisela no correspondía, o intencionalmente o sin proponérselo, a las finezas con que él la asediaba, volvía Cacio a caer en sus lobregeces pesimistas.

Las ilusiones que a veces dulcificaban las asperezas de su carácter, huían como la mariposa del muerto capullo, y en cambio enseñoreábanlo las amarguras, las acritudes, las sordas irritaciones, que en aquel momento no se tomaba el trabajo de disimular, porque suponía, con harta razón, que Julio no era extraño a ellas.

La profunda e indiferente calma de la noche, las luces del jardín, la alegría del baile, exacerbaban su tristeza. De súbito, observando la actitud abstraída y melancólica de Guzmán, lo acometieron deseos irresistibles de probar si sus dolores tenían eco simpático en el alma de aquél, y aproximándose le dijo misteriosamente:

—*Usted me tiene que comprender...* La felicidad de los otros me irrita, me subleva como una gran injusticia. ¡Ah! la raza de Set...! No sufren, no padecen, no luchan y se muestran orgullosos de su bondad, de su estúpida bondad... ¡Pobre cosa! Que la sometan a la prueba del dolor y la verán desaparecer como la paja puesta al fuego... Pero el miserable mundo es de ellos, todo les sonríe, todo

cuanto tocan se convierte en frutos olorosos, como si tuvieran en las manos alguna extraña virtud desconocida de los demás mortales. Caminan como los ciegos, con los ojos vueltos hacia arriba, y no se ensangrientan los pies en las zarzas del camino, pisan sólo las flores que estrujadas les brindan sus aromas. . . Si uno las coge cariñosamente para olerlas con cuidado, cierran sus hojas, se marchitan y mueren. . .

Y con creciente ira prosiguió:

—No me avergüenzo de decirlo: los odio, sí, los odio con el gran derecho que me da mi dolor, mi injusto destino. Comparándome a los felices, estalla mi indignación. ¡A qué precio, insignificante, baladí, obtienen la riqueza, la tranquilidad del espíritu, la dicha, y cuánto no he luchado contra la implacable suerte para sólo desposar, al fin de cuentas, la *Desgracia*, la amarga compañera de mi vida! Si usted conociera esa vida, si usted pudiese aquilatar la suma de dolores que la forman, no me juzgaría tan severamente. . . Yo sé que, a pesar de su comprensión de *hombre libre*, lo que acaba de decir me hace antipático a sus ojos. . . No importa: algún día convendrá en que mis tormentos, en vez de rebajarme, me elevan al nivel de los elegidos. Sí, tengo mi orgullo, orgullo satánico, pero glorioso, al considerar que mi alma resplandece de luces negras como los diamantes negros —y bajando la voz y buscando en la oscuridad los ojos de Julio, añadió acercándose:— No reniego de mi patria, no me humilla, no, pertenecer a la *estirpe de los que, desheredados y vencidos, sueñan en silencio*. . . Los *ratés*, los que lo anhelan todo sin conseguir nada, los que sientan el roedor despecho de los caídos y la rabia de los hijos de Caín, son mis hermanos. . . Pero a usted —añadió, cayendo

en la cuenta de que sus confesiones eran algo extemporáneas y ridículas— deben de interesarle muy poco estas confidencias; sin embargo, yo creía que...

Guzmán contestó gravemente:

—Su alma desordenada y tumultuosa me atrae como un gran espectáculo... y lo eleva, en mi concepto. Para mí los únicos criminales son los *indiferentes*. Yo también, aunque no lo quiera y me rebele, soy un caído, un abortado —y con enigmática sonrisa y voz turbada por repentina emoción, continuó:— Pero no me reconozco semejantes, y ése es el tormento que, como a mi alma, roe a la de todos los solitarios orgullosos... ¡Ah!, ¡qué triste mal el de las criaturas que se reconocen enemigas de las otras criaturas!, ¡qué martirio el del hombre que reniega del hombre! Las embriagueces de la soberbia no impiden que el alma considere, en las horas de desaliento, la soledad y aridez que la esterilizan y convierten en yerma campiña, en campo helado donde no nace la flora ardiente del amor. ¡Tristeza infinita! Delante de la humana criatura el corazón enfermo no experimenta ninguna santa alegría, ningún sentimiento expansivo que refresque y consuele. ¡Sequedad y rigidez! Las risas no resuenan ni provocan otras risas, las lágrimas no brotan ni arrancan otras lágrimas, y entonces nace el ponzoñoso rencor contra los hermanos, cuyas dichas no podemos comprender ni compartir, y el odio contra la existencia que nos hiere turbando nuestras esperanzas de alegría y de ventura. ¡Cuántas veces he maldecido la sequedad de mi corazón y he llorado sintiendo la profunda pena de no tener semejantes...! El demonio del orgullo nada puede contra esas amarguras, y una vez que se conoce su origen, el acerbo dolor de haber

destruido la facultad de amar, la fuente de la vida, va a sumarse con los otros dolores... y los remordimientos atenacean sin tregua al proscrito! ¡Triste, triste existencia la de las almas solitarias!, vivir engendrando sentimientos generosos que la aversión impide encarnar en otras almas. En este instante, oyendo sus confesiones, me han acometido varias veces los impulsos de la simpatía... y después, como siempre, el sentimiento *aislador* que me obliga a repeler a las demás criaturas! Y siempre así, siempre, siempre... Nuestro destino es fatal. Mientras el orgullo nos alimenta y sostiene vivimos, pero el terrible convencimiento de la propia insignificancia nos obliga a volver los ojos desencantados hacia el mundo que hemos perdido la costumbre de amar y que ya nos es imposible amar, y entonces caemos en la desesperación. He ahí lo que me acontece en este instante, contemplando ese mar sin límites en cuyo seno se agitan extraordinarias fuerzas y una poderosa vida. Su inmensidad anonada mi orgullo y deja en pie mi aislamiento y mi impotencia.

Y después de una breve pausa agregó, pasándose la mano por la sudorosa frente:

—¡Miserables, sí, miserables los que no pueden consolar ni ser consolados!

Cacio no pudo responder. Una emoción profunda le dilató el pecho, y de sus ojos brotaron dos lágrimas, dos perlas incandescentes que fueron a apagarse en el salobre mar.

* * *

En aquel momento angustioso, Arturo y la mujer del ínclito comerciante y filántropo se detuvieron cerca de los dos amigos, y sin percatarse de la pre-

sencia de éstos, entablaron animada plática. Dos veces quiso ella quitarle la flor que en el ojal llevaba Arturo, y otras tantas se lo impidió éste; por fin quitóse la él mismo y con exquisita y picaresca galantería la ocultó en el pecho de Ana, demorando allí la mano imprudentemente, sin notar que el *marido burlado* caminaba hacia ellos en compañía de Amelia. Ana no podía menos de haberlos visto y sin embargo no advirtió a Arturo, ni esquivó sus caricias; al revés, sonriendo dírase que lo animaba. Guzmán y Cacio seguían los incidentes de aquella escena con verdadera angustia. "¿Qué va a suceder? . . . ¿Un escándalo?" preguntóse este último, viendo acercarse a Menchaca, "y eso, ¿no convendría a mis intereses. . . ? Tal vez. Lo demás, ¿qué me importa?" se dijo.

Cuando Arturo, volviéndose al ruido de los pasos, se encontró de improviso con Menchaca, tuvo la serenidad de ánimo de no hacer ningún movimiento que pudiera traicionarlo y dejó la diestra donde la tenía. El comerciante y Amelia dirigiéronles, sin detenerse, algunas palabras y continuaron su paseo. Entonces Arturo, retirando la mano, amenazó a Ana como a los niños chicos cuando cometen alguna graciosa diablura. Ella reía a más no poder. Impetuosamente Arturo la atrajo hacia sí y la besó en la fresca boca.

Cacio hizo un brusco movimiento. Estaba lívido, respiraba fatigosamente y parecía próximo a padecer un ataque. Acometido de siniestros designios, se incorporó con las manos crispadas y los ojos fuera de las órbitas; luego sus músculos se relajaron, en su rostro descompuesto pintóse la desesperada impotencia, y dejándose caer en su duro asiento como anonadado, se dijo con sonrisa sardónica: "Es necesario que me trague el probio, no me conviene protestar".

Poco después alejábase Julio silenciosamente. A pesar de la compasión que su amigo le inspiraba, comprendía que no podía consolarlo.

CAPITULO IX

De vuelta del baile, en la tibia y grata atmósfera de la alcoba matrimonial, amueblada con gusto y coquetería, contemplando amorosamente la cabeza graciosa, el fresco descote y las curvas tentadoras de su mujercita, se confesó el honrado comerciante que no podría pronunciar las palabras severas que tenía en la mente: "¡Cómo disgustarla ahora que está tan linda, Dios mío!, y si se enoja y . . . No, mañana le hablaré; eso es, mañana. Esta noche no, no podría. ¡Qué hermosa está!, parece una princesa . . .", y levantándose del sillón en que se había arrellanado para tomar el té cómodamente, estampó un beso delicado en la espalda desnuda de Ana.

Esta parecía tener alguna preocupación grave, fija entre las cejas como un clavo histérico.

Sin corresponder a la caricia de Menchaca, siguió despojándose de sus alhajas y prendas. Antes de quitarse el corsé, retiró de su seno la rosa que le había puesto allí Arturo y hundió en ella voluptuosamente la nariz, fina y de ventanillas movibles; después, observando que su esposo la miraba con amorosa delectación, aligeróse de ropas, se puso una bata y se sentó frente al espejo para deshacer su peinado de baile.

Los pensamientos negros tornaron a enseñorearse del marido.

—Ana —dijo— tengo que darte una mala noticia . . .

Ella no contestó.

—...la gente empieza a murmurar de ti... Yo no te observaría nada si no encontrase que tu conducta es, efectivamente, censurable. —Lanzó un profundo suspiro y prosiguió con difícil palabra:— Arturo te asedia, y a ti parece que no te disgusta su, su... todos lo han notado.

Ana continuó peinándose como si no lo hubiese oído. Tenía las manos ocupadas en lo alto de la cabeza, los ojos vueltos hacia arriba a fin de ver lo que hacían sus dedos, y en su rostro no se reflejaba la preocupación de antes.

—¿Qué quiere decir tu silencio? —continuó él alarmándose. —¿No me respondes? ¿Es, por ventura verdad eso que dicen, Ana...?

Quitándose las horquillas que tenía en la boca, contestó ella con tono desabrido:

—¿Y qué dicen...? y sobre todo, ¿tú crees que a mí me quita el sueño lo que digan cuatro imbéciles envidiosos?

Menchaca se puso muy colorado. "Si es completamente inocente me despreciará por haber creído", pensó. "¿Debo mostrarle el papel o pedirle disculpa por mis ridículos temores? Quizá esto sería lo mejor, nos abrazaríamos y... ¡Dios de bondad, cuánto la quiero!", y recordando, de improviso, el paraje solitario donde había encontrado a su mujer con Arturo, latióle el corazón con violencia y volvió a dudar. Haciendo un esfuerzo para serenarse, repuso fuerte:

—Dicen muchas cosas que yo no puedo pasar en silencio, Ana: es mi deber advertirte. Perdona si te ofendo, pero ya ves, mi deber... Sí, dicen muchas cosas desagradables, y entre ellas ésta —concluyó, alargándole la carta.

Era un anónimo que delataba al marido los

amores de su mujer. Ésta lo leyó poniéndose un poco pálida, tornó a releerlo, y examinando detenidamente la desfigurada letra, se dijo: "Es de mi hermano... lo ha escrito para producir una... catástrofe y como consecuencia la ruptura de Arturo con Laura; está claro... ¿Por qué no me habrá advertido el muy imbécil?".

Después, componiendo la expresión de su rostro y devolviéndole a Menchaca el infame papel, dijo con voz segura y marcado acento de indignación:

—Esto es estúpido... y a ti se te podía haber ocurrido que para algo está en la casa el cajón de la basura. A pesar *de tus cuarenta años*, tienes cosas de niño.

Siempre que reñía con su esposo, le echaba en cara los años, como si tuviese algún particular motivo de irritación contra ellos.

Menchaca permaneció un momento con la boca abierta, articuló luego algunas palabras ininteligibles y por último acertó a decir:

—Ana, escúchame, no te irrites... Ya te he dicho que yo no te hubiese molestado si tu conducta no me pareciera censurable y muy a propósito para dar pie a las habladurías de la gente. Ciego será el que no vea que *él* te hace la corte... y, ¡ay! lo peor es que tú correspondes a sus galanteos, mirándolo de un modo que... a mí nunca me has mirado así, ni conmigo te has reído jamás como con él... ¿Por qué te ríes así?

Ana, mirándolo de pies a cabeza, replicó, sin poder reprimir su cólera:

—Pues... porque me habla de cosas más alegres que tú... ¡No faltaba más! ¿Quieres que *también* me aburra en casa de los extraños a donde voy para

divertirme? Pues, hijo, has de saber que no estoy dispuesta a hacerte el gusto. Siempre que me digan cosas chistosas, me reiré. Prueba tú y verás... pero tú sólo me hablas del almacén y de los monumentos, y eso no es muy entretenido para una señora joven. Yo no tengo cuarenta años, no lo olvides.

"Seguramente todo es mentira... ¡Cuánto daría porque así fuera!, pero, cómo explicar su despego y el modo de mirarlo? ¡Ah, ah...!"

—¡Por Dios! —exclamó a punto de dar libre escape a los sentimientos que lo embargaban— dame algún consuelo, devuélveme la tranquilidad. ¡Si tú supieras, ...! —y se contuvo, temiendo que brotasen sus lágrimas y se pusiera horroroso, como su mujer habíale asegurado que le acontecía frecuentemente en la época en que, estando ella moribunda, él desesperaba de poder salvarla y padecía de verla padecer. Menchaca tuvo la visión nítida de aquellos días tristes de esperanzas y desalientos. Él era el único enfermero, él solo la cuidaba con amor de madre y de esposo a la vez... Cuando la enferma abría los ojos a cualquier hora de la noche, estaba segura de verlo allí, sentado en su sillón, mirándola con ojos enrojecidos y llorando en silencio. Apartábale solícito el cabello de la frente, secábale el sudor antes que ella se lo indicase, dábale las medicinas entre mimos y besos, y para que se durmiera tranquila le cogía una mano y se la acariciaba suavemente, durante horas y horas...

—¿Dime, qué te ha dicho? —agregó luego con entonación suplicante.— Yo no desconfío de ti, pero él...

—No me ha dicho nada que no puedas oír tú. Arturo es conmigo muy amable, muy obsequioso;

sin duda le soy simpática o mi conversación lo entretiene más que la de las otras señoras del pueblo, pero de ahí no pasa... ni yo se lo hubiera permitido. Yo lo aprecio porque veo que nos considera y que su amistad nos honra. Si los otros fuesen tan amables y ocurentes como él, yo sería con ellos lo mismo que soy con Arturo, ¿sabes? A mí me gusta la conversación alegre, la charla divertida... Y en conclusión, ¿de cuándo acá está prohibido simpatizar con una persona?

Y después añadió para su sayo, sin que la pena que alteraba el rostro de Menchaca le produjera el menor sentimiento de ternura o piedad: "Me parece que le estoy dando demasiadas explicaciones... Si quiere creerme que crea, y si no que lo deje; acaso sería mejor. Está insoportable con sus ojos de carnero a medio morir y las orejas tan coloradas. ¡Huy, qué feo...!".

Encogiósele a Menchaca el corazón, y una amargura repentina le impidió decir las tiernas frases que tenía en la punta de la lengua.

"Miente a sangre fría, me engaña; entonces, ¿hay algo cierto...?", se preguntó, y después de dar algunas vueltas por la alcoba, dijo:

—Ana, no olvides que esta misma noche te he visto con él en la quinta, en un sitio demasiado solitario, y que... me pareció...

—¿Y qué? —replicó ella con toda osadía— ¿no puedo pasearme por la quinta con quien me plazca? ¿Para qué me llevas a las reuniones si no quieres que haga lo que hacen todas?

"Está resuelta a engañarme, bien lo veo; ¿y por qué la irritan así mis palabras? Parece que me de testa...! ¿Ya me habrá robado el otro todo su

cariño?", decía él oyéndola, y sus manos temblaban como las de un viejo senil.

Ella prosiguió cada vez con más dureza, tomando el partido de irritarse para disimular mejor:

—Pues me voy a divertir, me ha caído la lotería... No te faltaba otra cosa que estar celoso, *para acabar de hacerme insufrible la vida.*

Menchaca experimentó un dolor tan agudo como si le hubiesen asestado una puñalada en mitad del corazón. Quiso hablar y sólo un sollozo escapóse de sus labios, contraídos por una mueca dolorosa.

Tragándose las lágrimas pudo decir:

—¡Para acabar de hacerte insufrible la vida...! ¡Dios de bondad!, y yo que sólo pienso en tu dicha...! ¡Cuánto has cambiado, Ana, y qué injusta eres con tu pobre marido! Está bien: puesto que te enoja, no volveremos a hablar de ese asunto. Yo siempre haré tu voluntad.

Y dio algunos pasos hacia la alcoba contigua. Bajo el dintel de la puerta se detuvo y muy conmovido díjole:

—¿Y me dejas ir así... sin decirme nada...?

Ella no le hizo caso. Durante algunos segundos contempló el marido amante los dedos rosados de Ana, que corrían ágilmente por entre las crenchas sedosas de la rubia cabellera, y suspirando salió. En el medio del dormitorio se detuvo a esperar... pero contra sus presunciones, notó que su mujer corría la llave y se metía entre mantas tranquilamente.

El grande hombre se desnudó muy despacio, sin levantar los ojos del suelo. Parecía fatigadísimo. Después de doblar su ropa cuidadosamente, como de costumbre, y poner los pantalones en la máquina

de quitar rodilleras, acostóse de cara a la pared. "¡No me quiere, no me quiere...! ¿Qué va a ser de mí?", se dijo gimiendo. Y las fuerzas lo abandonaron. Cuando se extinguió la luz, a altas horas de la noche, Menchaca velaba y aún se movían sus hombros convulsivamente.

CAPITULO X

Aún no había acabado de aclarar, cuando Julio, en puntillas, salió de la habitación. Detúvose en la puerta, y mirando hacia donde dormía su mujer, se dijo: "Duerme sin penas ni cuidados, respira ruidosamente mientras el sudor le baña el cuerpo, y su boca abierta parece una cueva de ratas", y haciendo un gesto de disgusto, se acercó a la ventana a respirar el aire fresco y salado que venía del océano.

Había dormido poco y estaba muy pálido. "¿Qué hacer, qué hacer?", preguntóse como siempre, y fue a sentarse en su sitio predilecto, en la mecedora que había traído del patio para matar, hamacándose, las horas de fastidio. Cumplía fielmente su programa de no atarearse en cosa ninguna; tornaba a pensar que las aspiraciones vulgares son *des nullités*, como diría uno de sus maestros, indignas de ocupar la vida de un hombre, y otra vez su inteligencia inquieta y sutil lo atormentaba con toda suerte de escrúpulos y dudas.

Pensó:

"Sé que mis ideas no me permitirán realizar nada, que no dejaré huella de mi paso, y que me consumiré en vanas cavilaciones... lo sé, lo sé; ¿y entonces, por qué me rebelo y por qué me amargo la existencia inútilmente...? Me come el despecho de los que prometiéndose mucho, realizan poco, es natural; pero ya que el caso no tiene cura, debo resignarme y vivir lo mejor que pueda... Pero, ¿cómo resignarme a no ser nada, o ser un valor

humano ridículo! ¡cómo vivir tranquilo una vida inferior que me ofende y me repugna...! *¡Ecco il problema!*"

Cargó su pipa, dióle fuego cuidadosamente para que ardiera toda la superficie que presentaba el tabaco, y continuó, echando una soberbia bocanada de humo espeso, semejante en la forma y el color a esas nubes de nácar y armiño que permanecen horas enteras inmóviles en el cielo:

"Para la vida activa conviene ser un poco idiota; conviene no pensar, no dudar, y por añadidura encontrarse bien entre los hombres... yo gano si me meto en mí y pierdo si vivo para los otros. Mis pensamientos destruyen mis energías. ¿Cómo tener voluntad *si no creo?* La política, el arte, la industria, el comercio, la ciencia, toda actividad, en una palabra, me parece absurda agitación, desde que nadie sabe el punto hacia el cual debemos encaminarnos. Todos andan a oscuras. Las verdades tenidas por indiscutibles durante siglos, y que representan fabulosos esfuerzos y sacrificios humanos, se derrumban de la noche a la mañana y son objeto de befa y oprobio, y en su lugar aparecen otras verdades despreciadas siempre. ¡Bah!, toda verdad humana es efímera y deleznable... ¿Por qué será que cuanto del hombre nace lleva en su seno los gérmenes de la muerte...? No lo sé, no lo sé; pero es una triste certeza que destruye como un filtro venenoso la voluntad del que en ella medita. Ésta fue acaso la fruta del árbol del saber que el Todopoderoso prohibió a Adán y Eva. Una vez que la duda nos hace preguntarnos: ¿cuál es el objeto de la vida? ya no se puede vivir. Todo destino es ilógico y risible... ¿A dónde se han ido mis sueños ardientes de

gloria, de riqueza y de mando? Ahora no podría realizar el menor esfuerzo para convertirlos en vivientes realidades: sé que no satisfarían la sed insaciable de mi alma; pobre alma, que, como todas, busca quizá lo absoluto... ¡Ah! con tales metafísicas me he hecho imposible la existencia; las aspiraciones vagas no me han dejado ni dejarán cumplir ninguna tarea noble; mis cualidades las gastaré inútilmente. ¿Qué funesto desequilibrio destruye mis fuerzas? ¿qué me falta...? ¿el poder de sacrificarme acaso? Sí, si lo tuviera no me parecerían indignas de mí las ocupaciones corrientes de las demás criaturas. A pesar de todo, en la esfera del pensamiento yo estoy en lo justo; entonces... ¡ah! aquí se presenta otra vez la Gran Inquisidora, es fatal...".

Arrojó de prisa dos o tres bocanadas de humo, y confesóse, interiormente irritado:

"El caso es que no sirvo para nada... A pesar de mis cualidades, estoy firmemente convencido de que mi vida será estéril; es triste, es doloroso, pero como no puede ser de otra manera, es fuerza que acepte mi destino. No más cavilaciones, no más dudas. A mis sueños de gloria he renunciado ya; el trabajo me espanta, el escepticismo me descorazona. Y después de todo, ¿qué hubiera podido hacer, ni qué importancia tendría lo que yo hiciera? El arte sólo es grande cuando descubre el elemento eterno de las criaturas, y yo no soy capaz de llegar ahí. El retoricismo es cosa despreciable. ¡Bah, bah!, no existe sobre la tierra nada tan fútil y ridículo como el afán de esos pobres diablos de las letras, que sudan sangre años y años, y fabrican miles de páginas sin poder legarle a la humanidad un sentimiento nuevo o una idea fecunda... Y si sé que mis ilusiones han muerto

y que mi vida es demasiado dolorosa para permitirme gozar materialmente, ¿por qué me empeño en vivir...? Es absurdo; pero no, alguna secreta esperanza me sostiene”.

Hacía tiempo que deseaba ver claro, que deseaba descubrir el hilo oculto que aún lo ataba a la existencia, y con verdadero vicio, casi con furia, entregábase en la soledad de su gabinete a indagaciones y análisis tan inútiles como dolorosos. A veces la respiración de Amelia lo interrumpía, y entonces se pasaba a considerar el carácter apático, la avaricia y las ideas limitadas de su mujer, y con esto se abría en el alma nuevas fuentes de dolor. Lo que lo enconaba más, era que ella se ocultase de él para manejar sus dineros, como si temiese que le pidiera algo. La desconfianza de la esposa lo ofendía hasta la médula de los huesos.

Cerrando los ojos, meditó un momento y luego se dijo:

“El amor de Sara me impide morir; yo espero secretamente algo, *no sé qué*, algo que puede mejorar mi situación... y hacer menos vergonzosas y difíciles nuestras relaciones. ¿Cómo sucederá esto? Tampoco lo adivino, pero es indudable que, en lo más recóndito del pecho, mantengo viva la esperanza de amarla a la luz del sol, y espero... ¿qué espero? Si pudiera unir mi destino al de ella, todo cambiaría; a su lado quizás recobrase las perdidas fuerzas y tuviese valor para emprender alguna cosa... Me falta un apoyo, una voz amiga que me conforte en los momentos de desencanto y laxitud. Y tal vez por completarme la he buscado siempre. Sí, sí: un poderoso instinto me lleva a buscar en su alma lo que le falta a la mía. *Ese* ha sido el origen de mi amor”.

Y minuciosamente analizó los diversos sentimientos que la *Taciturna* le había inspirado desde la infancia. Los recuerdos más baladíes presentábanse a su memoria revestidos de un encanto muy íntimo y dulce y semejante al que nos embarga cuando, revolviendo papeles viejos, encontramos un billetito perfumado, una flor descolorida, que nos lleva a pensar en algún momento inolvidable de la existencia y nos rejuvenece el corazón con la alegría y la ternura de los tiempos felices.

Pasó una hora.

"Sí, sí; sólo ella puede hacer un milagro" se dijo de pronto, y poniéndose el sombrero, salió a la calle.

A la hora silenciosa de la siesta, o muy de mañanita, acudía Guzmán a la casa de su antigua amante. Iba siempre por distinto camino, a fin de no despertar las sospechas de los curiosos, y entraba a la casa, no por la puerta principal, sino por la puertecilla de la quinta que daba a un despoblado. La única sirvienta de Sara no tenía amistades en el pueblo: había servido en París y era, por lo tanto, muy corriente y discreta, de modo que las ilícitas relaciones de su ama permanecían ocultas. Por lo demás, Julio, que conocía el género, le hablaba en francés, y con esto y algunas larguezas, se conquistó las simpatías de la fámula.

"*Il est parfait, très gentil et il doit être un amant très-comme il faut...*" se dijo la parisiense, y su juicio quedó hecho.

—¿Cómo tan temprano? —demandóle la *Taciturna* al entrar en la salita donde Julio la esperaba.

—¡Qué quieres, no puedo estar lejos de ti...!, y allá, tú lo sabes, la casa se me cae encima.

—Estás pálido y muy ojeroso —agregó ella dirigiéndole una mirada inquieta.

El, cogiéndole y besándole las manos con ternura respetuosa, la atrajo hacia sí, y después de mirarla un instante con ojos que acariciaban como prolongados besos, dijo:

—Y tú, cada día más hermosa.

Sonrióse Sara y él entonces la besó en la flor abierta de sus labios. Después tomaron asiento en el rincón más oscuro de la salita. Allí, con las manos entrelazadas y juntas las cabezas, solían permanecer largas horas, amándose en silencio. El afecto que desde un principio le demostró Guzmán, afecto todo delicadeza y ternura, desarmó a Sara y pudo desvanecer los secretos rencores que tenía contra Julio, hasta que fue otra vez suya, sin violencia y sin esfuerzo, precisamente porque el cariño de ambos los elevaba sobre todo acto carnal de la pasión amorosa. Era como una sorprendente resurrección. ¡Cuánta dicha!, ¡cuánta ventura!, ¡qué felices hallazgos!, ¡qué sorpresas encantadoras! Amándose los dos, tornaban a encontrar lo perdido, volvían a sentir la plenitud de vida, alcanzada en el momento más álgido de su existencia, cuando un amor poderoso fecundaba todos sus sentimientos y todas sus esperanzas. Las negras preocupaciones de Guzmán huían cuando la *Taciturna* le acariciaba la cabeza, que él, sentado sobre la alfombra, dejaba caer con mimo sobre las rodillas de ella. Los dolores, las penas más hondas, hasta sus eternas dudas dejaban de atormentarlo, mientras tenía cerca de su pecho a la criatura adorada, y de ahí que, desbordando el corazón de gratitud, le dijera a veces con acento profundo, lo cual le daba a su voz el ritmo de un canto:

—Te debo mil existencias y por tu virtud maravillosa renazco todos los días. ¡Qué sería de mí sin ti, sin tus caricias! Tú misma no puedes aquilatar el bien inmenso que me haces. Te lo repito: yo debía adorarte de rodillas como el creyente a la virgen pura que hace milagros. Tú enjugaste mis primeras lágrimas, fortaleciste mis ambiciones y, haciéndome rico de fecundos sentimientos, me inspiraste un amor grande, un amor único... Sin ti no hubiese conocido los más inefables goces del corazón, y hubiese muerto llevándome a la tumba los gérmenes más preciosos de la vida. Como un arpa silenciosa que nadie pulsa ni arranca el tesoro de sus armonías, hubiera vivido ignoto para mí mismo. Pero te debo más, era un muerto y ahora el amor entona mis desmayadas potencias y me vuelve a la vida, como el calor vuelve a la vida a un cuerpo helado por momentánea muerte: amo, vivo... ¡Cómo pagarte tantos bienes...!, ¡qué influencia benéfica la tuya! Pensando, pensando, comprendo que sólo a tu lado fui un hombre. ¡Y con qué negra ingratitud te separé de mi camino y labré tu desgracia y la mía! ¡Pobre *Taciturna!*, mi amor te ha sido fatal; eres la víctima de mi egoísmo, y sin embargo tú me adoras: ¿cómo es posible que tu alma sea tan noble?

Y al verla sonreír amorosamente, se decía: "Sí, sí, me adora; si yo pudiera empezar la vida... pero no, imposible, ¿y mi mujer?..."; y rugaba las cejas.

Observándolo atentamente, dijo Sara:

—Debías cuidarte, Julio; te encuentro cada día más demacrado, caerás enfermo.

—Son los nervios, querida; allá me los ponen tirantes como cuerdas de violín. A tu lado olvido, pero después... Allá todo me disgusta, todo me irrita;

mi aversión indomable contra Amelia me arrastrará no sé a dónde; me es insufrible cuanto piensa y cuanto dice. ¡Uf!, es horroroso, a veces le saltaría al cuello. Pesa sobre mí, me anula, me aniquila... y yo tengo conciencia de ello. Juzgo en peligro mis esperanzas, me veo amenazado en mi ventura y me acontece una cosa terrible: comprendo que el odio me *desorganiza*, y que toda clase de elementos corruptores me invaden y me destruyen. Con frecuencia tengo miedo de mí mismo... Antes culpaba a mi voluntad, pero ahora sé que no es ella sola la causante de mis infortunios... Junto a ti renacen mis ambiciones, es como si yo entero resucitase; pero en aquella casa maldita, en aquella atmósfera de estupidez y frivolidad, vuelven a morir, y yo no puedo perdonar a los míos el bárbaro asesinato que cometen.

Sara no supo qué contestarle, y permaneció con los tristes ojos fijos en el ceño de Julio.

El dijo, luego, como reflexionando:

—Si estuviese siempre bajo tu influjo, cerca de ti, sería otro hombre, un hombre lleno de esperanzas y capaz de cualquier esfuerzo. Y saber que por ellos... ¡Ah!, tú comprendes...

Ella aseguró, acariciándolo con la mirada:

—Es preciso que tengas fortaleza. ¡Si yo pudiera prestarte mi resignación! ¿No decías que mi cariño te bastaba? Pues bien, ya tienes mi cariño.

"Efectivamente, tengo su cariño y no me basta; y yo que creía que..." confesóse con pena. En alta voz repuso:

—Es que yo quisiera amarte sin trabas, sin ocultar mi amor como un crimen. Quisiera no separarme un momento de ti y olvidar el resto del mundo que

me daña, que me hace mal. ¿Olvidas que vivo separado de lo que quiero, cerca de lo que odio? Mi vida es miserable... A veces me dan ganas de huir lejos, muy lejos. Dime, Sara —añadió asestándole sus turbadores ojos,— ¿tú me seguirías?

Ella pensó un instante, y después dijo gravemente:

—Por tu bien haré cualquier cosa... yo sé que sólo existo para ti.

—¡Vida mía! —exclamó Julio, besándola apasionadamente.— Tú eres más valerosa que yo. Tú tendrías el valor de seguirme y despreciar todos los bienes del mundo, pero yo a última hora desfallecería. Ahí tienes mi contradictoria y débil condición; soy así, y por eso malgastaré mis fuerzas en temores superfluos: quiero obrar tan perfectamente que no puedo obrar de ninguna manera. Lo reconozco con amargura: no seré capaz de una *volición viril*; mi muerte será la muerte ridícula de todos los que vacilan... Y sin embargo, con el pensamiento... Yo sé que el mundo es de los que tienen el valor de hacerse dueños de él. Tú lo has dicho; si yo te dijese: *huyamos*, me seguirías. Es una solución que resuelve radicalmente nuestros problemas, dudas e incertidumbres: ¿no es cierto? Pues bien, yo, que me burlo de las leyes y desprecio las preocupaciones sociales, no pronunciaré esa palabra libertadora, y por exceso de idealismo, *por desear las cosas perfectas*, viviré alimentando la infame esperanza de que mi mujer... ¡Es horrible!

Una angustia dolorosa embargó a Guzmán y a Sara. Huyendo las miradas de ella, díjose él:

“¿Pero yo he pensado en eso...?”, y después de vacilar un momento añadió: “Sí, he pensado... y lo peor es que seguiré pensando, una fuerza irresis-

tible me arrastrará quieras que no. ¡Qué miserable existencia! Por lo que seguramente voy a *pensar*, experimentaré los remordimientos que acarrearán las acciones inhumanas, sin tocar ninguno de los resultados ventajosos, que, si *todo sale bien*, aquellas acciones tienen, a pesar de los pesares"; y presa de extraña nerviosidad empezó a pasearse por la salita, pronunciando en voz baja frases incoherentes.

La *Taciturna* lo miraba con infinita tristeza. De pronto, encarándose con ella, dijo él:

—¿Adónde voy a llegar...? Sí, la aborrezco; ¿para qué negártelo? Sé que ha envenenado mi existencia y le he deseado la muerte... ¿Es una infamia, una perversidad o un sentimiento legítimo? ¡Ah...!, yo perderé la cabeza. ¿Por qué, por qué no me muero ahora mismo? Acaso se evitarían muchos males.

—¡Loco, loco...! —exclamó ella tapándole la boca.— ¡No desesperes, el tiempo resuelve tantas cosas...!

—¡El tiempo, el tiempo...! —repitió Guzmán, y después, tratando de serenarse, dijo, besándole una a una las puntas de los sonrosados dedos.— ¡Qué bondad infinita la tuya para perdonar mis asperezas y manías y quererme siempre!

—Sí, te quiero por encima de todo... , pero me apena mucho verte ahondar tus propias tristezas —y poniéndole las manos sobre los hombros y mirándolo dulce y tristemente, añadió:— ¡Pobre Julio! no sabes cuánto daría por librarte de ese descontento de ti mismo que te hace tan desgraciado... porque de todo tiene la culpa tu incurable descontento.

Sorprendiendo la expresión dolorosa de Sara, dijo él, cogiéndole de nuevo las aristocráticas manos:

—No te apenes, vida mía, no te apenes. A tu lado

me curaré... Tienes razón; el descontento no me deja vivir. ¡Si tú supieras...! El descontento de uno mismo, ¡amarga cosa...!

Acometida súbitamente por la profunda pena de considerarse extraña a las tristezas de su amante, le cogió el rostro entre las manos y se lo cubrió de besos y lágrimas, mientras repetía:

¡Pobre, pobre mío...!, ¡y no poderlo consolar...!

Julio, entonces, con grande ternura la abrazó, la besó y le hizo mil caricias. Cuando ella se hubo serenado, dijo él sin cesar de acariciarla:

—Dices que te apena verme triste, y sin embargo, Sara, tú me amas precisamente por mis tristezas. Si no sufriera, acaso no me querrías con ese amor siempre dispuesto al sacrificio, que tiene algo del desinterés maternal. Sí, tú amas en mí al hombre doliente, a la débil criatura que necesita ser consolada... y tienes razón, mis tristezas son lo mejor de mí mismo. Aunque frecuentemente reniego de mis dudas, vagas aspiraciones y angustias innombrables, comprendo que por todo ello mi alma se eleva sobre la de los plácidos seres, que sin lucha, como bestias domesticadas, aceptan el freno y la ley. No, no los envidio —agregó con un gesto de orgullo.— La calma de la existencia sólo se obtiene al precio de la venalidad.

Por toda respuesta, Sara lo besó en la pálida frente.

Después Julio dirigióse al piano. Hizo algunas escalas y se hundió en las profundidades del *Parsifal*. Sus mejillas palidieron, dibujáronse los músculos de los maxilares, y su rostro adquirió una expresión de ansiedad mística. La *Taciturna*, con la cabeza entre las manos, contemplábalo absorta y como embelesada por los raudales de armonías de la escena última,

cuando el Espíritu Santo desciende sobre la cabeza del iluminado, que ostenta en el vaso del Graal la sangre radiante de Cristo, y estallan los cobres y gimen los violines y lloran las *tubas* y sollozan los contrabajos, fundiéndose todo como un torrente de sonidos, en la algarabía gloriosa del coro de ángeles.

“¿Por qué no brotará siempre esa hermosura que, a pesar de todo, lleva dentro de sí?” pensó ella, al tiempo que Julio, secándose el sudor y como agotado, iba a echarse en el sofá.

—Es admirable ese trozo; tú hubieras sido un gran músico.

Sonriendo contestó:

—Ves, estas *voces interiores* que siento cuando toco, y más que nada mi amor hacia ti, me reconcilian conmigo mismo. Conozco que, a pesar de los pesares, llevo algo aquí dentro... ¡Si yo tuviese voluntad, si yo supiese *querer!* —y una oleada de ardiente y juvenil entusiasmo le bañó el corazón.

Camino de su casa, avanzando por las calles desiertas y abrasadas por el sol, decía Guzmán: “Me siento dichoso, verdaderamente dichoso; aunque no lo quieran, aquí hay algo, puede que aun...”, y una alegría infantil le dilató el pecho. “Sí, estoy alegre... sólo que cuando *la vea* todo va a concluir; padeceré de seguro un dolor físico y un aplastamiento insoportables, o se me pondrán los pelos de punta como al gato cuando divisa a su eterno enemigo. Yo quisiera saber por qué diablos, si todo ha concluido, seguimos viviendo juntos. ¡Qué miseria! Si yo fuese libre... ¡Uf!, ¿vuelvo a pensar *en eso?* En medio de todo, a cualquiera se le ocurriría, pero es estúpido, porque, porque...”, y entró en el espacioso portal.

CAPITULO XI

Despertóse ese día Laura con la opresión penosa que nos producen los disgustos incurables y las complicaciones que no esperamos resolver. Suspiró, cambió de postura varias veces, buscando una posición cómoda para conciliar el sueño, y sin poderlo conseguir, hizo un gesto de impaciencia y se sentó en la cama.

"No, no me quiere" se dijo pensando en el ánimo que había llegado a sus manos la tarde anterior, y en el que alguien le refería con estudiada minuciosidad los devaneos de Arturo. Fijándose luego en la débil luz que entraba por las rendijas de los postigos, añadió: "Es muy temprano aún; si pudiera dormir como María Carolina... Y todo por *ése*... Le juro que me las va a pagar: ¿qué se habrá creído...?", y una expresión de soberbia y fiera le endureció el rostro de líneas suaves y curvas, como un angelote de Murillo. "¿Y cómo saben *lo de Arturo*?" preguntóse después de meditar un momento. "Quiere decir que ya se ha traslucido que... que *me desprecia*, ¡a mí, a mí...! Repito que me las va a pagar. ¡Despreciarme!, y yo que... No, no pensaré más en él, no, no y no; ya no me importa nada... Se acabaron las debilidades; lo odio, mejor dicho, lo desprecio; sí, lo desprecio, y se lo haré conocer" se dijo llena de resolución, pero aquí, como para mostrarle la escasa firmeza de sus propósitos y enérgicas resoluciones, aflojéronse los nervios, su cabeza gentil cayó hacia atrás y los ojos se le llenaron

de lágrimas que pronto corrieron por sus mejillas, para irse a perder en la blancura del seno virginal.

María Carolina, oyendo los sollozos, saltó del lecho como una paloma del nido, y corrió a consolarla.

—¡Ya empiezas como anoche...!, y todo por un papel inmundo. No seas boba, no faltaba más que tuvieses celos de esa estúpida... —y metiéndose en la cama de su prima y abrazándose a ésta, añadió:— Puedes pensar lo que mejor te plazca, pero yo te aseguro que él te quiere... Lo conozco bien, te quiere; pero hasta que no te vea vencida y dispuesta a ser su esclava, te hará sufrir... para domesticarte. Estos hombres son terribles. Arturo es así, lo veo, lo veo claro. Se propone que tú lo quieras incondicionalmente, y que respetes su libertad...

—¿Te lo ha dicho?

—No me lo ha dicho, pero...

—¡Ah...!

—...yo sé que lo piensa: todos los hombres son iguales. No me lo ha dicho claramente, me lo ha insinuado, ¿entiendes...? Después, cuando nadie se lo exija, se obligará solo; estoy segura, segurísima de que será así.

—No, no, Arturo no me quiere; si me quisiera no me haría sufrir...

—Pues, sí señor, te quiere; de otro modo ni te miraría a la cara... y cuando tú no lo miras, te come con los ojos.

—¡Lindo cariño...!, y se va con la otra.

—Eso no está bien... pero no le des mucha importancia; ya sabes que los hombres solteros pueden tener queridas... A Arturo le gusta divertirse, pero una vez que se *comprometa*, verás como sienta el juicio.

Laura meditó un momento y luego dijo resueltamente:

—Si tú lo amaras no estarías tan filósofa. No trates de consolarme, no me dejaré engañar. Arturo me desprecia por otra... y yo no ignoro lo que debo hacer.

—¿Qué dices?, ¿te propones afligirme? —exclamó María Carolina alarmada.

—Sí, no ignoro lo que debo hacer —repitió Laura, gustando, en medio de todo, el peregrino placer de asustarse y asustar a su prima.

Sin sacar las piernas de entre las cobijas, se puso las medias, saltó luego de la cama y echándose un peinador de colores alegres, que le venía de perlas a sus floridos diez y nueve abrules, empezó a asearse y vestirse en silencio. En un periquete se hizo una bonita cabeza y engalanó, y cogiendo su sombrilla, le dijo a Carola que iba a pasearse por el jardín.

Dio algunos paseos con los ojos fijos en las puntas historiadas de sus botinas de color, y de súbito dirigióse al escritorio donde trabajaba Cacio.

Este, que era procurador, habíase hecho cargo desde quince días atrás, de los asuntos judiciales de D. Pedro. Primeramente desempeñó algunas sencillas comisiones, que pudo obtener con no escasa mafia, introduciéndose *como la mugre*, según la expresión de Arturo; luego otras más delicadas, desempeñándose tan bien y con tanta diligencia en todas, que Crooker le devolvió a poco la confianza que le había retirado, y después de decirse: "Quiere rehabilitarse, está bueno; al fin aquello fue una muchachada" acabó por confiarle todos sus asuntos y utilizarlo en diversas ocupaciones.

Para ganar la confianza de su antiguo protector,

se propuso Cacio ser exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, y además muy dispuesto y laborioso. "Así se hará" contestaba invariablemente cuando recibía órdenes, sabiendo que Crooker no miraba con buenos ojos a los empleados que le ponían peros y dificultades; al revés, brindábase constantemente para lo que su superior apeteciera mandar, y con un pretexto o con otro no salía de la casa y se iba convirtiendo en el don *Preciso* de ella.

—Buenos días. Necesito pluma y papel —dijo Laura al entrar.— Si no lo molesto, voy a escribir una carta.

—De ninguna manera —se apresuró a contestar Cacio, ofreciéndole una silla; y no poco sorprendido de aquella inusitada aparición, díjose: "La bomba ha estallado; en guardia, pues".

Laura, con la pluma en la mano y el anónimo delante de los ojos, pareció reflexionar... De pronto, alargándose al joven, articuló secamente:

—Deseo saber qué opina de esto... ¿Cree que es verdad lo que ese papel asegura?

Cacio leyó el anónimo, tratando de parecer sereno. Luego dijo tristemente:

—Sí, por desgracia, todo es verdad...

—Entonces su hermana...

—Mi hermana —interrumpió él con entonación dolorida— es lo que usted se figura. Ya ve, Laurita, cómo no exageraba cuando le decía que mis miserias no tenían límites...

Ambos guardaron penoso silencio. Violentándose mucho, acertó ella, por fin, a preguntarle:

—Ahí se dice que *otra* persona me ama extraordinariamente. ¿Sabe, acaso, si eso también es verdad?

—Sí, lo sé... En efecto, existe una persona que la ama a usted extraordinariamente.

Palideciendo observó Laura:

—Sus afirmaciones me hacen sospechar que... es usted el autor del anónimo.

El, fingiendo soberbia indignación, se levantó como movido por un resorte; luego, dejándose caer anonadado sobre la silla, dijo, al tiempo que le dirigía una mirada llena de tristeza:

—Laurita, usted no tiene razón para insultarme.

“Lo he ofendido profundamente... no son ciertas mis sospechas”, e iba a pedirle disculpas, cuando el joven tuvo que acudir al llamado de D. Pedro, a quien no gustaba esperar.

A la vuelta encontróse sobre el escritorio un papel en que Laura le decía: “Conozco a la persona que me ama *extraordinariamente*, y... espero. — *Laura*”.

Una nube le oscureció la vista y todo empezó a girar en torno de Cacio. Sin saber a punto fijo para qué, apresuróse a cerrar la puerta y las ventanas, y terminada esta tarea, como si hubiera hecho un trabajo descomunal, se dejó caer exhausto sobre el sillón. “¡Pero es posible, es posible!” repetía sin atreverse a creer lo que estaban viendo sus ojos; “de manera que...”, y presa de nerviosa alegría dio en reír y en hacer gestos y morisquetas. Restregábase las manos, bailábanle las piernas y se paraba y se sentaba continua y alternativamente, sin permanecer un minuto en ninguna parte.

“Aún no debo cantar victoria” se dijo después de un rato; “el despecho sólo la ha traído a mí, pero” agregó esgrimiendo la carta, “he conquistado una *posición fuerte*... sólo que ahora se empeña la partida más difícil y tengo que desplegar más tacto que nunca. En primer término, ¿qué me conviene

hacer...? Si la pretendo abiertamente, como ella parece indicarme, todo se lo llevará el diablo, me harán la guerra, me rechazarán y hasta puede que Arturo... No; seguiré *maniobrando* a la sordina como hasta aquí, sin suscitar sospechas ni levantar polvareda, y cuando esté seguro de su amor, pero seguro, les presentaré batalla. Esa es la tuya, Cacio”.

Por la noche Laura recibió una carta tan discretamente escrita, que creyó de buena fe que había inspirado la pasión más profunda, sutil y respetuosa... y no le desagradó verse amada como una heroína de novela. El lenguaje delicado, casi tímido, y las veladas protestas de amor, encantáronla sin lastimar su orgullo. El último párrafo decía así:

“No, Laurita, yo nunca creeré, yo nunca *osaré* creer que puedo aspirar a tan inmensa dicha... Usted es un ángel del cielo, yo un gusano de la tierra; sería locura... Amarla desde lejos, sí; suceda lo que suceda y sea cual fuere mi destino, la amaré siempre, siempre y con más fuerza que nadie; pretenderla, aspirar a que usted me corresponda, no; le repito que sería locura... Pero mi amor solo, me hace inmensamente dichoso, sobre todo desde que sé que no la enoja, ni la agravia. ¡Dios santo!, eso es más de lo que yo podía pretender...!”

En los días siguientes la trató con afección tan respetuosa, mostróse tan tímido y subyugado delante de ella, que la joven confirmóse en lo que había creído respecto de los sentimientos de Cacio, el cual no fingía sino a medias. Y como Arturo, a pesar de las asiduidades de aquél, mostrábase más indiferente que nunca, ella, picada en su amor propio, consentía con mayores muestras de satisfacción los galanteos de Cacio.

Una noche, antes de acostarse, le dijo Carola:

—Laura, ¿por qué me ocultas tus pensamientos...?, tú no eres la misma para mí. ¡Cuánto has cambiado!, ¿qué tienes?

Laura no respondió. Efectivamente había cambiado mucho en los últimos tiempos, estaba de continuo muy nerviosa y apenas podía hablar de ciertas intimidades con la prima, sin que se irritara y sin que su voz se preñase de sollozos. Con expresión hosca se sentó en el borde de la cama, y cruzando la pierna varonil y desenvueltamente, se distrajo en mirar los balanceos de su pie. Las rosas de las mejillas habían desaparecido, la transparencia de la piel permitía contar las venas azules, y los ojos húmedos y brillantes siempre delataban la inquietud y la tristeza del corazón.

—Yo sé lo que tienes —atrevióse a afirmar María Carolina, considerando a Laura con la tristeza de la mujer que ya conoce los dolores del amor.— Sé lo que tienes y esperaba que te confiases a mí de igual modo que cuando no tenías secretos para tu prima... Pero ahora no me dices nada, como si tuvieses miedo de...

—¡Miedo...!, ¿y por qué?

Cogiéndole las manos cariñosamente, repuso aquélla:

—No seas gata y escucha. Tú sabes que lo que haces no está bien.

—¿Y qué hago?

—Coquetearle a Cacio.

—¿Y por qué está mal eso?

—Porque tú no lo quieres...

—Pues te equivocas —repuso Laura, irritándose súbitamente—, lo quiero y me casaré con él: sí, sí y sí

—y su pie se agitó con más violencia.— ¿Quién puede impedírmelo? ¡Ah!, sí, ya sé... me dirán que es pobre, que no es un hombre distinguido; bueno, tanto mejor... Yo lo quiero, ¿entiendes?, yo lo quiero así, y así y todo, posee más condiciones que muchos que... en fin, no quiero hablar. No es tan *chic*, ni tan elegante, ni tan buen mozo como tu hermano, pero tiene más talento, y como me adora, me hará feliz... Ya lo ves, he pensado en todo.

María Carolina la miraba aterrada.

—No disparates más, tú estás loca —exclamó de pronto, y en silencio y visiblemente disgustada, empezó a desnudarse. Laura siguió hablando, pero su prima no le prestó oído, y sin darle las buenas noches se acostó.

Al cabo de media hora fue Laura a sentarse al borde de la cama de su prima, y abrazándose a ésta, le dijo:

—¡Carola, soy muy infeliz!

Volviéndose respondió la otra, sin apearse aún de su enojo:

—Tú tienes la culpa: estás haciendo todo lo posible para ser infeliz. ¿Sabes lo que hay...? Arturo se va a Europa: ahí tienes el resultado de tus coqueteos. Anoche, hablando papá de que quería hacer una compra de toros, caballos y carneros para refinar o cosa así, las haciendas de las estancias, Arturo le salió al encuentro diciéndole que acariciaba la idea de realizar un viaje por Europa, y que el deseo de adquirir él mismo los animales, que, entre paréntesis, cuestan un ojo de la cara, acababa de decirlo. Papá lo miró con extrañeza, porque el viejo no ignora que entre tú y Arturo... Y luego, encojiéndose de hombros, le dijo: "Anda si quieres", y el

viaje quedó resuelto. Tú sabes cómo son ellos.

—Está bien —exclamó Laura, levantándose, y sin decir más, se metió entre mantas.

—¿Duermes? —preguntó María Carolina a altas horas de la noche.

—No —respondió Laura, y dos horas después, al repetirle su prima la anterior pregunta, contestóle lo mismo.

Al otro día, cuando las jóvenes salieron de su alcoba, ya estaban todos sentados a la mesa para almorzar. Besaron a Crooker en la noble frente y ocuparon sus respectivos puestos, una a la derecha y otra a la izquierda de aquél.

"Y está muy satisfecho" se dijo Laura con sorda irritación, observando disimuladamente a Arturo. "No hay duda, no se le importa nada de mí. Para demostrármelo ríe como si tal cosa y se ha puesto ese traje de franela blanca que tanto hace resaltar sus ojos y sus bigotes negros. Parece decirme: "Con esta figura nunca me faltará quien me quiera", y está en lo cierto, a él nunca le faltará quien lo quiera" reconoció dolorosamente.

—¿Conque te vas? —exclamó Julio—. Feliz tú, que tomas una resolución tan seria como quien se fuma un cigarrillo.

—No lo creas, hace tiempo que pienso en este viaje... sólo apresuro mi partida para matar dos pájaros de un tiro. Los importadores de animales de raza nos explotan que es un gusto, y a veces nos venden lo que no sirve y en Europa nadie quiere. Pronto empiezan las ventas en Inglaterra y me propongo asistir a ellas para comprar en buenas condiciones. Después seguiré viaje por tiempo indefinido... hasta que me aburra.

—Todos ponderan los placeres de los viajes —observó la mujer de Guzmán—, pero yo estoy segura de que pronto me cansaría. Debe de ser fatigoso andar de fonda en fonda y pasarse la mitad de los días en los ferrocarriles. ¿Y todo para qué?, para ver las mismas cosas, poco más o menos. Papá, sí, debía darse un paseíto por esas tierras de Dios...

—Eso se queda para los muchachos; yo ya soy viejo, y tengo muchas cosas que atender y muchas cosas que poner en claro... ¡phss!, los viejos no tienen tiempo que desperdiciar. De joven lo hubiese hecho... si hubiese podido; pero ahora, con tanto asunto como traigo entre manos y mis achaques y costumbres... ¿a dónde diablos voy a ir yo? Sin mi pucherito y mi *asao* soy hombre al agua.

—En tus asuntos no tendrías que pensar; yo me pondría al frente de ellos, y en cuatro o seis meses no habría de ser tan torpe que te los enredase —dijo Arturo alegremente—. Julio, que sabe inglés, francés, italiano y qué sé yo cuántas otras lenguas, te serviría de secretario y *cicerone*... Tú mismo podrías comprar en Inglaterra los toros y ver algunos *studs* y *farmers* que te habrían de interesar mucho. Mira, es una excelente idea la de Amelia.

—A mí me interesan más mis cosas, che —aseguró Crooker, con la sonrisa de siempre—. Los que viajan por descansar, sabrán lo que hacen; en cuanto a mí, ¡phss!, nunca me ha cansado el trabajo.

—Si quieres, después de almorzar —propuso Julio— combinaremos un bonito itinerario de viaje. Yo te comunicaré algunos secretos de viajero sibirita. Para viajar con provecho es preciso cultivar metódicamente las impresiones que se reciben. Si yo

vijajara otra vez, me prepararía como para rendir un examen.

—Yo no soy hombre de itinerarios —respondió Arturo—, nunca tengo programa y hago siempre lo que se me ocurre en el momento. Los programas esclavizan, y después el trabajo de combinarlos, ¡bah, bah...! En Inglaterra veré el rumbo que tomó. De allí quizá me dirija a Francia o a los Estados Unidos, quién sabe... Y ahora —añadió, sacando su cartera y disponiéndose a escribir—, apuntemos los consabidos encargos. A ti, Julio, ya sé lo que te debo mandar: una soberbia pipa y dos docenas de tarros de tabaco inglés, ¿eh?... Para Amelia...

—...una cofia de encajes.

—Está bien, una cofia de encajes. Las inglesas son especialistas. Para papá tengo mi idea, es un secreto; tú, Carola...

—Cuatro abanicos de París, uno para cada estación, pero cosa fina, ¿eh? Ya sabes que no me gustan los mamarrachos.

—Me parecen muchos abanicos; pero, en fin, apunto... ¿Y la señorita Laura, qué desea?

—¡Un cuerno...! —contestó la joven vivamente, y levantándose salió del comedor.

Todos se miraron atónitos.

—¿Qué ha sido? —preguntó Crooker.

Arturo, sin inmutarse, dióle fuego a un puro y contestó con el cigarro entre los dientes:

—Nada, nerviosidades; no te preocupes —y guardándose la cartera agregó:— Hoy haré mis baúles, y si ustedes no mandan otra cosa, mañana mismo me largo a Montevideo, y desde allí, en el primer vapor, al viejo mundo. Quiero asistir a las primeras ventas de Escocia y no tengo tiempo que perder.

Voy a comprarte *Durhams* de pelo largo, algunos *Buts* o sino *Cruscian*, que son los que están de moda. ¿Cuánto quieres gastar en toros y cuánto en caballos y carneros?

Crooker iba a responderle, pero la gritería y los silbidos que empezaron a oírse y que turbaban la tranquilidad de la calle, lo interrumpieron. El alboroto fue creciendo hasta que las voces y gritos resonaron airados en el zaguán. Levantábase Arturo para averiguar la causa de aquella manifestación hostil cuando, todo agitado y con el rostro descompuesto, entró Menchaca. El grande hombre venía de recibir uno de esos grandes reveses de la fortuna y del favor popular, que demuestran a los más encumbrados magnates la pequeñez de su grandeza.

—¡Son unos ingratos...! —dijo después de beberse una copa de agua— ¡unos ingratos! Los que me aplaudían y festejaban ayer, me silban hoy.

—¿Pero qué pasa? —le preguntó Crooker, a quien el aspecto cariacontecido del comerciante movía a risa.

¡Unos ingratos, unos ingratos! —repetía Menchaca.

Sólo cuando cesaron las voces y silbidos, pudo coordinar sus ideas y responder a la pregunta de D. Pedro.

—Usted sabrá... yo hice una activa propaganda, incitando a los agricultores a que plantasen tabaco; todos aseguraban que sería un buen negocio... Las cosas no han salido bien y ahora la pegan conmigo. ¿No es una injusticia...? Me han llenado de insultos, sí señor, de insultos, y anoche me rompieron a pedradas los vidrios del mirador. Era el único que había en el pueblo.

Las desventuras del comerciante causaban risa a todos, y el que reía de mejor gana era Crooker.

El filántropo, un poco resentido por el inesperado efecto que producían sus palabras, tartamudeó, poniéndose colorado como un tomate, lo cual aumentaba la expresión grotesca que con el susto había adquirido su rostro:

—Ustedes ríen, pero yo...

—No te ofendas, hombre... pero a la verdad, es muy cómico lo que te sucede... y mirándolo bien, muy merecido —aseguró Crooker sin dejar de reír—. ¿Quién diablos te mete a profeta?

—Perseguía lo que, a mi entender, contribuirá al adelanto del pueblo...

—¡Bah, bahl, todo eso son pamplinas. Escucha lo que voy a decirte ahora, que es lo mismo que te he dicho tantas veces: tu amor a la popularidad te va a salir caro.

Menchaca solía oír los sanos consejos de su padrino con una sonrisa desdeñosa de hombre superior. "Mis ideas elevadas, mis ambiciones generosas no pueden ser comprendidas por todo el mundo" decíase generalmente; pero ese día, por muchas circunstancias, las palabras de Crooker lo alarmaron y le produjeron extraña impresión.

Pasóse las manos por la sudorosa frente y nada dijo.

Crooker, clavándole su mirada profunda, pensó:

"Este pobre infeliz, seguramente está pagando las locuras de su vanidad; apostaría a que ahora piensa en eso".

Y en efecto, Menchaca pensaba en los compromisos comerciales, que su bambolla, el derroche de Ana y algunas pérdidas le habían hecho contraer. La mala suerte principiaba a darle fiera e implacable

caza, y él, lleno de temores y de golpe, caía por primera vez en la cuenta de que el vivir es brava cosa, cosa dura.

En el más secreto escondrijo de su corazón de marido débil y amante, abrigaba la sospecha, o mejor aún, la amarga certitud de que alguien le robaba el cariño de su esposa, pero no podía rebelarse, porque veía con lucidez abrumadora que cualquiera desgracia, la más grande, la más vergonzosa, era preferible para él a la desgracia de perderla. Y por no perderla, callaba y satisfacía todos sus caprichos, arruinándose entre esto y el aparentar a fin de que no se trasluciese su comprometida situación pecuniaria. Un daño traía aparejados otros.

A las murmuraciones de los comerciantes contestaba el filántropo dándose más lustre y rumbo. Tenía dos coches... porque Crooker tenía dos; el escaparate de su tienda era el más lujoso, y Ana la señora que mejor se vestía y empingorotaba, hasta el punto de imponer la moda y hacer célebres sus capotas y tocados *venidos de la ciudad*. Los periódicos, que no teniendo asuntos de mayor interés, daban cuenta de las mercancías recibidas por las casas de comercio, citaban frecuentemente el nombre del comerciante; venían para él más *cargas* que para otro alguno, y esto imponía respeto hasta a los peor pensados y halagaba la pueril vanidad de Menchaca. Pero en el fondo... en el fondo empezaba a desesperarse, más que por la realidad, que al fin no era tan negra, por el presentimiento triste y tenacísimo de que la caprichosa Fortuna iba a abandonarlo para siempre. Por todas partes veía señales y barruntos de la ruina. La pérdida de la popularidad y el desamor de su mujer, lo acoquinaban y llenaban de temores e incer-

tidumbres. Sin sospechar por qué, una y otra cosa se le antojaban el punto de partida de futuras desgracias, y por eso, como si fuese presa de algún oculto temor, sentía de vez en cuando un escalofrío, y temblando pensaba: "Ya, ¿qué será...?".

Sólo Arturo no reía. El marido ofendido, lejos de inspirarle compasión, lo irritaba secretamente, y aunque desconocía la causa de su secreta tirria, no por esa razón el hecho dejaba de ser menos verídico. El rostro plácido de Menchaca, su figura disgraciada, el pelo hirsuto y las manos siempre rojas, como si las hubiese metido en agua caliente, inspiraban a Arturo indomable repulsión, sobre todo desde que tenía relaciones amorosas con Ana. Y en el comerciante habíase operado un fenómeno no menos singular: después que supo, casi a ciencia cierta, que Arturo le robaba el amor de la esposa querida hasta la locura, sentía por él, aunque parezca raro y estrambótico, más respeto, y la admiración que suelen inspirar los sucesos y los seres extraordinarios. Tratábalo ceremoniosa y amablemente, y al hablarle lo invadía extraña timidez, como les acontece a las personas que, deseando parecer simpáticas, temen resultar desagradables. Y no sólo lo admiraba, sino que movido por oscuros y complejísimos sentimientos y sin darse cuenta de ello, probablemente, lo imitaba también, adoptando con frecuencia las posturas, ademanes y expresiones típicas de Arturo. Su ridícula imitación llegó hasta el extremo de vestir iguales prendas que éste vestía y fumar los mismos cigarros que Arturo fumaba.

Como por un convenio tácito, cuando todos salieron del comedor, ellos se quedaron en sus puestos.

Después de breve silencio dijo Menchaca en tono misterioso, acercándose a Arturo:

—Mi mujer asegura que debemos irnos a la ciudad, porque allí encontraré más campo para... y yo deseo saber su opinión. ¿Qué dice?, ¿debemos irnos?

A Arturo le pareció que en el fondo de aquellos ojos claruchos, que lo miraban de un modo singular, se movía una lucecita maliciosa.

Vaciló un instante, y, luego, desafiándolo con la mirada, respondióle:

—¿Y por qué me dirige esa pregunta?

Un poco desconcertado, explicó Menchaca:

—¿No es usted *nuestro* amigo...?, yo lo creía así. Sólo le *pedimos* un consejo, pero si eso lo molesta...

"¡Es posible que este hombre sea tan imbécil!" se dijo Arturo, y desarmado por la simpleza de Menchaca, agregó:

—No, señor, no me molesta; sólo que así, al pronto, me pareció su pregunta bastante... intempestiva. ¿Cómo puedo aconsejarle lo que debe hacer? ¿Conozco, acaso, sus negocios?

Menchaca replicó con excesiva amabilidad:

—Yo le pedía un consejo a vuelo de pájaro, como quien dice. Usted, en mi caso, ¿haría lo que pretende mi mujer?

Arturo tornó a irritarse.

"Todo esto es estúpido; ¿qué se propone este imbécil?; ¡si se creará que...!", y respondió con tono desabrido, disponiéndose a levantarse:

—Yo en su caso me quedaría donde más me conviniera y no donde le pareciera a mi mujer.

Menchaca entonces le dijo, enternecido, sin duda, por la nobleza de su propia acción:

—Déme la mano.. Así, quiero estrecharla muy fuerte antes de que se embarque. *Yo no guardo nada contra usted...* ¿Por qué había de desearle mal? Cuando vuelva quizá me encuentre *en otra posición*, pero yo no guardaré nada contra usted... Mi destino es... será... en fin, usted me entiende; yo lo sobrellevaré con paciencia. Le deseo feliz viaje, y no olvide que Menchaca es un hombre de corazón. ¡Ah!, eso sí...

—¿Se puede saber a qué viene el rosario que acaba de rezarme...? Hable claramente: no me gustan las situaciones ambiguas. ¿Por qué me estrecha la mano y me dice que no guarda nada contra mí y que es un hombre de corazón? Bueno, ¿y qué?

—¡Virgen santa! ¡No me ha entendido, no me ha entendido! —exclamó Menchaca consternado—. Quería mostrarle mis buenos sentimientos, porque, porque... su desprecio me hace mal; sí, ésa es la causa, y usted se irrita... Ahora que va a emprender un largo viaje, quería que supiera que yo soy tan amigo suyo como... antes.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de particular?

Menchaca se quedó mirándolo con la boca abierta.

—Disculpe que se lo diga —agregó Arturo encogiéndose de hombros—, pero todo esto me parece sencillamente ridículo.

Menchaca, por toda respuesta y antes que Arturo pudiese impedirlo, le besó la mano y salió precipitadamente del comedor, con los ojos llenos de lágrimas y el pecho inundado de dulce frescura. Iba avergonzado, por una parte, porque comprendía que todo lo que había hecho y dicho era grotesco; pero, por otra, lo consolaba la idea de haber sido arrastrado por una necesidad interior irresistible.

Arturo permaneció perplejo un buen rato. "¿Estará ebrio?" preguntóse varias veces, y pensando, a la postre, que nada podría sacar en limpio de la singularísima conducta del comerciante, agregó: "Acaso ha querido tener un *rasgo*... Estos eternos maridos son admirables", y sin pensar más en el asunto, se fue a arreglar sus maletas.

Sentóse delante de un enorme baúl de cuero inglés con muchos compartimientos y divisiones, y empezó a distribuir la ropa con la atención y el orden práctico del viajero que conoce lo que son las largas travesías y quiere evitarse incomodidades. Muy a la mano dispuso los pañuelos, los calcetines y las ropas interiores, y en el fondo los trajes, empezando por los que iba a vestir a la llegada. En otro baúl más grande, de mimbre, destinado por su poco peso a los viajes en ferrocarril, había metido por la mañana su ropa de uso, sin preocuparse en ordenarla, pues no iba a servirse de ella a bordo.

De vez en cuando interrumpía su ocupación para escribir alguna nota en su cartera y luego continuaba tranquilamente, encendiendo un cigarrillo tras otro.

De improviso, abriéndose la puerta, entró Laura muy pálida y presa de viva agitación.

—¡Arturo...! —dijo blandamente, y sentándose ocultó el rostro entre sus manos finas y largas como las de las vírgenes góticas.

"Está visto que hoy me han de suceder cosas extraordinarias" dijo Arturo, y después de considerar un momento a su prima, hizo un gesto muy expresivo y canallesco, y sonriendo se acercó.

—¿Qué es eso, Laura, qué tienes...?

Con voz entrecortada, pudo articular la joven:

—Venía a pedirte perdón por lo que te dije en la mesa...

—Y... ¿nada más?

—Y a decirte —continuó penosamente— que...

—¿Qué...?

—...que... tú lo sabes.

—¡Yo...!, ¿cómo he de saberlo?

—Que no te vayas... Si tú te vas, yo moriré —y vencida por el amor, sin reparos de ninguna clase, triunfando la mujer sobre la señorita, se abrazó a él, repitiendo entre sollozos:— Yo te quiero, Arturo, tú lo sabes, yo te quiero; no me hagas padecer más...

—¡Al fin, al fin...!, ¡pobre nena, pobre nena mía! —exclamó él profundamente conmovido al verla pidiendo gracia con lágrimas ardientes—. No llores más, yo también te quiero con toda el alma, vidita, sólo que quería ver hasta dónde llegaba tu soberbia... —y estrechándola contra su robusto pecho, se afanó en consolarla, prodigándole con sincera ternura toda clase de caricias y mimos. Mientras la acariciaba embriagábalo el dulce y a la par penoso placer de verla toda agitada y convulsa por la pasión amorosa que él había sabido inspirarle.

Pasándole la mano por la cabeza, repitió:

—No quiero que llores más, mi vida, ¿sabes?, él no quiere ver llorar a su nena, no, no... Se acabaron las lágrimas y los enojos... Ahora a vivir, siempre juntos, amor mío; sí, sí; él no se separará más de ella...

—¿Pero es verdad?, ¿no me engañas? ¡Ay, Dios mío...! —suspiró ésta sin poder expresar lo que sentía, y entonces pudo Arturo advertir los círculos violáceos que rodeaban los ojos de Laura.

—¿Y has sufrido por mí...?, ¿pero es cierto que me quieres tanto?, ¿por qué, entonces, no cedías? ¡Pícaro orgullo! Pues bien: sabe que yo te he querido siempre, siempre; pero como te veía tan soberbia, tenía miedo de decírtelo, antes quería doblarte... y la *dobladura* ha sido dolorosa, pero ya no te haré sufrir más, ni por eso ni por nada. Tampoco me voy a Europa, o, mejor dicho, me iré, pero... acompañado de otra *personita*.

En ese momento entró María Carolina, y sin pedir explicaciones se abrazó a los dos. Un momento después salían todos en dirección al escritorio de Crooker.

—Ves, ya he cambiado de itinerario —le dijo Arturo a Guzmán, que en el comedor consultaba un mapa.

Guzmán se quedó pensando. Después de algunos segundos, movido secretamente por una idea oscura, se dijo, sin que él mismo supiera por qué parodiaba y repetía la frase de Stendhal: "Es feliz... y lo sería en cualquier parte, porque él, sí, él *es capaz de ir a recoger la misteriosa flor del amor al borde de un precipicio*".

CAPITULO XII

Esa misma tarde Cacio supo la noticia por boca de Crooker que muy contento comunicóse la a todos los de la casa en la tertulia del patio. Palideció, un relámpago le hizo chispear los ojos, y luego, sonriendo con amarga sonrisa, se dijo: "Ni siquiera se ha tomado el trabajo de disculparse... en eso veo la mano dura de Arturo. Le habré dicho: "A ese pobre diablo no te molestes en darle explicaciones...". Nunca me ha creído más digno de otra consideración que la que puede merecerle el último y despreciable can".

Entretanto, Laura lo observaba con visible inquietud. Tenía pensado escribirle cuatro letras, diciéndole que se había engañado respecto a los sentimientos que él le inspiraba, y que la perdonase... pero he aquí que Crooker, adelantando la noticia de su compromiso con Arturo, la hacía pasar a los ojos de Cacio por lo que ella no hubiese querido. "Me juzgará severamente... y con razón. Yo debí evitarle este disgusto, ¡pero quién iba a pensar que...! Y estoy segura de que sufre horriblemente. ¡Si yo pudiera consolarlo! Diga lo que diga Arturo, me parece que no es tan despreciable como él lo cree... ¿Lo guiaría sólo el cálculo? No, no; hay ciertas cosas que no se fingen... ¿Y los anónimos? Bueno, a pesar de todo, daría cualquier cosa por no haberle causado ninguna pena. Y ahora se acerca: ¿qué va a decirme?".

—Mis felicitaciones, Laurita —le dijo él con voz

insegura, y saludando a las demás personas con una inclinación de cabeza, se retiró.

Los que habían adivinado sus osadas intenciones, lo vieron alejarse con expresión a la vez burlona y compasiva. Guzmán, reflexionando sobre la escena a que acababa de asistir, se dijo: "Está en lo cierto: corre la suerte de los que se rebelan contra la ley, de los que no aceptan su destino. ¡Cuántas aspiraciones condenadas por la implacable sentencia, no se retorcerán ahora como víboras lucientes en las negruras de su corazón! Seguramente los coqueteos de Laura lo llevaron a acariciar la embriagadora idea de jugarle una mala pasada al destino adverso que lo persigue con saña cruel, impidiéndole conquistar la fortuna, la fuerza, la independencia... Eso es, en la sombra tejía su audaz ambición. Me explico su vuelta al lado de Crooker, y su amabilidad y su condescendencia... El hombre tiraba sus líneas, sólo que la desgracia, como siempre, no lo ha dejado avanzar mucho... ¡Infeliz! ¡Cuántas veces lo he visto caer y levantarse, desmayar y volver a la carga, estimulado por el desdén de los demás, como el siervo por las caricias sangrientas del látigo...! Tragaba su despecho y seguía adelante. Y el ave de rapiña" añadió, clavándole a Arturo los ojos, "se queda como la cosa más natural del mundo con la paloma entre las uñas... Es cruel e inconsciente como la fuerza. Para satisfacer las necesidades de su egoísmo, despojaría al mundo entero, y esto, naturalmente, sin pizca de maldad, porque en su pecho anidan los sentimientos más generosos; sin embargo... ¡phss!, *es ave de rapiña*: he ahí la explicación".

Con la cabeza caída sobre el pecho, avanzó Cacio por las solitarias calles. Los rayos oblicuos del sol

difundían sobre los objetos una luz agonizante, una luz de candil, pobre y macilenta. Los miserables ranchos de los alrededores empezaban a fundirse en las sombras; sólo los techos resplandecían melancólicamente, coloreados por las apagadas púrpuras, muertas turquesas y tintas lívidas del crepúsculo. Parecía una tarde de invierno, de esas que irritan o entristecen a los *megalómanos* y a los neuróticos. Los vapores de los despoblados y de la población triste subían al cielo junto con el humo de las chimeneas, que formando espirales graciosas, ascendían, estirándose con la suavidad voluptuosa de un desmerezo femenino... Las notas grises provocaban el esplín y el deseo de ver la luz artificial. La mayor parte de las casas, de formas regulares y como hechas por el mismo patrón, estaban cerradas: sólo los bodegones permanecían abiertos, incitando al transeúnte a apagar la sed *terrible*... y allá, en el fondo oscuro, bituminoso, de aquellas cuevas, veíase tal cual parroquiano de faz embrutecida y ojos iluminados por las llamaradas del alcohol.

Por sus tristezas propias y las tristezas del ambiente, Cacio avanzaba con los nervios tendidos como cuerdas de violín... A la mitad del camino, una negra sucia y desgrefiada dio en caminar delante de él, arrastrando las chancletas y canturriando una canción licenciosa... iba borracha. Cacio hizo un gesto de disgusto y pasó a la otra acera, sin detenerse, como de costumbre, en el café, donde sus amigos jugaban al billar en mangas de camisa. "¡Estúpidos!, ¡cómo se divierten y embrutecen!" se dijo al mirar hacia adentro. Más adelante, atravesósele un chiquillo al paso, y de un empujón arrojó a la pobre criatura al medio de la calle, prorrumpiendo en juramentos

soeces, reveladores de la ira, de la furia bestial que ya no le cabía en el pecho. La pobreza de las calles, el silencio de las casas, la calma irritante del mar, el espectáculo raquítico de la existencia que le ofrecía la población, enconaba sus dolores extraordinariamente. Parecíale que aquellas desoladas cosas eran la causa de su mezquindad, y que su alma e inteligencia habían sido brutalmente modeladas, brutalmente comprimidas por la estupidez y *chatura* del medio, hasta ostentar, como un cuño vergonzoso, como una marca infamante, las formas esenciales del molde creador. Este sentimiento mataba sus esperanzas y lo avergonzaba de sí mismo.

“¡Suerta perra!, ¡suerte maldita! ¡Providencia imbécil!” vociferó frenético cuando estuvo en su alcoba. “¡Sí, imbécil, imbécil, imbécil...! ¡Ah, yo te detesto, Dios hipócrita; Dios de los panzudos cerdos...!, ¡y detesto a toda la corte celestial!”, y siguió lanzando las más repugnantes blasfemias, hasta caer sobre la cama sin voz y sin aliento.

Cuando lo llamaron para comer, negóse a bajar y se estuvo acostado boca arriba, con los ojos fijos en el techo. Una hora más tarde, Ana subió, encendió la vela y, figurándose que Cacio dormía, sentóse, sin hacer ruido, a los pies de la cama. Grande fue su sorpresa al verlo con los ojos desmesuradamente abiertos.

Cacio la miraba fijamente; cuando Ana le preguntó si tenía algo, respondióle sin pestañear y con el perverso placer que debe de sentir el asesino al hundir la fina hoja de un *stiletto* en la carne blanda:

—Tú querido se casa...

En medio de su asombro comprendió que él no le reprochaba la falta *precisamente*, sino el que no

hubiese sabido sacar más partido de ella, y de ahí que ni por un instante se le ocurriera disimular ni defenderse contra la acusación que encerraban las brutales palabras de Cacio.

Llevóse las manos al pecho, y después de un momento de hesitación, con voz trémula, lívido el rostro y los labios crispados por repentina y violenta cólera, dijo:

—¡Qué perverso, pero qué perverso eres! Te has dejado quitar la novia y ahora la pegas con tu hermana; ¿tengo yo la culpa de que hayas sido tan cobarde? ¡Ah!, ¡si yo hubiese estado en tu lugar, si yo hubiese sido hombre...!

Con envenenado encono, sin miramientos de ninguna clase, infirieronse los mayores agravios. Hablaban sin ocultar la bajeza de sus pensamientos, como las personas que se conocen a fondo y considerando inútil todo eufemismo, se vuelven cínicas.

—Pero no puede ser —prorrumpió Ana repentinamente;— lo que tú me dices es mentira. Arturo me quiere, Arturo no puede querer a otra: ¿por qué has mentido? ¡Ah!, ya sé, querías conocer la verdad; pues bien: sí, todo es cierto, todo, todo... pero dime que lo demás es mentira —y al hablar así, su voz volvióse tierna y suplicante.

Con un gesto de dolor y de asco, dijo él:

—¿Y tú lo adoras...? ¡Qué miseria! Nosotros somos para ese hombre utensilios que, después de usados, arroja a la basura. Seguramente, al contraer su compromiso, ni siquiera ha pensado en ti... ni en mí. Ahí tienes cómo corresponde a tu inmenso amor... Te usa, y luego al canasto... ¡Qué miserable cosa somos! ¡Siempre a sus pies! Puedes estar orgullosa de ti misma: te entregaste para no obtener

siquiera su consideración... ¡Necias mujeres!

Ana cerró precipitadamente los postigos y acercóse de nuevo a Cacio. Su rostro parecía haberse achicado, como les acontece a algunas personas al salir de un baño frío.

—¡Pero todo es verdad!

“¡Cómo lo quiere!, por él sería capaz de arrojarse al fuego, lo mismo que la *otra*” pensó Cacio. “A mí nadie me querrá de esa manera... ¿Qué tiene ese hombre para dominar a todo el mundo tiránicamente...? ¡Y qué repugnante vuelven a esta infeliz las ansiedades del amor...! Me parece ver en su rostro los besos lúbricos de Arturo. ¡Uf!, ¡qué asco!”.

—¿Pero es todo verdad? —repitió ella.

Cacio, apartándose de sus malas imaginaciones, le dijo:

—Sí, hoy don Pedro nos participó el próximo enlace de Arturo y Laura... Algo extraño ha sucedido, no sé qué; el hecho es que se casan... si Dios o el diablo no mandan otra cosa.

—¿Qué dices?

El, entonces, incorporándose un poco y con un fuego extraño en la mirada, expuso:

—Digo que si Dios o el diablo no mandan otra cosa, porque... pudiera cuadrarse que algún día yo dejara de ser lo que soy: un vil. Hasta ahora he aceptado mi esclavitud, he aceptado la ley infame que ordena a la tropa humana renunciar a todo resignadamente, para que los *elegidos* gocen mejor... pero quizá llegue el día... Porque has de saber, Ana, que ya no puedo más, que estoy hasta los pelos de mi cochina suerte y de mi existencia desesperada; no puedo más, no puedo más, y tú comprendes, cuando uno no puede más, hace cualquier cosa —

agarrándola de un brazo la atrajo hacia él y continuó con acento terrible: —Yo me *rebelaré*, la bestia domesticada se rebelará. Cuando pienso que las caricias de Laura van a ser para Arturo, me vuelvo loco. ¡Ah, no!, no permitiré que me despojen: primero cualquier cosa, la muerte misma... Te lo digo a ti: cuidado con la fiera acosada. Esta vez estoy resuelto a defender lo *mío* con uñas y dientes.

Y como exhausto dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

Ana calló, y por algún tiempo oyóse sólo en la humilde alcoba la respiración fatigosa que dilataba con ritmo desigual, el pecho de Cacio.

El, que esperaba verla adoptar otro temperamento muy distinto, díjole con dureza:

—¿No decías que te quería tanto... o es lo cierto que no tienes ningún dominio sobre él? ¿No te atreves a intentar cosa alguna?

Ana no respondió.

—¿Piensas sufrir resignada? ¿Quiere decir, entonces, que eres digna de tu suerte?

Con profundo desaliento contestó:

—Sí, soy digna de mi suerte: contra él nada puedo.

Cacio la consideró algunos instantes con una expresión indefinible de lástima y desprecio.

—¿Tanto lo quieres?

Ana tornó a callar.

—¡Qué miseria!, ¡qué miseria! —repitió Cacio—; él la desprecia y ella lo adora. ¿Cómo triunfar si hemos nacido tan viles? —y padeciendo un enervamiento súbito y singularísimo, una languidez que lo indujo a considerarse el más infeliz de los hombres, añadió:— Y yo también me dejaré poner el pie en el cuello como un esclavo: lo adivino, lo sé; mi

sangre es de siervo vil. No creas lo que acabo de asegurarte: son palabras, vanas palabras. Me faltarán los bríos para rebelarme, y como siempre, como toda la vida, me tragaré mi rabia y mi despecho y aun besaré la mano que me azota. ¡Miseria, miseria! —y el sentimiento claro y justo de su ruin condición, lo llenó de lástima ardiente que brotaba de su alma seca y árida, como brota el limpio manantial de la peña dura.

Y sacudida por violenta emoción, gritando también: “¡Miseria, miseria!” abrazóse Ana a su hermano.

CAPITULO XIII

En la cuca casita de Menchaca se tomaba té por las tardes... ni más ni menos que en las viviendas aristocráticas de los copetudos y amillonados señores de la capital.

El comerciante, fatigado de cálculos y números, y deseando echar un palique con su mujercita, cerró el librote de caja, lavóse las manos y abandonó el espacioso almacén, contento como un colegial escapado del aula.

En el comedor no había nadie, ni estaba dispuesto el bonito servicio del té, ni la flamante mantelería. "Y sin embargo son las cuatro" se dijo consultando su reloj, y sonando el timbre —también tenía timbres eléctricos la casa de Menchaca— preguntóle a la sirvienta, con voz un tanto velada por una mal oculta emoción:

—¿Y la señora...?

La sirvienta le respondió lo mismo que le respondía casi todas las tardes, desde algún tiempo atrás.

—La señora ha salido.

—¡Ah...!, bueno; tráigame el té —respondió Menchaca, y permaneció solo con sus tristes pensamientos en medio del vasto y silencioso comedor.

Cuando le trajeron el té y el *cognac*, vertió en la taza dos copas de esta bebida, arrellanándose luego en el sillón de vaqueta. Los ojos grandes, dulces y saltones del filántropo se fijaron en el líquido humeante, mientras su pensamiento corría, corría tras de Ana.

Sin cambiar de postura bebió a pequeños sorbos una taza y después otra, hundiéndose cada vez más en el estado de languidez y mórbida tristeza en que lo ponían sus penas y dolores de marido amante y de marido celoso.

El grande hombre no era feliz. No, no era feliz desde que adivinó que el corazón de la esposa de su alma distaba mucho de pertenecerle. Comprendía, veía que la ingrata iba rompiendo uno a uno los lazos que la ataban a él. Las caricias, las ternuras de ella se desvanecían como el aroma de las flores que empiezan a marchitarse. Sus tocados, pensamientos y suspiros eran para el *otro*, lo veía, lo veía; y aunque a veces el latigazo feroz de los celos le hiciera hervir la sangre, no tenía ánimos para castigarla: su grande cariño y el miedo de perderla desarmábanlo y sofocaban sus ímpetus y rebeliones.

"No, no, pasaré por todo antes de perderla; sin Ana no puedo vivir" se dijo muchas veces, considerando las perfecciones de su mujer: el cuello flexible, sobre el cual se balanceaba la cabeza rubia como un mirasol sobre su tallo, las espaldas un tanto angulosas, pero tentadoras, precisamente por su picante flacura, las morbideces del pecho y de la cadera, fina como la de una núbil doncella y voluptuosa como la de una cortesana. "No, no, sin ella no puedo vivir" repetíase, y un desconsuelo inmenso, una pena infinita se apoderaba del marido amante. Esto le acontecía generalmente cuando, sentado en un rincón de la alcoba de ella, la veía hermosearse para *el otro*; riendo, riendo con una risa que, por tener la certeza de que era extraña a sus dolores, lo torturaba cruelmente... o cuando solos los dos, tomando el fresco por las noches en la sala oscura, la obligaba

a que apoyase la cabeza sobre su hombro, y la tenía allí, arrimada a él, experimentando a su contacto cosas muy raras: ternuras inauditas y embriagueces sentimentales, que no sabía bien si lo hacían sufrir o gozar. Con placer enfermizo revolvía entonces sus tristes presentimientos, considerándose así como orgulloso de ser la víctima de aquella criatura débil como un niño y a la que él amaba tan extraordinariamente. Los dolores sutiles de su grande amor, eran primos hermanos de los que hicieron pronunciar a César, apuñaleado por Bruto, las famosas palabras que repite la historia, aunque ignore el delicado poema que encierran.

Considerando que de Ana, que de *ella* recibía todos los males, acometíanlo, sin que él se explicara nada, peregrinas y profundas emociones que elevaban al pobre diablo, ajeno a las exquisiteces de la sensibilidad, a una esfera del sentimiento realmente superior. Y en tales momentos solía pensar, apretando los dientes para contener los sollozos que lo ahogaban: "Yo la perderé, yo perderé los tesoros de su cuerpo querido... Sus besos, sus abrazos, sus caricias, ¡ay!, serán de otro... de otro, ¡Dios santo...! Sí, ella me abandonará, y nunca, nunca volveré a verla durmiendo en su *sizio*: abrazada a mí y con la cabeza apoyada sobre mi pobre corazón".

Cuando ella sorprendía la pena de su esposo, en vez de consolarlo, mostrábase irritadísima contra él; y sin lástima ninguna. "¡Qué fastidio!" murmuraba, y huía del infeliz.

Esa tarde llegó Ana del paseo disgustadísima. Su marido, que aún estaba en el comedor, al verla dar vueltas en torno de la mesa, rumiando no sabía qué, pensó que algo iba a echarle en cara para decidirlo

a abandonar el pueblo, y suspiró resignadamente.
—Vengo de la casa de Crooker —dijo ella—; están de viaje.

Hizo una pausa, y luego quitándose el sombrero y clavando nerviosamente en él las largas agujas que antes lo sujetaban, añadió:

—Ya no tendremos con quien tratarnos. ¡Cómo me voy a aburrir en este pueblo maldito! ¡Jesús, Jesús! ¡Te garanto que estaré de un humor...!

Nuevo silencio.

“Busca el modo de desahogarse conmigo. ¡Qué chasco se va a llevar! ¡Si ella supiera...!” pensó Menchaca.

—¡Ah!, ¡si tú fueses otro hombre! ¿Cómo puedes resignarte a vivir vegetando en este miserable *poblachón*? La viuda de Casares, esa señora tan *chic*, que apenas salía de su casa, también se va, mi hermano lo mismo, y no comprende cómo tú, con *tus cualidades*, no buscas otros horizontes. Son sus palabras.

—¿Ha dicho eso tu hermano?

—Ayer, hablando de su partida, me lo repitió varias veces. No creas, él estima en mucho tus cualidades, sólo que, como no le gusta adular y es así un poco díscolo... pero en el fondo...

—Ya había notado que en el fondo... —interrumpió Menchaca, verdaderamente agradecido hacia Cacio, y se disponía a expandirse y abrirle la puerta de las revelaciones confidenciales a tan hermosos sentimientos como lo embargaban, cuando su mujer, remiendo que empezase a fantasear y la alejase del asunto *importante*, dijo:

—En Montevideo le podrías dar a tus negocios otros vuelos que aquí, donde todo es por fuerza limitado y raquíptico. En lugar de un almacén, estable-

cerías una casa introductora y entrarías de sopetón en el *alto comercio*. Entonces sí, seríamos lo que nos hemos propuesto ser.

Hizo nueva pausa, observándolo de reojo, y como no descubriera en él ningún signo de conformidad y sí muchos de resistencia, continuó, irritándose:

—Pero aquí... aquí sólo nos espera el fastidio. Después no digas que me encuentras de mal humor... Siempre supuse que al casarme saldría de este pueblo odioso; tú me lo prometiste veladamente, y ahora... Si hubiese necesidad yo me resignaría, pero voluntariamente vivir aquí, ¡ah!, es estúpido. En fin, no quiero ocultártelo: yo aguantaré hasta que pueda; después, Dios dirá...

Menchaca no contestó. Había consentido los derroches y locuras de su mujer, hasta el extremo de irse arruinando por causa de ella; obedecía sus indicaciones como si fuesen mandatos imperiosos, y en todo orden de cosas, sin excluir los negocios mismos, plegábase a la voluntad de la caprichosa criatura, pero permanecía duro e inflexible en su resolución de vivir en el pueblo, no obstante la activa campaña de los dos hermanos, que persiguiendo desesperadamente ciertos fines particulares, querían a todo trance arrastrarlo a la capital.

Un secreto instinto decía al oído que resistiera, y lo había hecho... hasta la tarde anterior; pero la tarde anterior, realmente sugestionado por las venturas que le prometía su mujer y la dulce esperanza de reconquistarla por la virtud de un detalle romántico, de esos que seducen a las cabecitas locas, firmó un documento por el cual comprometíase a venderle las existencias y traspasarle su negocio a un conocido comerciante, antaño su rival, y ése fue el papel

que, por toda respuesta, le entregó a Ana con heroica sonrisa.

—¿Pero es verdad...? Entonces a Montevideo...

—Sí, puesto que tú lo quieres.

—... ¡Ah, qué dicha!, ¡ay, qué marido más bueno tengo! Déjame que te bese, que te abrace y que te estruje. Así, así; hoy te lo mereces todo, ¿sabes?, todo —le dijo picarescamente, abrazándolo, besándolo, y haciéndole mil cucamonas, y en seguida se puso a correr y a saltar por el comedor como una locuela.

El reía y lloraba a la vez; pero cuando ella, pasado el gozo de los primeros instantes, se fue a sus habitaciones sin pronunciar ni una de las frases cariñosas que él esperaba, ni brindarle las caricias que con los ojos le pedía, tuvo el marido débil la sospecha justa de la fugacidad de aquel retornelo de amor y de la inutilidad de su sacrificio, y entonces una mueca de angustia le crispó los músculos del rostro, lanzó un gemido como de bestia herida, y, con manos temblorosas, abalanzóse sobre la botella ávidamente, desesperadamente...



Algunos días después, detrás de los Crooker y empeñados en una lucha trágica contra su destino oscuro, emprendieron el camino de la capital, Cacio, el comerciante y su esposa.

Fue en una madrugada tibia y húmeda del otoño. Cuando el mayoral los llamó para que se aviasen, el propagandista del tabaco y de las estatuas no había podido conciliar el sueño aún. De mala gana encendió la vela, y reconociendo la humilde habitación del *Gran Hotel*, en el que se hospedaban desde dos días

atrás, se dijo: "No es la *mía*, aquélla era otra cosa. Quiere decir que todo es verdad: nos vamos a Montevideo. ¿Cómo pude decidirme a...? La casa, el almacén, ya no me pertenecen; no tengo nada que hacer aquí...", y atormentado por una desazón dolorosa empezó a vestirse, sin besar a su mujer como tenía por costumbre al levantarse.

"Dios quiera que no me pese" añadió después dándose dos buenos chapuzones en el agua fría, y con su calma habitual se restregó un buen rato las orejas y el rojo cogote. Así que estuvo vestido, le dijo Ana:

—Mira si han cargado los baúles y mis cajas de sombreros, y si está todo pronto; no sea que por una cosa u otra perdamos el tren...

—No tengas cuidado —respondióle Menchaca mirándola con secreto enojo, y salió al patio, donde el dueño del hotel, un hombre monstruosamente gordo, se paseaba de abajo arriba con el mate en una mano y la *pava* en la otra. Menchaca saboreó un *cimarrón* a toda prisa, miró las estrellas, y deseando estar solo con sus difusos pensamientos, se fue a la puerta de la calle, frente a la cual brillaban los faroles amarillos de la diligencia, que en la oscuridad se le antojó al comerciante un disforme sarcófago. Componían el tiro cinco matalotes de distintos pelos, y una mula, que Menchaca distraídamente se entretuvo en acariciar mientras escudriñaba la calle en una y otra dirección. El pueblo dormía, el canto pujante de los gallos escuchábase muy lejana y raramente, y las casas se destacaban en la oscuridad con perfiles nítidos y vigorosos, como las *sombras chinas* en un cuadro de Rivière.

—¿Por mucho tiempo, don Menchaca? —preguntóle el mayoral desde el pescante.

—¡Hum!, para siempre... pero, quién sabe, tal vez vuelva... algún día. Todo puede ser.

—El mundo da tantas vueltas... arguyó el otro... *Dejuntamente* allá le va a ir mejor que aquí. Esto está cada vez más triste: ¿no calcula, don Menchaca?

El ínclito Menchaca sintió herido su amor propio.

"¿Por qué supone *éste* que aquí no me ha ido bien?" preguntóse, y a punto seguido se atareó en explicarle al mayoral los motivos de su partida.

—Voy para darles más vuelo, más amplitud a mis negocios; aquí sólo se vegeta. Pienso establecer una gran casa introductora... tan grande como todos los almacenes del pueblo juntos, ¡eh! Si algún día va a Montevideo y necesita comprar alguna cosa, ya sabe: en mi casa habrá de todo —y como le pareciera signo cierto de incredulidad el mutismo de su oyente, le preguntó de súbito y sin saber a punto fijo por qué le hacía tan inesperada pregunta:— ¿Usted fue *de los* que plantaron tabaco?

—Sí, yo fui de los que cayeron en la *volteada*.

Sin saber qué decirle, Menchaca se alejó pensando: "Este bruto también duda de mí como casi todos; a pesar *del traspaso* son injustos, no tienen razón: *todavía* no pueden considerarme arruinado; y he dicho *todavía*, luego yo también supongo... ¡Ay!, la suerte empieza a abandonarme; tengo miedo, miedo a no sé qué...".

Y cambiando de tema prosiguió: "Qué hará en este momento mi dependiente? Es la hora de levantarse, poner el agua al fuego y armar los cigarrillos para el despacho del día. ¡Pobre Pepe!, me parece que lo veo trabajando junto al Morrongo. Ya no lo

veré más. ¿Y si hubiera salido a la puerta? Puedo ir hasta allá, nadie me ve", y primero lentamente, como quien duda, y después a buen paso, dirigióse a su casa. "Ya no tiene mi nombre en el letrero" se dijo contemplándola desde la esquina, y suspirando volvió grupas.

Su mujer y Cacio lo esperaban a la puerta. Tomaron el té con leche, después de preguntarle al mayoral si tenían tiempo para ello, y empezaron las despedidas. Estaban presentes los padres de Ana y hasta una media docena de amigos de los tres viajeros. En aquel momento las casas y las personas aparecíanse al comerciante con nitidez extraordinaria, como objetos vistos en una alucinación. Salieron a la calle. Los hermanos mostrábanse animadísimos, la fiebre de la lucha les encendía los ojos. Menchaca, muy pálido, esforzabase por ocultar sus atropelladas emociones, a pesar de tener la seguridad de que, al primer abrazo, sus formidables narices empezarían a trompetear estrepitosamente. Pero no llegó a este extremo, gracias a que, muy oportunamente, Ana le dijo por lo bajo :

—Serénate; no hay nadie en el mundo tan ridículo como tú; parece que te llevaran al matadero. ¡Cosa estúpida! . . . y todo por la pena de dejar este inmundo *poblachón*.

Por fin partieron. El grande hombre iba con la cabeza pegada a los cristales, sin oír la conversación de su mujer y Cacio, ni los silbidos indiferentes del mayoral. Sus ojos saltones seguían el trote ligero de la mula, pensando, en un estado de semi inconsciencia y como si no lo embargaran grandes preocupaciones, en cuál sería la historia y cuál el destino de aquel cuadrúpedo que, con tanta resignación y cordura galo-

paba, para seguir el trote de sus compañeros, y sufría los latigazos del que le daba de comer.

—¡Uf!, ¡finalmente...! —exclamó Ana, al perder de vista los últimos y humildes ranchos de su pueblo natal.

Cacio, con los labios contraídos por un gesto napoleónico, dirigió hacia los desencantados alrededores del pueblo una espléndida mirada de aborrecimiento, y Menchaca, el marido enamorado, que lo dejaba todo para correr la singularísima aventura de reconquistar el corazón de la esposa ingrata, suspiró por centésima vez, sin poder apartar los ojos de los sitios que le eran tan familiares y gratos, y que un recóndito presentimiento le aseguraba que no tornaría a ver...

CAPITULO XIV

Cacio, que domando los ímpetus de su espíritu rebelde, seguía al servicio de Crooker, el cual lo obligaba a comer en la casa, con la idea de hablarle, entre plato y plato, de sus asuntos, se levantó, así que hubo apurado el café, y poniéndose el sobre todo, salió a la calle, para recibir en la cara las agujas de hielo de un frío invernal.

"Su dicha me envenena la sangre; acabaré por matarlos" se dijo rabioso de celos, y levantándose con mano nerviosa el cuello del gabán, avanzó con el cuerpo inclinado hacia adelante por la calle del 18 de Julio, solitaria y como sumergida toda entera, con casas y todo, en un baño de vapor.

Siempre salía de la casa de Crooker en un estado de ánimo semejante. La felicidad de los novios le trastornaba el juicio y revolvía en el misterioso receptáculo de su alma los sentimientos corrosivos, las sustancias tóxicas que los dolores de la vida habían ido depositando en el fondo de aquélla. La ironía de su suerte implacable lo condenaba a ser el testigo lúcido del amor de Laura y Arturo. Los novios hablaban bajo, acariciándose con los ojos, cien veces más carnales que el contacto de las bocas; sobre todo ella miraba a su prometido de un modo ingenuo y a la vez *inteligente*, que le producía a Cacio verdadero dolor físico. Ni por sofación recapacitaban en que él, sentado en su silla, padecía atroces tormentos y era tan mártir como Cristo en su trono del Gólgota. No lo veían palidecer, no veían el sudor frío que a veces

le perlabla la nudosa frente, ni los destellos lúgubres de sus ojos, ojos pequeños y de brillo metálico, escondidos en las órbitas como dos piedras de alquimia, turbadoras, brillantes y raras, en el fondo de un matraz ennegrecido.

El supremo egoísmo de los enamorados les impedía pensar en todo lo que no fuera su amor; el resto del mundo como si no existiera. Y los otros comensales tampoco se percataban de cosa alguna: engullían los exquisitos platos que el pulcro sirviente les ponía delante, bebían sin apuro, saboreando con educado paladar los vinos y mostos generosos, de que la mano pródiga de Crooker abastecía la bodega, y proseaban de las mil pequeñeces que les eran gratas, satisfechos de sí mismos y del resto del mundo.

Sin embargo, a veces, cuando más lejos creíase de todos, se encontraba con los ojos escrutadores de Guzmán, y los tales ojos, húmedos como los de un sonámbulo, lo llenaban de inquietud.

—Para ellos todos los goces y delicias, para mí el arroyo. ¡Suerte perra...! —murmuró parándose delante de una armería, y contemplando los revólvers de distintas formas y tamaños, y las dagas y cuchillos filosos, cuyas hojas resplandecían en el escaparate, pensó, al mismo tiempo que un ángulo de luz penetraba en las oscuridades de su cerebro:— “¡Si será cierto que también la dicha es necesario ir a buscarla al borde de un precipicio, como dice Guzmán!”, y arrugando el ceño, apretó el paso.

Sostenido por su pasión y el demonio del orgullo, no cedía, y aunque consideraba frustrados sus locos planes de ventura, sus sueños y aspiraciones, luchaba desesperadamente. Siempre que sorprendía en el rostro de Laura alguna secreta pena, de un modo

delicado; respetuoso y mudo, demostrábale su constante amor de enamorado romántico; con ojo sagaz espiaba las distracciones de Arturo, para hacerle comprender a ella, por medio de veladas insinuaciones, que él, Cacio, era quien verdaderamente la amaba, y de todas maneras presentábase a los ojos de su dulce enemiga, como un hombre a quien atormenta sin descanso un grande e incurable amor.

Sí, no cedía, aunque frecuentemente, loco de celos y de amargura, cayera en la desesperación más honda que puede afligir a las almas ardientes y exaltadas. Su vida no era vida; aquí caigo y allá me levanto, sostenido por locas aspiraciones o abatido por profundos decaimientos, arrastraba penosamente su monstruosa ambición, que en medio de todo lo sostenía, como un mendigo inválido arrastra su finca, su pierna anquilosada y vive de ella. En Montevideo no tenía relaciones ni amigos; de las fiestas y espectáculos públicos, secreto malestar le aconsejaba huir, y en el aislamiento encontrábase siempre frente a frente del pavoroso problema de su existencia, forzando así a sus nervios a que permanecieran, siempre también, en dolorosa tensión.

Enflaquecía, empezaba a digerir mal y habíase vuelto extremadamente díscolo, irritable y raro. Con frecuencia engolfábase en larguísima monólogos, a la menor causa o rozadura se le iba la lengua, y por las noches saltaba a menudo del lecho, para huir de las imágenes de los novios, que soñando veía juntos y en posturas obscenas... ¡Qué tormento!, ¡qué angustia!, ¡qué horror! De miedo y de frío, dando diente con diente, junto a la ventana permanecía, hasta que las pálidas claridades de la aurora

ahuyentaban su temor de que nuevas visiones lo atormentasen.

Algunas veces Ana, a quien sus ambiciones y los desvíos de Arturo impedían dormir, entraba en la alcoba de Cacio y sentábase cerca de éste. El le agradecía que compartiese sus dolores; las manos de uno y otro se buscaban, y sabiendo que los afligía el mismo mal, mirábase con inusitada compasión aquellas dos criaturas pálidas, ojerosas y soberbias como el ángel rebelde.

Caminando, caminando, hundido en los pensamientos que lo asediaban, se encontró a la puerta de su nuevo domicilio. Como siempre, Ana lo esperaba en el comedor. Menchaca, en su escritorio, escribía un artículo de propaganda agrícola. Los diarios, escasos de material, le habían abierto sus puertas, y el buen hombre enjaretaba a destajo artículos y más artículos, que nadie leía, pero que así y todo, le iban dando cierta popularidad. Al principio esta popularidad picaba en cómica, pero ya había quien la tomaba en serio, y en cómico o en serio, todos los diarios anunciaban las producciones de Menchaca con un día de anticipación y algunas frases amables. *De Menchaca*, leíase en letras gordas, y a continuación venían las frases pobres, los lugares comunes y los macarrónicos raciocinios de un espíritu limitado, bonachón y vulgar, aunque apareciese vestido con los oropeles y falsos relumbrones de la idea progresista. Y a todo ello lo movían fines *ulteriores*, como, hablando de otros asuntos, diría Cacio con su pedantismo insoportable. Menchaca deseaba que lo conociesen, porque el ser conocido halagaba su vanidad, y también porque suponía que, un poco de renombre y reputación de persona bien

intencionada y de ciertas letras, le vendría de perlas para captarse la buena voluntad de todos y abrirse las puertas de los bancos.

En medio de todo, el ínclito Menchaca iba a lo suyo con esa especie de cinismo inocente de los simples. Estudiaba la plaza y no perdía ocasión de hacerse de relaciones. Asiduamente visitaba las casas de comercio de la calle de Rincón y 18 de Julio: tomaba mate en unas, leía los periódicos en otras, mostrándose muy amable y cortés con los comerciantes, capitalistas y corredores que encontraba en tales sitios, verdaderos centros de reunión, consagrados por un hábito cuasi patriarcal. El aburrido rentista, el ganadero retirado, los *colocadores*, las *fieras*, en fin, todas personas graves y platudas, formaban infaliblemente el grupo de los visitantes asiduos de cada registro o almacén al por mavor, en cuyo seno, y por la presión de los otros, iba Menchaca contorneando sus ideas generales y adquiriendo el saludable sanchismo y la *chatura* de los espíritus prácticos, hasta el extremo de que varias veces tuvo tentaciones de hacerse colocador. Pero por la tarde cambiaba el chambergo de Sancho por la bacía de D. Quijote. La ducha escocesa del periódico le sacudía los nervios, relajados por el baño tibio de la conversación matutina, y de nuevo mareaban al grande hombre la filantropía, el progreso y las grandezas. Su ambición y el acicate de las exigencias de Ana, no le permitían trabajar pacientemente ni sanear su fortuna, y lo llevaron a la Bolsa, donde se estrenó con dos negocios poco felices; pero pensaba desquitarse, y hasta enriquecerse, gracias a ciertas combinaciones que merecieron los aplausos de los pontífices de la especulación. Y tras de la fortuna se le veía infalible-

mente de dos a cuatro en la Bolsa, dirigiéndoles preguntas a los corredores y metiendo las narices en todos los escritorios y corrillos.

Al verse, cambiaron los hermanos una mirada rápida e interrogadora.

—No, no han venido —dijo ella muy nerviosa—; ya ves, nos desprecian... y este Menchaca que aseguraba que allí nos querían tan bien! Su ingenuidad me crispera los nervios. De este bofetón tiene la culpa él sólo. Yo no quería recordarles nuevamente a las de Crooker mis jueves. Después de haberme recibido en el comedor, dejándome ir sin ofrecerme la casa, era de suponer que no vendrían. "¡Ah!, aquí no estamos en el pueblo, señora nuestra" parecían decirme con su estudiada frialdad. Pero a Menchaca se le antojó ver en todo figuraciones mías y me ha hecho sufrir este segundo desaire. Y el muy estúpido se quedará como si tal cosa. Lo he dicho mil veces: ese hombre no tiene sangre en las venas.

Y roja de cólera empezó a pasearse por el comedor, mientras arrugaba nerviosamente entre sus pequeñas manos el finísimo pañuelo de batista.

"Cuando esté sola con él..." pensó disponiéndose a desahogar su despecho sobre las espaldas de Menchaca; "pero tal vez me engaño: ¿cómo es posible que habiendo sido tan amables en el pueblo, se muestren ahora tan orgullosas?". Y plantándose delante de Cacio, le preguntó:

—¿Y tú qué dices?

—Que no vendrán. No te quepa la menor duda de que, a pesar de la popularidad de tu marido y de tu elegancia y de tus coches charolados, te desprecian altamente. Son personas de buen tono. Hoy dejé caer en el almuerzo que las esperabas: lo dije como una

cosa muy natural, sin darle ninguna importancia al asunto... pero hicieron como si no me hubieran oído, y hasta me pareció que Carola se permitía sonreír irónicamente. ¿Y de tu entrevista, qué...?

Ana palideció.

A fuerza de amenazas y ruegos había obtenido que Arturo le diese una cita. Llevaba el propósito de reconquistarlo por medio del terror, pero el ingrato presentóse tan sonriente y tan seguro de sí mismo, que ella no supo cómo empezar. Y rápidamente recordó todo lo que le había acaecido por la mañana.

Al llegar a la apartada casita que Arturo le designó en su billete, abrióse la puerta como por arte de magia, y entrando, encontróse en un espacioso y bien decorado zaguán, que contrastaba, por su riqueza decorativa, con el humilde aspecto exterior del edificio, viejo y mal cuidado. Recibióla Arturo como si nada de particular hubiera acontecido, y antes que ella lo evitase, selló las quejas que iban a salir de su boca, con un par de sonoros besos que la hicieron estremecer y entornar los ojos. Pasóle luego la mano por el talle y la condujo a una habitación amueblada con gusto.

—“¡Qué bien, qué bien te has portado conmigo, canalla! Ni siquiera al abandonarme te tomaste el trabajo de disculparte, ¡canalla, más que canalla!”.

Y entonces él, sonriendo y con la ruda franqueza que tanto la enamoraba, le dijo:

—“Y tú, en mi lugar, ¿qué hubieras hecho?, ¿qué te iba a decir que no fuese pavo, ridículo o infame? Temía ofenderte y temía también que te diera por el drama y cometieras alguna locurita, y me dije: “Lo mejor es cortar por lo sano y no verla hasta que se le pase”. Por eso no contesté a tus cartas y me hice

el sordo hasta que te creí dispuesta a perdonarme y tomar las cosas con cierta filosofía... como corresponde a una personita de tu inteligencia y de tu mundo. Y aquí me tienes.

—“¡Bandido...!, no sé como tengo la poca vergüenza de mirarte a la cara. Tú no me quieres ni me quisiste nunca; en cambio yo...”

—“Si no te quisiera, ¿estaría aquí?, ¿quién me obliga? Ya ves como no tienes razón.

—“Y entonces, ¿por qué me abandonaste?”

—“Por *parada*... porque es necesario que cuando uno pide la mano de una niña rompa con sus amorcitos de soltero... aunque no sea nada más que por seis meses.

—“¡Bribón...! ¿Y la otra?”

Arturo frunció las cejas.

—“De la otra no hablemos, porque, porque... tú eres demasiado discreta para pedirme explicaciones sobre ese punto. No debemos tocarlo. ¿Te hablo yo alguna vez de tu marido? Dejemos en paz las cosas... sagradas, y hablemos de nosotros mismos, que es lo que más nos interesa, ¡eh! ¿Conformes? Bueno, así te quiero, inteligente y superior... Y ahora déjame que te bese el hociquito y las orejitas monas” —y sentándola sobre sus rodillas, empezó a acaticiarla y murmurarle al oído las palabras de fuego y las mieles del amor.

Ana no pudo resistir, y en lugar de imponerle su voluntad, como se había propuesto, aceptó las migajas de amor que él le arrojaba, aviniéndose a acudir todos los miércoles y sábados a aquel rinconcito misterioso, amueblado con coquetería, donde todo convidaba a la molicie y donde otras hermosas habían dejado flotando en el aire sus perfumes predilectos.

Avergonzándose de su propia debilidad, se puso muy colorada y no atinó a responder a la pregunta de Cacio.

—Apuesto —aventuró éste con la expresión irónica que tan antipático lo hacía— a que te has dejado embăucar, ya que has concluido por obedecer *todas* sus órdenes —y luego díjose para su sayo:— ¡“Necias mujeres!”.

—Sí, he cedido, ¿y qué iba a hacer? Las amenazas son inútiles, el temor de un escándalo ni siquiera lo haría pestañear, y lo que no consiga de él por medios suaves, es inútil esperarlo de ninguna otra manera. Lo conozco perfectamente.

—¿Entonces...? —dijo él, y con verdadero disgusto observó el rostro de su hermana, transfigurado en aquel preciso instante por el recuerdo agrídulce del amor clandestino.

Ana agregó:

—Mientras él me quiera no se ha perdido todo. ¡Quién sabe, puede ser que...! En fin, yo hago lo que puedo. ¿No hemos convenido en que, sin preocupaciones, arrimaría cada uno el ascua a su sardina? Entonces, ¿por qué me miras así? —le preguntó, desafiándolo con la mirada, y luego, con la impudicia de la mujer que no puede ocultar sus faltas, continuó:— Parece que no supieras que lo quiero; sí, lo quiero... y si meditas un poco, caerás en la cuenta de que, en último caso, no soy yo la única culpable. Tú sabes cómo me casé; tú sabes que no fue *precisamente* por mi gusto, sino por resolver la situación de todos... y sobre todo la tuya, que no podías costearte los estudios. Creí que podría sacrificarme eternamente y me equivoqué... como tantas otras. Te suplico, pues, que ceses de dirigirme

miraditas despreciativas, porque yo no creo en tus humos de Catón, que, entre paréntesis, te sientan muy mal, ni acepto tu desprecio... y bonitamente te lo devolvería con intereses y todo.

Endurecidas sus facciones por la cólera, asemejábase extraordinariamente a Cacio. Con el pequeño cuerpo rígido, dilatadas las ventanillas de la romana nariz y contraídos los labios por un gesto duro, la mujercita del comerciante parecía temible.

Cacio echóse en el sofá.

"Es de mi raza... en medio de todo la prefiero así, violenta y perversa antes que estúpida y dichosa" se dijo, y después, irritado por el escozor de las palabras que ella le había dirigido, agregó fuerte, con el avieso intento de zaherirla y enojarla:

—Te usará... y después, al canasto.

Vibrando como una cuerda enérgicamente pulsada, se acercó a su hermano, que miraba al techo con fingida e insultante indiferencia, y le escupió al rostro estas palabras:

—El odio contra Arturo te vuelve repugnante de maldad y de cobardía... Sí, sí; porque es miedo lo que *él* te ha inspirado desde el colegio a fuerza de puntapiés. Eres tan perverso como vil. ¿Cuándo has hecho otra cosa que tragarte el desprecio con que te trata? ¿Y eres tú el que pretende arrojarme piedras, tú que estabas dispuesto, y lo estás aún, a sacar todo el partido posible de mis relaciones con Arturo? ¡Bah!, ¡bah...! Yo deshonorándome he logrado su amor, y tú arrastrándote como una babosa puerca, ¿qué has conseguido? Una plaza de lacayo... ¡Pobre infeliz!, ¡tú sí que gozas el destino que mereces!

Sin cambiar de postura ni alterarse, con terrible frialdad repitió él:

—Te usará, y luego al canasto. No es malo lo primero, yo no tengo ciertos escrúpulos; es malo lo segundo, porque revela que ni siquiera sabes ser... lo que eres.

Ana tembló de ira y de coraje. Los insultos que le cruzaron por las mientes no pudieron salir de su garganta oprimida y seca. Dio un paso hacia adelante y, por fin, lanzando un grito, corrió hacia el aparador y cogiendo el cuchillo de trinchar, de hoja filosa y brillante, acercóse a Cacio, descompuesta, iracunda, terrible como una loca trágica.

—Repite, repite lo que has dicho —rugió.

Y Cacio, sosteniendo el fuego de los ojos de Ana, brillantes de siniestros designios, pronunció lentamente, recalcando bien las sílabas, la más fea y torpe de las palabras que se le pueden dirigir a una mujer. Ana hizo una mueca de dolor, levantó el brazo... y dando una vuelta sobre sí, cayó desplomada. Su hermano, volviendo a la vida y densamente pálido, la miró un momento de un modo singular, sin odio ni lástima, con indiferencia estúpida; le quitó luego el cuchillo, que Ana oprimía aún en la diestra, y después de haberlo considerado un momento a la luz amarillenta del gas, salió lentamente del comedor.

No ignoraba que su proceder era el de un malvado; pero lo inducía a obrar así una necesidad imperiosa, irresistible, y además la extraña satisfacción, el gozo caótico y profundo de ser cruel e inhumano.

CAPITULO XV

Cacio, después de vestir un traje de invierno que acababan de traerle de la sastrería, sonrió de satisfacción delante del espejo y se fue a la calle, dirigiéndose con su pasito corto y reposado de persona mesurada y circunspecta hacia uno de los principales diarios, en el cual, con el beneplácito de Crooker, escribía dos y hasta tres articulejos todas las mañanas. Pagábanle regularmente, y con lo que de su pluma sacaba, y los corretajes y honorarios que le daba a ganar el prócer, vestía a la *dernière*, uno de sus más grandes anhelos, e iba realizando algunos ahorros. Entre las virtudes de Cacio, contábase la de ser extremadamente económico y saber estirar un peso hasta lo infinito.

Su traje nuevo le producía íntimo gozo. Al pasar examinábase en todos los escaparates y de placer revolaba alegremente su bastón de ébano con puño de plata.

Sin saludar a nadie entró en la redacción, y como siempre, con petulante parsimonia, que él mismo juzgaba ridícula, pero de la cual no se apeaba, porque en medio de todo lo complacía como el agrío de algunos dulces, quitóse el sombrero y los guantes y los colocó sobre su mesa de trabajo. En seguida, dejando oír una tosecita impertinente, se puso a escribir.

Los redactores, cronistas y demás embadurna-papeles, que habían seguido los movimientos de Cacio con particular atención, miráronse, sonrieron y tornaron luego a su tarea.

“¡Qué pensarán esos imbéciles!” se dijo Cacio observándolos, cuando supuso que ya no lo miraban.

Borroneó un suelto, incisivo como todos los suyos, leyó los diarios, y, como siempre, cuando no tenía gana de trabajar, dirigióse a la casa de su superior, y sin detenerse en ninguna parte, se fue derecho al taller de Guzmán, seguro de encontrar a éste en la mecedora fumando su pipa. En efecto, allí estaba, pero no sentado en la mecedora, sino de pie frente a una gran mesa de pino blanco atestada de cartones vistosos, cueros de diferentes colores, pergaminos, tarros de cola, tijeras y pinceles. Trabajaba.

En la espaciosa pieza, que antes fue desván y era al presente taller de encuadernación, mataba Julio su incurable fastidio divagando metódicamente u ocupándose en algunas tareas de habilidad manual. El decorado extravagante de la pieza incitaba su imaginación a emprender frecuentes viajes al país maravilloso del *ensueño*. Las curiosas estampas de Grasset, Mucha y Berthon, que cubrían los muros en la amable compañía de algunas copias del Botticelli, Rossetti y modernos prerrafaelistas; los dibujos arrancados de *L'Image* y *L'Hermitage*, y diseminados sin orden por aquí y allá; las vistas de Suiza; los recuerdos de viaje del Rhin, del Cairo, del Japón, y las notas, apuntes y bocetos de la mano de Julio, producían al ojo poco familiarizado con aquel desorden caprichoso; el efecto singular, a la vez atrayente y repulsivo, de una danza estrambótica de la belleza. En un mueble de Y. F. Oëben auténtico, cuyas curvas seductoras y adornos graciosos eran acaso un trasunto de las redondeces y triunfante hermosura de la reina Pompadour, veíanse hasta dos docenas de retratos y miniaturas de mujeres célebres en la historia de la

pasión amorosa y de la sensibilidad femenina; un armonio Luis XV de teclas amarillas, pulsadas más de una vez seguramente por amables marquesas, ocupaba un ángulo del recinto, y algunos caprichosos muebles y armas de la admirable civilización morisca, concluían de darle al taller el sello de singularidad, refinamiento y *dilettantismo* artístico, que era así como la materialización del gusto de Guzmán.

Cerca de la mecedora, en un par de estantes de sándalo adosados al muro y tallados por Guzmán, tenía éste sus pipas y sus autores predilectos, que él mismo había encuadernado de un modo caprichoso, según el espíritu de la obra. *Las flores del mal* de Baudelaire, su poeta favorito, lucían una cubierta de pergamino, sobre cuyo color, grato al ojo, de marfil viejo, ostentaban sus tintas inquietantes, ora calientes como una gota de sangre, ora lívidas y cadavéricas, el lotus, los asfodelos, las mandrágoras, las adormideras y otras de esas flores extrañas que turban el ánimo como una mirada de mujer. En el medio, en oro mate, reposaba en la actitud de una esfinge, el gato que *obsedía* al poeta maldito.

Las orejas tiesas y los ojos llenos de luz y de misterio producían irresistible atracción y vaga inquietud. Junto a *Las flores del mal*, en no menos originales encuadernaciones, entre las que predominaban el pergamino y el cuero, por prestarse más a cualquiera ornamentación, veíanse *Las confesiones* de Juan Jacobo, el *Adolfo* de Benjamín Constant, el *Diario* de María Bashkirseff, el *Diario íntimo* de Jorge Federico Amiel, y en fin, toda la dolorosa pléyade de las almas atormentadas o tristes de los sensitivos, con los cuales gustaba Guzmán de vivir en íntima y perpetua comunicación.

El mandil de paño oscuro que casi le llegaba a los pies, contribuía a que pareciera el rostro de Guzmán ajado y descolorido, más pálido y anguloso. No obstante había cambiado mucho. La frente, que chocaba por su extraordinaria blancura, habíase agrandado, merced a la temprana calvicie que la dejaba avanzar hasta la mollera; tenía las mejillas hundidas; el pliegue de los labios, antes gracioso y sensual, aparecía distendido como por un relajamiento de las fibras musculares, muy frecuentes en las cortesanas y en los sibaritas que abusan del placer, y los ojos ya despedían luces como los diamantes, ya semejaban dos globos sin brillo, comunicándole a la fisonomía toda el aspecto de cansancio y de exaltación a la vez de las personas que no rigen de la cabeza.

El instinto que nos atrastra a buscar en el alma de otros las huellas indelebles que dejan en el alma propia las uñas corvas del padecimiento, los atraía y obligaba a permanecer juntos largas horas, estudiándose, analizándose. No se amaban ni estimaban más que antaño, pero reconocíanse unidos por lazos secretos. La inteligencia de Guzmán, complicada y contradictoria, y sobre todo su escepticismo e ideas disolventes, ejercían sobre Cacio fatal atracción a causa de que aquietaban sus dudas y escrúpulos más molestos y machacones. El trato de Guzmán lo fortalecía. Y en cuanto a éste, una a modo de curiosidad literaria, acercábalo a su amigo. En el fondo tenían los dos el sentimiento de que *estaban de acuerdo*, y en términos oscuros, pero bien inteligibles para ambos, confesábanse sus miserias.

Desde el regreso del pueblo, Julio se había divorciado más aún de su mujer. La observación de que a Amelia no parecía disgustarla el abandono en que

la tenía, ni la libertad en que la dejaba, precipitó el fatal enfriamiento. Veíanse muy poco, a las horas de las comidas, y no cambiaban otras expresiones que las indispensables, y todo esto sin violencia y sin enojo, como si siguieran los dos una línea de conducta convenida amigablemente. Por lo demás, la inclinación de Julio a replegarse sobre sí mismo, manifiesta en diversos períodos de su vida, habíase acentuado y se acentuaba cada vez más, hasta el punto de que el roce con las otras criaturas se le volvió repulsivo y penoso, no sólo porque lo afligiesen los terribles dolores de la inteligencia, sino porque lo obcecaban preocupaciones fijas como clavos histéricos y fantasmas de ideas que él *necesitaba explicarse* y desentrañar.

Cuando no iba a la casa de Sara refugiábase en el taller, sentábase en la mecedora, cogía una pipa, y siguiendo las espirales ascendentes del humo, como arrastrado por la onda marina sobre la cubierta de un buque hacia países lejanos y maravillosos, perdía la noción de la realidad y gozaba el delicioso mareo de la vida interior. Las vírgenes de afilados dedos, las estampas de expresión errática, los muebles de otras épocas, desenvolvían delante de los ojos de Guzmán algo así como misteriosos paisajes de ideas y sensaciones, por los cuales desfilaban como níveos cisnes por la superficie de un lago tranquilo, la larga serie de sus deseos oscuros y ansias supremas.

En aquellos instantes de pereza fecunda, no lo apenaba el disgusto de la vida real, la preocupación del mal posible, la terrible angustia del problema a resolver, siempre apremiante, y por eso huía de sus parientes y relaciones, así como de toda ocupación que le impidiese vivir en su mundo, mundo fantástico, en el que gustaba refugiarse como en su cámara

especial un fumador de opio. Ya no leía ni siquiera sus autores favoritos. Soñaba con los ojos abiertos, sólo que, a veces, de las nubes caía a un antro tenebroso de su conciencia, donde se revolvían larvas de sentimientos que lo llenaban de pavor... Entonces un pliegue profundo le partía la frente de marfil.

—¡Hola, hola! —exclamó Guzmán al ver a Cacio— apuesto a que quiere saber cómo mato al odioso fastidio, la hidra de siete cabezas del hombre de hoy... Pues bien: aquí me tiene atareado en fabricarle un marco conveniente a la Salomé de Berthon. Vea a lo que he venido a parar. Embellezco la residencia señorial de los Crooker. Sí, colecciono estampas, a las cuales yo mismo les pongo marco de fantasía. Entre todas las tareas inútiles que el hombre puede emprender, ésta es una, que, por su perfecta inutilidad, resulta más grave que todas las otras. Sí, colecciono estampas y *affiches*, que durante algún tiempo adornan este manicomio artístico; después, cuando ya me han dado toda su jugosidad estética y empiezan a fatigarme, los destierro a los dominios de Crooker. Les he decorado el vestíbulo, el patio, y ahora les decoraré los corredores. En materia de gusto y otras futilidades, nadie discute mi superioridad —aseguró con expresión irónica—. ¡Eh!, ¿qué opina del uso que hago de mis energías y potencias? —y poniéndose repentinamente serio, se dijo:— "¡Bah, bah...! ¿Para qué amargarme la vida con pueriles escrúpulos? Todo es inútil, todo es igual... y todo es nada", —y volviéndose hacia Cacio, agregó sin asomo de burla:— Nosotros debíamos pegarnos un tiro, amigo Cacio... *Efectivamente*, no nos queda que hacer otra cosa sino eso.

Se sentaron.

—Yo, a pesar de todo, espero aún... y eso que mi vida es más desesperada que la suya —aseguró Cacio.

“¡Pobre diablo!” se dijo Guzmán, “¡si supiera lo que le depara la suerte! Su esperanza me inspira la misma compasión que al médico las fantasías de los tísicos moribundos”, y luego en voz alta agregó, recordando el largo palique filosófico que habían tenido días atrás:

—Sólo pueden esperar los que son capaces de un acto voluntario. ¿A qué se reduce la esperanza sin esa certeza?

Cargó su pipa y añadió, fijando en las pupilas de Cacio sus pupilas ardientes:

—Pero... ¿usted es capaz de una *volición viril*? Yo confieso mi impotencia. Delante del Rubicón permanecería perplejo, analizaría, razonaría... los *viriles* no son así; y de ellos es el mundo, sólo de ellos. Yo he dejado de tener ilusiones, ¿entiende?, desde que me dije: “Como a todo hombre, un día se te presentará la ocasión de jugar a una carta el porvenir, y bien, por cobardía no harás la jugada”. No, no la haré, y sólo los que pasan el Rubicón llegan a ser Césares.

Cacio se revolvió en la silla, se rascó la frente y luego, acercándose a Julio, con el acento del que hace una terrible confesión, dijo:

—Pues bien, si el caso llega, yo... *haré la jugada*.

Ambos palidieron, y a Julio le pareció que escuchaba latir el corazón de Cacio bajo las flamantes ropas que éste vestía.

Después de un rato de embarazoso silencio, dijo Guzmán, como si hablase para sí:

—No, no; usted no será capaz... no será capaz, aunque sepa que el mundo pertenece a los que se apoderan de él *brutalmente*. Nosotros no podemos. Para saltar por encima de las convenciones humanas, se necesita tener, no inteligencia, sino jarretes de león. Con el pensamiento, sí, estoy seguro de que *pasamos todos los límites*, pero... se detuvo, miró a Cacio un momento, como si aquilatase su grado de comprensión para penetrar el sentido de lo que iba a decirle, y muy bajo continuó: —No creo en el monstruoso edificio de la ley humana, no creo en ella, ni en lo demás, ¿entiende? Soy un hombre libre de *toda esclavitud*, y bien... a pesar de todo, por cobardía, *no haré la jugada*, que ahora mismo, que en este preciso instante se me presenta. Si yo me atreviese, si yo tuviese la voluntad férrea de un Alejandro, de un Napoleón, de un Calvino, resolvería en un triquitraque los pavorosos problemas de mi existencia. Como por encanto, mis dolores, mis angustias, mis dudas, trocaríanse en goces y placeres venturosos. Pero no haré la jugada —agregó echando una gran bocanada de humo— y arrastraré hasta la muerte la existencia que aborrezco.

Guzmán se estuvo un instante con los ojos fijos en la alfombra y los labios plegados por un gesto antipático, cruel. Luego, paseándose muy intranquilo, pensó rápidamente: "Y la jugada sería muy natural... En un naufragio, si alguien se abrazase a mí, emplearía, sin asomos de dudas, todos los medios, todas las violencias para desprenderme del estorbo y flotar... ¿y por qué ha de ser inhumano en el mar de la vida aquel *acto legítimo*? ¿Pero en qué estoy pensando? ¡Yo me volveré loco! ¿Soy efectivamente un...?"

y pasándose la mano por la sudorosa frente, tornó a sentarse.

Su amigo lo miraba de un modo singular: a todas luces la exacerbación de Julio lo complacía. Este lo notó, y sentándose de nuevo, se dijo, mientras examinaba a Cacio de pies a cabeza: "Seguramente lo satisface que me corrompa la misma podredumbre que a él; ¿pero es eso verdad?, ¡phss!, él es él y yo soy yo".

—Usted, en mi caso, ¿qué haría? —añadió fuerte, mirando a Cacio sin pestañear.

—Haría la jugada —respondió Cacio después de un momento de duda.

Guzmán sonrió, dióle otra vez fuego a su pipa, y cruzando la pierna, repuso:

—Pero... ¿usted sabe de qué se trata?

—Perfectamente.

—¿Y haría la jugada?

—Sí.

—Yo no... y no sé por qué, o más bien dicho, sé por qué: tengo el corazón cobarde. Pero usted, ¿cómo puede saber de qué se trata *precisamente*, cuando yo mismo no estoy seguro de lo que pienso?

Cacio sonrió con su mala sonrisa.

—En el fondo, usted está seguro de lo que piensa... sólo que no quiere estarlo, por una incomprendible repugnancia hacia lo que, *raciocinando con frialdad*, cree perfectamente... legítimo. No se extrañe que yo adivine sus pensamientos; la explicación está en que a mí me acometen con frecuencia *otros semejantes*. Sí, conozco sus dolores... como usted conoce los míos. He aquí el caso. Sin darles a sus sentimientos un alcance extremo, usted quiere romper con su pasado *violenta y totalmente*, para em-

pezar una vida nueva. ¿Me equivoco? ¡Hum!, me parece que no, ¿eh?

—Pues bien, no, no se equivoca —dijo Julio, y en un arranque de confianza raro en él, porque no le parecían de buen gusto las confidencias sentimentales, le refirió a Cacio la historia de sus amores y las tristezas que lo atormentaban lejos de la criatura adorada. Cacio jamás lo había visto tan verboso. No obstante, hablaba sin gesticular, sin descomponerse y sin perder la ironía risueña del hombre de mundo y la flema aristocrática del perfecto *dandy*—. A su lado —terminó— conozco que mi vida florece como las plantas al beso del sol, y que mi alma se ilumina con las luces de todos los ideales y de todos los amores... Porque yo, amigo Cacio, llevo en mí, a pesar de todo, los gérmenes de los sentimientos más delicados que usted puede imaginarse, y eso es lo único que me consuela un poco en medio de mi ruina. No lo olvide: bajo mi capa de escepticismo y perversidad, sólo soy un lírico, un idealista y un romántico. ¡Si los que me creen seco de alma supieran...! Cuando apoyó la cabeza en la suya —así pasamos largas horas— la marea del optimismo sube, sube y me baña el corazón, y mi pecho se infla como un globo pronto a perderse entre las nubes más blancas y distantes... Nadie que no haya amado profundamente, podrá saber las cosas que pasan por mí entonces. Pero después, al entrar a esta casa, algo me dice que me envilezco. La atmósfera de vulgaridad y pequeñez que aquí respiro, me asfixia. Usted lo sabe, intelectualmente me son odiosas las personas que no son nada ni aspiran a ser nada y que tienen de la vida una idea baja y vulgar. Pero no es eso todo: ciertos pensamientos, ciertas ideas me persiguen, me

obseden... En fin, por escapar al implacable torcedor de mis preocupaciones, me encierro entre estas cuatro paredes y me embriago con el *dolce far niente*, como otros con el opio o con el *whisky*. ¡Pobre vida!, ¿qué he hecho de ti? ¡Ay!, en las manos de ningún loco, de ningún disoluto fue tan estéril un tesoro, como en las mías la riqueza de una generosa juventud. Y ahora me queda en el fondo del corazón la más envenenada de todas las amarguras: el despecho, la rabia contra uno mismo y el terrible come-comes de no haber llenado ningún fin. Usted odia a los otros, acaso con razón; los otros son sus enemigos: es tremendo. Yo odio a los otros también, pero sobre todo *me* odio, y eso es insufrible, una cosa que no deja vivir...

Cacio suspiró y dijo:

—Y sin embargo usted tiene dónde recostar la cabeza, mientras que yo...! ¡Ah! voy a confesarle una cosa terrible: yo nunca he escuchado latir el corazón de otro al unísono del mío, yo ignoro lo que es una amante, yo ignoro lo que es la amistad, yo ignoro lo que es una simpatía... No sé por qué, pero el hecho es que las demás criaturas me rechazan o me acosan como los animales sanos a los animales enfermos. A mí no se me escapa esa repulsión, y por orgullo les devuelvo la pelota; pero... ¡qué triste cosa es no poder amar ni hacerse amar, como usted me dijo en una memorable noche, y qué amargura el confesárselo!

Aquí se le descompuso el rostro, y con expresión fiera y enconado acento, prosiguió:

—Unó se vuelve malo. El cariño que no puede brotar, degenera en odio, y se odia con deleite, con fruición, como se hubiese amado con deli-

cadeza y ternura. Se odia todo: el plácido cielo azul, la mar serena y especialmente la dicha de los otros. A esos gordos ventrudos y lucientes que respiran salud por todos los poros de la piel, les metería, como un puñal en el corazón, mis negros dolores, y después les soltaría en el rostro una irónica carcajada. Y eso es justo, altamente justo. ¿Qué depositan ellos en el mío?

"Su alma resplandece de luces negras como los brillantes negros" se dijo Guzmán, recordando las palabras de Cacio. "¿A dónde llegará esta criatura con ese bagaje de rencores... y por qué me inspira repugnancia, si *todo es lo mismo...*?, pero también me inspira compasión; no provocar una simpatía, ¡pobre paria!", y fuerte dijo, como quien se propone consolar:

—No me admira lo que me asegura; en cada alma sólo nace lo que se siembra, y si no se siembra nada, sólo brotan, como en los terrenos baldíos, espinas y malezas. Dolorosa, muy dolorosa es su vida; y sin embargo, puede serlo más aún. La mala suerte se ensaña con usted.

Cacio palideció, y mirando a Julio con extrañeza, preguntóle tartamudeando:

—Más aún... ¿por qué?

—Porque... porque debe huir para siempre de su pecho una risueña esperanza... Me refiero a Laurita. Conozco, amigo Cacio, su secreto... y me propongo dulcificar en lo posible el golpe que va a recibir. El compromiso de Arturo y Laura se ha formalizado, fijándose la fecha del casamiento para el veinte de octubre. Más vale que se lo diga yo, que no que lo sepa por boca de otro.

Cacio bajó la cabeza y se abstraigo en hondas refle-

xiones. Aunque hacía tiempo que ninguna esperanza tenía de reconquistar a Laura, nunca supuso que las bodas de ésta se efectuasen tan pronto, y confiaba secretamente en que un suceso imprevisto, un terremoto, una catástrofe, cualquier cosa, impediría tal vez la realización de aquéllas y la desgracia suya. "No debo darme por muerto; ¡el destino nos reserva tantas sorpresas...!" decíase a menudo para entonar sus ánimos, y continuaba representando, aunque muy penosamente, su papel de víctima del amor constante. La certeza y proximidad del infausto suceso lo anonadó. Recordando sus ocho meses de luchas inútiles y de esperanzas y desalientos, sustos y tribulaciones, sonrió dolorosamente y se dijo: "Es inútil que me rebele, resista y me defienda; la desgracia pesa sobre mí como una nube de plomo, y a la larga o a la corta me ahogará", y mirando siempre al suelo, expuso:

—Si usted conoce mi secreto, ¿qué le voy a decir? Pierdo, no una esperanza, sino mi última esperanza. Conquistando la mano de Laurita, pensaba burlar mi suerte y satisfacer los anhelos de mi corazón..., porque ha de saber que yo la amo con toda el alma, locamente. En cuanto a ella... acaso me hubiese correspondido, si no se hubiese interpuesto entre los dos un hombre que desde niño me es fatal: Arturo. El acibaró mi infancia, demostrándome cruelmente mi inferioridad, mi baja condición y mi flaqueza. Estrangulando mi orgullo, me volvió raquíptico, envidioso y miserable. La desconfianza, el miedo de los otros y la duda de mí mismo, de que él me llenó el corazón, ha continuado atormentándome siempre, y es la causa principal de mis caídas y de mi carácter débil y arisco. La vileza de mi alma, ¿entiende bien?, la vileza de mi alma —repite con sonrisa

sardónica— a él se la debo, porque él me enseñó a despreciarme y odiar mortalmente a lo que era causa directa o indirecta de que yo me despreciara. He sido su víctima, el *plastrón* donde ha ejercitado sus puños de Hércules. Y ahora, cuando la suerte me ofrecía a mí, ¡pobre náufrago!, una tabla salvadora, la única, se presenta él y sonriendo me la quita, dejándome en medio de la borrasca, moribundo y sin amparo. ¡Hem...!, analice mis tormentos: he creído morir de pena un millón de veces, y un millón de veces me ha pasado por la imaginación la idea de matar y de matarme. Yo conozco la infinita gama de la desesperación y los delirios atroces de los celos. Desde cuatro meses atrás, la suerte me condena a ser el testigo de los amores de Laura y Arturo, el testigo de una dicha que el que la goza me roba, brindándome en su lugar la amargura, el descontento, el odio: toda la lepra del alma. Y yo sufría estoicamente, asido al resto de esperanza que acabo de perder, ¿entiende?, que acabo de perder. ¿No le parece bastante? Cada mirada de él a ella, me producía así como el desgarramiento de una entraña; cada sonrisa de ella a él, hacía correr por mis venas plomo derretido y que en mi cabeza agitase sus cascabeles la locura. ¡Ah!, sí, es bastante —e incorporándose y gesticulando como un energúmeno, añadió:— Me parece que he adquirido a buen precio el derecho de *rebelarme*. ¡Sea...! —y como agotado por esta explosión, sin poder articular una palabra más, giró sobre sus talones y automáticamente se encaminó hacia la puerta. De pronto, volviendo sobre sus pasos, estrechóle efusivamente la diestra a Julio, que lo miraba con una expresión extraña de angustia, y sollozando tornó a salir...

—¡Pobre paria!, ¡pobre paria! —repitió aquél, mientras Cacio descendía la escalera, vacilando, como un ebrio, con el fardo de su dolor.

* * *

De vuelta del paseo matinal al Paso del Molino, detuvo Arturo el elegante faetón frente a la puerta de su casa, en el mismo momento en que salía el dependiente de Crooker. Arturo ocupaba el pescante junto con Laura, y Amelia y Carola los asientos interiores. Las tres vestían ricos trajes, adornados de pieles, y en el fresco rostro de las niñas lucía el color mate velado de las rojas camelias en las mañanas de invierno.

Cacio apresuróse a abrir la portezuela y ofrecerles la mano a las señoras. Cuando le llegó el turno a Laura, cuando los diminutos dedos de ella se apoyaron en los suyos, faltóle la respiración, se le nublaron los ojos y estuvo a punto de desfallecer.

"Toda la vida inoportuno este pobre diablo" se dijo el heredero de Crooker, dirigiéndole al *paria* una mirada dura. Luego, con un gesto imperativo de gran señor, despidió al cochero, que en el portal esperaba siempre el retorno del coche, y ofreciéndole el brazo a su prima, hablando y riendo, avanzaron delante de Amelia y Carola por las escaleras arriba.

Cacio los siguió con la mirada hasta perderlos de vista. "Es bastante, es bastante" se dijo luego, y echó a andar.

CAPITULO XVI

En una de sus frecuentes excursiones a las estancias, estuvo D. Pedro a punto de ser víctima de un accidente fatal. Al descender del caballo quedóle el pie sujeto en el estribo; la bestia se asustó, quiso huir y lo hubiera arrastrado causándole una muerte segura; si Crooker no hubiera tenido la presencia de espíritu de agarrarse al freno con una mano y con la otra desprender la estribera.

"¡Qué diablo!, tiene uno la vida vendida" se dijo al tiempo de sacarse la bota con el estribo, y pensó en que, por lo que pudiera tronar, le convenía tener *arregladas sus cosas*.

Y con el ardor que en las empresas comerciales ponía, de vuelta de las estancias atareóse en concluir algunos negocios que tenía pendientes, y, a punto seguido, empezó a borrar su testamento.

Contaba sesenta y cinco años y nunca se le había pasado por la imaginación la idea de la muerte. ¡Vivía tan atareado y se encontraba tan bien entre los suyos... que no sin un poco de melancolía arreglaba las maletas para el gran viaje! Pero "era preciso", y al influjo de estas palabras, a las cuales obedecían sus nervios como al grito de *ataquen* un escuadrón bien disciplinado, continuaba su tarea. Con todo, no lograba dominar enteramente su murria. "Mis aspiraciones están satisfechas, ya no tengo que hacer... Arturo se casa y será el nuevo jefe de la familia; casi, casi estaré de sobra" se decía vagamente. "Sin embargo..." y con expresión triste quedábase oyendo

el canto triunfante de los canarios, que, en lujosas jaulas, adornaban el vestíbulo. Durante algunos días, un blando sentimentalismo ajeno a la virilidad de Crooker, lo llevó a fijarse con particular emoción en ciertos objetos que lo acompañaban desde largo tiempo atrás y le recordaban su vida de lucha, de trabajo, tan grata a su combatividad nativa. Estando en el escritorio, no podía menos de dirigirles frecuentes y cariñosas miradas a la valija de vaqueta lustrosa por largos años de uso, y al *recado* de cabezadas de plata, entreteniéndose al mismo tiempo con más delectación que otras veces, en afilar su cortaplumas en la gastada piedra que para el caso tenía, en quitarles el polvo a las botas con el descolorido pañuelo de yerbas, en pegarse los botones y otras tareas pueriles, que siempre había hecho él *por no andar incomodando a la gente*.

Sin pizca de vanidad, por amor al bien tan sólo, iba el prócer agrandando diariamente su testamento con nuevas mandas y donativos. "Es necesario ser humano", se dijo una vez, y obraba en consecuencia, derechamente, como todos los hombres de pocas palabras y mucha energía. A cada paso recordaba a algún pariente o viejo servidor. Por último hacía memoria de sus numerosos ahijados, a muchos de los cuales les había hecho dar esmerada educación. A pesar de eso, se creía en el deber de dejarles *algo aún*.

Un día, que pensaba casualmente en Menchaca, acertó a presentarse el filántropo, quien, cansado de esperar la visita de la familia de Crooker, venía dispuesto a darle sus quejas a D. Pedro, de cuya modestia y sencillo corazón lo esperaba todo. Sin embargo, no atacó el asunto de frente. Como si

pretendiera deslumbrar a su padrino, dejóle entrever con maña la importancia social que iba adquiriendo, y luego, tras algunas digresiones, se arrancó a hablarle de sus sonados triunfos en la prensa y de las esperanzas que le daban los que iban olfateando, como buenos sabuesos de los negocios que eran, la calidad y valor de las aptitudes por él poseídas. Y en este punto, dejándose arrastrar por su imaginación y por el deseo de excitar el interés de Crooker, que lo oía con grande indiferencia, revolviendo papeles, citó varias propuestas fantásticas, que, según él, acababan de presentarle fuertes capitalistas. El acaudalado estanciero sonrió y se dijo: "Este pobre diablo está loco".

Menchaca, padeciendo extraña exaltación, siguió hablando, hablando, y, cuanto más hablaba, menos convencía a Crooker, que jamás pudo creer en el talento, ni en los triunfos, ni en la grandeza de Menchaca. Al contrario, la vanidad y farolería de éste tenían la culpa de que lo despreciara un poco, como a todos los charlatanes, la única especie de hombres que le era insufrible. Su sinceridad le impedía disculparlos.

—He sido muy bien recibido —continuó Menchaca, ensayando una sonrisa de hombre superior, y pareciéndole presuntuosa la frase, se puso muy colorado. —Si usted leyera *El Siglo*...

—¡Phss...! tengo mucho que hacer —interrumpió D. Pedro.

—...Además, he adquirido muy buenas relaciones comerciales y sociales también. Ana empieza a tratarse con lo mejor y está muy contenta. Para que su gozo sea completo, sólo nos falta que su gente honre nuestro *humilde hogar*... Eso la llenaría de

satisfacción...; usted sabe, los pobres... Y a la verdad, nos ha extrañado mucho no ver a sus niñas por nuestra casa. Nosotros creíamos... era de suponer... en una palabra, nos hubiera enorgullecido tanto recibirlas...!

Y como el obstinado silencio de Crooker lo llenase de incertidumbres e indujera a pensar en mil cosas tristes, lo aplastó un grande y repentino desaliento, semejante al que lo había acometido a la salida del pueblo, y sin poder contenerse dijo, hablando con sinceridad por primera vez desde que estaba allí:

—Por lo que veo... usted, padrino, *desaprueba* mi conducta.

Crooker se quitó los lentes, miró a Menchaca de un modo particular, y después díjole entre severo y compasivo:

—Sí, *desapruebo* tu conducta.

Menchaca trató de disimular su emoción y sonreír, pero no pudo, y permaneció con el rostro crispado por una mueca dolorosa. Después de algunos segundos, que le parecieron siglos, haciendo un esfuerzo titánico logró articular:

—Sospechaba que usted me había retirado su estimación, y que ahora tenía la desgracia de serle... antipático.

Crooker sonrió, meneó la cabeza y repuso dulcificando la voz:

—Te equivocas, *che*; yo no te quiero mal, y creo haberte dado algunas pruebas... Nadie mejor que yo estima tus buenas cualidades, pero no te ocultaré tampoco, que a nadie le son más antipáticas que a mí tus... ridiculeces. Veo que te llevan a la ruina... y en el fondo tú crees lo mismo, y por eso precisa-

mente, porque reconoces que es justa, te molesta mi muda desaprobación. Sí, yo nunca he mirado con buenos ojos ni tu vanidad ni tus debilidades, y tú lo sabes bien; no sé por qué, pues, te asombra. Cuando dices que ya no te estimo y que me eres antipático, procuras engañarte, porque tú no ignoras que lo que yo no estimo es otra cosa...

Y con acento cada vez más grave, pero sin dejar la sonrisita que en sus labios era signo cierto de irritación, continuó:

—Yo te he protegido, yo te he hecho un hombre y no puedo reírme de ti como los otros. De ahí que te hablé claramente; yo no puedo obrar de otro modo. Sería para mí un verdadero cargo de conciencia no decirte lo que a mí entender te perjudica. Es preciso que lo sepas: tu vanidad te acarrea muchos males... te convierte en un botarate. ¿Qué son tus artículos sino pura botaratería y afán de exhibición? ¿Estás seguro, acaso, de lo que dices? ¿Crees realmente que puedes ilustrar a los otros? ¿Supones que tienes la sólida preparación que es necesaria para dirigirte a las masas, como tú dices? Si conservas un resto de buen sentido, no puedes creerlo, y si no creyéndolo escribes a troche y moche, ¿cuál es tu conducta sino la de un botarate? ¡Bah, bah...! deja eso de ilustrar a las masas para quien pueda hacerlo, y no te envanezcas por los embusteros elogios de los periodistas, porque los periodistas mienten que se las pelan. No hay *pavada* ni mentira que no apadrinen. Y a ti todo se te hace sustancia... como a las mujeres cuando alguien les dice que son ideales, divinas, y otras bobadas. Vuelve en ti y ten un poco de sentido práctico, porque tu bambolla va a acarrearle males peores que la burla de las gentes... si no te

los ha acarreado ya. Yo sé de buena fuente que tus asuntos no andan bien, que en la Bolsa has recibido dos o tres golpes buenos; yo sé que pasas ciertos apuros, y sin embargo, por el afán de figurar, derrochas el capitalito que a fuerza de trabajo lograste reunir, y te permites ciertos lujos que de ninguna manera están en relación con tu posición social ni con tu fortuna. ¿A dónde va a conducirte tu pícara vanidad?

Al oír estas palabras, que Crooker pronunció mirando fijamente a Menchaca, éste se puso lívido.

—Contraerás deudas, luego no podrás cumplir tus compromisos y vivirás en una perpetua mentira... Yo, en tu caso, no hubiera salido del pueblo, y viviría allí modestamente, como corresponde a un hombre humilde y sin fortuna. Acaricia todas las aspiraciones que quieras, pero no te metas en danzas antes de crearte una posición independiente; el resto vendrá por sí solo.

Contra lo que esperaba, su ahijado permaneció mohino y silencioso. Las palabras de Crooker respondían tan bien a los propios sentimientos de Menchaca y removían tan profundamente las dudas y tristes presentimientos del comerciante, que ni por soñación se le ocurrió a éste seguir representando un papel inútil ya y que por añadidura le daba náuseas. Estaba hastiado, realmente hastiado de comedias y mentiras, y érale imposible fingir, pues que, desde algunos días a aquella parte, lo acosaba la necesidad de ser sincero, que acometernos suele en los momentos difíciles de la existencia.

"Quizá su situación es más grave de lo que yo suponía", se dijo Crooker, examinando detenidamente

a Menchaca, y tuvo el temor de haber sido sobrado duro con él.

Éste murmuró al fin:

—¡Volver al pueblo...! ¡Ana jamás se resignará a eso; jamás, jamás...!

Entonces el rostro de D. Pedro adquirió una expresión durísima, como les acontece por lo común a las personas de carácter suave y bonachón en los raros momentos de cólera.

—¿Y quién lleva los pantalones: tú o tu mujer? —dijo con sequedad desusada.

Menchaca pensó en mentir; pero, encontrándose sin fuerzas para representar una comedia que repugnaba a su corazón, dijo todo agitado:

—¡Ay...!, don Pedro, yo soy muy infeliz... mi mujer no me quiere, no me ha querido nunca, a pesar de que por ella he llevado a cabo toda clase de locuras... No, no me quiere, y a mí, sin embargo, me es imposible vivir sin ella! ¿Qué partido tomar?, ¿cómo disgustarla? ¿y si quiere separarse...? ¡Ah, imposible, imposible! Ya, ya sé lo que va a decir; sé que el marido..., pero yo la quiero demasiado; ella lo sabe, y sabe también que por no causarle un disgusto sería capaz de cualquier cosa, sí, de cualquier cosa —repitió, mirando obstinadamente la punta de sus botines—. A pesar de todo le he hablado... le he dicho que me arruino sin remedio; ella lo sabe, ella lo sabe bien, sólo que no puede obedecerme: su pasión por el lujo es más grande que sus buenos deseos. No, no puede obedecerme, al contrario, se irrita a lo mejor y me acusa de poco hábil en los negocios; me dice que tengo el *vuelo gallináceo* y que no sé proporcionarle lo que le hubiese proporcionado cualquier otro... Y tal vez

tiene razón... sólo que no debía decírmelo. ¿No es injusto que me hable así, ella... ella, por quien lo he dado todo? Ana ha nacido para brillar; quizá merece un hombre más, más... sin embargo, si me quisiera, ¡ah...! —y un sollozo le estranguló las palabras en la garganta.

Crooker lo consideraba con profunda pena. Su mirada triste parecía decir: "He ahí en lo que convierte la mujer al hombre". Esforzándose para dominar su emoción, dijo:

—No te aflijas: todo puede arreglarse; puesto que tú mismo comprendes que vas por mal camino, todo puede arreglarse.

Menchaca sacudió la cabeza.

—No, no; soy un hombre al agua.

—Déjate de *zonceras*; tú eres sólo... un marido débil, y corres la suerte de todos los maridos débiles; pero en la mano tienes el remedio. Debes ser hombre. Háblale a tu mujer seriamente; oblígala a entrar por vereda... aunque se resista. Piensa que es *necesario*, no sólo para salvarte de la ruina, a que sus locuras te van conduciendo, sino para evitar otros males bastante peores.

D. Pedro, a pesar de haber sido un hombre de no escasa fortuna entre las mujeres, abrigaba cierta tirria contra ellas. Más bien dicho, no le eran antipáticas las mujeres, sino lo femenino: la disimulación, la mentira, la debilidad, la inconstancia y las puerilidades y pequeñeces de la mujer. Todo lo cual no le había impedido quererlas hasta el punto de ser las faldas su única flaqueza; pero en cierto terreno, en los negocios, en los asuntos graves, no quería saber nada con las señoras. "Son ignorantes y desconfiadas, y lo ofenden a uno a cada paso" solía

decir. En el fondo las tenía por niños grandes, incapaces de ninguna tarea seria, y útiles tan sólo para tener hijos y gastar dinero.

—Mi mal no tiene cura; soy un hombre al agua —repitió Menchaca con un descorazonamiento que hacía realmente daño.

—¿Quiere decir que eres incapaz de hacer... lo que cualquiera haría en tu caso? ¿Sabes de lo que se trata? Tu mujer empieza a ser señalada con el dedo —dijo Crooker, perdiendo nuevamente su calma habitual—, ¿y tú no tomas ninguna medida? ¿Estás, por ventura, resignado a dejarte cubrir de vergüenza?

Con el tono del reo que ha perdido toda esperanza y se abandona a su dolor, contestó el comerciante bajando la cabeza, al mismo tiempo que sus ojos grandes y celestes se llenaban de lágrimas.

—Contra ella... ¿qué voy a hacer?

—¿Pero tú sabes lo que se dice? ¿Eres, entonces, un marido... complaciente?

Menchaca se puso rojo como la grana y luego densamente pálido; sus párpados empezaron a batir como las alas de un *tente en el aire*, y la boca se le distendió enormemente. Después de algunos instantes, escondiendo la cabeza entre las manos, estalló en desgarradores sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

—¡Ah...! —exclamó Crooker con expresión indefinible de piedad y repugnancia al mismo tiempo.

El hombre fuerte, habituado a luchar y vencer, gracias a los prodigiosos esfuerzos de su voluntad, adiestrada como un caballo de circo, obediente a las menores indicaciones de la espuela, no podía comprender las debilidades ni flaquezas de Menchaca. Con impaciencia se paró y empezó a pasearse.

—Yo, en tu lugar —dijo después de un rato, deteniéndose delante de Menchaca— haría una cosa muy distinta de la que tú haces. Las lágrimas se quedan para las mujeres. ¿Qué clase de hombre eres tú?

Entonces Menchaca prorrumpió, abriendo los brazos:

—¡Un hombre desdichado! Mi infelicidad no tiene límites; usted no lo sabe todo. ¡Si usted supiera a lo que...! —Pasóse la mano por la frente y prosiguió:— Usted ha sido para mí un verdadero padre, y con usted quiero desahogar mi corazón... Muchas veces pensé hacerlo, pero la vergüenza, el amor propio, el temor de parecerle ridículo, porque ahora yo mismo me encuentro ridículo... Sin embargo, lo haré, sí, lo haré. Conozco que sin eso no podría vivir. Me avergonzaba la idea de decirle: "Don Pedro, mi posición social es pura fantasmagoría; necesito que otra vez me ayude y me aconseje" sí, me avergonzaba, porque en un tiempo tuve la petulancia... tuve la petulancia —repitió, tragando saliva— de creerme igual a usted... ¡Cuántas *zonceras* me ha hecho cometer mi vanidad!, ¡y si fueran sólo *zonceras*...! Mi mujer supo explotar esa vanidad para satisfacer sus caprichos de lujo y ostentación. Es una cosa que la domina, y yo hubiera dado mi vida, ¡ah!, en fin... Me salí de mi órbita, gasté lo que no podía, abandoné el pueblo, llorando, sí señor, no me avergüenzo de decirlo, llorando, pero lo abandoné. Yo la complacía de miedo que se sulfurase y lo echara todo a rodar, y también por amor propio, porque me llenaba de orgullo que mi mujercita figurase entre las primeras. ¡Cuánto gozaba cuando la veía como una reina en su victoria rehuyente...!, y después, como la quería tanto, no podía

negarle nada de lo *que otro* hubiera podido ofrecerle. Yo siempre he sido celoso de *ese otro* superior a mí con el cual hubiera podido casarse... Ella, don Pedro, es hecha de otra masa que yo... Comprendo que merece otro marido más... Por otra parte, procuraba que me quisiera; eso es justo, ¿no le parece? Su amor me era más necesario que el pan. Y satisfacía todos sus antojos por obtener una sonrisa... Usted se ha fijado bien en su sonrisa... ¡Dios mío!, por verla sonreír siempre, vendí mi casita, *traspasé* mi negocio y me metí en la Bolsa. La culpa no es de ella: yo la he mimado más de lo que debía. ¿A qué mujer no le gusta lucir y...?, el caso es que me metí en la Bolsa.

Al llegar aquí, Menchaca se puso tan pálido, que Crooker creyó que iba a desfallecer. Su palabra se hizo más difícil, tartamudeaba más, y las manos cortas y carnosas, empezaron a temblarle de un modo que movía a compasión.

—En un momento de apuro, para pagar una diferencia, medio loco, cometí una acción... una baja acción, que usted ni nadie puede perdonar. ¿No adivina...? —dijo mirando a Crooker con ojos extraviados—. ¡Quién me hubiese dicho que... ¡ah, ah...! —y levantándose y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, balbuceó:— Don Pedro, yo soy... sí, yo soy lo que usted no puede imaginarse; no merezco, sin embargo... pero no, no tengo disculpa! —y con voz casi imperceptible confesóle:— Yo he falsificado su firma...

Mesándose el cabello cayó desplomado sobre el sillón. Y sin variar de postura, con las piernas estiradas, los ojos fijos en la alfombra y la barba hundida en el pecho, permaneció algunos minutos. Luego,

poniéndose de pie y mirando a su padrino, pensó: "Es singular, no dice nada: ¿por qué no me hace prender?, ¿no pertenezco a la justicia?, ¿y por qué no se enoja? Su compasión me hace más daño que...".

—Tenía la intención —expuso después— de rescatar el vale antes del vencimiento, y lo desconté donde otras veces he ido con su firma. Otras operaciones desgraciadas me comprometieron más, cada vez más... quise desquitarme, y peor, y ahora... le juro, don Pedro, que le digo la verdad... pero, no importa: tengo que entenderme con la justicia. Estoy dispuesto a seguirlo.

—Déjate de locuras: tú bien sabes que yo no te voy a entregar a la justicia; cálmate y no te apures: todo se arreglará. Has estado a punto de perderte... pero ya no tienes nada que temer. El vale lo tengo yo. El tenedor abrigaba sus dudas; me lo trajo, reconocí mi firma, y diciéndole que lo había hecho en un momento de apuro, y que como faltaban pocos días para que venciera se lo iba a pagar, pude recogerlo. Ahí lo tienes —añadió entregándole un papel que sacó de su cartera—. Te lo doy porque sé que nunca volverás a... y porque sé también que tú no tienes la culpa; la culpa la tiene... En fin, ¿para qué hablar más...?

Mientras Crooker decía lo que antecede, el comerciante abría y cerraba la boca y agitaba los brazos con viva inquietud. Por último, sin poder articular una sola palabra, dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, y por sus mejillas empezaron a correr las lágrimas, lágrimas de gratitud, de desaliento y también de lástima hacia sí mismo. Las privaciones, los sacrificios, las penurias pasadas para labrar una pequeña fortuna y ofrecérsela junto con su nombre, a la mujer querida, desfilaron rápidamente por su me-

moria. Veíase en el almacén, durmiendo sobre un catre pelado, solo, sin dependientes, llevando todo el peso del servicio y hasta guisándose la comida para ahorrar algunos reales y aumentar su tesoro. ¡La comida!, el triste pucherito que, a veces, ¡ay!, muy frecuentemente, humedecían las lágrimas que le arrancaban los coqueteos de su novia. ¡Cuánto había hecho para conquistar aquel corazón ligero y rebelde, y qué amarguras no le había brindado ella, desde la pena de verla arrojar, sin mirarlas, las flores que él le ofrecía, hasta el profundo dolor de sorprender en los ojos de la ingrata un deseo amoroso que no le inspiraba él...! Y con voluptuosidad dolorosa recordó los desdenes de Ana, y la ligereza cruel con que hería y hacía sangrar su pobre corazón. En los bailes, siendo ya su prometida, bailaba con todos menos con él; oíalo distraídamente, cuando Menchaca le hablaba de su amor; reíase de sus obsequios y finezas, y sin embargo, él la amaba cada vez más, siempre más... Pensando en los anónimos que le delataban las relaciones ilícitas de su esposa con Arturo, las formidables narices del marido débil empezaron a trompetear de un modo risible y conmovedor a la vez.

Crooker se paseaba de un extremo al otro de la pieza. De vez en cuando le dirigía al abatido comerciante una mirada furtiva, alzaba las cejas con expresión elocuente, y continuaba paseándose.

—Yo no sé si debo permanecer un momento más en su presencia —balbuceó Menchaca—. ¡Es tan despreciable mi conducta! ¡Es posible que usted no guarde nada contra mí...! ¿Y cómo rehabilitarme a sus ojos...?

—Cesando de ser un marido débil, suprimiendo la causa de tus extravíos... —exclamó con firmeza

Crooker—. Todo es perdonable, menos el que te dejes dominar por tu mujer. Eso no tiene perdón de Dios. Vuelve a ser lo que eras, vuelve al pueblo, o mejor aún, abre una casa de comercio en el campo; aún te quedan posibles... y si no, yo te ayudaré. Quieras que no, saca a tu mujer de un medio que la marea y la induce a cometer imperdonables locuras. Vende tus coches, tus alhajas y tus porquerías, y empieza una nueva existencia de trabajo y de rehabilitación. Aquí tú no puedes vivir, aquí sólo te espera la ruina, y otra cosa peor que la ruina. Ya te he dicho que tu mujer empieza a ser señalada con el dedo y concluirá por ponerte en ridículo. Es tiempo de que tomes medidas enérgicas.

Menchaca cayó en una especie de repentino embrucamiento. El rostro dejó de expresar el dolor, las lágrimas cesaron de correr, su mirada tornóse incierta e indiferente como la de los idiotas, y una sonrisa estúpida le entreabrió los labios.

Crooker examinaba perplejo al hombre destruido por la mujer. "¿Es posible que haya perdido por completo su voluntad?" se preguntó, recordando lo que era y lo que prometía ser seis años antes, aquella criatura sin energía al presente, sin fuerzas para rebelarse contra la pasión que lo tiranizaba ni contra la gangrena moral que le iba manchando de placas negras la blancura del alma.

El comerciante empezó a remover los labios.

—Ella no me seguirá al pueblo —dijo como hablando para sí— y yo no podré rehabilitarme —y alargándole el papel a Crooker, con un ademán de autómatas, tornó a repetir:— No, no podré rehabilitarme. Haría cualquiera cosa, pero rebelarme contra

ella no puedo; no me lo exija, porque no puedo... es inútil.

Y salió del escritorio con la cabeza gacha y el paso inseguro.

Y Crooker, después de vacilar un momento, lo dejó ir sin decirle una palabra ni tenderle la mano. No pudo. La debilidad de Menchaca lo sublevaba. Así que se quedó solo, meditó sobre la extraña conducta de su ahijado, y luego, rompiendo el vale, sentóse a escribir.

"Sí, eso es lo que debo hacer; no quiero que suponga que le guardo rencor" se dijo, y agregó al testamento una nueva cláusula, en la que le dejaba al marido infeliz una cantidad igual a la del vale falsificado, y además una pensión vitalicia de cincuenta pesos por mes. "Con esto tendrá para no morir de hambre" agregó, y tocando el timbre hizo llamar a su hijo.

—Acaba de salir Menchaca en un estado lastimoso... tú no debes aumentar más aún la desgracia de ese infeliz —le dijo sin más ceremonias. Es preciso que rompas las relaciones que yo sé que tienes con Ana, ¿entiendes? *Ahora* no está bien lo que haces.

—¿Tienes mucho interés en eso, tú? —preguntó Arturo con la amable y al mismo tiempo irónica sonrisa que tanto gustaba a las señoras.

—Sí, es indispensable para el bien de todos, que esa historia termine.

—Y bien, terminará.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy.

Y estrechándose la mano se separaron.

CAPITULO XVII

Mientras lo que antecede se decían Crooker y Arturo, Menchaca avanzaba por la calle del 25 de Mayo. Iba muy despacio, atareándose distraídamente en no pisar las juntas de las piedras. Llegado que hubo al lujoso almacén en que acostumbraba tomar el *vermouth* y el *cocktail*, entró, yendo a sentarse, no en su sitio de siempre, sino en el ángulo más oscuro del espacioso salón, donde algunos parroquianos jugaban al *full-hand* el precio de lo pedido.

Menchaca, después de pasear una mirada atónita por los cartelones y avisos que cubrían las paredes, quedóse con los ojos clavados en el piso cubierto de aserrín.

—Un *coctel* de ginebra, con poco azúcar y *cabezón* —le dijo al mozo, y poniendo los codos sobre la mesa, y cogiéndose la cara con ambas manos, se estuvo un buen rato sin pestañear siquiera.

Después... bebió el primer vaso, pidiendo seguidamente otro. El ruido de los dados en las mesas vecinas y la entrada de algún nuevo cliente, apartábanlo de sus reflexiones, pero sólo por pocos segundos.

“¡Cómo ríen! ¡Si les pasara lo que a mí...! Ese señor que entra con un paquetito en la mano, tiene cara de ser dichoso. Debe de ser un buen comilón, uno de esos señores que siempre traen de la calle alguna golosina para la mesa. Su mujer, seguramente, le dirá: “¿Para qué te has incomodado, bobito?”, y cariñosamente le dará un tirón de la nariz. En cambio,

Ana...”, y de nuevo lo invadían sus pensamientos tristes.

Al cabo de una hora quedóse solo, y entonces pudo meditar a sus anchas. El dependiente se había sentado y leía *El Siglo*.

“Que tenga voluntad, que me ponga los calzones, que me haga obedecer... ¡Qué fácil es decirlo...! Llevarla a enterrarse al campo... ¡pero si al primero que le repugna esa medida *tiránica* es a mí! Yo quisiera verla en un trono, cubierta de oro y de brillantes... Sin embargo, cuando me arruine *del todo*, no tendré más remedio... ¿pero llegará ese caso? Si yo tuviese la buena fortuna de pegar un golpe en la Bolsa... ¡Ah!, ¡ah...! Lo primero que haría... se dijo, reanimándose, “sería comprarle un collar de perlas negras. Ahora delira por las perlas negras; a mí no me gustan, sin embargo deben de tener mucho valor, cuando Ana lo dice...! Es curioso el gusto seguro que tiene, en lo que toca a alhajas y trajes; ¡cómo habla y distingue de esas cosas...! La afición de las perlas le viene de la Negri, esa artista, esa amigota que no sale de casa y le enseña a cantar. ¿Cómo se habrán hecho tan amigas...? El collar de la Negri debe de ser falso; pero el que yo le compraría a mi mujercita, ¡hum! Me parece que la veo correr hacia el espejo a mirarse sus perlas, y reír y saltar de gozo; después... ¿pero qué podría importarme? Por lo pronto... Bueno, empiezo a disparatar. ¿Es posible que después de lo que he oído, esté pensando en regalarle collares a mi mujer...?”, y experimentó un aplastamiento dolorosísimo e idéntico al que sentía siempre cuando entraba en casa del dentista para sacarse una muela.

“*El asunto no es ése*”, prosiguió, “*el asunto es que*

dentro de poco no podré darle lo que ella me exige; tendrá que pasar ciertas necesidades, y entonces, ¿qué sucederá?". Y después de reflexionar un momento y preguntarse si sería capaz de abandonarlo, consideró con amargura infinita:

"Sí, sería capaz de abandonarme... ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué no me quiere como yo a ella? ¡Si yo fuera como él!", y padeció otra vez el penoso aplastamiento de antes.

"A él lo miraba y le sonreía en el pueblo, de un modo característico, como demandándole gracia... A mí jamás me ha mirado de esa manera... No cabe duda: lo que *se dice* es cierto" concluyó Menchaca, admirándose él mismo de que tal certeza no lo indignase ni enfureciese más.

Llevóse el vaso a los labios, pero estaba vacío. Era el tercero. Menchaca pidió otro *cocktail*, reanudando en seguida sus meditaciones. El oculto convencimiento de que Ana merecía un marido muy superior a él, impedía que naciera en su alma la furia celosa del marido engañado. En el fondo, muy en el fondo, y sin que él mismo lo supiera, disculpaba la infamia de su mujer, abrigando contra Arturo, en vez de ira, una especie de rencor envidioso y otros sentimientos oscuros y complejísimo, que ni acertaba a discernir ni daban lugar a la cólera ni al deseo de venganza.

"Sí, todo es verdad, lo presiento, lo sé, y sin embargo... ¡Ah!, ¡qué vil se vuelve el hombre cuando ama verdaderamente! En vez de quererla menos, la quiero mucho más; más y más, cuanto más me aflige. Es curioso, pero es así. ¿Qué diría a eso Crooker...? Y ella, ¡qué cambiada está! Ahora no disimula la aversión que le inspiro. Su despego es cada día mayor; a veces parece que se propone que yo conozca

que me detesta: ¿por qué?, ¿qué le he hecho? Satisfago todos sus gustos; tiene *todavía* coches, alhajas, vestidos de seda; la dejo enteramente libre; va a los ensayos con la Negri, y, en fin . . ., es dueña y señora de su voluntad: ¿entonces . . .? Acaso todo nace de que no es dichosa: seguramente sufre. Yo la he sorprendido con los ojos llenos de lágrimas. ¿Quién la apena? ¡Ah, ah . . .! Si algún día me compara a él, sabrá lo que vale el amor de su pobre marido, y entonces volverá a mí; y yo . . . ¡qué me importa lo que digan!, la perdonaré y la recibiré con los brazos abiertos" aseguró dejándose mecer por un blando sentimentalismo, que no era extraño a los vapores del alcohol. "Ella vendrá a mí con los ojos bajos y *las ropas desgarradas por las zarzas del camino . . .*" —esta figura se ajustaba perfectamente a las imágenes que Menchaca iba viendo a medida que avanzaba en su discurso— "y yo le diré: «No te humilles, alma mía, ni me pidas perdón, ni me des las gracias; soy yo el que debe dártelas, porque en este momento me haces el más dichoso de los hombres. ¿Qué tengo que echarte en cara?, tú me has dado más de lo que yo merezco, mucho más de lo que yo podía esperar. ¿Quién soy yo para poseer un tesoro semejante? ¡Nena mía!, vámonos, vámonos al campo, donde nadie nos vea; solos los dos, seremos felices. Yo no te hablaré de *eso*, yo lo olvidaré todo. ¡Qué me importa lo pasado, si otra vez vuelves a ser mía, y mía para siempre, santo cielo!»".

Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

"Sólo que *el asunto no es ése*" recapacitó después de apurar un trago. "El asunto es que ella no me quiere, que me arruino, y que todos empiezan a *señalarla con el dedo*. Yo debía ponerme los calzones . . .

pero, ¿si se irrita?, ¿si me echa en cara que no sé darle la posición que ella merece?, ¿si se decide a abandonarme? ¡Ah!, eso no: primero cualquier cosa; no puedo vivir sin ella. ¿Qué hacer?, ¿qué hacer?" preguntóse con angustia, y desesperadamente se dijo por último, apurando de un golpe el resto del vaso: "¡Que sea lo que Dios quiera, con tal de tenerla a mi lado...!".

Levantóse, fue hasta la calle, y tornó a desandar lo andado, para tomar de pie, junto al mostrador, una copita de ginebra.

Al pasar por la plaza, el reloj de la Catedral marcaba la una. Menchaca lanzó una exclamación de sorpresa y apretó el paso. Sentía la cabeza pesada y las piernas flojas, pero interiormente le retozaba el contento. Empezaba a acariciar una resolución, y el hecho sólo de resolverse, le producía verdadero gozo. Mirando las piedras mojadas por la lluvia, preparaba el *speech* que se proponía soltarle a su mujer. "Parece mentira que haya tenido reparo en hablar claramente, siendo una cosa tan fácil, porque yo veo ahora que es una cosa facilísima" se dijo, como si tratara de disipar sus últimos celos. "Le hablaré como Crooker a mí, paternalmente".

El cielo tenía el color sucio metálico de una plancha de zinc; la lluvia caía fina y monótona, y de cuando en cuando un trueno sordo rodaba por encima de las azoteas y hacía silbar el aire. Sin cuidarse del agua, que lo iba poniendo como una sopa, Menchaca dio en detenerse en todos los escaparates, para examinar detenidamente una serie de baratijas y chucherías en las que nunca había parado la atención. Cuando llegó al café que visitaba todos los días de regreso de la Bolsa, no pudo menos de entrar y beber dos

copitas más de ginebra, entablado animada conversación con el mozo. Después continuó su camino sin detenerse.

Ana se paseaba impacientemente por el patio. Menchaca quiso disculparse, pero se le trabó la lengua.

—Casualmente hoy, que te había recomendado la puntualidad, te largas con dos horas de retraso —dijo ella.— ¡Siempre tan oportuno!

—Me entretuve con unos amigos del alto comercio. Además, fui a ver a Crooker, como te prometí, ¿sabes...?

Ana aguzó el oído.

—Conversamos largo rato, y pude descubrir la causa del descomedimiento con que nos tratan sus hijas... —dijo, animándose a medida que hablaba, y muy admirado de tener la lengua tan expedita.— “Lo que yo decía: es facilísimo...” pensó luego para su capote.

Entraron al comedor, seguidos de la sirvienta.

—No, yo no almorzaré; puede retirarse— le dijo a ésta Menchaca, deseando aprovechar la inusitada elocuencia de que se sentía lleno, para decirle sin rodeos a su mujer lo que hasta entonces no se había atrevido a insinuarle siquiera.

Cerró la puerta, sentóse con toda calma, y cogiéndole la mano a su esposa, que lo miraba sorprendida, continuó imitando en lo posible el acento y el digno reposo de Crooker:

—Ana, ha llegado el momento de que te hable seriamente. Empiezan a *señalarte con el dedo*. Hasta hoy tuve la prudencia de callar; pero mi deber, mi honor... ya ves, Crooker mismo me lo aconseja; escucha, son sus palabras: “Este medio no le conviene a tu mujer; aquí sólo te espera la ruina y la

vergüenza...". Perdona si te... pero el honor es el honor.

Una mirada de Ana le heló la sangre en las venas.

"Me parece que he ido demasiado lejos" dijo Menchaca.

—¿Qué dices? —exclamó ella, dando un paso hacia atrás, para considerar mejor a su marido—, ¿quién me señala con el dedo?, ¿y quién lo autoriza a ese viejo hugonote a meterse en lo que no le importa? ¿Conque pretende que me vaya al campo a sembrar papas, sin duda...! Eso quisiera él, para que no le hiciese sombra a sus hijas; pero que espere sentado. ¿Y qué jerigonza es ésa del deber y del honor?

—¡Ana, Ana...!, tú no ignoras a lo que me he visto obligado por satisfacer tus caprichos... tú sabes que mi mermada fortuna no me permite gastar la cuarta parte de lo que gasto, y tú sabes, también, que tengo razones para sospechar de tu... fidelidad. —Al pronunciar estas palabras su voz convirtiéndose en gemido.— ¿Por qué te haces de nuevas, entonces...? No me pongas en el caso de decir ciertas cosas... desagradables. Hasta ahora he pasado por todo, pero estoy dispuesto —añadió envalentonado por la turbación de Ana— a no ser más un marido débil; no, no y no...

Ana no volvía de su asombro.

—¡Tú has bebido! —exclamó repentinamente y con el tono de la persona a quien se le ocurre una idea luminosa.

—¡Yo! —exclamó Menchaca, poniéndose las manos abiertas sobre el pecho.

—Sí, tú, y por eso estás tan... doctor. Apuesto a que has ido a confesarte con Crooker y a ponerme en ridículo. Sí, seguramente es eso lo que ha pasado.

Le habrás referido alguna historia lacrimosa, que es tu especialidad, y él entonces se habrá dado el tono de aconsejarte como a una criatura... —y empezó a pasearse por el comedor, haciendo gala y derroche de su ira.

El grande hombre no se encontraba muy a gusto e iba perdiendo el aplomo y la soltura con que principió a hablar. La cólera de su mujer desbarataba los planes de Menchaca y lo confundía. A decir verdad, estaba bien lejos de verla venir a él, como imaginó una hora antes, toda llorosa y arrepentida, y con las *ropas destrozadas por las zarzas del camino*...

—Yo no le he contado ninguna historia: él lo sabía todo —repuso, abriendo desmesuradamente los ojos, lo cual le daba un aspecto infelicísimo.— Me habló de cierta manera, como un padre —añadió enterneciéndose,— y yo le confesé la verdad... *Aquello* me pesaba sobre la conciencia, ¿sabes Ana?, yo soy un hombre honrado; *aquello* no me dejaba dormir... Además, él tenía el vale: ¿qué hacer? Después me habló de ti, y yo me callé... porque yo sé lo que se dice, Ana, y no podía protestar: sufría demasiado. ¡Si tú supieras...! ¿Qué le iba a responder? Tu vida disipada da lugar a ciertas suposiciones; yo no digo que... pero la gente es maliciosa.

Ana tomó el partido de irritarse, al que con frecuencia acuden las mujeres cuando no saben cómo disimular sus faltas graves.

—¡Conque tú no dijiste nada! —gritó, volviéndose hacia su marido como una hiena.— ¡Conque tú me dejas insultar y poner por el suelo sin decir esta boca

es mía, aprobándolo todo con tu silencio! Pero, Señor, este hombre se ha vuelto completamente imbécil.

—¡Ana!...

—Sí, ¡imbécil!, ¡imbécil!, ¡imbécil! —repetió—. “Ahora me lo explico todo” se dijo en seguida, pensando en la carta de Arturo, que acababa de recibir, y en la que muy sensata y fríamente le decía el tenorio que sus relaciones no debían prolongarse ni un día más. “El muy estúpido se habrá dejado tirar de la lengua... y Crooker le habrá hablado a Arturo. Eso es lo que ha sucedido. No me quería; mi hermano tenía razón: “Te usará, y al canasto...”. Ya no lo veré, y todo por este cernícalo...”, e impulsada por el perverso deseo de desahogar en alguien su ira y de ver sufrir, continuó en voz alta:

—Cuando me casé debí suponer que, con un hombre de tus condiciones, me exponía a ser insultada impunemente por cualquiera. Estás viendo que lo que ellos quieren es ponerme en ridículo y humillarme, y tú eres tan inocente, tan infeliz, que me llevas allí, atada de pies y manos, para que me pisoteen a su gusto. ¡Maldita sea la hora en que me casé contigo!

—¡Ana, no digas eso...! —exclamó él en tono desesperado y suplicante.

Descubierto el sitio doloroso, continuó ella, embriagándose como si bebiera un vino viejo, con el daño que causaba:

—Sí, sí, sí... ¡maldita la hora en que me casé!, ¿qué digo?, ¡en que me casaron contigo!, en que me casaron, ¿entiendes?, porque yo, por mi gusto, nunca lo hubiera hecho con un hombre tan insignificante como tú... Sábelo bien: yo nunca te he querido, y ahora te aborrezco.

—¡Por Dios, por Dios, no me lo digas! —gritaba el infeliz con el rostro bañado en lágrimas.— Yo estoy dispuesto a hacer todo lo que tú quieras, a ser tu esclavo, a besar la tierra que tú pisas; pero no me digas eso, porque me vuelvo loco: ¡ten piedad de mí...! ¡Ana, Ana!, escúchame: tú no puedes llevar a la desesperación a quien te quiere como te quiero yo; mi única alegría eres tú, y tú lo sabes bien; mira que muero de pena. ¡Dios de bondad!, ¿cómo puedes ser tan ingrata? —y el desventurado se mesaba los cabellos.— ¡Cómo puede ser tan ingrata conmigo, que lo he dado todo por ella; conmigo, que vivo sólo para ella...! Ana, si te he ofendido, perdona. Yo haré lo que tú mandes, pero no me digas que me aborreces. ¡Ana!, ¡Ana...!

Con el rostro descompuesto, con el rostro crispado por la locura de la maldad, prosiguió ella como si no lo hubiese oído:

—Te aborrezco, te detesto y mañana mismo me voy a casa de mis padres. ¡Tu dolor, tu dolor...!, ¿a mí qué me importa? Aunque te clavarán en una cruz, no pagarías bien las sandeces que has hecho. ¡Ponerme en ridículo!, ¡dejarme humillar!, ¡y todavía darle las gracias...!, porque yo estoy segura de que le has dado las gracias a Crooker por sus consejos, y hasta debes de haber llorado un poquito en señal de gratitud... ¡Ah!, ¡qué desgracia puede haber más grande que la de tener un marido ridículo! ¡Un marido!, ¡un marido!, ¿pero tú, acaso, eres un marido? Insultan a su mujer, y el muy pánfilo da las gracias; nos humillan, y el muy alcornoque llora agradecido... ¡Y tenías la ridícula vanidad de ser un hombre superior, tú, tú! ¡Fuera, perro...! Ni siquiera eres un hombre. ¡Si fueses un hombre...!

La ira de verse burlada, junto con otros sentimientos exasperados, fueron parte a que pasase por su imaginación como un relámpago lívido, la idea de vengarse. Palideció, contrájose su boca de un modo singularmente antipático, y entornando los ojos se dijo, al tiempo que observaba a Menchaca: "¿Este será capaz...?", y considerando el abatimiento y la flaqueza de aquel hombre destruido por la pasión amorosa: "Es un pobre diablo: no será capaz" agregó e hizo un gesto de repugnancia y de cólera a la vez. Luego, acercándose, arrojóle al rostro estas feas palabras, sintiendo un placer neroniano en verlo retorcerse de dolor como un sarmiento entre las llamas e implorar clemencia, los brazos tendidos hacia ella, los ojos fuera de las órbitas y la boca crispada por el gesto angustioso del mártir que padece un tormento bárbaro e irresistible y está próximo a perder la razón.

—Si tú fueras un hombre, no habrías dejado insultar a tu mujer; pero tú, con tu sangre de pato, lo has permitido todo pacientemente; sí, lo has permitido todo, hasta que me hicieran la corte en tus narices... Tú no tienes sangre en las venas, y estoy segura de que seguirías tan fresco aunque yo te dijese: "Pues bien, lo que dicen es verdad; yo quiero a otro, mis besos son de otro y tú eres un cornu...".

Aquí sucedió una cosa grotesca y a la par conmovedora. Menchaca cayó de rodillas y de rodillas avanzó hacia Ana, que, como una furia, le seguía prodigando el vergonzoso epíteto, al propio tiempo que, por huir de su esposo, giraba en torno de la mesa.

—¡No me lo digas, no, no!... ¡ten piedad de mí, Ana, Ana!... —repetía el marido débil, agitando las manos abiertas como si quisiera rechazar la pala-

bra infamatoria, avispa furiosa que le clavaba el envenenado aguijón en el sitio más sensible del alma.

Y la extraña, la dolorosa carrera se prolongó por algunos instantes, cada vez más grotesca, cada vez más conmovedora, hasta que él le dio caza; y abrazándose loco de dolor a las piernas de su esposa, le besó los pies, sollozando y gimiendo como un esclavo suplicante, mientras que ella, erguida, rígida, con la victoriosa cabeza echada insolentemente hacia atrás y los nervios tendidos por una emoción suprema, ebria, borracha de su extraño poder y poseída por el demonio de la perversidad, besaba la carta desdeñosa de su amante sonriendo triunfalmente.

CAPITULO XVIII

Cacio atravesaba gimiendo su *via dolorosa*.

Desde que Julio le dio la noticia del próximo casamiento de Laura; desde que tuvo la desesperada certeza de que para él había concluido todo, no vivía, sino que arrastraba la horrible existencia de un demoníaco, de un hombre poseído por los malos espíritus. Los insomnios, los malos sueños y las obsesiones fijas y violentas, minaban su salud y desataban sus nervios, hasta el punto de convertirlo en una especie de fiera humana atacada del extraño mal de los elefantes solitarios.

Cuando transitaba por las calles, su expresión hosca y el brillo metálico de sus ojos gatunos hacían volver los ojos a los transeúntes. Miraba de un modo chocante, y sus actitudes y gestos tenían algo de raro e insólito. Escribiendo monologaba en alta voz, y a menudo, sin que nadie lo irritara, pegábale un puñetazo a la mesa, y encasquetándose el sombrero, salía a la calle, dejando bizcos y turulatos a sus compañeros de redacción. Con éstas y otras rarezas y singularidades, los que lo conocían empezaban a temer por el juicio de Cacio, equivocadamente, pues jamás sus facultades mentales habían sido más lúcidas que en aquellos momentos de crisis amorosa.

¡El extraño mal de los elefantes solitarios!

Una aversión enconada contra todo y contra todos, inducía a huir el trato de los demás mortales. La conversación de Ana misma le era insufrible; ya no encontraba ningún alivio en confiarle sus dolores ni

en tenerla junto a su lecho en las noches de insomnio, y secretamente abrigaba odio contra ella, porque no había sabido retener a Arturo. "La muy estúpida ni siquiera sabe ser... lo que es" se repetía, y la presencia de Ana, como la de las otras criaturas, empezó a producirle tanto y tan vivo malestar, que a menudo lo sobrecogían temores, no infundados, de perder los estribos y cometer alguna violencia. Por no encontrarse con ella, volvía siempre tarde a la casa; así como para conservar a distancia a sus compañeros de redacción, no se mezclaba jamás en las conversaciones ni bromas de éstos, y si lo interrogaban no respondía.

Encontrábase bien tan sólo cuando a altas horas de la noche paseaba por las oscuras y tristes calles de la ciudad su sombría desesperación. Del aspecto de Cacio parecían huir los perros y hasta las prostitutas, las tristes profesionales del amor, cuyo encuentro procuraba él evitar cuidadosamente. Pocas veces se aventuraba por los *barrios bajos*. Los portones de hierro de los lupanares, los rostros cínicos y cubiertos de polvos, que no ocultan, a pesar de su blancura cadavérica, las rosas de la tisis ni las violetas de la libidine; los descotes desvergonzados, los senos desnudos, ofrecidos al vicioso del goce carnal como una canasta de frutas maduras; la beodez de los hombres y las músicas libertinas, lo llenaban de horror y le revolvían el estómago. Prefería los lugares apartados, las calles solitarias, donde a veces brillaban, como luces diabólicas, los ojos fosforescentes de los gatos de andar cauteloso y cuyos maullidos en las azoteas lo incitaban a pensar en extrañas y espantables estrangulaciones de niños y mujeres... Las decoraciones lúgubres y temerosas, los fondos oscuros de las esce-

nas de magia y conciliábulos de brujas, convenían más que otros cualesquiera al estado singular de su espíritu.

Las giras eran largas. Alzábase el cuello del gabán, metíase las manos en los bolsillos, y rumiando sus tristes y ardientes pensamientos, se deslizaba como un alma en pena por las calles más lóbregas. Cuando la ira contra la iniquidad de la suerte ciega y loca removía los rencores de Cacio y le hacía latir las arterias del cuello, deteníase para no ahogarse, y respirando ansiosamente, paseaba una mirada de odio infinito sobre la ciudad dormida. El sueño plácido, la tranquilidad de los otros lo exasperaba.

“¡Cómo duermen los hijos de *Set!*, ¡cómo duermen!, mientras que yo...” decía, y creía que aquéllo era altamente injusto, y que sus amarguras le daban el derecho de cometer toda clase de violencias y atrocidades. ¡Ah!, si hubiese sido Nerón, para apagar con un acto vandálico la sed abrasadora de su alma! ¡Ah!, ¡si hubiera tenido el fuego del monstruo poeta, para reducir a cenizas la odiosa ciudad y entonar un himno salvaje y sublime sobre las desoladas ruinas! Y en tales instantes percibía distintamente los latidos de su corazón, fuertes y secos.

En aquellos días de delirio, la injusticia de la suerte engendró en su pecho, entre multitud de sentimientos execrables, extraña piedad hacia los humildes, piedad a la que se mezclaba un grande y repentino respeto por el dolor humano. El, que jamás había hecho limosnas, las hacía a manos llenas, y su curiosidad y lástima lo llevaban a seguir el paso ridículo y penoso de los pordioseros, espiondo en la cara rugosa y embrutecida de los infelices, las huellas de las amarguras y penalidades. Cuando pedían, encogíasele

a Cacio el corazón. Demandaban una limosna humildemente, estirando la huesosa mano; pedíanla más con los ojos enrojecidos que con la voz, y al ver frustradas sus esperanzas, suspiraban con resignada tristeza y seguían paseando sus llagas y úlceras por entre la dicha de los otros, hasta dar con el miserable cuerpo en algún infame tugurio. Y hasta allí los seguía Cacio, gustando cierto placer morboso en analizar las miserias de los mendigos y mezclar sus propios dolores a los dolores de los desheredados de la fortuna y de la dicha.

A pesar de su irritación constante y enojo contra los hombres, seguía Cacio visitando a Julio como de costumbre. Sus sentimientos, tocante a éste, no habían variado. Seguía sintiendo la necesidad de que las palabras del ideólogo lo *estimulasen* y ayudaran a desechar el descontento, el asco que le inspiraban a veces, las propias macas y lacerias. Estando solos, hablaban en términos vagos, pero que para los dos tenían una significación precisa. No ignoraban que, sobre un punto capital, estaban de *acuerdo*, y esto contribuía a aclarar sus discursos oscuros y palabras ambiguas. . . Sin embargo, sus conversaciones no eran francas nunca. La certeza de que muchos sentimientos antagónicos y naturales repugnancias los dividía, tenía los sobre sí, y la confesión abortaba siempre, dejándoles el alma llena de la sequedad en que se resuelven las esperanzas y las efusiones frustradas. Muy a menudo permanecían los dos silenciosos, ariscos y recíprocamente impenetrables.

Algunos días antes de la boda, operóse en el carácter de Cacio una transformación inusitada, que no pasó inadvertida para Julio, quien seguía en el rostro de su amigo los estragos de la lucha interior

y el proceso del *mal*. Dejó de estar hosco y taciturno, y su aspereza convirtiéndose en frialdad digna, respetuosa y triste. No parecía sino que la ira hubiese cedido la plaza a la resignación, y el tumulto del alma a la serenidad extraterrena que dar suelen las grandes resoluciones.

Después Guzmán, atando cabos, descubrió en la conducta de Cacio muchos indicios elocuentes de la *volición viril*. Hablóle éste de la vida, la última vez que estuvo en el taller, como un hombre que está por encima de ella, y, entre otras cosas, también observó en las relaciones de Cacio con los Crooker, la calma glacial con que aquél seguía los diálogos amorosos de Arturo y Laura, y que al posarse sus ojos en la joven no brillaban sombríamente como antes, sino que los humedecía la ternura y la piedad.

La víspera de la boda lo encontró un poco más nervioso y distraído que en los días anteriores. Sobre todo en la comida, la intranquilidad de su amigo llegó a inspirar serios temores a Julio. El sirviente retiraba los platos sin que el triste comensal los hubiese probado siquiera; en cambio, se servía vino con frecuencia inaudita, mirando a la novia constantemente, como si quisiera grabarse su imagen en el corazón. Y eso fue todo lo que pudo observar Guzmán, entretenido en seguir las conversaciones de las señoras, señoritas y caballeros que alrededor de la mesa se agrupaban.

A Crooker se le conocía el gozo por encima de la ropa. El casamiento de Arturo y Laura unía dos corazones nobles, dos destinos brillantes y dos fortunas sólidas, que quedarían en la casa, como quien dice, para aumentar el prestigio y el renombre de ésta. "Arturo la hará feliz: ya puedo morir tranquilo:

estoy satisfecho" decíase Crooker, y mirando con ternura a los novios, agregaba: "Linda pareja... no sé cuál de los dos es más bueno, ni a cuál de los dos quiero más: ¡estoy satisfecho, estoy satisfecho!".

La comida fue muy alegre, no hubo un momento de fastidio, salvo los diez minutos que duró el *speech* de un flamante diputado, quien, desde que los periódicos dieron en la necedad de decirle que era muy donoso y travieso, no perdía banquete, ni bautizo, ni entierro, ni ocasión alguna de lucir su verba y su ingenio, convirtiéndose con tan desmedido afán de hacerse ostensible, en una especie de *commis voyageur* de sus dotes y méritos personales. "Esta perfecta encarnación del histrionismo político, este gordo feliz de cutis luciente y respiración ruidosa, es un cetáceo de la vanidad que yo debía tener disecado en mi museo psíquico" díjose Guzmán, mirándolo con los ojos entornados y al mismo tiempo que Cacio, observando también al orador, pensaba: "Pavo real, vano y vistoso: si pudiera verterte una gota de mi amargura en la copa que bebes, tu vistoso plumaje se pondría del color de la pluma de un cuervo, y entonces, sí, es fácil que tu graznido dijese algo".

Terminada la comida, pasaron todos al salón, donde ya había una buena cantidad de tertulianos y amigos de la casa. Las amiguitas de Laura sonreíanle a ésta con cariño y envidia a la vez, y a cada momento la estrujaban entre sus brazos, murmurándole al oído inocentes secretos y palabras dulces. Arturo conversaba con unos y con otros como si tal cosa.

La fiesta íntima fue adquiriendo las proporciones de una gran reunión, dejando adivinar a todos lo que sería el baile del día siguiente. En el momento en que los tertulianos escuchaban más absortos a un

célebre violinista, que nadie supo nunca cómo había llegado allí, Cacio, deslizándose por las piezas interiores, llegó a la habitación de Laura y Carola. Se detuvo y aguzó el oído: moribundas, como saliendo del fondo de un río, llegaban hasta él las notas de una melodía de Bach, oscura y triste. Cacio tomó aliento, y después de descansar breves instantes en la alcoba, que iluminaba muy débilmente la luz del patio, acercóse a tuestas casi al lecho de Laura. Con mano temblorosa, tanteando aquí y allá, trató de cerciorarse si estaba sobre la mesita de noche la copa de leche que Laura tenía costumbre de beber antes de acostarse, y al adquirir la certitud de ello, fue presa de un vivo temblor y de una flojera de piernas tal, que tuvo que sentarse en la cama para no caer. Y sentado permaneció mucho tiempo, sin pensar en nada o pensando vagamente en cosas que no tenían ni remota relación con el designio que lo había llevado allí.

"Pero, ¿qué hago?, ¿ya está todo concluido...?" se preguntó, y después de reflexionar un momento para poner orden en sus ideas, díjose temblando: "No, aun no he concluido... y tiemblo como una mujercuela! ¿Seré tan cobarde que...? Sin embargo, yo estaba pronto; vamos, debo concluir; pero, ¡Señor!, parece que los brazos se me hubieran vuelto de plomo; no puedo desabrocharme la levita: es inútil, no puedo. Quiere decir que no soy capaz de hacer la *jugada*. Ella será de él, sus encantos serán de Arturo, y yo... ¡Ah!, no puede ser: ya es bastante", y como si estos pensamientos le hubieran dado fuerzas extraordinarias, se puso de pie, desabrochóse rápidamente los botones de la levita, y sacando del bolsillo del chaleco un papelito cuidadosamente doblado, iba a verter los

polvos que contenía en la copa, cuando creyó que alguien se acercaba. Deteniéndose, permaneció como clavado en su sitio. En efecto, una sirvienta, con una bandeja en la mano, pasó a toda prisa. Cacio respiró, y con extrema lucidez, tomando todas las precauciones imaginables, desdobló el papelito, echando los polvos en la copa.

Luego, lanzando un profundo suspiro, sentóse de nuevo en la cama, y como si no corriera ningún riesgo ni tuviera apuro de ninguna clase, se abandonó a las más encontradas reflexiones. No obstante su repentina insensibilidad, dábase exacta cuenta del peligro que corría; pero precisamente por creerlo grande y próximo, gozaba cierto placer en afrontarlo y aumentar la angustia de aquel momento supremo de su vida. Pensó en sus amores, en sus viajes por Europa, en las últimas pérdidas y descalabros del filántropo, y, por último, se puso a reflexionar sobre las locuras de Ana, quien, sin freno ni sujeción desde la ruptura con Arturo, burlábase de todos los respetos y consideraciones; contraía deudas, porque el bolsillo de su esposa, a fuerza de sangrarlo, ya no daba más de sí, y no pasaba un día sin que diese un campanazo gordo y acrisolase su mala reputación. "Cuando a Menchaca no le quede un cobre, se lanzará a la vida alegre la muy sinvergüenza; no me faltaba otra cosa... Pero, ¿en qué pienso?, ya no se oye el violín, ya empieza a retirarse la gente. ¿He hecho eso? Sí, sí: pronto mi Laura... ¡ah...!" se dijo, experimentando una emoción violenta.

Un momento después oía, cada vez más próxima, la voz de Carola y los pasos de ésta y los de algunas de sus amigas. "Seguramente vienen al tocador: estoy perdido" pensó, ocurriéndosele la salvadora idea de

salir por la puerta que daba al patio; pero en el momento de poner la mano en el pestillo, detuviéronse enfrente Arturo y Guzmán. "Siempre él" díjose Cacio, y la sangre se le heló en las venas.

Entretanto Carola avanzaba: su charla alegre oíase distintamente. Olvidándose del ruido que hacía al andar, y a pique de ser descubierto, empezó Cacio a correr por la alcoba, sin ocurrírsele en donde meterse, hasta que, recordando que en uno de los rincones había una percha cargada de ropa, se ocultó detrás de ella. En ese mismo instante se iluminaba la pieza contigua, que era la salita particular de Laura y Carola.

Y oprimiéndose el corazón para que sus descompasados latidos no lo delatasen, se estuvo allí, mientras las niñas examinaban el ajuar de la novia concienzuda e inteligentemente y con extraordinaria seriedad, como si se tratase de vestiduras misteriosas y sagradas. Enseguida pasaron al dormitorio en que Cacio permanecía escondido, y luego al tocador, iluminando todas estas habitaciones. Cacio pensó que ya no podría salir, y se dijo: "Con tal que no me descubran, ¡qué me importa! *Después*, que sea lo que Dios quiera".

Así que Carola y sus amigas abandonaron el tocador, entró la sirvienta, la cual, canturriando un aire de su país, se puso a hacer las camas. El ruido fue cesando, oyéronse algunos golpes de puertas, y por último la casa quedó en silencio. Desde un momento antes, cuchicheaban las dos primas en la salita. Revolvieron nuevamente las prendas del ajuar, que parecían tejidas por manos de hadas; examinaron por centésima vez el vestido y las puntillas de Inglaterra que lo adornaban, y la novia se probó la diadema de azahares frente al espejo.

—¡Vas a estar divina! —le dijo Carola, y la cubrió de besos.

—¡Qué locas eres! —exclamó Laura apartándola.

—Si fuese yo la que me casara, no estaría tan contenta. ¡Qué cosa!, yo siempre he pensado más en ti que en mí. En cambio, tú, ¡picarona...!

—Yo siempre te he querido.

—¿A mí sola?

—Y a Arturo, por supuesto.

—¡Por supuesto, por supuesto...!, yo no he tenido ningún por supuesto...

—¡Qué chusca!, ¿querías que me casara contigo? Carola permaneció callada.

—Oye —dijo después— si no te casaras con Arturo, estaría celosa, pero siendo con él... No, no puedes imaginarte cómo te quiero. ¡Te juro que es una cosa bárbara!

Laura se echó a reír.

—Sí, riete cuanto quieras; en cambio, a mí, muchas veces me ha dado miedo...

—¡Miedo!, ¿de qué...?

—No te rías... pues me ha dado miedo de enamorarme de ti.

—¡Qué loca!, las mujeres no se enamoran de las mujeres...

—Sin embargo, yo he leído... dicen que Safo... Pero mi amor no es así: mi amor nace de tu belleza; mi orgullo has sido tú... y si eso me sucedía antes, figúrate qué será ahora, siendo la mujer de mi hermano y además mi hermana como siempre... porque tú serás la misma para mí, ¿no es cierto?

—¡Boba...!, ¡pues no se enternece la muy boba! —interrumpió Laura, abrazando a su prima.

Esta dijo:

—Buena, buena; nada de emociones, si no mañana amanecerás con los ojos feos. Es necesario, quiero que te presentes como una reina. Se van a quedar bizcos y yo voy a estar así de orgullosa. Ven, que te despeine —y, cogiendo a su prima de la mano, encamináronse ambas hacia el tocador.

Después de aligerarse de ropa, Laura ocupó una silla enfrente del espejo. Cacio, olvidado por entero de la difícil situación en que se encontraba, no perdía un solo detalle de aquella escena, observándolo todo desde su escondite con particular interés. El único sentimiento doloroso que lo embargaba, fuera del temor de ser descubierto, era una especie de impaciencia, que conocía que iba a desaparecer así que ella *bebiera*. Esperando el momento fatal, permaneció inmóvil, sin respirar casi y con las manos cruzadas siempre sobre el corazón.

En un periquete deshizo Carola el peinado de Laura, y con visible alegría, hundió las manos en la soberbia mata de pelo.

—Cuando sacudes la cabeza, tu pelo parece una ola de oro... ¡Qué suerte tiene ese bandido de Arturo!, pero, ¿no es verdad que se lo merece todo? No lo digo porque sea mi hermano, pero es muy simpaticón, casi tan simpático como tú bonita... y sobre todo un hombre. ¡Qué diferencia de él a esos muñecos de la *mi laís*...! Te lo juro, estoy dispuesta a no casarme.

—¿Hasta cuándo? —interrogó maliciosamente Laura.

—Pues... hasta nunca. Y para que lo sepas, yo jamás tuve la idea de casarme. Que te casaras tú, me pareció siempre muy natural; pero casarme yo, ni pensarlo, ¿sabes? Me conozco y tengo más de *aquí*

que lo que parece. No, no, nada de casorios... Las feítas platudadas como yo, deben quedarse en su casa si no quieren ser infelices... Sí, ya sé que tengo ojos alegres, que mi cuerpo *non che male*, y que soy simpática; pero... sé también que sólo inspiraría un sentimiento *recomendable*, y para eso prefiero que me entierren con la palma. Además, ya te lo he dicho, yo te quiero mucho a ti y mucho a mi hermano, y por nada del mundo me separaré de ustedes... a no ser que ustedes me echen de su lado...

—¡Ave María...!

—Dicen que los recién casados se ponen a veces tan habosos y se vuelven tan egoístas, que no quieren partir perzas con nadie... Pero ustedes no harán eso conmigo —agregó con zalamería— ustedes no lo harán, porque no les tiene cuenta. A él, porque sabe que te acompañaré e impediré que te aburras cuando te deje sola... y a ti, porque sabes que soy tu mejor amiga y que nadie mejor que yo va a cuidar a los... —y poniendo la mano a medio metro del suelo, soltó una alegre carcajada.

—¡Estás terrible, hoy! —exclamó Laura, riendo a su vez.

Cuando volvieron a la alcoba, desnudáronse charlando alegremente, y poniéndose los historiados camisones de dormir, se arrodillaron juntas en el oratorio, permaneciendo largo rato con la cabeza hundida en el pecho y las manos cruzadas. Parecían dos vírgenes de un retablo antiguo.

Después de haber apurado la copa de leche de un tirón, dijo Laura:

—¡Ah, qué sed!, el champafia me seca la garganta. Adiós, querida —y besando a Carola repetidas veces, se acostó.

"¿Ha bebido? ¿Sueño o estoy despierto...?"
dijose Cacio.

Al cabo de algunos minutos murmuró Laura:

—¡Qué sueño más rico!

—¿No apagas la vela?

—Sí, ahora, déjame. ¡Dios mío, qué sueño...!

—Debes de estar cansada; duerme, duerme —repitió Carola, volviéndose del lado de la pared.

Entonces la habitación entera empezó a girar en torno de Cacio. "¿Qué he hecho?, ¿qué va a suceder? ¿Ha bebido?, ¿hà bebido? ¡Ah...! Si yo gritase, si yo corriera en busca de un médico... ¡Imposible, imposible!, ¿cómo explicar mi presencia?, y después Arturo...", y cayó en una especie de estupor que lo volvió insensible e idiota. Una hora más tarde, en medio de angustias infinitas, acometiolo el deseo de *ver*, y con mucho tiento, apartando las ropas, pudo fijar los ojos espantados en la cama de Laura. Esta parecía dormir tranquilamente, sólo que de cuando en cuando notábase en su cuerpo un ligero temblor. Cacio tuvo vehementes deseos de gritar, de confesar su crimen y caer de rodillas; pero el sentimiento frívolo de que su situación iba a ser altamente ridícula, lo retrajo y alejó las ideas confusas de purgar su delito que empezaban a señorearlo.

Y otra vez fue presa del estupor de antes. Un runrún de pensamientos vagos lo mareaba. Cuando tornó a mirar, el rostro de Laura parecía de cera, pero no expresaba sentimiento alguno. Un sudor finísimo le perlaba la frente de virginal pureza; los ángulos de la boca parecían teñidos en sangre y caían un poco, y las manos crispadas se hundían en las cobijas... Al hacer estas observaciones, Cacio perdió la noción de la realidad y ya no tuvo con-

ciencia de nada, hasta que estas palabras de Carola, dirigidas a Laura, lo arrancaron de su ensimismamiento:

—¿No apagas la luz?

Y como no obtuviese respuesta, tiróse de la cama.

—¡Cómo duerme! —dijo con la vela en la mano, y cuidadosamente se encorvó sobre su prima. Lo que sus labios rozaron la frente de Laura, hizo un gesto de terror y se puso a temblar.

—¡Laura! —gritó—. ¡Laura! —repitió sacudiendo el cuerpo inanimado de su prima, y con la sospecha terrible de la verdad, los ojos agrandados como los de una loca, y las manos crispadas, clamó:— ¡Piedad, madre mía! ¡Piedad, Señor! —al mismo tiempo que oscilaba la percha y el cuerpo de un hombre rodaba por el suelo.

CAPITULO XIX

El crimen de Cacio despertó la dormida conciencia de Julio Guzmán. Las ideas y creencias más osadas; los orgullosos torreones mentales, batidos artificialmente con sofismas sutiles, se agrietaron y se hundieron, sin que el escéptico pudiese sacar otra cosa de las informes ruinas, que un disgusto invencible e insoportable de la existencia y de sí mismo.

"*In manu* he sido asesino" se decía, despertándose a altas horas de la noche; "*in mente* he sido asesino" repetíase horrorizado, no por el crimen en sí, sino porque todo acto violento repugnaba a su naturaleza delicada, cuasi femenina. "Mi descreimiento, mi irritación y las abstrusas doctrinas del egoísmo, que viviendo en esta época de aridez intelectual no podía menos de beber en las aulas, en los libros y en la práctica de la vida, me arrastraron a pensar en... ¡Ah, es horrible! ¿Fabricué sobre un error fundamental mi teoría del mundo? ¿Elegí un falso punto de mira? No lo sé aún; lo único que no ignoro es que todas las rutas conducen al hombre a un idéntico error final, porque el error está en la naturaleza del hombre. Entonces, ¿de qué puede la débil criatura humana ser responsable? La inteligencia misma, con sus espejismos, ¿no parece hecha ex profeso para engañarlo?" agregaba por vía de consuelo; pero en el fondo seguía juzgándose severamente. "De cualquier manera mi *liquidación* será más desastrosa que la de la mayoría, a pesar de que yo he pensado más y, en resumidas cuentas, he vivido más *lógicamente*."

No cumplo ningún fin noble ni útil; no he sabido formar siquiera un hogar risueño; y, sin embargo, ni a mi inteligencia le faltan ideas generosas ni a mi corazón ternuras y ardores... ¡Ah!, no soy yo el culpable: la vida misma es la que es mala y por eso lo destruye y corrompe todo", y al decirse éstas y otras cosas semejantes, caía en meditaciones que no lo dejaban dormir.

El silencio triste de la casa, antes tan risueña —los canarios no cantaban más— los ojos enrojecidos, los rostros contristados, las frentes pensativas, eran parte a enlóbreguercerle el alma y a incitarlo a pensar tenazmente en los cambios de la fortuna y en la poca consistencia de las dichas humanas. El dolor, como una boa enorme, los estrangulaba a todos. Hasta al valiente Crooker acosábalo, aunque no lo confesase, la tristeza de haber sido engañado por la vida, puesto que, a última hora, la desgracia destruía sus planes, sus aspiraciones más caras, y hacía inútiles los sacrificios realizados durante años y años, para obtener a la vejez un poco de ventura y asegurar principalmente la ventura de los suyos.

Siempre que los Crooker se reunían, a fin de consolarse mutuamente, pasaban largos espacios de tiempo sin que nadie pronunciase una palabra; sólo algún sollozo escapábase de cuando en cuando de aquellos pechos en donde, algunos días antes, vivían las más risueñas esperanzas. El luto, la semi-oscuridad de las habitaciones, los rostros afligidos, todo predisponía a la tristeza. En medio del silencio de la casa, los pasos y los golpes de tos resonaban lúgubrementemente.

Notando que en su presencia los Crooker ocultaban la pena que él no podía compartir sino en cierto grado, decía Guzmán: "Aquí, como en mi patria,

como en todas partes, soy un extranjero", y por discreción iba a encerrarse en el taller, o huía más frecuentemente a la casa de la *Taciturna*: la soledad empezaba a serle insoportable.

También él volvíase un objeto de disgusto para su espíritu.

Los muebles exóticos, las colecciones de *affiches*, las monerías artísticas, lo irritaban secretamente, sin duda porque le sugerían el sentimiento de su *frivolismo*, de su juventud gastada en futelezas sin valor moral alguno. Las divagaciones desinteresadas convertíanse en análisis crueles, y el delicioso marco de la vida interior, en náusea de la vida real. La sorda irritación, que sin poder condenarlo en absoluto y tal vez por eso, le inspiraba el crimen de Cacio, revolvía sus viejos dolores, los terribles dolores de no haber correspondido a las propias esperanzas, y lo irritaban contra la vida, cuyas impurezas corrompían su alma antes pura.

"Si he pecado ha sido por exceso de idealismo" decía, recordando las aspiraciones ardientes de su primera juventud. "Hubo un tiempo en que acaricié todos los ideales y todos los amores: eso era bueno. Pues bien: los tales amores y los tales ideales me impidieron transigir con la prosa de la existencia y me convirtieron en un solitario orgulloso, inclinado, por su mismo orgullo, a la dureza y al desprecio de las otras criaturas. Las teorías, los libros, ¡cuánto mal me han hecho! Quise vivir concienzudamente: error craso. Para vivir es necesario corromperse, es necesario aceptar las cosas como son y no pensar en cómo debían ser, renunciando de este modo a toda idealidad pura, para cultivar con provecho los instintos más torpes e inferiores. Ese es el secreto de

los victoriosos. Sí, es preciso envilecerse, y comulgar con todas las mentiras, y fingir que se cree en todos los errores... ¿pero qué estoy diciendo? Después de vivir en ciertas alturas ideales, es imposible aceptar la grosería de la existencia y desempeñar seriamente un *rol* en el cual no se cree", y a pesar de los pesares, el orgullo de su naturaleza aristocrática lo inducía a preferirse a los otros y decirse: "No, yo no puedo vivir; no tengo la dosis de vulgaridad y de bellaquería que son indispensables para eso".

Considerando detenida y fríamente su glacial indiferencia por los anhelos y objetivos de los demás hombres y sobre todo por los móviles que agitaban a sus compatriotas, se repetía a menudo la frase, que cada día sonaba en sus oídos con retintín más lúgubre: "No, yo no puedo vivir". Las pequeñeces y cuidados de la vida práctica, las tribulaciones efímeras y diarias de los sedientos de la fortuna, la impulsión de las turbas ciegas, le levantaban el estómago casi tanto como la farsa ridícula de los prestidigitadores sociales, de los histriones políticos, y de toda laya de cómicos y bufones. Sentía una repugnancia dolorosa que lo llevaba hasta el extremo de arrojar los periódicos con ira y gritar, agitando los brazos, la frase de Flaubert: *Mais c'est énorme*. Pero sobre todo, lo que obraba sobre su sensibilidad enfermiza como un enérgico revulsivo, era la monstruosa religión de la pavada humana erigiendo altares a todos los convencionalismos, engaños y mentiras...

El taller se le hizo odioso. No podía sentarse en la vieja mecedora de vaqueta cordobesa, donde tantas veces había cultivado, como un verdadero *dilettante* de la melancolía, toda clase de nostalgias, sin pensar en la aridez de su matrimonio, en los dolores de la

existencia y otras cosas tristes. La idea de que había depositado en el alma de Cacio los gérmenes del crimen, y de que en el fondo, muy en el fondo, simpatizaba de cierta manera con la conducta del criminal, lo perseguía a sol y a sombra.

Su refugio llegó sólo a ser la compañía de Sara. A su lado todas las dudas se desvanecían, todas las penas antojábansele menores, y él se hundió con el cariño de la *Taciturna*, en el sentimiento purificador salvado milagrosamente del naufragio de su juventud, con el ansia con que después de un largo viaje, se sumerge el viajero sibarita en un baño de aguas tibias y olorosas.

El salón, que daba a la calle, amueblado, si no con lujo, con gran refinamiento, fue la pieza preferida de los dos amantes. Por la calle transitaba poca gente y casi ningún vehículo; el trajín de *Jeanne* no llegaba hasta allí, y ningún ruido extraño perturbaba los deliquios amorosos y la soledad en que apetecían refugiarse aquellos dos seres atacados del mal de vivir, pues que a fuerza de hablarle de sus dolores incurables y de sus esperanzas muertas, Sara sentía, por contagio, los desfallecimientos de Guzmán. Cuando él, después de algunos instantes de silencio, le oprimía la mano dulcemente y la besaba en los ojos humedecidos por repentina emoción, ella devolvíale el beso, y sin saber por qué, apresurábase su aliento y una vaga y mórbida tristeza la enseñoreaba.

Las impresiones que Julio le traía de la calle, no podían ser más desconsoladoras. Después de la muerte de Laura, el descorazonamiento irritado de Guzmán adquiría a las veces cierto tinte melancólico y sombrío que denotaba el total relajamiento de la voluntad de vivir. A todos los sucesos y a todas las ideas les

daba una interpretación que tendía a probar la inutilidad de los esfuerzos humanos contra el dolor siempre triunfante. Un día le hablaba del *chasco capital* de Crooker, que trabajando desesperadamente, con tesón heroico, había amontonado riquezas, que un simple dolor hacía completamente inútiles; o comentaba otro, una muerte prematura que resolvía en dolores muchas nuevas esperanzas, o abundaba en consideraciones sobre los cambios de la fortuna, la traición del amigo, la infidelidad de la esposa, y en fin, sobre todos los males que amenazan a los hombres.

Al tenderle la mano todos los días, espiaba ella el rostro de su amante, temiendo descubrir siempre alguna nueva amargura. Esa mañana, así que lo vio, le dijo:

—¿Has tenido algún disgusto, no es cierto?

—No, tanto como disgusto, no; pero he tenido un encuentro desagradable —contestó él, y sentándose cerca de la estufa, en la que ardía un buen fuego, agregó:— Acabo de dejar a Menchaca, al ínclito Menchaca. También ese pobre diablo, que tuvo sus momentos de grandeza y popularidad, es otra prueba viviente de lo que hace la vida con los hombres... Ahora no cree, ni cree en el progreso, ni en la filantropía... La desgracia ha destruido lo bueno que había en él; ya no queda nada: ni energías, ni ilusiones, ni pondonor, nada, nada; es una ruina; más aún, un cadáver comido por los gusanos. Cuando lo vi, apenas pude reconocerlo, iba medio borracho, y su traje lleno de sietes y lamparones, la revuelta pelambrea que le caía sobre los ojos, y la barba mal cuidada, no decía nada bueno ni de su prolijidad, ni de su situación financiera. Yo quise huirle el balto, pero no lo pude conseguir, y a pesar de mi

resistencia, me obligó a que lo acompañase hasta la inmunda fonda, donde vive desde que su mujercita adorada tuvo la feliz ocurrencia de largarse a Europa con una compañía de teatro.

—“¡Qué feliz encuentro, señor Guzmán...! nunca olvidaré su deferencia. Usted me ha dado el brazo como antes, cuando todos me llamaban el señor Menchaca... ¡usted se digna honrar mi *retiro*: permítame que lo abrace...! Tomaremos *alguna cosa*, ¿no le parece? ¡Mozo...! *Cañac* Tres Estrellas. ¡Hum, hum...! Sí, a veces bebo; es mi único placer: se olvida y se sueña. ¡Bendito *cañac*!, sólo que el patrón no me fía todo el que yo quisiera... No hay más que una silla: tómelas; yo me sentaré en el baúl” —me dijo así que entramos en su leonera.— ¡Pobre Menchaca!, ¡habías de ver cómo se arrojó sobre la primera copa!

—“Aquí me tiene solo y triste. Solo, ¿comprende? ¿Usted lo ignoraba? Los diarios dieron la noticia” —agregó, eterneciéndose.— “Ana no vive más con su marido: tenía que suceder... y, ¡qué diablo!, voy a hacerle una confesión. Usted conoce el mundo: los que no han querido *así*, con toda el alma, no saben comprender. Escuche: algún día ella volverá a mí y yo la recibiré con los brazos abiertos. ¡Qué felicidad, Señor! ¡Qué gloria, perdonarla! Los imbéciles no entienden eso... No crea: su corazón no es malo, pero la cabeza... En medio de todo, ella no tiene la culpa: ¿puede el pez vivir fuera del agua? Hay que ser filósofo. ¿Qué dice usted? Ana necesita el ruido, la sociedad, el boato; ha nacido para brillar, y como yo ya no tenía un centésimo...” —y sin reparos de ninguna especie me contó el desastre, como él le llama a su ruina material y moral. La historia

de la increíble bajeza a donde lo había hecho llegar el amor de su mujer, me inspiraba ya asco, ya inmensa lástima. Supe por su boca las locuras e infidelidades de Ana, y las escenas repugnantes y grotescas reconciliaciones que las seguían. Muchas noches se las pasaba en vela, esperando inútilmente a la esposa infiel; otras la espiaba, viéndola entrar en sitios sospechosos en compañía de la Negri. Las carcajadas y el canto báquico de las orgías llegaban a veces hasta él. Rabioso de celos se proponía vengarse; una vez hasta compró un cuchillo, pero la hermosura de la ingrata lo desarmaba, y los siniestros designios del comerciante se resolvían en llanto y pueriles lamentaciones.

—“Bien sabía que yo no le iba a hacer daño, y por eso abusaba. ¡Ah, Señor!, ¿por qué era tan cruel? Vea, se lo perdono todo, menos sus ironías, menos que se haya burlado de su pobre marido. Que no me quisiera, bueno; ya ve que soy razonable, ¡eh!, y filósofo, ¡hum!... El corazón no se manda, convenido; pero burlarse de mí delante de los otros e insultarme y ponerme en berlina, ¡qué necesidad tenía de eso, Señor...! Y yo, ¿cómo pasé por todo? No lo sé, no lo sé... Lejos de ella me indignaba, me parecía imposible que yo tolerase ciertas cosas; pero después... El amor, de todo tenía la culpa el amor. Sólo por verla siempre junto a mí, hubiese sufrido sin chistar los más atroces tormentos. Ella lo sabía y abusaba, abusaba... Una vez le dieron una comida sus amigotas y amigotes del teatro. Después supe que quien la obsequiaba no era ninguno de éstos, sino un caballero muy presuntuoso, con los bigotes engomados y retorcidos, que no se separó un momento de Ana en toda la noche. Yo, a la verdad, había

bebido un poco; usted comprende... las pesadumbres... y el señor de los bigotes no cesaba de servirme de toda clase de vinos. Hablaban en italiano y yo bebía. Ana estaba muy alegre y yo también... Aquello era nuevo para mí; sin embargo, yo quería parecer corrido, y entre otras cosas, se me puso entre ceja y ceja serles simpático a todos... Al destapar el *champaña*, ¡quién puede creerlo!, brindé, canté y bailé, ¡Señor!... Estaba loco. Los muy truhanes reían y festejaban mis estupideces, y yo seguía brindando, cantando y bailando... Ahora me parece una pesadilla todo aquello y acaso lo fue... "*Brabissimot, signore* Menchaca; *siete un uomo... gentile*" decían y me arrojaban a la cara vino y migas de pan... Si los tuviese ahora delante... ¡ah, ah...! Pero no lo crea: si ella lo quisiese, volvería a pasar por todo otra vez. El corazón humano es puerco, ¡puah!... En fin, por último me desplomé sobre una silla, y entonces ellos empezaron una danza infernal. Cantando y gritando iban de un extremo a otro de la sala; allá, en el fondo, se reunían, y arrancándose todos hacia mí, mostrándome el índice y el meñique de sus manos, gritaban en coro: "*Il cornu... qui e, qui e, qui e*", y tornaban a alejarse y a avanzar, repitiendo siempre lo mismo: "*il cornu... qui e, qui e, qui e...*". Yo intentaba en vano levantarme, y Ana reía, reía, reía, tomando parte también en la escena del *Falstaff*, que representaban los cómicos borrachos. Finalmente, apagaron las luces y huyeron como una comparsa de locos... ¿Fue verdad o fue una pesadilla?, ¡hum...!, yo sólo sé que amanecí debajo de la mesa, ¡Señor, Señor!" —agregó tapándose la cara con las manos, y por este estilo me refirió, a pesar de mis protestas, muchos detalles cómicos y conmove-

dores a la vez, cosas que daban ganas de reír y llorar al mismo tiempo, como la despedida de su mujer, a la que acompañó a bordo, y las recomendaciones que le hizo al amante de la ingrata. Después me dijo que ayudado por Crooker, quien lo socorría en secreto, iba a abrir una escuela, a la que le pondría el nombre de "Santa Ana", como testimonio de la invariabilidad de su afecto y recuerdo de la esposa infiel. Por último me pidió un par de pesos. Ahí tienes en lo que la existencia ha convertido al filántropo, al progresista Menchaca.

—Hoy es día de sorpresas —dijo Sara, deseando distraer a Guzmán:— tengo una cosa para ti.

—¡Una cosa para mí!

—Sí, una carta dirigida a tu nombre, pero con mis señas.

Julio hizo un ademán de sorpresa.

—¡Cómo puede ser eso, si nadie sabe nuestras relaciones! Te juro que yo no he dejado traslucir el menor indicio...

—Ahí verás —repuso ella, entregándole una voluminosa carta.

Guzmán, impaciente, rompió el sobre y leyó con asombro al pie de la carta el nombre de Cacio.

—¡Es de Cacio, ¿sabes?, de Cacio...!

—¡Ah! —exclamó ella, quedóse como clavada en su sítio.

—Es de Cacio. ¿Qué querrá?, ¿cómo se atreve a escribirme aquí?, ¿y cómo pudo enterarse de...? Sin duda me ha seguido. Ven, ven, leamos; aunque mejor sería devolverle la carta sin leerla. ¿Qué dices? Sin embargo, puede que me haga algunas revelaciones, ¡eh...! Siéntate aquí: te has puesto pálida; a la

verdad no es para menos. La carta de un asesino... —y arrellanándose en el sillón, empezó a leer.

“Amigo Guzmán:

“Me atrevo a escribirle estas líneas de desahogo para mi alma atormentada, porque *necesito* que usted, al menos, me comprenda y me perdone. La ira de los otros no me alcanza; sin excepción, a todos los desprecio profundamente, pero usted es otra cosa. Nada puede hacer por mí, nada espero de usted, y sin embargo, yo, que lo he perdido todo y para quien la palabra consideración nada dice, no me avengo a perder su simpatía, la única simpatía que he inspirado en la existencia. Y mirándolo bien, se me ocurre que le debo una explicación para liquidar mi cuenta con el mundo y sobre todo con usted; porque nosotros, amigo Guzmán, hemos tenido nuestras cuentas... Escúcheme, no tenga repugnancia en departir con un asesino, con un hombre que, como las águilas humanas, tuvo el valor de libertarse de las infinitas tiranías de la ley para apoderarse de lo que creía suyo.

“Soy un rebelde, no un criminal. Soporté muriendo —usted lo sabe— las sangrientas humillaciones que los desheredados sufren: vejámenes hechos entre carcajadas, abusos, despojos de todo género e ironías de todos los matices; sofoqué los más ardientes deseos y aspiraciones de mi juventud, y mil veces me presté a ser sacrificado a la dicha o a la paz de los otros, pero loco de amargura y sabiendo que la ley que manda sufrir eternamente para asegurar la felicidad ajena es una ley monstruosa, me rebelé a asesinar mi propio corazón y decidí apropiarme del lote de dicha que, por ser hombre, debía tocarme en suerte. Asesiné a Laura, no por venganza ni por celos, sino porque sólo muerta podía ser mía. Ese era el único

medio que el egoísmo de los otros me dejaba libre, y yo, no pudiendo renunciar a mi amor, acepté mi destino e hice carne mis ideas, sus ideas, las ideas de muchos...

"Desearía, ya que le escribo, explicarle el caso tan claramente que su curiosidad de psicólogo quedase satisfecha por entero; quisiera hacerle palpar el *cuerpo* del crimen, pero yo mismo no comprendo bien algunas cosas, ni acierto a explicarme la formación de algunos sentimientos, ni cuándo entraron en mi alma, preparada por los dolores del orgullo y de la impotencia, los gérmenes de la rebeldía. Desde que éstos existieron empecé a ser asesino, porque, tal es la condición de este mundo, el que se rebela asesina algo: un principio, una idea, una criatura, lo mismo da. En cambio, los que aceptan la ley, matan lo mejor de su alma, y ésta es la hora en que ignoro cuál es lo más condenable.

"¡Qué espavientos harían aquí, si me oyeran, los dichosos!, pero yo les diría: es muy fácil vivir según la regla, cuando se tienen todos los manjares al alcance de la mano o cuando una obtusa inteligencia impide ver la injusticia de toda limitación en beneficio de otro; pero cuando uno tiene hambre o ve claro, no se somete. En la naturaleza nadie se somete.

"Yo he padecido mucho. En la niñez atesoraba mi alma todos los sentimientos nobles y generosos, hasta era un poco romántico y hubiera sido capaz de cualquier afección desinteresada o de cualquier sacrificio. Como me creía bien dotado, acariciaba todas las esperanzas... delicadas florecitas que la vida, como un sol canicular, fue agostando implacablemente, implacablemente, hasta no dejar una... Y mi alma quedó seca y aridécida. Me convertí en

una criatura *rencorosa*, y cuanto más vivía, es decir, cuanto más completamente frustrados eran mis sueños de ventura, de amor, de poder, más rencor acumulaba. De esta manera me volví hostil para los otros.

"Y de casi todos mis sufrimientos tenía la culpa Arturo. Ya le he contado a usted la funesta influencia de ese hombre sobre mi destino; ya le he contado que de pequeño fui su víctima, el *plastrón* donde ejercitaba, sin pizca de piedad, sus puños de atleta. Por eso, por venir de él, sin duda, no pude aceptar el último *despojo* que me preparaba la suerte. Yo sentía la necesidad fisiológica de rebelarme contra mi signo adverso, encarnado en Arturo, para *afirmar* mi existencia, para *ser* al menos una vez en la vida. Y decidí dar el golpe fatal, arrastrado por un cúmulo de fuerzas a las cuales nadie hubiese podido resistir. Mi vida entera fue la preparación laboriosa del crimen, y mis tempranos desencantos, mi egoísmo, robustecido por sabias lecturas, y mis creencias escépticas, las creencias de que tan ufanos nos mostrábamnos usted y yo, los principales colaboradores en la funesta obra. Si a mí, en el fondo, no me asiste ninguna razón oculta y poderosa de esas que los mortales apartan los ojos con miedo, muchos textos y muchas doctrinas debían ser condenados junto conmigo.

"Usted, que conoce mi triste historia, sabe que yo no fui mucho peor que los otros. Tenía los defectos de los individuos bien dotados intelectualmente, pero desequilibrados y pobres de corazón, mas no era una criatura perversa que se complaciese en el mal; lejos de eso: amaba lo noble y en particular lo bello, y tenía algunas cualidades, sólo que mi superioridad me inducía a despreciar a los otros y mi irritación contra la injusticia del mundo, me quitaba la bondad

para juzgarlo. Esto lo explica todo: *no he sido benévolo*; pero, ¿cómo serlo con las cosas que me herían tan duramente? Además, cultivaba por principio la *dureza* de Nietzsche, ¡cosas de la universidad!, y mi error fue en ser duro por egoísmo, y no egoísta y duro para cumplir altos fines; pero esto último me parecía una concesión hecha para tranquilizar a los moralistas y a los pusilánimes: yo, arrastrado por la lógica, iba más lejos que mi maestro.

"No entienda, por lo que dicho queda, que procuro atenuar mi delito, vendiéndome como un ente débil de voluntad, extraviado por ésta o aquella abstrusa filosofía como Greslou, Raskolnikoff y tantos otros, no; en el momento de cometer el crimen yo obraba con perfecta conciencia de mi perversidad, sabía que llevaba a cabo una acción espantosa, inhumana, pero ni por un instante tuve la idea de volverme atrás: me sostenía, me hacía ir adelante, el secreto convencimiento de que *aquello era necesario*, y de que siendo *ella* la elegida de mi corazón, el crimen no era crimen: era otra cosa. No, no quiero disminuir a sus ojos mi maldad: ¿para qué? No trataré tampoco de hacerlo cuando esté delante de los jueces: he confesado mis culpas cínicamente, según dicen los cronistas, y no me defenderé. . . por una especie de sibaritismo, porque gozo en no disminuir en nada las consecuencias de mi crimen, en sufrir por *ella*, y porque sé, por otra parte, que los jueces no comprenderían jamás los motivos sutiles que, aun amándola extraordinariamente, me llevaron a verter un veneno en la copa de la víctima. ¡Qué saben, qué entienden los jueces de los misterios del alma! ¡Son tan poderosos, tan incontrastables aquellos motivos, que no necesito la compasión ni el perdón de nadie para dulcificar

mis dolores! Por lo demás, desprecio el juicio del público, porque yo sé que no se puede juzgar lo que no se comprende. En cambio, me afligiría que usted me condenase en *absoluto*; usted que no cree ni en la nobleza del león ni en la maldad de la víbora, puede apreciar *libremente* lo que existe en mi conducta digno de reprobación, de castigo o de perdón. . .

"Yo no *podía permitir* que otro se apropiase mi único bien, y me propuse hacerla mía, contrariando, una vez por todas, mi suerte perra y mi condición de eterno desposeído, aunque no ignoraba que para lograrlo tenía fatalmente que saltar por encima de la ley humana, e ir a recoger la flor de la dicha, como usted dice, al borde de un precipicio. Como estaba dispuesto a pagar con la propia vida el acto que iba a cometer, juzgo que por tal razón, el tal acto no repugnaba enteramente a mi conciencia. Y ahora comprendo que ese oculto sentimiento tenía alguna razón de ser, porque, en medio de todo, gozo cierta paz interior, que nace, aunque le parezca monstruoso, de haber *hecho la jugada*, de haber hecho *por mí* todo lo que podía. Mi crimen me espanta, cuando pienso que *ella* no existe más, que yo he *destruido* aquel conjunto de perfecciones; pero así y todo, tengo la justa conciencia de que en aquel desgraciado y a la par glorioso día, en que arrojé valiente la cólera de Dios, el castigo de la justicia, el aborrecimiento de los hombres, y defendí mis derechos como un salvaje, como una fiera, fui un hombre, un verdadero hombre, como no llegué a serlo nunca ni lo seré jamás. La sospecha que ahora pasa por mi mente, es justa; sí: *yo nunca me he arrepentido*. Atenaceado por los dolores del crimen, apenado por la inmensa amargura de no verla más, secreta

y consoladora voz me dice sigilosamente, ¡muy sigilosamente!: "Lo has dado todo por ella; tu amor es más grande que el de ningún otro; Laura te debe sonreír", y a mi tristeza infinita se mezcla un sentimiento de orgullo que no pueden sofocar los cargos que me hago, las negras penas, ni los horrores del calabozo. ¿Seré, por ventura, un ser inconscientemente perverso o un loco de atar? No lo sé, no lo sé, ni, en resumidas cuentas, me interesa saberlo. En la celda se pierde pronto la vanidad de parecer bien a los propios ojos, que tantos tormentos nos causa a los hombres, y yo ahora sólo atino a oír aquella voz y a vivir en mi *ilusión*.

"¡La celda! Y bien, yo me encuentro mejor aquí, entre estas cuatro paredes, que en la peligrosa compañía de los hombres. Mi corazón sangra, pero ya no me quitarán el sueño las miserias de los miserables, ni las miserias de los poderosos. El ansia mortal, las diarias tribulaciones de los que persiguen el triunfo, siempre necio y vano, tampoco oprimirán mi pecho, ni yo moriré aplastado por la pesada carga del oro con tantos sudores echado a cuestras, ni bajo el peso de la fútil gloria, amasada con sangre, con la rica sangre de las arterias. ¡Imbéciles! Con mis vestiduras me he despojado de todas las preocupaciones y vanidades, y aunque arrastrando un grillete, soy un hombre libre de toda esclavitud.

"¡Tranquilidad bienhechora, calma grata! Al fin puedo vivir sin pueriles escrúpulos, sin falsos deberes, sin *la máscara de hierro de la humanidad*: en una palabra, libertado. ¡Dicha, dicha inmensa: libertado! Allá, en sus chozas o palacetes, en sus pueblos o ciudades, afanándose en fabricar la costosa e interminable tela con que estúpidamente se aprisionan y

hasta se tapan los ojos para no ver al través de la complicada urdimbre el significado de la vida, paca el inmenso rebaño de los hombres. ¡Cómo los compadezco, y qué poco me quitan el sueño los mezquinos placeres que ofrece su compañía, a cambio de la inestimable libertad! ¡Qué poco dan y cuánto exigen! Sí, créame que los compadezco, y sobre todo lo compadezco a usted, cuya inteligencia superior y sensibilidad dolorosa, harán doblemente desgraciado en la vida de la comunidad, en la esclavitud. Al presente veo claro. Los hombres de su envidia no son sociables, por la sencilla razón de que no necesitan de los otros; al contrario, los hombres como usted y como yo, hemos nacido sólo para *destruir* la sociedad, porque llevamos en el alma los gérmenes de la duda y de la negación y debemos cumplir un *alto, aunque odioso destino*, que nadie comprende. Los bípedos de la piel gruesa son los que viven para edificar. A nosotros una serie de causas y circunstancias fatales, determinadas, en primer término, por nuestra propia naturaleza, semejante a la de esos peces que nadan contra la corriente, nos armaría siempre contra los otros. Nos niegan y los negamos, nos atacan y les devolvemos iracundos sus flechas envenenadas, nos despojan y herimos para recobrar lo que nos han robado. Y esto sucederá, en todas las latitudes y por los siglos de los siglos, mientras haya hombres que comprendan la imperfección de la vida. Somos, y no lo digo sin el orgullo del más hermoso de los ángeles, los que se rebelan contra la ley, los descendientes de Caín, sobre quienes pesan las terribles palabras del Señor: *vagabundo y fugitivo vivirás sobre la tierra*. Para nosotros no son las dulzuras de la civilización, ni las delicias del hogar: para nosotros la espesura

agreste del monte, ¡pobres y flacas panteras!; mientras los mansos cerdos arrastran el voluminoso vientre, bostecemos de hambre y de fastidio, enseñando como una protesta la riqueza de la garra.

“¡Y usted todavía se aferra a esa existencia dolorosa, cada vez más dolorosa! En cuanto a mí, le aseguro que no cambiaría mi cautiverio por su fementida libertad. Aquí no temo nada —aprecie el alcance de mi aserto— no me preocupa nada, ni siquiera el problema de la existencia material. Soy todo mío y vivo pensando en la única realidad que para mí encierra el mundo: *ella*.

“*Ella* será mi compañera, mi eterna y dulce compañera. ¿Quién hubiese dicho que el que la asesinó cruelmente la llevaría siempre en el alma y sería su dueño? ¡Posesión ilusoria!, ¿pero son otra cosa los bienes más reales...? ¡Querida ilusión! Laura es mía, no se separará un momento de mi lado, y yo a toda hora, ¡oh placer!, ¡oh dicha!, dialogaré con ella y le contaré mis tristezas, mis profundas tristezas. La vida es sueño. Soñemos, pues, Laura mía, sin que perturben nuestros oídos los rumores del miserable mundo, gritos de dolor y ruido de cascabeles.

“¡Adios! Ya me he desahogado, ya di a usted las explicaciones que me dictaba mi conciencia y queda roto el último hilo que me ataba al mundo. Adiós para siempre; perdóname y recuerde con lástima alguna vez a su amigo, a su discípulo, a su hermano...

Cacio”.

CAPITULO XX

Guzmán dejó caer la carta y permaneció absorto, con los ojos fijos en el suelo, los labios comprimidos y la frente partida por un pliegue profundo que arrancaba del nacimiento del pelo e iba hasta el arranque de la nariz. La *Taciturna*, que conocía las luchas interiores de su amante, lo miraba con expresión ansiosa, temiendo una nueva crisis de lágrimas, como las que padecía él con harta frecuencia desde algún tiempo a aquella parte. Las melancólicas ideas, el enervamiento y la extrema sensibilidad de Julio, la llenaban de extraños temores e inquietudes. ¿Qué era? No se lo podía explicar, aunque a veces experimentase la náusea de la existencia y el miedo vago de ignotos peligros que engendrar suelen los presentimientos ciertos de la desgracia.

—¡Por Dios!, no estés triste: tu tristeza me hace mal. ¿Qué tienes? —le preguntó ella un día, mientras jugaba con el ensortijado pelo de Julio.

—Déjame —respondió él besándole la mano, que siempre le tenía cogida— no me hagas caso: es mi egoísmo que brota... lloro mi juventud, lloro lo que he podido hacer y no he hecho. No me hagas caso, pero acaríciame, vida mía, acaríciame. ¡Si supieras cuánto lo necesito...! Si no fuera por ti, yo no sé, francamente, qué haría. Tú me sostienes, pero, ¡ay!, mis esperanzas muertas tiran hacia abajo... Muchas veces me pregunto si no sería mejor concluir de una vez: ¿qué puedo esperar? Mi vida no tiene

objeto, y cuando la vida no tiene objeto, no se puede vivir...

Y estas palabras, este *tema* se repetía en las conversaciones de Guzmán como un *leitmotiv* en la música wagneriana.

Guzmán recogió la carta de Cacio, y después de releerla atentamente, dijo:

—Tienes fazón: soy su hermano, *in mente* he sido asesino. ¡Cómo me detesto, cómo me desprecio!, y sin embargo, la parte ruin de mi alma me impide condenarlo a pesar de mi repugnancia, a pesar de mi horror —y en tono misterioso le confesó a Sara las ideas criminales que lo habían obcecado.— Si no hubiese sido por el crimen de ese infeliz, a estas horas acaso estaría donde está él... ¿No tienes repugnancia de mí?

—¡Cómo puedo tener repugnancia de ti viéndote tan afligido! Tú has acariciado esa idea por error, no por maldad... Piensa en mis crímenes —agregó recordando apenada sus extravíos— yo acaricié la idea infame de unirte a otra mujer, y a una mujer que amaba, para tenerte siempre a mi lado; yo engañé a mi esposo, y porque fueses mío, hubiera sido capaz de las mayores atrocidades... y sin embargo, tú sabes que yo no soy mala.

—¡Por error, no por maldad! —murmuró él como soñando.— Sí, hubo mucho de eso. Mis raciocinios me presentaron siempre a Amelia como la sola causa de mi ruina; pesaba sobre mí, me ahogaba. Oye: Amelia era la fortuna; me casé por cálculo... sin saberlo bien, y en lugar de poseerla, fui poseído. Ella ahogó mis generosas aspiraciones, y sujetándome a vivir en su compañía una existencia prosaica, me redujo a la esterilidad. Todo lo bueno que había en

mí, murió a su contacto frío: energías, nobles anhelos, risueñas esperanzas, y, gracias a su maldita influencia, soy lo que soy: una cantidad negativa de hombre. Es lógico, pues, que la aborreciese con toda el alma y que mi egoísmo natural tratase de suprimir el *obstáculo*, más que nada, porque ese obstáculo me separaba de ti, de mi sueño de belleza y de ventura... No obstante —prosiguió con una mueca de disgusto— algo me dice que nada disculpa ciertos designios. He pecado, y como mi alma endurecida rechaza el arrepentimiento, sé que jamás volveré a reconciliarme conmigo mismo. ¡Lo que era y lo que soy! ¡Miserable vida! ¡Cómo me he corrompido! ¡Cómo me he destrozado...!

—¡Julio! —gimió ella.

—¿Te acuerdas cómo pensaba? ¿Recuerdas mis nobles ambiciones, mis exquisitos sentimientos, mi gran ternura? ¿Adónde ha ido a parar todo eso? —y después de meditar un instante, agregó con desaliento:— Sin embargo, *él* también fue puro, y después... ¡Ah!, cree lo que tantas veces te he dicho: es la vida misma la que es mala y por eso lo corrompe todo.

Acariciándolo, dijo ella:

—¿Por qué te mortificas? ¿No aseguras que el pasado es indestructible...? ¡Y yo que acaricié la ilusión de que mi cariño te curaría! Tú también lo creíste, y ahora... —y mirándolo con infinita ternura, añadió:— ¡No sabes la tristeza que me da ver lo poco que puede mi amor...!

El la besó en los ojos y dijo, atrayéndola dulcemente hacia sí:

—No digas eso: tu amor me produce infinito bien; mis únicas alegrías a tu amor se las debo, y él es el

manantial puro donde mi alma ha saciado la sed ardiente del *más allá* que la devoraba y que no hubiesen acertado a satisfacer todos los bienes de la tierra. Pero tu amor no podía resucitar las partes muertas de mi pobre alma, ni impedir que siguiese brotando en esa tierra yerma la flora de la muerte: los pensamientos negros y los pálidos lirios de la duda y de la negación, lo que me impide amar a los otros y lo que envenena todas mis alegrías y venturas.

Pero ahora no me mortifica el pasado, ¿sabes, vida mía?, me preocupa el presente, porque yo le tengo miedo a la existencia, ¿y por qué ocultarlo?, me tengo miedo a mí mismo. . . Cacio está en lo cierto: los hombres como nosotros sólo *hemos nacido para destruir*. Yo he tenido pensamientos malvados y, puesto en las mismas circunstancias, los volveré a tener, necesaria y fatalmente. Pero eso no es lo peor: lo peor es que tengo miedo de matar mi felicidad con mis propias manos, o de que las impurezas de la vida manchen también nuestro amor y lo hagan una cosa precaria y miserable como todas las otras cosas. . . Y me vuelvo loco. Pienso en que tú puedes dejar de ser la misma para mí, o en que yo, a mi vez, pueda cambiar, por razones y motivos más fuertes que nuestras míseras voluntades; pienso en que infinitas miserias nos acechan; pienso en la fragilidad de los propósitos humanos, y pienso en que nuestro amor puede también extinguirse y dejarnos el corazón vacío o lleno de rencores, en cambio del sentimiento puro y superior que ahora nos lo hermosea. Nuestras pasadas dichas, ¿qué serían al lado de esa definitiva amargura? ¿Has pensado alguna vez en ello. . .? A mí me asaltan a menudo esos terribles temores.

—¡Qué cabeza, Dios mío, qué cabeza! —exclamó

Sara, enorgullecida secretamente de que el amor por ella inspirado le produjera a Julio tales inquietudes y desazones.

El permaneció un rato en silencio, fija la mirada soñadora en el friso del papel de *Le Parthénon*, que cubría las paredes y que presentaba una interminable serie de cigüeñas de largas patas y graciosos cuellos, volando, volando majestuosamente hacia países remotos... La escasa claridad que penetraba por los postigos casi cerrados, distribuía sobre los objetos una luz de penumbra grata al ojo y propicia a la divagación, que gustaba cultivar Guzmán y a la que, en cierto modo, también convidaban el color suave de las telas, el contorno vago de los muebles y las obras de arte esparcidas sobria y acertadamente por aquí y allá. La profusión de ornamentos, las lumbres del oro y los colorines estaban desterrados de aquel recinto, donde Guzmán reconocía la influencia de su gusto exótico y de su refinada cultura.

—¡Qué hermoso sería —dijo, como saliendo de un sueño— amarse extraordinariamente, vivir breve tiempo una vida libre de todo cuidado vulgar, y antes que la existencia reclamase su tributo de dolores, emprender el gran viaje con el corazón alegre y la sonrisa en los labios...!

Sara recostó sobre el hombro de Guzmán la cabeza, cerró los ojos lánguidamente, y las ventanillas de la nariz se le dilataron como si ya estuviese gustando la dicha suprema que él le describía.

Con voz suave, con la voz *caliente* con que le hablaba en los momentos de ternura amorosa, dijo ella:

—También yo he pensado en cosas parecidas. En medio de tus caricias apasionadas, cuántas veces me

he dicho: "Si la muerte me sorprendiera ahora, ¡qué felicidad!...". No creas, yo tampoco amo mucho la vida: la amo por ti, pero no quisiera sobrevivir un solo momento a la desdicha de perderte.

—¡Vida mía! —exclamó él, estrechándola con fuerza entre sus brazos, al tiempo que un gozo profundo apresuraba el ritmo de su corazón.— Mi alma ha penetrado en la tuya y tu sangre corre por mis venas; eres mía por entero y yo soy completamente tuyo. ¡Ah!, si tuvieses valor, si tú quisieras ni la muerte podría separarnos...

Sara alzó lentamente la cabeza, y fijando sus ojos en las pupilas de Guzmán, dijo con expresión misteriosa:

—Yo siempre querré lo que tú quieras.

Julio sostuvo la mirada elocuente de su querida y repuso con voz insegura, que delataba una grande emoción:

—Si alguna vez, no pudiendo ya más con la carga de la existencia, te dijera: *voy a partir*, tú... me seguirías?

—Sí, yo te seguiría...

Y sin cesar de mirarse y hablando con los ojos un lenguaje profundo como el de la música, con el cual se hacían oscuras promesas y misteriosas revelaciones, se estrecharon las manos y dejaron correr sus lágrimas, tristes y gozosas a una. Después él la atrajo hacia sí, apoyó su cabeza en la de Sara y ambos guardaron silencio, grave el rostro y las pupilas brillantes por el fuego de la vida interior.

Transcurrieron algunas semanas, y las diarias entrevistas de Sara y Julio, aunque apasionadísimas, eran en el fondo cada vez más tristes, porque sugestionándose mutuamente, a los dos los atormentaba con

doble fuerza el mal de vivir y el secreto deseo de la *liberación*. El asco de la existencia prosaica y vil, junto con el ansia oculta de purgar los errores cometidos, inducía a Julio a pensar constantemente en la carta de Cacio, y acariciar la idea de ser libertado y ennoblecido por la grande *Conciliadora*, que, como el fuego, todo lo destruye y todo lo purifica. Y a raíz de tales imaginaciones, lo invadían voluptuosas tristezas y profundas embriagueces, que como filtros destructores de la voluntad, iban venciendo las últimas resistencias y repugnancias opuestas a la *idea*, por el instinto de la propia conservación, vivo aún.

Y ella no se rebelaba contra el influjo de las palabras y de las tristezas de él, contra la fúnebre seducción, predispuesta ya a las languideces y desmayos melancólicos, por su debilidad nerviosa, y porque tenía la conciencia de sus faltas y el sentimiento de la reprobación general. "Pronto mi deshonra será pública" decía, y la agitaba el temor de que un grande cariño se convirtiese también en "una cosa precaria y miserable como todas las otras cosas" según la frase de Guzmán. Sin embargo, se entregaban a las delicias del amor, como si este único sentimiento les llenase el alma, sólo que en medio de las locuras y excesos de la pasión y de las delicadezas sentimentales, la idea funesta se revolvía como una sierpe entre las flores. A entrambos los desasosegaba, en ciertos momentos de laxitud y de *morbidezza* en que los hundían las caricias apasionadas y los goces incompletos de la carne, la sed oscura de idealidad, la atracción misteriosa de un destino trágico, vagamente presentido, y el ansia ignota y suprema de fundirse en el todo, de dispersarse en la nada, para darle a su amor, efímero

como todo afecto terreno, un elemento de eternidad y de belleza que lo elevase sobre la fugacidad miserable de la vida.

Y en tales instantes apretábanse el uno contra el otro, y dulcemente, dulcemente, sus sentidos se oscurecían como en un voluptuoso desmayo; dejaban a poco de tener conciencia del mundo visible, y, percibiendo las armonías y las relaciones invisibles de las cosas, caían en una especie de ensimismamiento extático.

Después de tales dulzuras y arrobamientos, la vuelta de Julio a su desencantado hogar se le hacía verdaderamente repugnante. "Aquí todo me sonrío, mientras que allá me esperan, para desgarrarme el corazón a feroces dentelladas, los males, los cuidados, las incertidumbres. . . Amelia soltará, al verme, su acostumbrado suspiro de resignación, y los otros levantarán la apesadumbrada cabeza y con los ojos me dirán que soy un intruso en la familia, puesto que no puedo compartir ni las alegrías ni los dolores de ellos. Y tienen razón: mi mundo no es aquél, mi mundo es éste. Allí todo me choca y me irrita; aquí la armonía del exterior con mi interior, engendra la calma; allí agonizo, porque me veo obligado a sofocar lo mejorcito que hay en mí; aquí vivo, junto a Sara conozco que las obstruidas fuentes revientan y que brotan a raudales las linfas milagrosas de la poesía y del amor. Sí, ésta es la patria de mi alma: junto a la *Taciturna* mi ser crece y se hermosea. Y si lo sé, ¿por qué asesino mi corazón? ¿No es ése el crimen más grande? Sí, lo es, Cacio está en lo justo, ¿entonces. . .? ¡Ah!, criatura débil y contradictoria!: por escrúpulos pueriles y consideraciones en los cuales no crees, te atormentarás hasta el fin, estúpida e inú-

tilmente. La *paz* de Cacio, la paz que nace de haber hecho por *uno mismo lo humanamente* posible, no la gozaré yo" se decía, y entraba en su casa rabiando.

Un día, Sara, no sin asombro, vio llegar a Julio con una valija en la mano. Por la agitación de su amante comprendió que algo muy serio le había ocurrido, e iba a interrogarlo, cuando él le atajó las palabras diciéndole:

—Sara mía, todo ha concluido: no puedo más, no puedo más... Después de una reyerta innoble entre mi mujer y yo, dije que pensaba irme por algunos días a Buenos Aires; pero no volveré, ¿comprendes? No volveré...

El, que esperaba verla dudar, tuvo una inmensa alegría cuando ella, echándole los brazos al cuello, le dijo con acento apasionado:

—Yo tampoco puedo más... y ya sabes que soy tuya, toda tuya...

—¡Vida, amor mío! —exclamó él cubriéndola de locos besos.

—¡Tuya, tuya...!

—¡Amor mío, amor mío! —repitió Guzmán, ebrio de dicha, y cogiéndole el rostro entre las manos, hundió su mirada ardiente en los ojos lánguidos de ella. Sara le sonreía.

Cogidos de la mano se dirigieron hacia la sala. Sentíanse enervados, pero estaban muy tranquilos, lo cual sorprendió grandemente a Guzmán. "Parece mentira" se dijo, "que después de tomar *esa resolución*, ella esté tan serena y yo disfrute esta paz soberana. Estoy decidido, y no me embarga ninguna pena; ¿qué será...? Ahora lo comprendo" añadió después de breves instantes, "como *todo depende de*

mi voluntad, nada espero ni nada temo de la vida, y empiezo a estar por encima de ella”.

—Amémonos mucho, alma mía, y después...

—Lo que tú quieras... —respondió Sara— pero no estés triste.

Y libres de toda incertidumbre, seguros de que las miserias de la existencia no los afligirían más, y de que nada, nada podría separarlos, olvidáronse de todo y se entregaron a su locura, a las embriagueces de su pasión, impetuosa y arrastradora como un vórtice del mar. Los minutos transcurrían lentos, prolongados por los goces del corazón y los deleites de los sentidos. En un instante vivían una vida de ventura, gracias a que a su felicidad no se mezclaba ninguna inquietud, ningún germen de tristeza y la alegría suprema de la liberación sublimaba los sentimientos de ambos amantes, aumentando considerablemente, al propio tiempo, la potencia afectiva de su alma y la capacidad comprensiva de su espíritu. Sentían emociones indefinibles, que jamás habían sentido; languideces nunca gustadas, y dulzuras y mareos sentimentales de una sorprendente intensidad. Las irritaciones, los rencores de Julio desaparecieron como por arte de magia: la alteza de su afecto y la certitud de un fin cercano, lo purificaba y lo ennoblecía. Las cosas ofrecíansele a los ojos bajo singularísimos aspectos, y en su ascensión moral iba perdiendo de vista, como al elevarse en un globo, los bosques y las ciudades, todo lo que abajo lo había movido a amar, a odiar, todo lo humano, en fin, que, desde las alturas espantables de la dicha a donde había ascendido, se le antojaba pobre y risible ajeteo de diminutas hormigas.

Las horas transcurrían lentamente, lentamente... Gozosos recordaban su infancia y los primeros aleteos

de su amor; leían juntos el *Fausto* y las poesías de Baudelaire, sobre todo *Le voyage*, que les hinchaba el corazón de un sentimiento nuevo, y más comúnmente serrábanse al piano, y por medio del lenguaje sagrado de la música, comunicábanse las delicadezas más extremas del sentimiento, las ternuras más dulces y los misterios y oscutidades de su amor que no podía interpretar la pobre palabra humana... Al concluir un trozo apasionado, y cuando aún vibraban en el sonoro instrumento los últimos y moribundos acordes, pálidos y sudorosos volvían a un tiempo la cabeza y juntaban sus labios, sedientos de la insaciable sed... Y en silencio iban después a sentarse en el diván.

En aquellos momentos solía decirse Julio, examinando amorosamente la cabeza de la *Taciturna*, sus manos cuajadas de brillantes y piedras finas, y los detalles de elegancia y exquisitez de sus vestidos y adornos: "Su belleza realizada al igual de una diosa del Atica, por el desprecio de las cosas terrenas, se abre orgullosa como una flor. Sara es mi obra, y yo no sólo la adoro por ella misma, sino también por lo mucho mío que hay en ella. Lo mejor de mi alma vive en ella. Sus ojos, antes lánguidos, se han vuelto glaciales de misterio; en la boca amorosa juega la risa enigmática de las mujeres de Leonardo, y todos sus gestos y ademanes tienen no sé qué sutil y grave majestad, que acaso revela el sentimiento triste y embriagador de un fin hermoso y trágico. ¡Y qué hermosa estará después en su lecho de muerte, cubierta de alhajas y de flores! Yo la tendré abrazada por el talle con mi mano izquierda y mi cabeza descansará junto a la suya". Y rícidamente representábase su imaginación el lúgubre

cuadro del doble suicidio, en el cual se extasiaba largo rato, sin que lo agitara otra pena que el lejano temor de no herirse bien o de que le faltasen las fuerzas en el momento supremo. Pero estaba tan decidido, había pensado tanto en todos los detalles para no errar el golpe, que la duda pasaba por su mente como un fugaz relámpago, sin dejar huella ninguna. Y lejos de temer el instante fatal, sentía, aunque no con tanta fuerza como Sara, la secreta impaciencia de que llegase el momento de la gloriosa liberación. Por una rareza no extraña, ella, la sugestionada, era la más decidida e impaciente.

Y el día llegó. Una tarde, *Jeanne*, a pesar de la orden que tenía de no interrumpirlos por nada, entró trayendo la tarjeta de un importuno, que a todo trance se empeñaba en ver a la señora. El nombre que leyeron, los arrancó de su sueño para volverlos a la realidad del mundo que habían olvidado. "Pedro Crooker" leíase en la diminuta tarjeta. Miráronse sobrecogidos, y luego Sara, con voz que empezó temblorosa y se hizo firme, dijo sin vacilar, como si hubiese tomado una resolución repentina:

—Contéstale que hoy no puedo recibirlo, pero que mañana a las cuatro lo recibiré —y volviéndose hacia Guzmán agregó, así que la sirvienta hubo desaparecido:— Ya lo saben todo: es preciso concluir.

—Sí, es preciso concluir —asintió Guzmán, experimentando un ligero escalofrío;— sí, es preciso concluir; pero no ahora, mañana, diez minutos antes de la cita. Aún tenemos veinte horas para nuestro amor, una eternidad...

Ella no puso inconveniente, y como si nada hubiese acaecido ni tuviera en el cerebro otra cosa que

dulces pensamientos, reanudaron los goces y embriagueces de su verdadera locura con ardor furioso, con ardor frenético, que no parecía sino que pugnaba por sofocar los últimos y débiles llamados de la vida. Esa noche comieron con buen apetito y cantaron hasta muy tarde, pero cuando su nerviosa alegría llegó al colmo, fue a la mañana siguiente, en el almuerzo. La *Taciturna* se presentó luciendo sus mejores galas; él, muy bien vestido y cuidadosamente afeitado.

—Celebramos nuestro verdadero matrimonio —le dijo ella riendo a *Jeanne*, que la miraba sorprendida, sin saber qué pensar de los caprichos y del contento infantil de su señora.

Le había dado orden de que estrenase el servicio de plata y la cristalería veneciana, y de que abundasen las flores y el *champagne*. Pareciéndole que éstas eran pocas, ordenó Sara a la sirvienta que trajese más; luego, quitándole la canasta de las manos, llenó de flores todos los floreros que había, esparciendo aturdidamente lo que restaba por la mesa y aun por el piso.

Entonces Guzmán eligió la rosa más hermosa y fragante, y él mismo la puso en el pecho de Sara.

—Me acompañará hasta el fin —le dijo ella por lo bajo, y luego plantándose delante del espejo, orgullosa de su hermosura, agregó con acento indefinible, dirigiéndole a Julio una mirada llena de tristeza y de coquetería a la par:— Quisiera ser por algunas horas la más bella de las mujeres...

Con viva efusión estrechóle él las manos.

Después se sentaron uno frente al otro, comiendo de todo y bebiendo *champagne* con inusitada frecuencia. Parecían dos esposos felices, festejando ale-

grememente el aniversario de sus bodas. Hablaban, reían, y durante todo el almuerzo, que fue muy largo, ni una sola sombra de tristeza les nubló el rostro.

—Por nuestro amor —dijo Guzmán antes de levantarse, llenando una última copa; y después de haberla apurado entre los dos, arrojóla al suelo, donde se hizo añicos.

Cogiéndose del brazo, se dirigieron lentamente hacia la sala, donde, movidos por la misma necesidad y común inspiración, sentáronse al piano, atacando a una el último *dúo* de la *Gioconda*, mientras tarareaban con embriaguez las estrofas finales de la sublime enamorada. Aquel trozo, un tanto frívolo y lleno de lugares comunes, tenía para ellos un sabor particular, un significado profundo. Veinte veces repitieron la célebre frase:

"Si, il patto mantengo; lo abbiamo giurato",

y las palabras de Barnaba:

"Ebbrezza, delirio! Mio sogno supremo!"

con expresión delirante y lágrimas en los ojos. Al terminar, Sara lo cubrió de besos y le dijo:

—Ya es hora: ven, ven... —y ella misma lo condujo a la habitación, donde tan dichosos habían sido, y con serenidad pasmosa se acostó en la cama y puso el revólver en las manos de su amante.

En aquel momento, *Jeanne* golpeó a la puerta.

—Está el señor Crooker —dijo.

—Bien, dile que espere un momento —respondió Sara, sin dejar traslucir la más breve emoción, y

dirigiéndose a Guzmán:— Anda, anda, vida mía, amor mío, y no olvides que *después* tienes que darme el último beso —añadió, estrechándolo en sus brazos apasionadamente.

—Déjame que te vea una vez más —exclamó él, apartándose un poco, y luego, besándola con frenesí, acostóse junto a ella en la forma que tenía pensado.

Sara besó la flor que él le había puesto en el pecho, y dijo:

—Quiero morir con ella en la mano —y fijando con increíble sangre fría el cañón del revólver en su sien izquierda, añadió, sonriendo a Guzmán, cuyo rostro se había oscurecido repentinamente:

—Anda, muero contenta porque sé que ahora nada nos separará. ¡Juntos para siempre, dueño mío...!, otro beso, así, largo, largo... y ahora anda. ¡Cómo te late el corazón...!, anda...

Oyóse un disparo, y la sangre caliente de Sara salpicó el rostro y las manos de Guzmán y lo hizo estremecer de horror, del horror invencible de la muerte. Después de un ligero temblor, el cuerpo de la infeliz permaneció rígido, huyeron las rosas de las mejillas, y los músculos de la cara se contrajeron violenta y dolorosamente. "Está muerta, muerta... la materia encefálica sale de la herida, y ahora..." se dijo Guzmán; luego, como un autómata, sin saber lo que hacía, la besó en la boca, según le había prometido, y permaneció perplejo, porque en aquel angustioso instante tuvo la visión espantosa del abismo que se abría entre la idea y el acto, y lo invadió, no ya la vaga, sino la dolorosa,

la tremenda, la terrible duda de *vacilar, de que le faltaran las fuerzas para cumplir su intento*. Recorrió con atónita mirada toda la habitación, y sus ojos, enormemente abiertos, fijáronse otra vez en el rostro de su amante. "Muerta, muerta" repitió. A medida que los segundos pasaban, la duda era cada vez mayor, cada vez más pavorosa, cada vez más horrible. Las malditas palabras de Cacio: "Nosotros sólo hemos nacido para destruir" pasaron por la mente de Julio, acabando de sugestionarlo; y junto con tales palabras, un tropel de ideas confusas y de terrores le oprimieron el pecho como en una angustiosa pesadilla. Y todas las cosas empezaron a girar en torno suyo. Haciendo un esfuerzo supremo, quiso apoyar el revólver humeante aún en su sien, pero el brazo permaneció inerte, como si fuese de plomo, y Guzmán comprendió aterrado, con indecible pena, que le era imposible, que no *podía* matarse.

—¡Dios mío, piedad, piedad...! —gimió, y por dos veces quiso abocarse el arma, mientras que, loco de angustia, delirando de horror, oía en las otras habitaciones ruido de pasos, gritos y golpes.— Se acercan llegan; ¿qué va a ser de mí? ¡Ah!, no puedo, no puedo... —y al ver que la puerta cedía, abrazóse al cuerpo de Sara y rompió a llorar como un miserable.

Así lo encontraron las primeras personas que pudieron entrar, y a viva fuerza, sin hacer caso de sus gritos, ni de los ruegos que a todos les hacía, de que lo mataran, hubo que desprenderlo del cadáver de la *Taciturna, de su obra*, que allí quedó en la lujosa estancia, convertida de pronto en capilla ardiente.

Entre las aristocráticas manos, cuajadas de sortijas y piedras preciosas, conservaba *la flor más roja y fragante.*

* * *

Como Cacio, Guzmán no quiso defenderse, y por una coincidencia peregrina, lo alojaron en una celda próxima a la de su único amigo, a la de aquel hombre de destino tan semejante al suyo y que como él tenía el corazón extraño a los hombres.

FIN